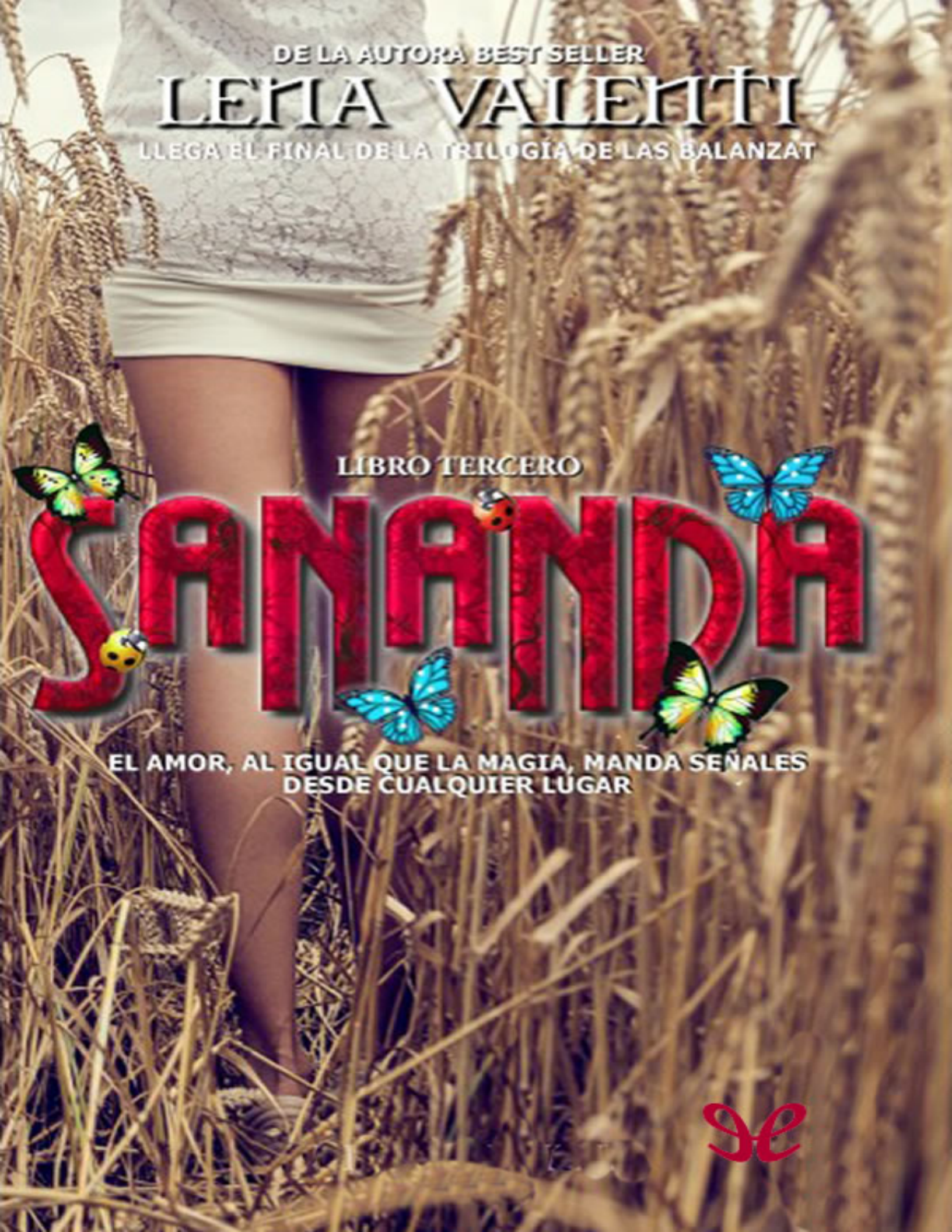

DE LA AUTORA BEST SELLER
LENA VALENTI
LLEGA EL FINAL DE LA TRILOGÍA DE LAS BALANZAT
LIBRO TERCERO
SANANDA
EL AMOR, AL IGUAL QUE LA MAGIA, MANDA SEÑALES
DESDE CUALQUIER LUGAR

La vida está llena de señales y significados ocultos. Nicole Balanzat es una criptógrafa que ha dedicado toda su vida a los círculos de las cosechas y a los increíbles dibujos mágicos que se graban en el trigo. Esos círculos, años atrás, le trajeron al amor de su vida, y también ellos se lo llevaron. Pero puede que su inquietud y curiosidad por esos mandalas la hayan metido en la boca del lobo, y ahora todo lo que ella ha descubierto sobre los agroglifos, deba ser silenciado. Dan siempre dedicó su vida a la ciencia. Pero nunca pensó que, entre el trigo, su perspectiva cambiara para siempre cuando conoció a esa mujer de pelo rojo y ojos verdes. Se enamoró de Nicole Balanzat perdidamente.

Lena Valenti

Sananda. Libro III

Las hermanas Balanzat - 03

ePub r1.0
Titivillus 24.02.2017

Título original: *Sananda. Libro III*
Lena Valenti, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Debo agradecer a muchas personas que hoy SANANDA sea lo que es. Más que un libro, más que un trilogía. *Sananda* es magia, música y amor, tres elementos fundamentales para nuestra vida.

Gracias como siempre a mi editor, Valen, porque si yo creo en la magia es en parte por magos como él.

A David Ros y a Garson por realizar los arreglos a las canciones que compuse, por su gentileza, su talento, y por prestar sus increíbles voces en este proyecto. Al estudio de producción musical SOIART.

Supongo que ya sabéis que *Sananda* no solo se lee, también se escucha. Porque siempre se puede dar algo más, ¿no creéis?

A todos mis lectores: Gracias por leer con tanto cariño cada una de mis historias. Quiero que disfrutéis de este libro como nunca.

Solo os pido que no dudéis en escuchar la banda sonora original de Sananda. Son canciones que yo oía en mi cabeza, que saqué con una guitarra y que están en el libro, y que con la ayuda de estos músicos increíbles, se han hecho realidad hasta convertirse en música de película.

Apoyad la literatura y apoyad la música. Apoyad todo lo que nos hace especiales y todo lo que nos emociona.

Y creed. Por favor, creed siempre en la magia y en el amor.

Así nacieron las Balanzat…

EIVISSA

Es Vedrà

Hay cosas a las que con solo echarles un vistazo uno percibe que no son nada ordinarias. Hay lugares marcados por una extraña energía a la que los humanos no sabemos ponerle nombre, por mucho que sintamos en nuestro fuero interno que algo especial sucede ahí. Nos encanta observarlos y gozar de ellos sin pagar entrada ni pedir permiso, porque consideramos que no están regidos ni por estatutos comunitarios ni son propiedad de nadie en especial. Están ahí para la contemplación y el goce, vengan del mundo que vengan. Son Patrimonio de la Humanidad.

Eso sucede con Es Vedrà. Es Vedrà formaba parte de Eivissa en la antigüedad; pero un día, por alguna extraña razón, decidió independizarse de ella y nadar a través del mar hasta quedarse flotando como una roca, parecida a una espectacular catedral gótica, que flanqueaba a los ibicencos, guardándoles, protegiéndoles y amándoles desde la distancia, pero fuera de ellos y de su núcleo. La atrevida fechoría de Es Vedrà para con Ibiza fue el acto de independencia más pacífico y natural de la historia, en el que ni los intereses ni los prejuicios humanos podían delimitar si uno podía liberarse o no. Y es que… ¿quién se puede oponer a las fuerzas de la Naturaleza?

Las Antiguas, llamadas mujeres de Iboshim, aquelarres de sabias y ancestrales brujas que poblaban las islas desde época fenicia, ocultas solo para aquellos que no las quisieran ver, contaban en *petit comité* que Es

Vedrà necesitaba el aislamiento para mantenerse pura y acumular energía, puesto que era y sería un importantísimo punto de equilibrio telúrico y magnético para la Tierra. No sabían decir por qué era así, pero así era. Por tanto, aquella gigantesca roca, fuente de leyendas, mitos, magia y todo tipo de sucesos paranormales, emergía de las profundidades del mar Mediterráneo, desde sus entrañas, para hacer de vigía de la gente de Eivissa y bañarlos con su poder. Ofreciéndose para ellos siempre que lo necesitaran y siempre que la respetaran.

Y allí estaba Amanda Balanzat, descendiente de las mujeres de Iboshim. A sus treinta y cinco años, tenía unos dolores de parto tan fuertes que parecía que la estaban matando. Cada contracción le arrancaba un año de vida, y suponía que, una vez diera a luz, su larguísimo pelo rojo estaría entrecano y las comisuras de sus ojos verdes lucirían arrugas marchitas; lamentablemente, ninguna de ellas sería causada por sonreír.

Los médicos le habían recomendado que no tuviera esos bebés. Su embarazo había sido declarado de alto riesgo y por eso decidió no continuar visitando a su equipo médico, pues ya no confiaban en el éxito del alumbramiento. Amanda no quería dar marcha atrás; sus ginecólogos decían que lo mejor para preservar su salud era abortar, y aquella diatriba había generado un serio conflicto entre ellos, más aún, sabiendo que su madre, Pietat, había sido una doctora muy respetada en las islas.

No obstante, los médicos no creían en aquello que las Balanzat, temidas por algunos, tenían por ciencia cierta, como eran los conocimientos, tan antiguos como la mismísima vida de sus maravillosas islas, que atesoraban con celo y que habían sido transmitidos de generación en generación desde la Antigüedad.

Es Vedrà era mágica y tan real como que el sol salía cada mañana y la luna se alzaba por las noches, tan mágica como había sido su caso de embarazo. Amanda había sido declarada rematadamente estéril. Con solo un ovario, «un tanto poliquístico» como decía ella, se había quedado embarazada en contra de los diagnósticos aplastantes de sus médicos.

Y no solo de un bebé. Ni de dos.

Tres. Tres eran las bebés que esperaban nacer de su vientre abultado, estriado y varicoso. Una cuna de carne que las había resguardado el tiempo

necesario como para que se formaran, pero no el suficiente y recomendado para que las pequeñas, que no serían trillizas idénticas, pudieran sobrevivir a la vida fuera de su protector interior.

Amanda acarició la parte baja de su barriga y tomó aire por la nariz para sacarlo por la boca. Aquello debía salir bien. El linaje de las Balanzat no podía acabar solo con ella; ellas eran las guardianas de Eivissa y su línea de sangre debía persistir.

Mamá Pietat, su madre, y su amado y descuidado marido, Ángel, la acompañaban para la ocasión. Una le secaba el sudor de la frente con un paño blanco remojado en el agua fría de la orilla del islote mientras recitaba una oración a Es Vedrà. Tenía el pelo blanco trenzado, y sus ojos azules y conmovedoramente claros, a diferencia de su hija, sí tenían arrugas de felicidad a su alrededor. La mujer no dejaba de sonreír, alegre por saber que las Balanzat proseguirían su camino en la vida de la mano de esas tres niñas que verían la luz de la luna llena esa misma noche. Pietat se negaba a creer otra cosa que no fuera un éxito rotundo en el parto.

—Tú, que eres madre y sostienes a tus hijos; tú, que nos vigilas y no juzgas; tú, que nos ayudas y nos purgas. Sobre tus faldas yace mi hija, la tuya; ayúdala a dar vida y ayúdala a sanar después. La vida con muerte no es vida, la vida con vida lo es. —Remojó su rostro de nuevo y acunó su mejilla roja en su mano—. Vas a estar bien, cariño. Ya lo verás.

—Me matan los dolores. Cada contracción es peor que la anterior —susurró ella dejándose mimar por su madre, abatida y ya muy cansada.

—Lo sé, amor —dijo Ángel encendiendo la última vela pequeña y de tallo grueso a su alrededor. Se incorporó y con el índice recolocó sus gafas de pasta negra, que se habían deslizado debido al sudor sobre el puente de su gran nariz.

Amanda observó a Ángel y se sorprendió de lo mucho que lo seguía amando. A muchas parejas el tiempo les desgastaba, aniquilando todo el amor que un día habían sentido el uno por el otro, como si fuera un recuerdo de un sueño; pero ese no era su caso.

Basaron su relación en el respeto y en la admiración mutua que se profesaban como personas. Su amor no había sido nada fulgurante, se había

forjado a fuego lento, y de ello había resultado un inmejorable cocido del que todavía paladeaban su sabor.

¿Qué futuro podrían haber tenido una curandera y el diseñador de la planta desalinizadora de Formentera? Probablemente no mucho.

Ángel era un hombre de negocios, muy rico y de ideas muy vanguardistas. Ella era solo una chica soñadora de un pueblo ibicenco, en Es Cubells.

Pero una noche de San Juan entre hogueras, alcohol y ritos naturistas podía dar mucho de sí. Y vaya si lo había dado. Desde entonces, la pareja se había vuelto inseparable y se habían querido tanto o más que el primer día.

Por eso Amanda no quería fallar. Necesitaba sobrevivir al suplicio de sacar a tres personitas adelante, sufriera los dolores que sufriera.

Y si ella no seguía adelante, al menos, que sus hijas conocieran al maravilloso padre que tenían y a su espléndida abuela. Que vieran la vida con los ojos vivos con los que ella la veía.

La vida era un regalo que todos merecían sin distinción.

Y su deseo más profundo era que sus hijas la experimentaran.

—De acuerdo, preciosa —le dijo Ángel colocándose tras su espalda para que ella se apoyara en él. Habían intentado facilitar todas las comodidades posibles a la parturienta pero, al final, no había nada más seguro y tranquilizador que el sostén que conferían el cuerpo y los brazos de la persona que te quería y que no permitiría que hicieras ese viaje sola.

Los hombres no sufrían dolores de parto, pero sí sufrían el temor y el dolor de ver a su mujer gritando entre lágrimas, sangrando y desfalleciendo, y Ángel no era inmune al hecho de no poder apaciguar siquiera un poco de su tormento. Pero, al menos, estaría ahí para ella. Le ofreció la mano derecha a su mujer, y ella se la cogió, amarrándose a él como si fuera un salvavidas.

—Rómpeme todos los huesos si quieres —le susurró él al oído, con ternura infinita—. No me voy a ir.

Amanda sonrió y apoyó la cabeza en su pecho. Su respiración se había disparado y ahora ya no llevaba ritmo ni control.

Mamá Pietat se arrodilló entre sus piernas y arremangó las mangas de su camisa roja de estilo ibicenco.

—Muy bien, hija. Ya estás muy dilatada. —La inspeccionó con los dedos entre las piernas—. Madre mía… Ya toco la cabeza de una de ellas —sonrió con ojos brillantes—. Cuando diga tres, empujas con fuerza.

—Mamá… —susurró llorosa— la última ecografía que me hice reflejaba que una de ellas estaba atravesada… —sorbió por la nariz—. No sé si podré… No sé si ha sido buena idea… —Las dudas, inevitablemente, la acecharon en el último momento.

—Chis, niña —la cortó la madre—. Las mujeres llevan pariendo desde hace milenios… No te va a pasar nada, cariño. Estamos en lugar sagrado y no podemos ofender a Es Vedrà. Mis nietas estaban mal colocadas antes. —Alzó los ojos claros al cielo y a la luna llena. El pico lleno de acantilados de Es Vedrà recortaba el color nocturno y lleno de luces titilantes de la bóveda celeste—. Pero ahora, el espíritu de Mamá Vedrà hará lo propio —dijo refiriéndose a la mágica roca—. Empuja —le ordenó seria y llena de determinación, sin perder de vista la expresión asustada de su hija—. ¡Empuja, Amanda!

Amanda no tardó ni un segundo en reaccionar y obedecerla. Impulsó su cuerpo hacia adelante con toda el alma y contempló a su madre, que con ojos abiertos y estupefactos, llenos de maravilla y fascinación, recibían al primer bebé en un paño rosa y caliente. Actuó con diligencia y cortó el cordón umbilical con unas tijeras nuevas que habían comprado ese mismo día. Todo era nuevo y a estrenar: las mantitas, la cuna triple que pondrían sobre la lancha para salir del islote, las gasas, los hilos… Todo sería casero para salir del paso. Después, cuando Amanda acabara de dar a luz a su tercera hija, se la llevarían al hospital municipal de Ibiza.

La bebé ni siquiera lloró. Pietat la observó con detenimiento cuando la pequeña abrió los ojos y, medio prematura como era, fijó la mirada en ella. Unos ojos tan verdes como los de Amanda. Tenía los puñitos apretados contra su pecho desnudo y resbaladizo y hacía pucheros con su boquita en forma de piñón.

—Por todos mis antepasados… —susurró Pietat, estremecida—. Esta niña tiene ojos de vieja.

—Se llamará Nicole —sentenció Amanda.

—Todos los bebés son viejos enanos al nacer —dijo Ángel, con una sonrisa estupefacta en sus labios—. Viene otra más, Pietat. Déjala en la cuna —la urgió nervioso, animando a Amanda y besándola en la coronilla.

—¡La quiero coger! —clamó Amanda.

—No, aún no —le prohibió Pietat—. Después cogerás a las tres. Ahora céntrate, esto aún no ha acabado.

—Vamos, cielo. Ya hay una parte del camino hecho —la espoleó Ángel.

Amanda lloraba con fuerza; los dolores se hacían insoportables.

Una vez había salido la primera, empujaba la segunda.

Sin embargo, esta segunda no tuvo nada que ver con la de antes. Amanda sintió una paz increíble al empujar; tanto que, incluso, pudo sentir cómo parte de su cuerpo, internamente magullado y desgarrado, se regeneraba y sanaba milagrosamente.

—¿Estás empujando? —preguntó Pietat.

—Sí… —contestó ella relamiéndose los labios—. No siento nada. ¿Por qué no siento nada?

La cabeza de la bebé emergió por la vagina de Amanda y su abuela posó sus manos cubiertas por un manto rojo para sostenerla hasta que, lentamente, todo su diminuto cuerpecito acabó arrullado por la tela polar.

—No sangras, Mandi —murmuró Pietat a su hija, tan incrédula como ella. La mujer estaba deslumbrada por la sonrisa de la niña—. Hola, *nineta meva*… —dijo estudiando su mata de pelo negro y sus ojos azules claros como los de ella—. ¿Qué le has hecho a mamá, eh? —le preguntó limpiándola y cortándole el cordón umbilical.

—Esta es Alegra —anunció Ángel.

—Bonito nombre —reconoció Pietat dejándola en la mullida y calentita cuna que habían preparado para ellas.

Ángel pegó su mejilla a la de su mujer, entrelazó sus dedos con fuerza y le dijo:

—Eres la mujer más increíble que he conocido en toda mi vida, y pienso levantar una escultura en tu nombre. Pero te queda el último esfuerzo, amor. —Ángel lloró al sentir cómo su mujer apretaba sus dedos. Estaba cansada, aunque no tenía tan mal aspecto como esperaba—. Ayuda a nacer a nuestra

tercera hija y hazme el hombre más afortunado de este mundo por tener a cuatro guerreras custodiando mi corazón.

Amanda sonrió entre lágrimas, asintió con decisión y empujó con todas sus fuerzas. Lo hizo una y otra vez, haciéndose daño por el esfuerzo. Pero la tercera no salía.

Pietat, actuando con rapidez, introdujo una mano en el interior de su hija hasta que detectó el problema.

—Viene con un nudo al cuello. El cordón la está asfixiando. Es un prolapso umbilical. —Pietat podía ser una Balanzat, una mujer de magia y misticismo, pero también era doctora y conocía todos los diagnósticos y métodos ortodoxos y sabía de lo que hablaba—. Te tengo que practicar una cesárea de riesgo.

—No. Ni hablar —dijo Ángel—. No tienes los instrumentos necesarios para ello. No quiero que se lo hagas. No es seguro ni ético.

—¡¿Y qué lo es, Ángel?! —replicó Pietat—. ¡Mi hija está sacando tres cabezas por su vagina cuando todos los médicos decían que iba a ser una locura y que el embarazo la mataría! ¡Que no sobrevivirían ni al tercer mes! —aseguró la mujer apasionada—. ¡Y mira dónde estamos! En Es Vedrà, la misma noche del alumbramiento, porque así es como debe de ser… Ahora, hazme caso y déjame ayudarla —pidió con humildad.

—No la cortes —le ordenó Ángel con voz inflexible—. Ayúdale, pero no la cortes. Si tan mágica es esta noche para las Balanzat, demuéstramelo —la presionó—. Déjame ver qué sois capaces de hacer.

—¡Mamá! ¡Sácala! —gritó Amanda.

El bebé venía en posición cefálica posterior y eso, aun siendo la tercera, presionaba más la pelvis de Amanda y complicaba el parto.

Pietat miró a Ángel dubitativa. El hombre tenía razón: una cesárea sin la instrumentación básica era muy arriesgada. Peligraría la vida de Amanda si no lo hacía ya. Pero, sin ayuda, esa bebé que venía en camino no sobreviviría.

Intentó recolocar el cordón y liberar a la pequeña de su constricción. Pondría todo de su parte para salvarla.

Después de un minuto, finalmente lo consiguió; pero la niña, que salió entre las piernas de la madre, no respiraba y tenía un color azulado

desolador.

—Ah, no. Eso sí que no. —Pietat, apresuradamente, colocó a la niña junto al calor de sus hermanas, en la cuna bien mullida y protegida, y empezó a darle masajes cardiopulmonares con solo dos de sus dedos, el índice y el corazón—. Tú tienes que vivir… Nada de dramas… ¿me oyes?

—¿Mamá? —preguntó Amanda, exhausta, levantando la cabeza, con el corazón en un puño—. Mamá, ¿qué le pasa? ¿Está bien? ¡Por favor, mamá! ¡¿Qué le pasa?!

Ángel aguantaba la respiración, compungido. Eran tres sus hijas. Tres. ¿Por qué iba a morir una de ellas si el destino de las Balanzat era vivir?

—A Sasha no le pasa nada —dijo la mujer, desesperada por hacer revivir a la cría. A ella le tocaba elegir el nombre de la más pequeña y decidió ponérselo ya, para que la pequeña supiera que existía ya en sus corazones—. Ella va a vivir. ¿Verdad, Sasha?

Y entonces, Alegra, que estaba en el medio de las tres mientras su abuela frotaba el pecho de su nieta con los dedos, hizo algo que llenó de desconcierto a Pietat. Era un bebé ochomesino, no más, tan diminuto como su antebrazo. Pero tenía los ojos bien abiertos y parecía comprender lo que estaba sucediendo con su hermana. Se giró, con su cuerpo desnudo y cubierto por su mantita roja, y por un momento levantó la cabecita y pegó la frente en el brazo sin vida de Sasha. Alegra empezó a llorar desconsoladamente, moviéndose con espasmos dentro de la manta.

Pietat, que tenía sus ojos azules llenos de lágrimas de desolación, recolocó a la bebé, porque parecía incómoda dentro de la manta, como si quisiera salir.

Sin embargo, lo que sucedió después sería una leyenda eterna para las Balanzat.

Una manita de Alegra salió disparada de entre los pliegues de la manta, como si hubiera esperado el momento de encontrar una salida, y súbitamente, producto del más puro de los milagros de la vida, sus deditos encontraron los de su hermana moribunda.

Alegra cesó su llanto y un silencio abrumador cayó sobre Es Vedrà y sus seis inquilinos.

La preciosa bebé no soltaba la mano de su hermana. Su piel se tornó un tanto azulada, y sus labios se amorataron al tiempo que el cuerpo de Sasha recuperaba un color saludable y su pecho empezaba a subir y bajar recibiendo aire renovado en sus pulmones.

El aire de la vida.

Pietat parpadeó incrédula al ver cómo Sasha, en su manto lila, revivía al contacto de su hermana, y cómo Alegra absorbía la muerte de su hermana más pequeña, por segundos de diferencia, y la sanaba, recuperándola de entre los muertos.

La mujer tomó a Alegra en brazos y la cobijó contra su cuerpo, temerosa de que la bebé perdiera su propia vida.

Pietat estaba acostumbrada a la magia, pero era lo suficientemente inteligente para discernir qué era un don de lo que no lo era. Y tenía a un don puro entre sus manos.

La pequeña se repuso rápidamente y su color cerúleo desapareció.

Sasha, entre tanto, respiraba tranquilamente y un precioso color sonrosado llegó a sus mejillas para después coger aire, como quien sale del agua después de bucear durante largo rato, y soltar un grito melódico que se escucharía en toda la isla y hasta en Formentera.

—¿Esa es Sasha? —preguntó Ángel estupefacto—. ¿Está…? ¿Está viva?

Pietat asintió con la cabeza y se secó las lágrimas con el antebrazo, manchado de sangre de su sangre; carne de su carne.

—Sí —contestó asegurándose de que la auténtica salvadora estaba bien —. Sí… No os vais a creer lo que ha pasado. —Aunque le costó morderse la lengua, ya se lo contaría. En aquel momento lo importante era que las niñas conocieran a su madre y recibieran su calor.

Ángel y Amanda se miraron el uno al otro, maravillados por la revelación. La madre y las hijas estaban bien; las cuatro vivas. ¡Era un milagro!

Pietat dejó a Alegra sobre el pecho de su madre, y esta le sonrió, llena de amor y devoción por ellas. Después llegaron Nicole, la mayor, y Sasha, la pequeña y más luchadora de las tres.

Con Alegra en medio, flanqueada por sus dos hermanas, rodeadas por los brazos de su madre, y Amanda y Ángel felices y fascinados por las tres

vidas que habían creado, Pietat, la abuela, solo tenía una cosa en mente: tal vez Es Vedrà había dotado aquel nacimiento imposible de una magia que ninguno de ellos podía en realidad comprender.

Tal vez la roca les había ayudado con todo su poder telúrico y ancestral, y no recelaba; pero tampoco dudaba, y estaba segurísima, de que Alegra, la mediana, era propietaria de un don que entonces no sabían hasta dónde podría llegar. Un poderoso don, tan hermoso y altruista como el más purísimo y antiguo amor.

Y era su labor, la de Amanda y Ángel, y la de la gente que la amaría durante su vida, cuidarla y resguardarla de los intereses de aquellos que querrían su poder para sí mismos.

Las tres serían especiales. Las tres habían nacido el uno de marzo, el día de las Islas Baleares, mientras las hogueras iluminaban las orillas de las calas ibicencas y los fuegos artificiales empezaban a inundar el cielo estrellado. Tres ángeles habían nacido durante los gritos de jolgorio de la gente que disfrutaba de una festividad de las islas.

Ellos no lo sabrían jamás. El resto del mundo no lo sabría jamás. Pero sus islas habían recibido nuevos dones, más puros que la tierra que pisaban, llamados Nicole, Alegra y Sasha; y eran las niñas de sus ojos, las descendientes de las Antiguas de Iboshim.

Las Balanzat.

1

En la actualidad

Todo en Eivissa volvía a su cauce, y de nuevo la armonía reinaba en Sananda. El huracán fue considerado un bluf y una gran cagada de las estaciones meteorológicas. Pero las Balanzat sabían que era su responsabilidad. Que ellas lo habían solucionado.

Del grupo Merwyn nunca más se supo. Fue como si se los hubiera engullido el mar. Y, secretamente, así había sido. Meritxell estaba al tanto de todo, y tampoco pidió más explicaciones. Las Balanzat cuidaban de la isla. Ergo, ella cuidaría de ellas.

Sentados alrededor de la tele de plasma, con un buen bol de palomitas, patatas, aceitunas, vinos y bebidas de todo tipo, las Balanzat al completo, con Nil, Lucas y David de invitados, veían el partido de ida de la Supercopa de España que disputaba el Barcelona contra el Sevilla en el Camp Nou.

Kilian, que había salido en la segunda parte sustituyendo a Neymar, había marcado un golazo de chilena que decían, que si hubiera sido en Liga oficial, sería el más bonito de la temporada.

Y todos lo habían celebrado con alegría y jolgorio.

Al finalizar el partido, habían querido entrevistar a Kilian y hacerle unas preguntas personales y después de contestar las típicas sobre el partido llegó la pregunta clave:

—¿A quién le dedica «La Bestia» los goles?

Kilian sonrió, miró a cámara, todo sudado, como un experto que controlase su entorno y contestó:

—Se lo dedico a muchas personas. A mi madre, que ya no está. A mi hermano que nunca me dio por perdido. A mi familia de Eivissa, que estará sentada en una casa mágica viendo el partido, y a mi padre, que hoy, por primera vez, está en la grada viéndome jugar —había tantísima sinceridad y verdad en sus ojos verdes, que traspasaba la pantalla—. Pero sobre todo, sobre todo —dejó claro—. Se lo dedico a mi chica.

—Oooohh —exclamaron Alegra, Amanda y Pietat—. Qué bonito.

—Bien dicho, tío. —Nil brindó alzando su cerveza.

—Se lo dedico a mi Sushi, que está con mi padre en la grada —sonrió como un niño enamorado—. Ella es la Reina de Corazones, el amor de mi vida. Se lo dedico a ella por devolverme el polvo de hada y enseñarme a volar.

El periodista sonreía mirándolo como si estuviera loco. Un loco buenísimo en el campo. Así que daba igual sus excentricidades fuera de él.

Alegra extendió la mano hacia Nicole.

—Venga. Dame lo que me debes. Veinte euros. Te dije que no tardaría nada en decirlo.

Nicole puso los ojos en blanco y se levantó del sofá, después de ponerle veinte euros en la palma de la mano.

—Al final, valía la pena. Hicimos bien en tener fe en él.

—¿Quieres que te llevemos al aeropuerto, Nicole? —le preguntó Nil desde el comedor.

Nicole negó con la cabeza y agarró la maleta con la que hacía unas semanas había llegado a Ibiza.

—Gracias, pero no. Cogeré un taxi.

Después de besar a toda la familia, dar abrazos a los nuevos y achuchones a los que ya estaban desde siempre, el taxi de Nicole la vino a buscar a Es Cubells.

Pero antes de partir, se detuvo bajo el marco de la puerta y dijo:

—Quiero jugarme otros veinte euros.

—¿Conmigo? —preguntó Alegra divertida—. Los vas a perder.

—No. Contigo no. No tengo tanto dinero… Con David sí.

El periodista, que tantas noticias había cubierto y encubierto respecto a ellas, elevó las cejas y se quedó perplejo por la proposición.

—¿Conmigo?

—Sí. —Nicole se echó mano al bolsillo trasero de su tejano y sacó otro billete—. Me juego veinte euros, a que eres incapaz de coger a Kilian y decirle que tú y Geri estáis enamorados.

Las Balanzat se quedaron con la boca abierta, pero David se echó a reír.

—Qué bruja es —murmuró encogiéndose de hombros y sonriendo a Nil.

Nicole se perdió la exclamación de Nil diciéndole a su hermano mayor.

—¡¿Eres gay?! ¡¿Por qué no sabía nada?!

Y también se perdió la de Lucas diciendo:

—Nil, eres muy tonto.

Por fin podía regresar a Inglaterra. Decían que los conflictos con los campos de trigo se habían solucionado y los cerealólogos y criptólogos por fin podían volver al trabajo.

Nicole tenía muchas ganas de poner su portátil en marcha y revisar toda la información acumulada. Se acercaba un mes con muchísimo por hacer después de un verano muy movido en cuanto a señales. En septiembre se creaban *Crop Circles* inmensos y llenos de mensaje y ella adoraba verlos y estudiarlos en profundidad. Y más ahora, con la información en forma de clave musical que su hermana Sasha le había facilitado. Tal vez podría sacar algo en claro con ello.

En el taxi sonó la nueva canción de Roxette que había compuesto Sasha. *It just Happens*… Nicole sonrió y negó con la cabeza.

Su hermana era una romántica empedernida. Y esa canción la hacía llorar. Maldita fuera. Fue a coger un paquete de clínex de su bolso pero el taxi se detuvo a dos kilómetros del aeropuerto. Nicole lo veía de lejos, y no entendía por qué se detenía cuando estaba a punto de llegar.

—¿Hay algún problema? —preguntó Nicole extrañada.

El taxista se dio la vuelta y la observó. Tenía el pelo rubio muy corto, los ojos negros y la perilla muy bien recortada.

—¿Es usted Nicole Balanzat? —preguntó con acento inglés.

—Depende. ¿Quién lo quiere saber? —dijo la pelirroja con cara de armas tomar.

El hombre sacó una diminuta pistola con algo parecido a un dardo en su cañón.

Lo disparó contra Nicole y le dio de lleno en el cuello.

No sabría quién la buscaba.

La oscuridad la abrazó y se la llevó con ella.

2

Ginebra. Frontera Franco-Suiza
Tiempo atrás

Él lo sabía. Era un traidor. Un hombre de ciencia al que la fe, los mensajes en los campos y el amor incondicional y loco de una mujer que veía más allá que microscopios, telescopios y algoritmos, había transformado para siempre.

Lo sabía.

Sabía que estaba ahí, en aquel momento, en ese preciso lugar, para detener aquella locura. Una locura que él, como miembro inicial del CERN, había apoyado a ciegas. Pero ahora, con todo lo descubierto, con todo lo averiguado, debía dejar de respaldar.

Él lo sabía.

Sabía que debía impedir que el colisionador de Hadrones, llamado LHC, funcionara correctamente. Debía evitar aquella inauguración como fuese. Porque conocía el peligro que conllevaba.

Porque ahora era consciente de todo lo que acontecía en el planeta y sabía cuál era el motivo y el objetivo de aquella nueva puesta en escena del acelerador. No importaba las mejoras que habían habido después del cierre del dos mil trece. La verdadera inquietud era encontrar partículas mucho más complejas que el Bosón de Higgs y abrir la puerta de un nuevo Reino de la Física. Sin embargo, para abrir la puerta que iban a elegir, debían estar muy

preparados para las consecuencias negativas que eso pudiera conllevar. Y la humanidad aún no estaba lista.

En su defensa, el CERN decía que el LHC no iba a provocar daños, dado que cualquier rayo cósmico que llegaba a la tierra tendría miles de veces más energía que la que daría lugar en el interior del acelerador.

Pero él sabía perfectamente que si se trabajaba con materia oscura, a niveles nucleares, por ínfima que fuera, siempre había consecuencias, unas menores y otras mayores, porque todo quedaba registrado dentro de los parámetros de la energía terrestre y de su equilibrio. Siempre habían cambios perceptibles.

El LHC no era un juego. Cuando se reiniciase, colisionaría protones a trece mil millones de electronvoltios. ¿Riesgos? Demasiados.

Desde provocar un agujero negro que engulliría al planeta, hasta descubrir una partícula supersimétrica, a la que ya le habían puesto nombre, gluino, y cuyo control podría ocasionar aperturas de portales dimensionales e incluso el control del tiempo.

El problema era que Dan sabía para qué querían todo aquello. Y con todo lo que había aprendido en su etapa con Nicole y los cerealólogos, no podía hacer la vista gorda y no alertar a las Naciones Unidas sobre lo que pronto iba a acontecer.

Había sacrificado mucho, demasiado por todo aquello, y ahora estaba dispuesto a todo por detener aquella locura.

Iba a ser una cita ineludible para personalidades políticas de las primeras potencias de Europa. Un gran número de coches presidenciales habían desfilado por las instalaciones, y además, muchísimos colegas de profesión, mucho más reputados que él, habían sido invitados al evento. Y todos, uno a uno, presentaban sus credenciales para internarse y tomar su lugar privilegiado.

Con esa decisión iba a entrar a las instalaciones del CERN, cuando dos miembros de seguridad a los que no conocía, lo detuvieron antes de que pasara su tarjeta de identificación.

Los miró sorprendidos.

—Disculpen —les enseñó su identificación—. Soy Dan Williamson. Formo parte del equipo de trabajo del colisionador.

Los dos chicos de seguridad llamaron a un tercero, sin dejar la identificación ni devolvérsela. Como siempre, había llegado de los primeros.

Ese tercer hombre, al que nunca había visto, fue el encargado de acorralarlo inesperadamente, y con ayuda de los otros dos, drogarle inyectándole algo en el cuello.

Dan no era un luchador, era un hombre de ciencia, pero siempre había intentado mantenerse en forma. Aun así, no sabía pelear, pues su mayor arma era su cerebro. Así que, aunque hubiera querido, no podría haberse resistido a esos tres hombres de seguridad. Le inyectaron algún tipo de paralizante que lo dejó inmóvil pero consciente en todo momento, y lo dejaron en un descampado cerca del CERN, tirado en el suelo, oculto entre arboledas verdes y frondosas.

Dan solo podía respirar y escuchar. Nada más. Su cerebro era el único que se movía a la velocidad de la luz, pensando en quién y cómo había descubierto lo que él había hecho en aquel increíble tubo en el que se uniría la física cuántica y la cosmológica.

Lo habían cazado.

En ese momento, los tres hombres le rodearon, y empezaron a usarlo como si fuera un saco de boxeo al que debían patear sin compasión.

En la primera patada que recibió en la cara y le saltaron las gafas, supo, después del dolor punzante y atroz, que esos individuos tenían la orden de acabar con él. Seguramente, su cuerpo desaparecería, lo quemarían y jamás lo encontrarían. Podía oír y sentir cómo las costillas se le partían, cómo el bazo le reventaba.

Lo estaban matando. Y se estaban ensañando.

A lo mejor pretendían hacer creer a la policía que unos pandilleros lo habían cogido antes de llegar al trabajo, le habían intentado robar y después le habían dado una paliza mortal. O, sencillamente, jamás se podría demostrar que él había estado allí.

Como fuera, hubo un momento, mientras se ahogaba preso de la presión del pecho y de la caja torácica rota, confiado de inhalar por última vez, que dejó de sentir los golpes.

Y solo, solo pensó en ella. En la mujer que lo cambió todo, y que le habló de los mensajes que leía en los círculos, que tenían relación directa con lo que él hacía.

Vagamente, oyó cómo el movil de uno de ellos sonaba, y cómo parecían ordenarle que regresaran a las instalaciones, porque habían problemas de seguridad inesperados.

Los tres lo miraron con desprecio, y uno de ellos, que tenía una cicatriz en la frente y el pelo negro recogido en una coleta, se acuclilló a su lado y le dijo:

—Después seguiremos contigo. No te muevas, cuatro ojos —se rió de su propio chiste, pues con casi todos los huesos rotos de su cuerpo, difícilmente iba a moverse, o a sobrevivir cinco minutos más.

Pero lo dejaron solo. Y pensó, agradecido, que al menos podía morir pensando en la mujer que amaba, imaginándosela entre los campos dorados de trigo, caminando alrededor de los círculos, sonriéndole con un amor que él nunca imaginó experimentar.

Se moría… se estaba muriendo. Qué extraño era ser consciente de ello. Qué rápido había sido todo. Ese día se levantó creyendo que podía detener y boicotear la inauguración del acelerador. Y acababa apaleado y roto por completo fuera de las instalaciones del CERN.

Pero eso no era lo peor. Lo peor era morir solo, cuando una vez imaginó que la vida le daría la oportunidad de regresar al lado de su pelirroja y envejecer con ella.

Tenía treinta años.

Iba a morir muy joven. Asesinado.

De repente, el cielo sobre Ginebra se iluminó por unos segundos.

Dan movió los ojos para ver lo poco que podía contemplar del cielo, a través de la sangre, la hinchazón y sus propias lágrimas.

El acelerador funcionaría. Pero no como ellos esperaban. El agujero negro que podría crear sería de proporciones épicas, por eso hizo unas leves modificaciones en alguna turbina de resistencia. Sus colegas no le creyeron cuando dijo que no era buena idea volverlo a poner en marcha sin antes valorar todos los pros y los contras de la iniciativa. No lo tomaron en cuenta. Pero él sí. Colisionarían los protones, sí, pero no con la fuerza como

para absorber materia. De eso ya se había encargado él. Tendría otras consecuencias, pero siempre menores de las que se habrían producido de haber funcionado todo con normalidad.

Le faltó el aire e intentó parpadear, pero le era imposible.

«Nicole. Nicole…».

Y de repente, cuando los ojos se le cerraban para siempre, algo destelló al otro lado de aquella solitaria arboleda donde le habían dado la primera, única y última paliza de su vida.

Los árboles se iluminaron, y a través de sus majestuosos troncos apareció una silueta de mujer, recortada, avanzando dubitativamente. Tenía el pelo largo y suelto, rojo, y parecía perdida.

Entonces, la mujer lo detectó, y Dan no podía creer lo que estaban viendo sus ojos.

Era Nicole, tan aturdida como él estaba. Parecía sudorosa y mareada, pero nada de eso alteraba su belleza. El cerebro contusionado de Dan no comprendía nada.

—¡¿Dan?! ¡Por Dios, Dan! Oh, Dios… Dan… ¡¿Qué te hicieron?! ¡Te sacaré de aquí! ¡¿Dónde…?! —sus ojos verdes estudiaron sus alrededores totalmente desorientada—. ¡¿Dónde estamos?!

La dejó de ver. Solo pudo sentir cómo lo sujetaba por debajo de las axilas y lo arrastraba campo a través, mientras la oía llorar y gritar pidiendo ayuda, auxilio para él mirando al cielo nocturno.

Percibió cruzar una especie de pantalla de plasma caliente, y olió, además de su propia sangre, el inequívoco e inconfundible olor de los campos de cereales ingleses. Nunca olvidaría ese olor.

Escuchó cómo Nicole le decía algo al oído y se iba a buscar ayuda dejándolo en tierra, entre las altas espigas de los campos de cultivo, despidiéndose de él dándole un suave beso en la frente y otro en los labios.

Dios… No le quedaba mucho tiempo de vida. Estaba paralizado, reventado por dentro, destrozado por fuera. Y solo. Solo.

«¿Dónde ha ido Nicole?», se preguntaba.

Miró al cielo y descubrió que aquel no era el mismo techo estelar de Ginebra. Ahí había una gran luna, y estrellas. Muchas estrellas. En Ginebra no se veía la luna, porque las nubes espesas y eléctricas que el acelerador

había atraído lo impedían. Allí, donde se encontraba, no había nubes. Sí luceros brillantes que como ángeles le acompañarían en su camino a la otra vida.

Pero, para sorpresa de Dan, la muerte no llegó.

Lo que sí vino fue un increíble haz de luz desde el cielo, que lo bañó por entero, rodeado por pequeñas bolitas luminosas e iridiscentes que empezaron a voltear a su alrededor dibujando círculos de todos los tamaños. Habían salido de la nada, y tenía la sensación de que le estaban quemando el cuerpo.

Se vio sumido en un efecto microondas repentino, provocado por algo externo a lo que no supo ponerle nombre. Y todo, absolutamente todo, cambió.

Solo el tiempo y la clarividencia le ayudarían a comprender qué tipo de experiencia había vivido y cómo, cuando ya se daba por muerto, apareció Nicole de la nada, lo trasladó a otro lugar moviéndolo a través del espacio, y después logró sobrevivir bañado por la energía de las misteriosas luces del cielo.

3

En la actualidad

A Nicole le costó abrir los ojos de nuevo.

Sentía la boca pastosa, y los miembros de su cuerpo laxos y sin fuerza alguna le pesaban una barbaridad.

No podía respirar bien, el aire no fluía limpio a través de su boca y de su nariz. Tardó unos segundos en darse cuenta de que era así porque le habían cubierto la cabeza con un saco de tela negra, cuyo olor le desagradaba. Entonces descubrió que sí tenía los ojos abiertos, pero no veía nada.

Recordaba haber subido al taxi en Es Cubells. El coche se había detenido antes de llegar al aeropuerto, y de repente, el conductor se giró hacia ella con una pistola en mano y le disparó algo parecido a un dardo, que la noqueó *ipso facto*.

Ahora no tenía ni idea de dónde se encontraba. ¿Seguía en Ibiza? ¿Dónde estaba?

Si afinaba los sentidos, podía escuchar un goteo lento pero constante cerca de donde ella se encontraba. Y ruido parecido al que hacía el agua a través de las tuberías cuando alguien tiraba de la cadena.

Intentó mover las manos, pero las notó a la espalda, atadas por cordeles de plástico, bridas ajustadas al límite que le cortaban la circulación. Sentía los dedos de las manos fríos, al igual que las plantas de los pies. El corazón le palpitaba con fuerza en la yugular, justo donde ese dardo afilado se había clavado. Estaba sola y en peligro.

Por Dios… Pero, ¿dónde se hallaba? ¿Quién le había hecho eso?

Un pensamiento cruzó su mente como una estrella fugaz. El nudo de las brujas alertaría a su familia. Siempre lo hacía. Su conexión mágica, su vinculación, emergería y ellas sentirían que estaba en serio peligro. Sin embargo, toda su esperanza se esfumó cuando recordó que no lo llevaba puesto. Que el último ardió en su cuello cuando Sasha estuvo a punto de morir quemada en su estudio por culpa de los hechizos de aquel grupo gótico de brujos llamados Merwyn Boys.

Mamá Pietat les había vuelto a hacer uno a cada una, pero ella lo guardaba en la maleta. Y si el nudo no estaba en contacto con su cuerpo y su piel, no hacía efecto.

«Mierda… Nicole, ¿cómo no lo llevas puesto? Cómo me duele la cabeza…», pensó aturdida y asustada.

—¿Asustada, señorita Balanzat?

Fue su voz. Una cadencia siniestra y helada, totalmente discordante y deshumanizada la que le puso en guardia y la despertó de golpe, eliminando los restos de droga que hasta entonces la tenían azorada en su despertar.

Era la primera vez que oía un conjunto de palabras sin habla ni emoción, como si el que las pronunciara no empatizase con nada más que no fuera él mismo y el macabro universo que Nicole no dudaba que contenía su mente. No sabía quién era ese hombre. Pero sintió pavor al estar con él encerrada, como si esperase en el corredor de la muerte.

Un fuerte tirón en la cabeza la hizo gritar. Le acababan de quitar la bolsa de tela negra y por el camino le habían cogido un mechón de pelo rojo rizado.

A Nicole le molestó la claridad de la única bombilla solitaria y pobre que pendía de aquel techo mugriento y húmedo. ¿Eran unas catacumbas? ¿Dónde demonios estaba?

Abrió y cerró los ojos con la intención de concentrarse en la figura que tenía ante ella. No. No le gustaba en absoluto.

Era un tipo alto. De piel muy pálida y una patente alopecia. Sus cejas, bueno lo poco que quedaba de ellas, eran negras, y sus ojos igual de oscuros extrañamente ovalados, apenas parpadeaban cuando la miraban. Llevaba

pantalón largo negro y una camisa de manga corta blanca. Parecía un banquero, un oficinista de ventanilla al que no le daba el sol ni la alegría.

Sus labios eran delgados y pálidos, y tenía la boca pequeña. Sus pómulos hundidos ensalzaban más aquella mirada hórrida, sin compasión.

Lo tenía a un palmo de su cuerpo, de pie, entre sus piernas, y para mirarlo bien debía alzar la cabeza y echar el cuello hacia atrás. No era fácil, aún tenía los músculos dormidos, y para colmo, la bombilla quedaba ubicada por encima de su cráneo pelado. Era una visión extraña e inquietante.

—¿Quién es usted? —preguntó Nicole. Tosió abruptamente al notar su garganta seca.

El individuo inclinó la cabeza a un lado rápidamente, como lo haría un réptil. Y aquello le heló la sangre, porque le recordó una pesadilla que tuvo años atrás, y que acabó con muchos de sus sueños.

—No es usted, señorita Balanzat, quien debe de hacer las preguntas —se inclinó hacia adelante, y la olió.

Sí. La olió. Y a Nicole aquello la dejó trastornada. ¿Cómo sabía cómo se llamaba?

—¿Quién es…?

—Chist —le ordenó acercando su pálida mano a su garganta. No llegó a tocarla, pero parecía que deseaba hacerlo—. La necesito.

—¿A mí?

—Necesito comprender qué es lo que saben. Y la necesito para atraerlo a él.

Nicole frunció el ceño. No entendía nada. ¿A él?

—Hemos tomado el ordenador que llevaba en su maleta. Los archivos sobre los *Crop Circles* son muy interesantes… pero están incompletos —señaló rozándole la melena roja con los dedos.

A Nicole ese simple gesto le dolió por todo el cuerpo. ¿Cómo podía ser que algo así le afectase?

—No voy a hablar con usted sobre nada. Y menos si no me cuenta por qué me han secuestrado y qué pretenden con todo esto.

Él se irguió, y a Nicole le pareció más alto que antes. Pero sus movimientos carecían de naturalidad y ritmo. Parecía que parpadeaba solo

por obligación, no como un reflejo nervioso del cuerpo. Le ponía la piel de gallina.

—Usted es la mayor de tres hermanas —comenzó él a narrar, con aquella voz llana y monótona—. Todas las mujeres de su familia gozan del desarrollo de dones especiales otorgados por cadenas genéticas de larga tradición con la magia cuántica y lo esotérico. Nacieron en un punto telúrico de este planeta cuya energía electromagnética es de cierta importancia para el equilibrio de esta tierra. Como la mayor, es la más fuerte —sus labios se estiraron en lo que pretendía que fuera una sonrisa. Pero el gesto estaba muy alejado de ello—. Es segura de sí misma. Le gusta el control. Es una experta en leer señales, por eso atisba a ver fragmentos del destino. Es una terrestre extraordinaria y muy inteligente… —se medio acuclilló entre sus piernas y la miró directamente a los ojos—. Pero su afición y su obsesión, señorita Balanzat, son muy peligrosas. De hecho, la acaban de poner en un serio aprieto. En principio, nunca nos sentimos amenazados por los cerealólogos. Muchos tienen sueños románticos en la cabeza, y nos hemos encargado de que sus videos y sus informaciones carezcan de credibilidad. Pero las consecuencias de los que usted ha descifrado, sea lo que sea —la observó como si fuera un ser enigmático—, sí nos ha llamado la atención.

¿Lo que ella había descifrado? ¿Cómo sabía lo que ella había descubierto?

—¿A quiénes? —insistió ella—. ¿A quiénes les ha llamado la atención?

—A nosotros —contestó con obviedad—. Nada de eso debe salir a la luz. No es aconsejable.

—¿Puedo saber cómo se llama, al menos?

Su rictus se tornó circunspecto, valorando aquella opción.

—Siempre me maravilló la importancia que le dan a los nombres, a los egos. Pero supongo que dadas sus circunstancias, no cambiará nada que usted lo sepa. Mi nombre es Arka.

—Arka —musitó ella—. ¿Qué nombre es ese?

—¿Qué nombre es Nicole?

—¿Qué quieren de mí? —preguntó cada vez más vulnerable.

—Ya se lo he dicho, señorita Balanzat. La necesito. Y necesito saber cuánto ha compartido con él y con otros de todo lo que usted sabe sobre los

mensajes de los círculos de las cosechas. Me fascina cómo funciona su cabeza y cómo lee lo que nadie más puede leer. Quiero saber cómo lo hace. Quiero lo que usted sabe y encontrar el resto de archivos que posee. Y, sobre todo, lo quiero a él.

Nicole tragó saliva y sacudió la cabeza con nerviosismo.

—Son mis estudios de largos años en Wiltshire —contestó ella—. Y es información confidencial. Comprenderá que no la guarde toda en un mismo lugar.

—Eso es lo de menos. Queremos que nos lo dé todo.

—Y yo quiero salir de aquí con vida —espetó sin pensarlo—. Y me temo que eso no está en sus planes.

El individuo llamado Arka volvió a mover la cabeza como un lagarto, y su rostro no reflejó ni pensamiento ni emoción.

—No hace falta que usted me diga nada voluntariamente. Puedo sonsacarle lo que me plazca. Y no será agradable. Se lo aseguro. Pero no la mataremos. Aún no —los ojos negros brillaron maliciosos—. De nada nos sirve muerta. Un cebo es más sabroso cuando todavía circula la sangre por sus venas. ¿No dicen eso?

Nicole se echó a temblar. La sensación de estar tan a la merced de alguien era horrible. Y más si ese alguien parecía de todo menos humano.

—La tendremos aquí el tiempo que sea necesario. Hasta que él venga. Saldrá de su escondrijo.

—¿Pero quién demonios es él? ¿Quién espera que venga? ¿Superman?

Él negó con la cabeza.

—Superman era un extraterrestre enamorado de una periodista, ¿me equivoco?

—Sí.

—¿Se llama usted Lois Lane?

—No. —Pero ese hombre sí tenía un contundente parecido a Lex Luthor. Exudaba vileza por cada poro de su piel.

—Entonces no espere a Superman —la cortó de golpe—. Más vale que empecemos con usted cuanto antes. Hay muchas maneras de mantenerla con vida, aunque nunca más vuelva a ser la misma. Primero obtendremos todo lo

que necesitamos. Después bastará con que su corazón y sus pulmones sigan funcionando.

—¡Suélteme! —se removió en la silla, intentando liberarse de esa prisión a la que la habían sometido a la fuerza. No se podía creer que fuera a morir en ese agujero a manos de alguien así—. ¡No! ¡Suélteme!

Arka abrió la palma de la mano, tan blanca y venosa como la piel de todo su cuerpo, y la colocó a un dedo del hermoso rostro de Nicole.

—No se resista —le recomendó—. Será lo mejor.

—¡No! ¡Suélteme! ¡Déjenme! —llorando, saltando sobre la silla, sacudiéndola de un lado al otro como podía, se llenó los pulmones de oxígeno y gritó de manera inconsciente el único nombre que le vino a la mente antes de sucumbir a la presión y a la dolorosa tortura que aquel desconocido le iba a infligir—: ¡Daaaaaaaan!

Pero, ¿qué demonios tenía esa mujer en la cabeza? Nada razonable ni comprensible para él, desde luego. Sus sinapsis, sus circuitos neuronales, todo era distinto. Pero lo más diferente en ella era su modo de razonar, de pensar, de llegar a la lógica y a lo obvio. Era como si antes de llegar a una conclusión consecuente pasara por el filtro de su corazón y de su intuición. Y Arka no comprendía nada de eso. Nada en absoluto. Él no hablaba ese idioma.

Él era un hombre de la mente.

El nivel emocional de Nicole le sobrepasaba.

La mujer estaba inconsciente. Sabía que otra intromisión a su cabeza la mataría. Ya había aguantado mucho más que cualquier otro individuo sometido a su poder, y lo había hecho con la fuerza de una incansable guerrera. Desafiándolo, incluso cuando sangraba por los ojos y la nariz. La parte frontal de su camiseta blanca estaba toda manchada de su hemorragia, y su cabeza caía sin brío ni vida hacia adelante.

Arka nunca había sentido compasión hacia nada ni nadie. Su *modus operandi* era siempre el mismo. Actuar cuando algo se salía del camino preestablecido.

No obstante, sí sentía tristeza por esa chica Balanzat, no por su destino ni por que pudiera morir, sino por que se perdiera una mente como la suya, a pesar de que él no comprendiera cómo llegaba a asociar las ideas de ese modo ni a razonarlas haciéndolas cuadrar. Lo cierto era que adentrarse en su cabeza había sido una aventura que no podía comprender. No aún.

Arka alargó su pálida mano hacia la cabeza de Nicole, la agarró del pelo suavemente y le inclinó el cuello a un lado. Sangraba también por los oídos.

Eso no era bueno. Tal vez se había sobrepasado. Tal vez la empujó demasiado, forzó la máquina. Pero había sido ella quien tomó la decisión de enfrentarse a él.

Como fuera, la recuperaría para tener otra oportunidad. No había logrado conseguir la información que buscaba, y debía darse prisa antes de que él la encontrase y la hallara muerta.

Nicole moriría. Debía morir. Era el único modo de romper con las probabilidades y las ecuaciones que habían surgido a raíz del «Fallo». Pero para atraerlo a él, su corazón aún debía bombear.

Ellos dos habían logrado doblar el tiempo y el espacio, creando una variante extraña e inestable, que ponía nerviosos a las altas jerarquías por todo lo que podía desembocar en un futuro. Por todo lo que originaba ya en el presente.

Arka era uno de los responsables de poner fin a aquella aventura. Pero Nicole debía sobrevivir para que él no la encontrara muerta y decidiera no cooperar. Después la mataría, y ambos desaparecerían de ese plano. No antes. Todo tenía su momento justo en el tiempo.

Se limpió las manos en una toalla azul oscura ubicada en la esquina de la austera y umbría sala. Parpadeó, de las pocas veces que lo hacía, y volvió a mirarla por encima del hombro.

La luz de la bombilla la iluminaba tétricamente. Podía oler la sangre desde donde estaba, y también las emociones que conllevaba al haber sido vertida… Sí, Nicole Balanzat sintió miedo al inicio de la tortura. Pero después, aquel pavor de arranque se tornó en rabia y en ira. En ganas de venganza.

Arka no había podido leer la información que quería, pero sí había jugado con su mente, induciéndole imágenes dolorosas sobre todas aquellas

personas que quería. El miedo era la mayor arma de todas. Esas ideas estaban ahora en su cerebro, en su pensamiento. Imágenes de sus Balanzat siendo torturadas, muriendo de maneras dolorosas. Aquello le había destrozado el alma. Y después, lo que la remató, imágenes de Dan de todo tipo. Abandonándola, muriendo, sufriendo palizas, traicionándola… Y si alguna vez su cerebro pudiese funcionar con normalidad, solo pensaría en todo lo que él le había sugestionado.

Y aun así, a pesar de lo que le había hecho para que ella se abriera y dejara caer los muros que protegían sus conocimientos, sus paredes, las de sus doctrinas y habilidades, ni siquiera se habían agrietado para mostrarle lo que él quería saber. Era como si Nicole no funcionara así. Y eso lo frustraba y lo maravillaba a partes iguales.

Era una pena que no pudieran aprovechar su cerebro para estudiarlo.

De nuevo, se acercó a ella, y la observó con sus ojos ausentes de carisma o de vida. Nicole abrió los ojos levemente, pero estaba perdida en el universo mental al que él le había inducido. Sus ojos verdes tenían las pupilas dilatadas, producto del *shock*.

—¿Qué…? —susurró ella—. ¿Qué has… hecho…? —su voz sonaba ahogada y seca.

—Solo muéstreme lo que quiero saber. Y todo acabará. Va a morir igualmente, Nicole Balanzat —anunció con naturalidad.

Abrió la palma de su mano y la colocó a dos dedos de su cabeza. Cerró los ojos, y se dispuso a irrumpir en tromba a través del encéfalo.

Pero algo lo detuvo. Fue la ausencia de ruido y la sensación de sentir la presencia de algo más. En los túneles donde se encontraba no podía entrar nadie. Tenía a tres hombres armados en la superficie, vigilando que nadie se acercara. Pero ya no se oía nada. Ni un pensamiento.

Movió la cabeza levemente, como si afinara el oído, y miró a su alrededor.

No. No le gustaba. Aquella era la típica calma que precedía a la tormenta.

Arka bajó la mano y cerró los dedos contra su palma, formando puños. Él no experimentaba nervios, pero sí tenía inquietudes.

Percibió la suave brisa que se colaba a través de las rendijas de la puerta metálica y oxidada de aquella sala. ¿De dónde venía la corriente? Justo cuando iba a tomar la iniciativa de acercarse a ella, esta se abrió de par en par, golpeada fuertemente por alguien. Y se abrió con tanta fuerza, que las bisagras desgastadas cedieron y saltaron por los aires.

La poca luz del exterior recortaba una figura masculina ancha y fibrada, alta, de pelo largo y rubio y una pose que se asemejaba a la de un animal dispuesto a atacar.

Arka lo miró de arriba abajo, y aunque no pudo expresar asombro en su rostro, su tono sí mostraba estupefacción.

—Tú… Has venido mucho antes de lo que esperaba. No te he oído. ¿Cómo es posible?

El hombre, que parecía un salvaje y que ni siquiera la ropa atenuaba la latente amenaza en su postura, desvió los ojos marrones claros hasta Nicole, y ahí, todo su cuerpo se tensó, y su respiración se agitó. Ella intentaba reconocerlo, pero no podía.

—Es porque nada de lo que esperáis sucederá como esperáis —dijo mirándolo a través de los largos mechones de su pelo rubio—. Todo está en movimiento. Nada se dará como queréis.

Corrió hacia Arka, haciéndole creer que iba a atacarlo de frente, pero en vez de eso, se detuvo en seco, sacó una pistola de detrás de su pantalón, estiró el brazo en su dirección y lo apuntó entre las cejas. Le disparó, atravesándole la cabeza con la bala.

Arka cayó hacia atrás de manera aparatosa y desequilibrada. Aquello tampoco se lo había esperado.

Pero lo que superó las expectativas ante el repentino enfrentamiento con ese hombre, fue lo que él hizo a continuación. No le dio tiempo a que se levantara. Se sentó sobre su espalda, y lo agarró de la nuca donde clavó sus dedos hasta internarlos en la carne. Ahí hurgó entre los músculos y la masa ósea hasta obtener lo que buscaba. Con un grito lo arrancó de golpe, llevándose con él parte de médula, bulbo raquídeo y cerebelo.

—Se acabó tu partida —le susurró dándole un golpecito a la espalda.

Después se incorporó rápidamente, y aún con aquella parte de la cabeza de Arka en mano, se acercó a la Balanzat.

Nicole no podía ni moverse. Sus ojos claros, rodeados de sangre seca, intentaban focalizar en él, pero el temblor y la inestabilidad en ellos dejaban entrever que tenía lesiones cerebrales muy serias. Aun así, todo se le vino abajo cuando ella, tan mal como estaba, dijo:

—¿Dan? ¿Eres… tú?

Acto seguido, Nicole quedó inconsciente, sentada en la silla de manera antiestética.

Sí. Sí era él. No era el mismo Dan que una vez conoció. Era diferente. Pero algo de él no había cambiado, permanecía igual.

Y era lo que sentía por ella.

Arrancó las bridas de sus muñecas, que le habían lacerado la piel, y la cogió en brazos sin decir ni una sola palabra más. La acercó a su cuerpo, arrimándola a él para transmitirle el calor que necesitaba, que ambos necesitaban, y con calma y lentitud, como si no hubiera prisa ni miedo en él, salió de la sala con Nicole a cuestas.

No como lo haría Superman. Pero sí como lo haría un auténtico héroe.

Alguien que una vez fue una persona. Y ahora era otra distinta, con nada que perder y mucho por ganar.

4

Años atrás
Roundway Hill, Devizes
Inglaterra

Nicole sobrevolaba aquel increíble *Crop Circle* con el helicóptero de Clement, el más veterano de los cerealólogos de Inglaterra. Hacía relativamente poco que vivía allí, pero con su carácter decidido y extrovertido, Nicole se había granjeado la amistad del mejor y mayor especialista en agroglifos que había en el Reino Unido. A Clement le encantaba el modo de proceder de Nicole, tan intuitivo, tan especial, y al mismo tiempo, tan metódico sin serlo especialmente.

Para él, había personas hechas para leer los símbolos que se dejaban en la tierra, y Nicole era una de esas personas elegidas, con dones innatos para interpretar señales. Y más si eran como las que quedaban grabadas en los campos ingleses.

El hombre tenía una barba rubia y entrecana prominente y espesa, y aunque rondaba los sesenta y cinco, continuaba poseyendo una melena blanca, lisa y fina, como la de los bebés. Llevaba una gorra roja en la cabeza y gafas de sol grandes que cubrieran las arrugas que la exposición al sol en los campos creaban con los años. Habló por el pinganillo del oído a Nicole, y señalándole el magnánimo agroglifo le dijo:

—¿Lo tienes? Fotografíalo bien, chica. Es maravilloso —se echó a reír invadido por la alegría—. ¡Fantástico!

Nicole hacía fotografías con su cámara Nikon que recientemente había comprado en Londres, y le devolvía la sonrisa a Clement. Llevaba una cola alta, gafas de sol Carrera rojas, pantalones cortos, una camiseta blanca de tirantes y unas zapatillas de deporte desabrochadas. Necesarias para caminar entre las cosechas, aunque daban mucho calor, por eso ella no se las ataba, así al menos el pie podía transpirar.

Aquel *Crop Circle* era increíble, de una belleza inusual, y con un mensaje que ella, solo sobrevolándolo, podía empezar a descifrar. Pero aún no se precipitaría, aunque su intuición nunca la engañaba.

Antes debería bajar a tierra, y permanecer en aquel gigante mandala el tiempo suficiente para calcular a qué hora se hizo durante la noche, y percibir la energía latente en él, y que persistiría ahí para siempre, solo para aquellos dispuestos a sentir y a ver.

Guardaría las fotos en el ordenador y realizaría el informe pertinente sobre ese dibujo, y sobre el estudio exhaustivo que tenía entre manos, y que esperaba que, con el tiempo, se convirtiera en un decálogo sobre mensajes del espacio exterior y activadores de la conciencia.

Aquel era su sueño. Por eso estaba ahí.

Publicar un libro con la verdad, contrastado, en el que participara gente muy preparada y versada en el tema, y al que todo el mundo interesado y que creyera en un cambio pudiera acceder.

Como Clement. Clement había trabajado en el telescopio de Arecibo, en Méjico. Tenía mucho que contar, y también demasiado que callar por todo lo que había visto. Un día, decidió que ya no quería trabajar para unos y para otros, y respondiendo a un llamado personal, se trasladó a Inglaterra, a vivir e investigar por su cuenta aquello que más le fascinaba. Los *Crop Circles*.

Después de un extenso vuelo y de haber tomado fotos desde todas las perspectivas, Nicole y Clement bajaron al campo, a estudiar el círculo más de cerca.

Y así lo hicieron.

Aquella noche acamparían en los alrededores de Roundway Hill, tomarían todas las muestras que debían tomar para certificar que era un *Crop*

verdadero y no uno de esos cutres que hacían algunos granjeros artistas pagados por el gobierno para desmentir el fenómeno, y que eran tan fáciles de detectar a simple vista.

Al menos para ella.

Porque para una Balanzat todo era un poco más sencillo que para los demás.

Dan Williamson sentía mucha curiosidad sobre el revuelo que creaban los círculos de trigo cada año y que movilizaban a tantos expertos y fanáticos a visitarlos y encontrarles un sentido, no solo a los símbolos, sino a sus vidas.

Dan estaba convencido de que lo que la gente quería ver en aquellas manifestaciones artísticas sobre los campos de cereales, era una explicación a la vaga existencia que vivían, y necesitaban con urgencia algo en lo que creer. Algo a lo que poder agarrarse para soportar una vida extraña y excesivamente dura en la Tierra.

Su viaje a Devizes tenía connotaciones laborales ya que formaba parte de un proyecto especial de formación en ingeniería en Cranleigh. Se suponía que él debía seleccionar a futuros integrantes del CERN. Él era físico nuclear y quería dedicarse al estudio de la estructura de la materia y las interacciones entre las partículas subatómicas, y dado que formaba parte del equipo especial y erudito que se haría cargo del acelerador de partículas, podía decirse que estaba satisfecho con lo que le deparaba la vida.

Pero, habían cosas que le fascinaban, como la emoción que despertaba en todos aquellos que creían en los símbolos del cielo una nueva manifestación sobre las cosechas, un nuevo mensaje. Suponía que era porque se asemejaba en mucho a la emoción que experimentaba él cuando estaba frente al tubo en el que los protones colisionaban. Como un niño frente a un juguete nuevo. Solo que su juguete era real. Comprobable.

El de toda esa gente que se amontonaba y meditaba en el interior de esas figuras geométricas, no lo era. Se estaban engañando.

Aquella tarde, después de salir de las oficinas de Cranleigh, decidió pasarse por Roundway Hill. Había llegado a sus oídos que se había formado un nuevo círculo esa misma noche, y él decidió ir a verlo. Sería el primero

que vería nunca en persona, a excepción de esas imágenes que casualmente habían mostrado algunas webs y blogueros, ya que el fenómeno nunca se anunciaba por televisión.

No le costó mucho encontrarlo, dado el gran número de visitantes que había alrededor de aquella colina arada verde.

Había gente de todo tipo. Normal, y también muy rara, que tomaba inspiraciones profundas para cargarse de la energía del lugar. Otros compartían la cena y charlaban sobre las lunas de Júpiter, y unos pocos, los más serios, controlaban las pantallas de sus ordenadores, como si estuvieran descifrando algún enigma. Se quedó con las ganas de acercarse a ellos y pedirles que le explicaran lo que hacían, pero no parecía que estuvieran dispuestos a compartir sus conocimientos con él.

Dan tuvo la decencia de no reírse de ellos, y sin más, se internó en el círculo de trigo.

—Caramba… es enorme —susurró mientras avanzaba entre los círculos de la figura.

Hacía calor. Era extraño, porque parecía que habían horneado algo en ese lugar. Y eso no era posible, porque si se usaban altas temperaturas directas en el trigo, lo más normal era que ardiese.

No sabía qué dibujo era el que estaba recorriendo. No conocía nada sobre ello. Pero como fuera, continuó internándose en él, caminando hacia lo que se suponía que era el centro del círculo. Oía las voces de los curiosos cada vez más lejos, y escuchaba el sonido de las cigarras, que no se habían tostado, sino que continuaban vivas.

Daba gusto caminar por ahí, era como si estuviese solo en el mundo.

La luz del atardecer caía sobre la colina, y poco a poco, privaba a propios y extraños de la claridad que necesitaban para continuar trabajando. Dan tomó su movil y encendió la linterna para enfocar el modo en que estaban doblados los tallos de los cereales. Se acuclilló para observar uno más de cerca y lo alumbró. Allí había algo extraño, justo en los nodos longitudinales.

Dan frunció el ceño y pasó el pulgar por la protuberancia.

—Me estás jodiendo el maíz.

Una voz de mujer lo sacó de su inspección y lo obligó a darse la vuelta para alumbrarla. La luz del movil enfocó unas deportivas blancas, unas piernas largas y bronceadas por el sol con pecas en las rodillas. Los muslos torneados y prietos acababan en unas caderas no demasiado anchas, a las que le seguía una cintura avispada. Esa chica era alta, tenía los brazos en jarras, y Dan pudo comprobar mientras ascendía la mirada, que sus pechos tenían una bonita forma debajo de la camiseta, que sus hombros eran hermosos y pecosos también, y que… joder… que era la mujer más guapa que había visto nunca.

Le encantaban las mujeres. Pero nunca había dado con una que le interesara lo suficiente como para que le atrajera conocerla. Pero esa chica sí que le revolucionó.

Llevaba una cola alta, cuyo pelo rojo caía por encima de sus hombros con espléndidos tirabuzones, sus pómulos eran adorables, y cuando sonreía, como en ese momento, le salía un surco en la comisura izquierda de sus labios. Pero lo que de verdad le dejó sin habla, como un pardillo inocente, fueron sus ojos, verdes, tan verdes como los campos ingleses que él había recorrido.

Y Dan se perdió en ellos, en lo grandes que eran en su cara ovalada y preciosa, y en la determinación que reflejaban.

—¿Me has oído? Me estás jodiendo el maíz —le repitió.

Dan se levantó poco a poco, soltando el tallo. Le crujieron las articulaciones de las rodillas.

—¿Cómo dices?

Nicole se rascó la ceja derecha con impaciencia y negó con la cabeza.

Ese tipo cuyos tejanos impolutos y sujetos con cinturón le quedaban tan bien, y con aspecto de demonio oculto tras los cristales de las gafas de alguien inocente e inteligente, le había llamado la atención desde que lo vio merodear alrededor de su *Crop*.

No sabía en qué grupo catalogarlo: en el de Friki sano, Friki tarado, cerealólogo independiente, cerealólogo organizado, curioso, periodista

sensacionalista, o, los que más odiaba: los informadores de la CIA. Porque los *Crops* reunían siempre a los más extremos.

Ahora, después de esa pregunta que le había hecho, sabía que no era un cerealólogo. Si lo hubiera sido, cuando ella le dijo «Me estás jodiendo el maíz», él debería haber contestado «Entonces haremos palomitas». Era la clave de los científicos y estudiosos de los agroglifos que conocían las contraseñas y los territorios de cada uno. Pero ese tipo no era de los suyos.

Sin embargo, el modo en que la miró con esos ojos caramelo llenos de vida y con el gracioso pelo rubio de la nuca que se le rizaba, le hizo sonreír. ¿De qué grupo era? Ahora sentía curiosidad.

—No eres cerealólogo —asumió.

—No —contestó nervioso, sin poder apartar la vista de su rostro—. Pero como cereales. Me gustan los de la abeja.

Nicole entreabrió la boca, sin saber muy bien qué contestar a eso, y entonces dejó ir una risita suave y cantarina.

Y Dan, tuvo que sonreír a su vez, porque escuchar aquel sonido lo hizo repentinamente feliz. Y pensó que quería hacerla reír más veces.

—Es la primera vez que estás dentro de un *Crop Circle* —Nicole lo sabía. Por eso no tuvo que preguntárselo.

Él asintió. Y también era la primera vez que veía a una sirena emerger entre el trigo. ¿Acaso no eran seres de mar? Pero eso no se lo diría.

—Bueno —dijo Nicole encogiéndose de hombros—. Pues espero que te guste la experiencia… —iba a alejarse y a continuar su camino. Tenía que tomar más muestras del círculo y apenas había claridad. Debería salir de nuevo a buscar una linterna.

—Espera. —Dan no podía dejarla marchar. La tomó de la muñeca suavemente, y sintió una descarga eléctrica en los dedos, pero no los retiró. Al contrario, se la quedó mirando maravillado.

En cambio, Nicole mudó el rostro y palideció, negando con la cabeza.

—No me fastidies… —musitó mirando la mano que la tenía apresada. Ella sabía muy bien lo que la «descarga eléctrica» significaba.

—¿Has sentido eso? —preguntó Dan—. Debe ser el círculo. Aquí hay una especie de efecto microondas, se puede comprobar en los tallos. Nos ha debido cargar de electricidad.

Nicole frunció el ceño. No era por eso. La descarga eléctrica tenía otro origen, más relacionado con las Balanzat y sus agapornis, que no con el electromagnetismo del círculo en el que estaban.

Y eso era tan inesperado que la puso nerviosa y feliz por partes iguales.

—¿Cómo sabes tú eso? ¿Cómo sabes lo del efecto microondas? Me habías dicho que no eres cerealólogo.

—Y no lo soy —contestó Dan deslizando sus dedos hasta tomarla de la mano—. Soy Dan Williamson —le dio un leve apretón de manos.

Nicole pensó que aquel ademán era atrevido, propio de un hombre que tenía las ideas claras y un par de razones bien puestas. Y eso le gustó. Su iniciativa y su valor, mezclado con el aire de bibliotecario, le pareció refrescante.

Dan. Dan Williamson. Fue repetir su nombre en su mente, y el vello se le erizó. Madre mía, se estaba metiendo en un buen lío.

—Soy Nicole Balanzat.

—Nicole… —repitió él—. Es un placer.

—Eh… sí. Igualmente —observó el móvil que él aún sujetaba, cuya linterna continuaba prendida—. Oye… si no eres cerealólogo, ¿qué eres? Y, ¿por qué sabes lo del efecto microondas? —le soltó la mano, algo nerviosa. ¿Desde cuándo un hombre le ponía nerviosa? ¿A ella? Ver para creer…

Dan, cuyo pelo rubio estaba bien peinado por delante, con la raya bien marcada, sonrió de medio lado. A Nicole le pareció tan alto y atractivo, con aquellas gafas de pasta negra y su mirada cálida, tan bien vestido… Y para colmo tenía un hoyuelo que dividía su barbilla cuadrada en dos.

—Soy físico. Trabajo para un proyecto gubernamental.

Ella se puso a la defensiva.

—Ah, no —dio un paso atrás—, me niego a hablar con nadie que tenga relación directa con las altas esferas. ¿Tienes relación con la CIA?

—No, no… —la detuvo—. No sé a lo que te refieres, pero no vengo en nombre de nadie ni en representación de nadie. Estoy aquí por iniciativa propia. Yo… bueno, ahora estoy en Cranleigh seleccionando un grupo de trabajo especial para mi siguiente proyecto. Y he decidido venir a ver los *Crops* al escuchar la noticia de que hoy mismo por la noche se había

formado uno nuevo. Solo quería ver con mis propios ojos el fenómeno, y valorar si era verdad o no.

—Claro —lo miró incrédula—. Y te crees que solo echándole un vistazo ibas a tener la verdad en tu poder. Muy soberbio por tu parte, ¿no?

Dan se encogió de hombros e hizo un mohín de disculpa.

—Supongo que sí. Muy atrevido. Pero no estoy influenciado por nadie, y mi mente física y empírica analiza y ve lo que hay, sin entrar a valorar la autoría de este *crop* que, por cierto, desconozco qué figura conforma.

Nicole se cruzó de brazos y lo miró de arriba abajo. Le estaba picando la curiosidad. ¿A qué conclusiones habría llegado un novato lumbreras como él?

—Tienes una oportunidad —anunció.

—¿Una oportunidad para qué? —preguntó Dan interesado.

—Sorpréndeme. Cuéntame qué es lo que has observado y, si me convence, y estás interesado, dejaré que veas y sepas lo que es un *Crop* a través de los ojos de un cerealólogo —se pasó la mano por la cola de caballo de manera coqueta y provocativa.

Él tragó saliva y afirmó sin dilación.

—Estoy interesado.

—Entonces, empieza. Y rápido —lo urgió—, aún queda mucho que recopilar y la noche va a ser larga.

—Sí. Bien, en estos tallos hay una clara presencia del principio de Beer Lambert —explicó con una seguridad pasmosa, colocándose bien las gafas sobre el puente de la nariz—. Esto indica que hay energía electromagnética en este lugar y que provoca el cambio de elongamiento en los nodos longitudinales. La materia absorbe la energía electromagnética que reina en el círculo. Y los nodos que, por cierto, parecen esterilizados, presentan supuraciones, como si los hubieran cocido internamente. Sea lo que sea lo que ha provocado esta formación en las cosechas, irradia una energía que obliga a los tallos a moverse, doblarse, y calentarse, sin ser tocados y sin romperse, así después pueden volver a crecer. Desconozco cómo algo así se puede formar durante la noche, sin que nadie se dé cuenta, y sin hacer ruido ni romper un solo tallo. Me deja muy… sorprendido —y era verdad. Era fascinante.

Nicole se había descruzado de brazos en cuanto él había pronunciado el principio de Beer Lambert, conocido entre los cerealólogos de raza, y por pocos más. Y Dan Williamson, solo de un vistazo, había llegado a una conclusión precisa y acertada.

Movió los labios de un lado al otro, meditando qué hacer con él, hasta que al final se decidió, consciente de que la opción que había elegido la iba a comprometer no solo esa noche, sino las del resto de su vida. Pero ella era fuerte. Sabría controlar la repentina aparición de aquel agaporni libre y curioso que la había electrocutado nada más tocarla.

—De acuerdo. ¿Estás dispuesto a recibir una clase intensiva sobre los *Crop Circles*?

Dan asintió, deseoso de empezar y de pasar tiempo al lado de esa beldad de pelo rojo cuya vivacidad y pasión le recordaba a la de él cuando estaba frente al acelerador.

—Estoy dispuesto.

—¿Mañana trabajas?

—No. Los sábados no. Dispongo de todo el fin de semana y nada me apetece más que recibir una clase avanzada para entender la fascinación que vosotros sentís por estas señales.

—Vale —asumió—. Puedo darte una clase avanzada, pero no toleraré que te rías de mí o de lo que te contamos. Si lo haces, te largas —advirtió seria—. Y lo digo muy en serio. Te daremos una patada en el culo y te irás por donde has venido.

—Yo nunca me río de nadie —confesó—. Soy físico. Suficiente se han reído de mí por mis excentricidades.

Nicole ocultó una sonrisa y sopló por lo bajo.

—Está bien. ¿Cuánto aguantará la linterna de tu móvil?

Dan lo miró y la luz alumbró a todas partes.

—Lo suficiente. Lo he dejado cargando todo el día en la oficina.

—Bien. Entonces, sígueme y alúmbrame el camino —le ordenó.

Dan le obedeció, intrigado por los conocimientos que Nicole iba a compartir con él, y víctima de un flechazo profundo e intimidatorio con esa mujer.

Ninguno de los dos sabía que aquella noche iba a ser el principio de algo que los cambiaría para siempre. Pero, mientras desaparecían entre los tallos altos que no se habían doblado por la radiación, ni uno ni el otro se echó atrás.

Caminaron a través del círculo, mirando hacia adelante.

—¿Crees que estos dibujos los envía una inteligencia superior desde el espacio exterior?

Nicole, que caminaba a su lado, lo miró de reojo y asintió sin ninguna duda.

—Soy criptógrafa. Me apasionan los mensajes ocultos y por descifrar. Y te puedo asegurar que la red de mensajes que están plasmando en las cosechas es inmensa y esconde un significado brutal. Entiendo que algunos necesitan ver para creer…

—Yo soy una de esas personas —confesó.

—Sí. Y yo también —convino Nicole—. Pero si voy a afirmar que hay una inteligencia que no es terrestre detrás de todos estos dibujos, debo estar preparada para justificarme y no tirar solo de fe, o de decir cosas como «es imposible que las hagan los humanos». Porque es cierto, es imposible. Muchos han intentado hacerlos, con resultados patéticos. Los que entendemos sabemos dónde ha habido mano humana, y dónde no. Pero decir eso no es suficiente. Sin embargo, afirmaciones extraordinarias merecen evidencias extraordinarias. Y eso es lo que hacemos nosotros aquí. Buscamos esas evidencias extraordinarias.

Tras aquella frase que Nicole le había dicho, vinieron muchísimas revelaciones que Dan desconocía y que nunca hubiera imaginado.

Esa mujer era un caudal de energía, un disco duro lleno de información, y lo explicaba todo con una facilidad pasmosa, propia de una docente experimentada.

—Todos los círculos reales, los auténticos —decía Nicole mientras sacaba un botecito de su pantalón y unas pinzas de la riñonera— verifican todo tipo de anomalías físicas electromagnéticas, además de contener mensajes codificados. Tú eres físico, así que supongo que te interesará todo

esto que te voy a contar —se acuclilló y hurgó entre los tallos doblados—. Recogemos muestras, evaluamos los cambios en las plantas y en el entorno, y examinamos los materiales residuales que quedan como consecuencia de estar expuesto a la energía que los crea. A niveles microscópicos hay anomalías en las paredes celulares de las plantas. En los tallos —tomó uno y se lo mostró— hay protuberancias llamadas «pulvini» y elongaciones parecidas a las extremidades óseas de las articulaciones. Sufren gravitopismo y fototropismo acentuados por la exposición al electromagnetismo. Hay esterilización en los nodos y también supuración —señaló uno de esos nodos, más oscuros que el tallo—. La presencia de Beer Lambert como muy bien has mencionado —reconoció—. Y sobre todo, hay esto —dejó el tallo y, con las pinzas, hurgó alrededor de la base, y tomó una arenilla negruzca y rojiza—. Aquí hay tres componentes ajenos y antinaturales que nunca se crearían en campos de trigo como este, a no ser que algo lo expusiera a una energía fuera de lo común. Uno —enumeró—: residuos magnéticos de acero semifundido en el interior de los círculos.

—¿Acero? —dijo Dan sin comprender—. ¿Acero en el trigo?

—Sí. Solo dentro del círculo. Y mezclados con los granos del cultivo. Dos: plasma electromagnético. En el interior de los círculos hay radiación, como marca nuestros medidores, y es mucho más fuerte en el centro. Y por último —finalizó—: ¿ves esto? —le mostró el polvillo que había recogido del suelo—. Hay formación de cristales. A esto se le llama…

—Difracción —dijo Dan acercándose a ella para verlo mejor.

—Sí —contestó Nicole aprobándolo con la mirada—. Es la cristalización y la desviación de las ondas al encontrar un obstáculo. En este caso la difracción se produce por capas en los tallos y… —Nicole alzó la mirada para clavar sus ojos en los de él, y se lo quedó mirando fijamente al ver que él hacía rato que la observaba de ese modo. Maldita sea, no podía retirar la cara ni cerrar los ojos. Aquello era un desastre de proporciones épicas en su vida. Carraspeó—. El noventa y cinco por ciento de los *crops* que hemos analizado tienen las mismas características —tragó saliva y finalmente retiró la mirada para guardar rápidamente la muestra recogida en el frasco de cristal. Se alejó de él, con una sensación extraña en el estómago. No sabía si eran mariposas o hambre. Sasha se reiría de ella si la viera así,

comportándose como una tonta insegura. Ella era la más sensata y fuerte de las hermanas. No podía ceder así a los ojos almendrados y grandes de ese físico—. Eso en cuanto a anomalías físicas.

Dan tuvo que carraspear también para salir de su letargo.

—Tengo la sensación de que esto lo he soñado —dijo él de repente, asombrado por la sensación. Nunca había experimentado nada parecido. Juraría que acababa de tener un *déjà vu* con ella. En ese mismo lugar. Pero eso no era posible. O sí. La física abría universos de miles de posibilidades.

—Mi abuela Pietat dice que cuando tienes un *déjà vu* es porque estás viviendo la vida que habías venido a vivir, y que los caminos del destino se entrecruzan para ponerte en el lugar adecuado y en el momento adecuado. Así que —lo miró por encima del hombro y le dedicó una amplia sonrisa— continúa haciendo lo que haces, porque estás muy bien encaminado —aseguró empezando a abrirse paso entre el trigo para continuar con su estudio del círculo.

Dan no era un ligón. Jamás lo había sido. Siempre fue un chico estudioso e introvertido, centrado más en su formación académica que en las chicas. Era el físico más joven de su promoción, y el que dada su juventud y entusiasmo, tenía más números para liderar un proyecto científico que podía cambiar el mundo tal y como se conocía.

Pero todo eso pasó a un segundo plano. De repente, esa chica de piernas largas y pelo rojo e indomable, se cruzó en su camino para mostrarle un mundo de sueños y de mensajes de las estrellas con el que él jamás había pensado, nunca en serio.

Pero la creía. La creía a ciegas, porque en sus ojos había inteligencia y el tipo de transparencia que solo poseía la verdad.

Y supo, sin miedo a equivocarse, que quería que fuera su mujer. La mujer de su vida.

Los físicos estaban locos, eran impulsivos y obsesivos, y él no era distinto de los demás. Nicole, con sus ojos y su boca perfecta, lo obsesionarían de por vida. Y como una verdad universal, lo asumió sin más. Lo aceptó.

Por eso la siguió entre los altos tallos de trigo, sin saber qué otra cosa fascinante iba a contarle ni a dónde le iba a llevar esa vez: porque no

importaba dónde lo llevase, iría encantado siempre que fuera con ella.

Esa misma noche Dan vio el campamento base de Nicole. Una autocaravana roja Mercedes que era más lujosa que su habitación de hotel, que ya de por sí, estaba muy bien. Era increíble. Tenía de todo. El suelo era de parqué claro, que contrastaba con las puertas de los muebles de la cocina de diseño, marrones más oscuras. La encimera era de granito blanco, el microondas, el horno, la nevera de dos puertas eran de acero. En los techos habían ojos de buey. Frente a la cocina, un sofá de piel en forma de ele rodeaba la mesa blanca donde podían cenar hasta seis personas, y pasada esa zona, tenía una esquina con una oficina en la que destacaban un iMac, un iPad con teclado y un Mac Book Pro de veintiuna pulgadas. Al otro lado una televisión de plasma de cincuenta pulgadas estaba empotrada en la pared de madera. Y tenía hasta un sofá con sillones reclinables para hacer una buena sesión de cine. Entraron un momento solo para que Nicole tomara un *pendrive* y el portátil, con lo que tampoco pudo ver nada más. Pero era un espectáculo. Nunca había visto una como esa.

Después se fueron a la caravana de al lado, más modesta, y allí conoció a Clement. Ese hombre que parecía un californiano hermanado con la Yihad la trataba como si fuera su hija. Tenía una voz profunda y fuerte, y se encargaba de controlar los monitores en el interior de su caravana.

A Clement le extrañó muchísimo que Nicole, tan celosa de su trabajo y de sus estudios, accediera a confiarle a ese hombre desconocido tantos secretos. Pero cuando entró con él en su centro de operaciones y comprobó con sus propios ojos el modo en que a esa guapa jovencita le brillaban los ojos, comprendió que no estaba siendo simpática porque sí.

La chica se había encaprichado.

Resultó que Dan era muy educado y respetuoso, y además, comprendía muchos de los términos de los que mostraban las pantallas de los portátiles.

—Clement —dijo Nicole con Dan pegado a sus talones—. Este es Dan Williamson. Un físico que merodeaba dentro de nuestro círculo y al que le ha podido la curiosidad —se sentó en una silla y esperó a que los dos hombres se dieran un apretón de manos—. Va a pasar la noche con nosotros.

Clement frunció el ceño, y miró a Nicole y a Dan alternativamente. Sus cejas rubias y pobladas dibujaban una uve perfecta.

—¿Me estás tomando el pelo, nena? —espetó Clement levantándose cuan alto era. Pero dos dedos menos que él—. ¿Qué hay sobre lo que dijimos de no hablar con desconocidos sobre nuestro trabajo? Secreto profesional se llama…

—Dan solo quiere conocer lo que nosotros pensamos al respecto de los círculos.

Nicole sonrió sacándole hierro al asunto.

—Ah, no no —negó Clement quitándose la gorra roja para pasarse la mano por el pelo largo y canoso—. No pongas esa cara de niña buena, tunanta —la regañó—. Ya sabes que hay mil ojos puestos sobre los que nos dedicamos a esto. Hay cosas muy importantes en juego, y después unos quieren sacar información de otros y…

—Yo no, señor —intervino Dan incómodo—. A mí solo me interesa la chica.

Clement se quedó de piedra. Y Nicole abrió los ojos de par en par, quedándose muy tiesa en la silla.

Entonces, el hombre estalló en una carcajada, abrió la neverita que tenía en una esquina de la caravana y sacó una botella de Jack Daniel’s. Tomó dos vasos de cristal de un armario superior y sirvió la bebida en los dos. A continuación, todavía riéndose, le ofreció un vaso a Dan.

—Toma, hombre. —Clement le ofreció el vaso, tranquilo al ver que Dan no mentía y que solo era un hombre que había caído encandilado por los encantos naturales de su compañera—. Ya era hora que a esta chica dejaran de merodearle los papanatas que hay ahí afuera. Ya le tocaba un hombre de verdad.

Dan miró la copa y después dejó caer los ojos en Nicole. Era normal que fuera pretendida por cualquier tipo con cara y ojos. Nicole era magnética y *sexy*, y despertaba la lívido dormida en él como nada ni nadie lo había hecho.

Dan alzó la copa para brindar con Clement, y después, brindó mirando a Nicole.

—A tu salud —le dijo.

Nicole aún estaba estupefacta por las palabras de Dan. Él no tenía ni idea de dónde se estaba metiendo. Ni idea. Ella era un volcán lleno de pasión, de rebeldía, un caballo salvaje que necesitaba a alguien que corriera igual de rápido a su lado. No quería que la domaran. No quería jinetes. ¿Sería Dan esa persona que la entendiera a la perfección? No tenía pinta de caballo loco.

—Que te aproveche —le susurró ella.

Después de aquel brindis y de que Clement, sorprendentemente, diera el visto bueno a Dan para que pasara la noche con ellos, Nicole estiró el pie y acercó una silla vacía para que Williamson se sentara a su lado. Ninguno de los dos haría mención a lo que Dan acababa de soltar por esa boquita. Mejor se centrarían en todo lo que ella quería explicarle sobre ese círculo en cuestión que se había formado esa misma noche.

—Cuéntame más sobre los círculos —dijo Dan, centrándose en la pantalla del portátil de Nicole que tenía en frente, sin mirarla apenas. No había mentido. Le interesaba Nicole. Pero tenía que centrarse en algo más que no fuera ella y lo cerca que estaban. Además, sentía mucha curiosidad por los círculos. Lo que había descubierto por boca de ella le había dejado con ganas de más.

Ella entrecerró los ojos, intentando leerle la mente para descubrir qué era lo que pensaba de verdad.

Pero, esperó a que transcurriera la noche y a comprobar si Dan seguía o no seguía sus explicaciones. Para ella era importante sentir que él le prestaba atención y comprendía todo lo que decía.

—De acuerdo.

—¿Por qué hacéis guardias nocturnas? —quiso saber de repente—. ¿Qué esperáis que suceda durante la noche?

—Está bien. Con calma —se animó y le mostró una imagen satélite de la zona en la que estaban—. Sucede a veces que, en épocas de señales, suelen aparecer varios agroglifos en pocos días, de unas noches a otras. Nosotros acampamos por la zona y hacemos el seguimiento de cuándo aparecen, cómo son de grandes y si tienen o no relación entre ellos. Por ejemplo. El círculo en el que has estado, es el segundo formado en esta zona con una diferencia de dos días.

—¿Cuál fue el primero? —preguntó interesado.

—Fue este —mostró un diseño de trece círculos con iluminación blanca, dos con iluminación negra, dieciséis puntos y dos círculos planos—. Tiene más de ciento veinticinco metros de largo —explicó admirándolo maravillada.

Dan se sintió abrumado por la magnitud de aquel agroglifo. Era perfecto.

—Parece una molécula. Pero no la identifico —murmuró él.

—Es la molécula de la melatonina. C13H16N2O2 —deletreó—. Cada uno de los símbolos significa un elemento químico. Los puntos son hidrógenos, los círculos blancos carbonos, los negros hidrógenos y los círculos planos oxígenos —señaló uno a uno—. El dibujo apareció cerca del caballo blanco de cal, de las antiguas civilizaciones de la zona.

—Vaya… es… asombroso —reconoció—. Y… ¿por qué, quienes sean que hacen los círculos, querrían representar una molécula de melatonina?

—Porque es un mensaje en dos etapas que tiene relación directa con el *crop* que has pisado y que se ha formado esta misma noche. Es a la conclusión a la que he llegado —afirmó muy orgullosa—. ¿Has visto alguna foto aérea del agroglifo? —le preguntó interesada.

Él negó con la cabeza. Simplemente, había salido del trabajo, tomado el coche y conducido finalmente hasta la zona para cotillear como cualquier otro.

—Es así. —Nicole abrió una carpeta con imágenes que había tomado del agroglifo, y se las mostró.

—¿Qué es?

Ella sonrió orgullosa y soberbia, y entonces apareció Clement colocando la cabeza entre ambos. Su aliento olía a *whisky*, como el de Dan.

—Nicole tiene un talento innato para ver lo que nadie puede ver. Ella busca donde a nadie se le ocurriría buscar y encuentra lo que quiere. Tiene magia aquí dentro —golpeó la cabeza de la chica con el índice—. Pura magia. Su cabeza nos hará ganar un Pulitzer algún día.

Dan la estudió. Estudió el modo en que sus pestañas se curvaban y sus labios sonreían sin pretenderlo. Parecía sobrenatural. Nada que ver con el mundo de la máquinas, las turbinas, los microscopios y las probetas de donde él venía.

—No empieces, Clement —le pidió.

—¡Pero si es la verdad! ¡Es una superdotada!

—No lo soy —negó con tranquilidad.

—Tiene un don —continuó Clement.

—No lo dudo —asintió Dan con seguridad.

Ella se removió inquieta en la silla y fijó su atención en el agroglifo.

—El *crop* que tengo en la pantalla…

—¡Ella es la primera que lo ha averiguado al verlo! —exclamó Clement achispado con su segundo vaso de *whisky*.

—Clement, para ya —le rogó—. Y dame esa botella —le ordenó—. No se bebe en las guardias —le recordó.

—Estoy bien. Soy medio escocés. El alcohol no me hace nada. No me afecta. No como a ti —se echó a reír y empinó el codo—. Esa chica es un peligro cuando bebe. Eso no te lo dirá, Williamson —le dijo en voz baja—, por eso ya te lo digo yo.

—¿En serio? —preguntó Dan maliciosamente robándole la botella de *whisky* de las manos de Clement—. Ya la guardo yo. Puede que la necesite más tarde —comentó como si nada.

—Sigue soñando, Nobita.

Dan arqueó las cejas rubias ante aquella pulla, pero Nicole, divertida, siguió con su explicación del agroglifo.

—Este *Crop* tiene relación con la molécula de la melatonina. Se trata de la glándula pineal —explicó—. Pero muchos aquí no lo saben, porque es una imagen tomada desde una perspectiva cenital. Una imagen cenital, ¿comprendes? Una imagen de visión de arriba a abajo, como si la cámara estuviera perpendicular respecto del suelo. Los trazos y las circunferencias son perfectas, distintas todas las unas de las otras. Esta parte de nuestro cuerpo no es simétrica, no es perfecta, pero la geometría que han utilizado para representarla sí lo es. Nadie humano puede hacer algo así. Nadie —recalcó—. Es un dibujo figurativo que esconde un mensaje dividido en dos partes.

—Debo ser lerdo —dijo Dan limpiándose el cristal de las gafas con los bajos de la camisa blanca—. Explícame cuál es la relación.

Nicole se echó a reír.

—No eres lerdo. Sabes lo que es el efecto Beer Lambert.

—Eso no es nada comparado con tu plano cenital.

—¡Qué se besen! ¡Qué se besen! —exclamó Clement moviendo las manos como si dirigiera una orquesta.

—Ni caso. Dice que es escocés, pero tiene el mal beber de los españoles. No tiene aguante —le dijo Nicole a modo de confidencia—. Como te iba diciendo… la relación entre uno y otro es que la glándula pineal es una glándula endocrina. Se sitúa entre la frente y las cejas, en medio de los dos hemisferios —tocó el entrecejo de Dan con el dedo—. ¿Sabes qué produce?

—Melatonina —llegó a la conclusión.

—Eso es, Nobita. ¿Ves como no eres tan tonto? La melatonina afecta a nuestro estado anímico y mental. Su producción tiene propiedades antioxidantes, antienvejecimiento —enumeró—, un montón de cosas buenas. Además, nos ayuda a reforzar nuestro sistema inmunológico. La glándula pineal es llamada también el tercer ojo. ¿Sabías que dicen que el Ojo de Horus es en realidad una representación de esta glándula y de la importancia que tiene en nuestra evolución y en nuestro bienestar?

—¿Por qué sabes tantas cosas? —dijo con los ojos brillantes y embelesados.

—El desarrollo del tercer ojo facilita las capacidades extrasensoriales y la videncia —ignoró su pregunta—. Ayuda a desarrollar los dones. Dones supernaturales. El mensaje en estos dos círculos relacionados nos viene a decir que tenemos que desarrollar y ejercitar nuestra glándula pineal para producir más melatonina, y también para abrirnos a ese «tercer ojo» y así crecer, evolucionar y, quién sabe si, en un futuro, estar preparados para entrar en contacto con ese tipo de inteligencia que crea los círculos.

Dan intentaba poner en orden su cabeza. El *whisky* le había sentado bien hasta relajarlo y abrirlo a toda esa información, pero lo que le contaba Nicole y el modo tan embelesador como lo hacía, le parecía arrobador. Cautivante. Y también extraordinario.

Sin embargo, había algo que le chocaba de todo aquello que le había contado.

—Pero, dices que nadie sabe que este dibujo es la glándula pineal… ¿Por qué tú sí? —quiso saber intrigado.

—Mi familia —explicó Nicole feliz por saber que Dan le había estado prestando atención de verdad y no solo mirándole las tetas, la boca y las piernas— tiene una pequeña pero valiosa biblioteca en Ibiza repleta de incunables, manuscritos, libros originales, primeras ediciones, dibujos, litografías… Lo que te puedas imaginar sobre todo tipo de rarezas y tiempos. Yo he visto este dibujo antes en un antiguo manuscrito que guardamos con celo en las estanterías. De pequeña, era uno de mis libros favoritos. Me hipnotizaban sus dibujos, sus símbolos, a pesar de que no entendía nada de ellos… Sin embargo, cuando apareció Google, me volví loca para encontrar semejanza entre esos dibujos y algún símbolo o algo que tuviera concordancia con los dibujos de ese libro. Y no los encontré todos. Pero este en especial, sí —sentenció satisfecha—. Lo encontré en una imagen microscópica del cerebro en plano cenital. Y ahora me doy cuenta de que ese mismo dibujo que yo miraba encantada de pequeña, se ha manifestado hoy en este campo, escondiendo un mensaje para todos.

—Eso es demasiada casualidad… —arguyó Dan—. ¿Cuántas probabilidades hay de que eso pase?

—La casualidad no existe. Existe la causalidad. La sincronicidad. Estar en sincronía con el tiempo, los pensamientos y el destino.

—Caramba… —se volvió a colocar las gafas—. Me dejas sin palabras. ¿Y has descodificado algún dibujo más?

—¿Te gustaría verlos?

—Me encantaría —contestó con sinceridad.

—Sí, tengo muchos descodificados. Y algunos guardan relación.

—Enséñamelo —le pidió él con emoción—. Enséñamelos todos. Háblame de todo lo que sepas. —Dan quería continuar oyéndola hablar.

Nicole sonrió de oreja a oreja, feliz de poder hablar con alguien dispuesto a abrazar toda la información que ella tenía, sin prejuicios ni dudas, pero con la mente abierta de un físico al que se le acababa de abrir un nuevo mundo.

—Está bien —miró la botella que Dan requisaba—. Pero sírveme una copa.

5

Horas después, Clement estaba dormido en su silla en una posición poco ergonómica. Nicole se había tomado en serio la labor de iniciar a Dan en el mundo de los agroglifos y los símbolos. Y entre charla y charla, entre fotografías y significados más allá de las estrellas, Dan se interesó por ella, por quién era, y Nicole hizo lo mismo con él.

Porque el ansia por descubrirse, por haberse encontrado, podía más que los mensajes que se plasmaban en los campos.

Nicole descubrió que Dan era hijo único, y que se había criado con sus abuelos, porque sus padres habían muerto cuando él era todavía un bebé.

Dan descubrió que el padre de Nicole, Ángel, había muerto de una larga enfermedad. Que tenía una abuela llamada Mamá Pietat, y que su madre se llamaba Amanda. Descubrió que esa belleza de mujer había nacido la primera de tres trillizas, y que era la mayor por segundos. Le maravilló el nombre de su hogar en Ibiza, «Sananda», pero le fascinó aún más lo que le contaba sobre un islote de piedra llamado Es Vedrà, otro conocido como Atlantis, la Torre del Pirata o Des Savinar… Era como si Nicole viviera en una isla mágica y fantástica con nombres tan maravillosos como irreales. Decía que las Balanzat eran las encargadas de proteger la isla, que trabajaban con la sal, y que aunque en la ciudadela se decía que eran brujas, ella no se consideraba así. Eran sanadoras. Siempre sanadoras, mujeres con amplios conocimientos sobre las propiedades de las plantas, la vida y las señales. Y él, a pesar de ser un hombre de ciencia, la escuchó con respeto, y

se sintió afortunado por haber sido el receptor de información tan mística como aquella. Las Antiguas de Iboshim… Era un título para un libro, pensó.

Y si había sentido algo parecido a un flechazo nada más verla, cuando salieron de la caravana de Clement, aún con lo que quedaba del culo de la botella de *whisky* en mano, y se internaron de nuevo en el círculo, Dan se enamoró perdidamente de ella. No había vuelta atrás.

Allí, con la cola roja medio deshecha cayéndole por la espalda, el rostro de Venus alzado al cielo, observando las estrellas con tanta pasión, se quedó prendado de ella para siempre. La imagen de Nicole, con el techo estelar sobre ella, en medio de aquel increíble círculo que aseguraba que era la glándula pineal desde una visión cenital, y con la botella en mano, el científico comprendió que el arte de aquel lugar no estaba grabado en el trigo. El arte y la magia de ese cónclave residía en que Nicole estaba ahí. Y que él la había descubierto.

Ella inspiró profundamente, intentando asimilar toda la energía electromagnética del círculo.

—Fíjate, Dan —le dijo—. Estamos tú y yo solos, a altas horas de la madrugada, en medio de este agroglifo… Los curiosos se han ido. Los que meditan también… Incluso los misteriosos hombres del ministerio de defensa.

—¿De verdad el ministerio de defensa está por aquí? ¿No tendrán cosas más importantes que hacer?

Nicole asintió y dio un sorbo a la botella, cuidando de no bebérsela entera. El último sorbo era para Dan.

—Hombre de poca fe… Esto es mucho más serio de lo que crees. Por mucho que hayan intentado ridiculizar el fenómeno o quitarle credibilidad, las fuerzas Gubernamentales internacionales y sus respectivos ministerios de defensa, están al tanto de todo. Ellos encubren la información. Tienen sus propios chivatos por la zona —oteó los alrededores con cara de desconfiada. Después cerró los ojos y abrió los brazos de par en par—. Algo grande está por llegar, Nobita. Algo muy grande.

—Si tanto crees en la posibilidad de un contacto, y de que estos mensajes los envíen otras civilizaciones más avanzadas para despertar consciencia en nosotros, ¿a qué esperan? ¿Por qué no lo han hecho ya? —

preguntó llegando a su propia conclusión—. Tienen una tecnología muy avanzada para crear estos dibujos en las cosechas… No será porque no puedan viajar hasta aquí y entrar en contacto directo. ¿A qué juegan?

—Es todo mucho más complicado. No es tan fácil. La gente no tiene ni la inteligencia emocional ni tampoco mental para encajar lo que supondría aceptar que no estamos solos y que no somos el centro del Universo. La sociedad está creada de un modo para que solo unos pocos muevan los hilos, aunque quieran hacernos creer que hay libre albedrío. Hay pilares que sucumbirían a la revelación si saliera a la luz: la economía, la religión, la política, la espiritualidad… No sé cuántos años quedan para que todo se revele y todo se descubra, ni sé cómo se hará. Los Gobiernos tienen archivos y expedientes bajo llave. No quieren hablar de esto ni quieren decir la verdad. Se encargan de contaminar la información mezclándola con mentiras y verdades… Para que al final, nada veraz quede, y todo sean rumores y fábulas de mentes locas y sensacionalistas. Pero yo sé cosas —levantó el dedo con vehemencia—. Veo y entiendo cosas que no están al alcance de todos. Lo que sí sé es que la humanidad aún no está lista. Aún no, amigo. Pero llegará el momento. Y cuando esto suceda, habrá que estar preparados para dar explicaciones. Para orientar a los demás. Y entonces, yo sacaré mi futuro libro y me hartaré a dar conferencias y charlas alrededor del mundo —dio una vuelta sobre sí misma—. Y lo haré gratis. Nadie me podrá callar. Nadie que quiera oírme se quedará sin hacerlo. —Se echó a reír de sí misma y después miró la botella—. Este *whisky* es muy fuerte. No entiendo por qué lo bebo si ni siquiera me gusta… —murmuró haciendo una mueca de desagrado—. Mira, escucha —le ordenó.

Dan la obedeció y agudizó el oído.

—¿Qué?

—Eso es. Nada —susurró ella—. No se oye nada en absoluto. Clement está frito en la caravana. —Nicole le ofreció la botella y esperó a que él la tomara de su mano—. El último trago es para ti. Soy toda una dama.

Dan la tomó y lo bebió de golpe, sintiendo el líquido ardiéndole en la garganta y en el estómago. Pero nada se podía comparar al hormigueo que sentía en los dedos por las ansias de tocarla.

Nicole se dio la vuelta de nuevo, para contemplar la luna llena del cielo. Era grande y brillante.

—Aquí y ahora, en este momento del espacio y del tiempo, no existe nada más. No existe nadie más. Nada es real. Excepto tú y yo, conscientes, despiertos…

—Borrachos —contestó él acercándose a ella por la espalda.

Nicole se echó a reír y le dejó caer una mirada coqueta por encima del hombro.

—Sí. ¿No es maravilloso?

Ella era maravillosa. Ella sí lo era. Adoraba el modo en que le había contado las cosas, con tantos datos, con una lógica tan exacta y al mismo tiempo tan intuitiva… La intuición no cabía en la mente de Dan, las corazonadas eran una sin razón, pero había personas a las que les funcionaba. Como a Nicole. Y él no podía meterse en eso.

Lo que funcionaba en unos, no funcionaba en otros. Y al revés.

—Sí. Sí es maravilloso —contestó Dan a solo dos palmos de su cuerpo.

Nicole sabía perfectamente que tenía a Dan tras ella, y era una mujer que leía muy bien las señales de los hombres. Los ojos de Dan tenían color *whisky* y fuego. Estaba encendido.

Entonces Dan entrelazó los dedos de su mano derecha con los de ella y posó sus labios en su sien. Nicole cerró los ojos al verse mecida por aquella especial electricidad que la recorría cuando reconocía al hombre hecho para ella, a su medida. Era como un «bienvenida a casa, Nicole».

Y agradeció tanto aquel abrigo… Porque ella era la más libre e independiente de todas las Balanzat y, aunque siempre creyó que su casa era Sananda, sabía que debía haber un lugar más a su medida. Como la medida de la mano de Dan agarrando la suya.

—Nuestras cargas positivas y negativas están desequilibradas —musitó Dan contra su frente, apretando su mano contra la de él—, por eso se crea este choque eléctrico. Tus electrones y protones han estado tan perdidos como los míos. Hay que equilibrarlos. Nuestras cargas positivas y negativas se atraen.

Nicole sonrió en silencio porque entendía perfectamente lo que quería decir.

—¿Crees en el amor a primera vista, señorita Balanzat? —le preguntó embebido de ese momento único en el tiempo.

Nicole cerró los ojos y apoyó la cabeza en su pecho.

—Creo en almas afines que se encuentran. Y creo en el amor, por encima de todo lo demás —declaró dándose la vuelta para encararlo—. Creo que las cosas extraordinarias se dan en los lugares más insospechados.

—¿Y crees en medias mitades? —Dan la rodeó dulcemente con los brazos, acercándola a su cuerpo caliente.

Nicole alzó su mano y le apartó un mechón rubio de la frente. Qué guapo era. No era guapo de esos que te caías de espalda nada más verlo. Su guapura entraba por los ojos poco a poco hasta que se grababa a fuego en la piel. Se hacía a fuego lento, como los platos más sabrosos.

A Dan le encantó esa caricia. Y buscó más con el rostro.

—Creo en un tipo de amor. Creo que el amor de verdad no posee. Deja ser. Creo que es un vuelo acompañado en libertad. Nunca una cárcel ni una jaula de miedos e inseguridades —bajó la voz y le habló con dulzura, como casi nunca hacía con los demás—. Es una relación de confianza. No busco ni mi media naranja ni mi medio limón. No creo en eso. En el amor no hay mitades, no hay incompletos. Busco un pájaro que extienda las alas como yo, que adore verme volar, y que juntos podamos viajar y querernos incondicionalmente. Busco mi amor «agaporni».

Era una Diosa. Una jodida Diosa, pensó Dan. Tenía magia en su modo de expresarse, y pasión en su tono y en su lenguaje corporal. Era todo fuego y calor en su espíritu, y pura esperanza en sus ojos.

—Nicole —él tragó saliva.

—¿Sí, Nobita?

—Llámame loco si quieres, soy físico —se rió de sí mismo—, pero mis electrones y mis protones se han enamorado perdidamente de ti. Nunca en mi vida había sentido nada parecido. Y ya no hay solución —se declaró abiertamente—. Sé que no la hay. Podría encontrar modos de cambiar esa carga y que me dejaras de atraer, pero las células y los átomos que las rodean tienen memoria —sus ojos marrones brillaron como estrellas—, y tarde o temprano volverían a caer en tu campo gravitatorio y volverían a sentirse atraídos por ti. Me has echado a perder para siempre. Eso es algo

que sé —se llevó su mano al corazón—, y lo sé con tanta certeza como que tienes pecas en las rodillas y sobre el puente de tu nariz. Y que cuando te ríes, te sale un hoyuelo raro en la comisura del labio —se lo acarició con el pulgar—. Creo que he tenido mala suerte al encontrarme contigo —ella frunció el ceño— porque en unas horas a tu lado me he dado cuenta de que puedes hacerme el hombre más feliz o el más desgraciado de todos. Yo soy tu agaporni, y todo lo que tú me permitas ser a tu lado. Sé que…

—Chist. —Nicole negó con la cabeza y posó la punta de sus dedos sobre sus labios. Después le quitó las gafas lentamente, y se maravilló de lo atractivo que también era sin ellas—. Dan…

—¿Qué, preciosa?

—Eres un desastre declarándote —le espetó sin más, riéndose de él y mordiéndose el labio inferior—. Así que creo que voy a hacerte callar…

Nicole lo tomó de las mejillas con ambas manos, se puso de puntillas, y posó sus labios sobre los de él. No sabía si era porque ambos sabían a alcohol o por qué, pero aquel beso le embriagó por completo y la hizo volar.

Ambos tuvieron que parar por lo intenso de las sensaciones que se arremolinaban a su alrededor, y coger aire de nuevo.

—Oh… joder —murmuró Nicole hundiendo sus dedos en su nuca, sin dejar de mirarlo. Se le había erizado el vello de los brazos, incluso sentía electricidad electrostática en el pelo.

—Vaya… —Dan se relamió los labios y sonrió como un niño con su juguete soñado entre los brazos—. Creo que voy a disfrutar mucho de mi mala suerte.

—Y creo que yo voy a comerte a besos —aseguró ella lanzándose a por él.

No le dejó hablar más. Cuando unieron sus bocas, surgió un chispazo entre sus labios al que ninguno le prestó atención.

Si los besos alimentaban, se iban a empachar de ellos.

—Yo no hago nunca estas cosas —le dijo Nicole entre beso y beso—. No soy una chica fácil, aunque mi comportamiento de ahora te haga creer lo contrario. Lo juro.

—Yo menos. Hasta que te vi, no sabía que una mujer me podía calentar tanto la sangre. Aunque suene mal. Pero es la verdad. Nunca creí que podría tener a alguien como tú entre mis brazos…

—Bien. —Nicole le empezó a desabrochar la camisa—. Como todo esto escapa a nuestra comprensión, culparemos al alcohol de nuestra enajenación. ¿Trato?

Dan sonrió y la abrazó contra su cuerpo sin dejar de besarla.

—Trato.

Que él tampoco hiciera esas cosas no significaba que no supiera hacerlas. Y esa mujer, además, le inspiraba muchísimas fantasías, pero también alimentaba un profundo anhelo que tenía escondido: el de sentir un flechazo por igual, correspondido con la misma pasión que él sabía que poseía pero que nunca había experimentado con nadie que le llamase demasiado la atención.

Excepto con Nicole. Ella era la confirmación que rompía la regla. La salvedad. Ella probaba que su deseo era real, por ensoñación que hubiera sido en el pasado.

Ahora tenía a alguien que lo había fulminado en una noche, con su lengua cáustica y sus explicaciones igualmente audaces.

Y su rostro… Su boca… con el labio inferior más exuberante que el superior, y una forma besable y adorable en conjunto… Maldición, lo hacían gelatina.

Dan nunca imaginó que podía ser un hombre tan sexual. Pero si la tenía a ella delante, su instinto masculino se despertaba y lo hacía quererse golpear el pecho como un orangután, al grito de «¡Es mía! ¡Es mía!».

—Nunca he hecho el amor en un círculo. Pero Clement sí, y me asegura que es una especie de experiencia mística. —Nicole le sacó la camisa por las muñecas y después contempló que usaba una camisa de tirantes blanca, interior, como las que usaba su padre. Dan no era como los hombres que solía conocer, o los que se le solían presentar. No.

Dan era de ese tipo de hombres que ya no quedaban y que eran caros y raros de ver. Él era como un *Crop Circle*, insólito y extraordinario a la vez.

Nicole, enternecida, se acercó y le besó el hombro desnudo y después pasó sus labios por su clavícula y el lateral de su cuello. Olía a limpio y a

colonia. Y a seguridad. A mucha seguridad. Ese tipo sabía lo que quería, y por el abultamiento del pantalón, la quería a ella.

Nicole le sacó la camiseta de la cinturilla del pantalón y se la sacó por la cabeza. Él la miraba con el asombro del que presenciaba algo milagroso a escondidas y que no quería hacer ruido para que nadie lo descubriera.

—Eres tan preciosa… —susurró él con el puente de la nariz sonrojado.

Nicole se echó a reír y le pasó la mano por el pelo bien peinado. La agitó para despeinarlo, y cuando se detuvo, parecía que Dan había salido de un buen revolcón. Pero todavía no habían empezado.

—Tú también, bello durmiente —le dijo ella pasando los dedos por el surco de su barbilla—. ¿Por qué te vistes para que nadie te mire?

Dan sacudió la cabeza sin comprender.

—No me visto de ninguna manera. Me visto… —se encogió de hombros —. Como me visto. Así.

Nicole prorrumpió en una carcajada. Dios, se les había ido la mano con el *whisky*, pero no era el alcohol el que les empujaba a tocarse y a besarse. Eran ellos y su fuerza de atracción.

Y entonces, después de esa risa, por alguna razón, Dan exhaló y dio un paso hacia ella, para besarla con una pasión desbordada, arrolladora.

Nicole aceptó gustosa aquella avalancha de emociones y el modo en que la tumbó sobre el trigo doblado, rodeándola fuertemente con su brazo, amortiguándola, para que su espalda no golpeara el suelo.

—Creo que sé bajarme los pantalones —dijo Dan colocándose entre sus piernas.

—Bien por ti —contestó ella pasando sus manos por su espalda. Era ancha, y estaba muy fibrada—. ¿Haces deporte, Dan?

—No. Soy de complexión fibrada. Soy muy nervioso —aseguró bajándose los pantalones él mismo—. Joder, me tienes temblando como un bebé —apoyándose en una mano, con la otra le bajó los pantalones cortos y también las braguitas.

Y Nicole, aún sin conocerlo del todo, supo a la perfección lo que estaba pensando en el momento en el que cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Mete la mano en el bolsillo izquierdo de mi pantalón —le dijo Nicole con una risita—. Cogí uno en la caravana y me lo guardé por si acaso.

Él exhaló y pegó su frente a la de ella. Era precavida. Y además, ya había intuido que iban a acabar así.

—Menos mal, Nicole. Me hubiera matado no poder hacer el amor contigo ahora.

Dan introdujo la mano en el bolsillo, tal y como le había dicho ella, y agarró un paquetito plateado. Sacó el preservativo, pero Nicole se lo quitó de las manos.

—No. Espera —sonrió—. Las damas primero —con pericia y delicadeza, Nicole extendió el profiláctico a lo largo del pene aterciopelado, caliente, duro, largo y ancho de Dan. No iba a medirlo. No le hacía falta para saber que la iba a llenar por completo.

—Ya está —susurró ella.

Solo la luz de las estrellas les alumbraba. Pero era suficiente para verse los ojos y reconocerse en ellos por primera vez.

—¿Me has hechizado? —le preguntó Dan fascinado con el brillo azulado que adquiría su piel durante la noche. Sus ojos verdes titilaban como luceros, era como verse en el Universo.

Nicole negó con la cabeza. Ella no necesitaba hechizos para atraer y mantener lo que quería. Creía en la decisión y en los instintos. Y cuando vio a Dan, todas las alarmas se encendieron. Era él.

No lo podía ignorar. No se le podía escapar. Podría haberlo dejado ir, haberlo dejado pasar. Las Balanzat y sus agapornis eran para darles de comer a parte y ella no quería pasar por eso porque, al final, todas sufrían. Ella no quería sufrir. Si pudiera elegir, elegiría no hacerlo. Por eso intentaba decidirlo todo por sí misma, dejarse llevar por las señales, pero no aceptar y acatar las órdenes del destino porque sí. Por mucho que Mamá Pietat dijera que habían cosas que no se podían cambiar.

No obstante sabía que, si probaba a Dan esa noche, si ambos hacían el amor en el interior de un círculo, le iba a costar Dios y ayuda sacárselo de encima. No solo por las fuertes energías que se manejaban en ese lugar, sino porque no iba a poder desengancharse de él nunca.

—¿Sabes que te vas a enamorar de mí perdidamente? —le preguntó Nicole tomándolo del rostro para que la mirara directamente a los ojos—. ¿Sabes que no hay vuelta atrás?

Dan acercó su mano al sexo de Nicole, y deslizó dos dedos a través de su abertura. Ella ya estaba húmeda, igual que él estaba preparado. Apenas habían necesitado estimulación para que sus cuerpos se calentaran.

Le gustó notar lo resbaladiza que estaba, y cómo ella se abría un poco más para que pudiera entrar.

—Lo sé —le contestó Dan tomando su verga y guiando la ancha cabeza enfundada en su preservativo hasta la entrada de la vagina de Nicole—. Lo he sabido desde que te vi entrar en el círculo y mi cuerpo se agitó. Reacciono a ti, me afectas y provocas cambios en mi materia y en mi mente. Eso en física es el principio de acción-reacción. Tú apareces, yo reacciono —poco a poco se introdujo en su interior, obligándola a abrirse más, a acogerlo. Podía sentir el modo en que ella se ensanchaba, cómo se esforzaba por dejarlo entrar—. ¿Te hago daño?

Nicole negó con la cabeza, rodeó su cintura con sus largas piernas y lo impulsó ella misma para que entrara de una vez.

Cogió aire por la boca y cerró los ojos, algo impresionada por aquella intrusión. Intentó relajarse para sentirse más cómoda. Tenía razón. Dan la llenaba de un modo que parecía que estaba en todos lados.

Él dejó caer su boca sobre la de ella y suspiró al mismo tiempo.

—No te muevas —le rogó.

—No te muevas tú —le pidió ella emocionada y divertida.

—Creo que me voy a correr…

—¿A estas horas de la noche? ¿Así vestido? No te vas a correr a ningún lado. No te voy a dejar.

Dan mordió su labio inferior y tironeó de él.

—Sí… —asintió él—. Se está demasiado bien aquí adentro. Me voy a correr. Cógeme si puedes.

Nicole aceptó el desafío. Pensó que si se corría tan pronto, se recuperaría para correrse de nuevo inmediatamente. Tenían lo que quedaba de la noche para satisfacerse.

Dan se movió de un modo en el que, metido en su interior, se meció exquisitamente, y con cada roce, estimulaba y frotaba su clítoris.

No le costó nada hacer que se corriera. Ella estaba receptiva y él parecía conocer cómo debía moverse para excitarla.

Asombrados por lo rápido que les vino la explosión orgásmica, abrazados fuertemente y envueltos en su propia pequeña muerte, una extraña luz, como un fogonazo, les rodeó en el círculo, por décimas de segundo, y tan pronto como vino, se fue, dejándolos estupefactos no solo ante aquel destello de energía que habían emitido desde sus cuerpos al exterior, desde dentro hacia afuera, sino también atónitos por ese chispazo que había llegado desde algún lugar del exterior, desde fuera hacia dentro.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Dan.

—Destellos de energía —contestó Nicole sin estar cien por cien segura. No encontraba otra explicación más creíble para describir aquel fogonazo —. Los *Crop Circles* tienen mucho electromagnetismo…

A Dan le pareció bueno el argumento. Ella era la especialista, y la creería.

Aún inmersos en su orgasmo, Nicole y Dan entrelazaron las manos y asintiendo a la vez tácitamente, decidieron que un orgasmo no era suficiente para ellos.

Era demasiado bueno para dejarlo ahí en su primera vez.

Ambos eran animales exigentes, y querrían más.

6

En la actualidad

Sentía que estaba muerta. Que su cerebro no funcionaba con claridad, que ningún pensamiento coherente llegaba donde debía llegar.

Flotaba en una especie de limbo en el que no se reconocía a sí misma, y en el que sus recuerdos, ya no eran suyos. Ya no se pertenecía.

Dan lo sabía. Lo sentía a la perfección mientras posaba sus manos sobre su cabeza.

Por eso debía ayudarla. Debía recuperarla como fuera. Le hería verla desvalida y pálida. Le encogía el pecho y sentía una presión atroz. Hacía tiempo que no se familiarizaba con esas sensaciones emotivas. Demasiado. Pero tiempo fue lo que requirió para que él se aceptara y entendiera lo que le había sucedido.

Ella le había pedido ayuda, lo había llamado. Y, a pesar de que hacía años que no se veían y de que él había desaparecido de su vida, siempre la tuvo muy presente. De hecho, su recuerdo fue lo único que lo mantuvo con vida y mínimamente cuerdo cuando todo cambió: sus principios, sus credos y quién era él. Toda su existencia se vio sacudida, y ahora tenía que convivir con ello porque no entraba dentro de sus posibilidades rendirse.

Del mismo modo que no entraba dentro de las posibilidades de Nicole el dejar de luchar.

Ambos se necesitaban. Él para continuar. Ella para seguir viviendo.

No iba a medir las consecuencias de lo que estaba haciendo, ni los cambios que provocarían en el Tiempo el devolver a la vida a alguien que estaba clínicamente muerto. Con Nicole nunca mediría las consecuencias de sus actos, sencillamente, porque con ella valía todo. Todo era plenamente justificable. Un ser como ese no iba a dejar de existir si estaba en sus manos el evitarlo.

El Ojeador le había frito el cerebro. Así se llamaban esos tipos como el que había torturado a la Balanzat. Eran individuos destinados a localizar alteraciones en el Plan trazado, y eliminarlas. Sacarlas de la ecuación. Por ese motivo habían ido a por ella.

Ella lo había cambiado todo, y lo podría cambiar todavía más. Aunque aún no fuera consciente ni hubiese hecho nada para ello.

Pero Dan sí lo sabía. Sabía lo que Nicole podía llegar a hacer. Y se iba a encargar de protegerla para que su labor llegara a buen puerto y se completara. Porque de ella, de su intuición y de su sensibilidad, dependía todo.

Le fue difícil volver a tocarla, cuando había pasado tanto tiempo desde la última vez.

Contemplar sus facciones, aunque ella no estuviera consciente, le transmitía una paz y bienestar anhelados durante demasiado. No recordaba lo que era sentirse así. De hecho, no creyó ser capaz de abrirse y experimentarlas de nuevo después del «accidente».

Pero ahí estaba. Concentrado en recuperar a Nicole y arrobado por su salvaje belleza, nada terrenal, y sí hecha de polvo de estrellas.

Barajó por un instante egoísta eliminar de su mente los recuerdos que tanto daño le habían hecho. Recuerdos en los que él salía y de cuyo dolor era responsable. Pero aquello sería jugar sucio. Y su ética no le permitía actuar de aquel modo, aunque de haberlo hecho, su relación una vez ella abriera los ojos, sería buena y conciliadora, y no rezumaría rencor.

7

Años atrás
Inglaterra

De aquella primera vez en la que ambos hicieron el amor, Nicole siempre guardaría en su cabeza todos los detalles, sensoriales y emotivos, y los reviviría en bucle, porque amaba recordarlos.

Además, tendrían siempre un recordatorio de aquel día. Y era algo que Dan siempre llevaría con él.

Cuando se vistieron y se levantaron del suelo casi al amanecer, Nicole atisbó un pequeño chispazo de luz entre los altos tallos de las cosechas. Algo que antes no había advertido, posiblemente, por la poca luz reinante.

Ella se agachó y lo tomó entre los dedos. Era una pluma. Una pluma plateada serigrafiada, con el clip metálico del capuzón de color dorado. A algún husmeador de círculos se le habría caído.

—¿Qué tienes ahí? —le preguntó Dan abrazándola por la espalda.

—Es una pluma —contestó Nicole con una sonrisa—. Toma —se la ofreció—. Se le habrá caído a alguien… pero parece hecha para ti —sugirió.

Dan la inspeccionó con una mueca de agrado.

—Sí… ¿Me la regalas?

—Tuya es, Nobita —contestó besándolo en los labios—. Ahora, vayamos a la caravana y preguntemos a Clement si los equipos registraron el

chispazo de luz de esta noche en el círculo. Seguramente, continuará durmiendo.

—¿Tú no necesitas dormir?

Nicole pensó en la pregunta. En realidad, habían dormido solo un par de horas, al arrobo del círculo, y debería estar cansada. Pero no lo estaba.

—Lo cierto es que no. Solo tengo hambre —dijo.

—¿Quieres que vaya a buscar desayuno? —la miró amablemente—. ¿Tomas café?

—Litros.

Dan sonrió y suspiró.

—Parece que estemos hechos el uno para el otro.

Nicole se echó a reír y, aunque no pensaba lo contrario, arguyó:

—Primero dame de comer y después, con el estómago lleno, seguiremos hablando. —Nicole lo acompañó hasta el coche. Era un Audi plateado que le había facilitado la empresa.

A Dan no lo engañaba. La simbiosis entre ellos existía. Con esa seguridad, tomó su coche y se dispuso a irse, pero antes de darle al acelerador, ella posó su mano sobre su antebrazo y le dijo con ojos preocupados.

—Volverás, ¿verdad? Me refiero a que, no aprovecharás esta ocasión para largarte y que no nos veamos nunca más, ¿a que no?

Fue el modo en que hizo esa última pregunta, lo que le llegó de verdad al corazón. Se había enamorado de ella, y nada lo podría remediar. Saber que Nicole también lo quería, le hizo sentirse bien.

—No pienso irme a ningún lado, pelirroja —le aseguró—. Me tendrás por aquí todo el tiempo que tú quieras. Todavía tienes que contarme mucho sobre los agroglifos. Y todavía tienes que darme millones de besos más antes de cansarte.

Ella tomó aire por la nariz con satisfacción, y se relajó. La mirada verde rebosaba amor e ilusión.

—Tráeme una caja entera del Dunkin Donuts, por favor —le pidió—. Necesito azúcar. Me has dejado seca.

Dan se echó a reír feliz de haber recibido aquella orden y poder serle de ayuda.

Un nuevo objetivo había surgido en su vida: complacer a Nicole en todo lo que él tuviera a mano.

Se casaron tres semanas después, en una pequeña y secreta ceremonia en Amesbury, en el interior de Stonehenge ubicado en medio de una enorme campiña verde de Wiltshire. Clement conocía el lugar y a sus vigilantes, y pactó con ellos que les dejaran estar ahí al anochecer, fuera de los horarios de visita. Además, él podía casarlos ya que era juez de paz, detalle en el que no quería profundizar y cuya explicación cortaba con un escueto: «es una larga historia».

Se casaron porque, aunque ninguno de los dos creía en votos matrimoniales ni en iglesias, sí que creían en los lazos del amor y en las sorpresas del destino. Y a ellos, el destino les había sorprendido cuando menos lo esperaban.

Y sí, era una locura, porque ¿quién se casaba a las tres semanas de haberse conocido? Pero eso era lo de menos. La realidad era que estaban locos el uno por el otro. Que desde hacía tres semanas, Dan iba al trabajo pensando en que aquello ya no era lo más importante de su vida, sino ella. Nicole lo era. Había pasado de ser un adicto al trabajo que pensaba solo en algoritmos, rayos, aceleradores, turbinas y demás… En pensar en qué nuevo círculo estaría estudiando Nicole, o si algo nuevo había sucedido en los campos. Le fascinaba lo que ella estudiaba y, en su fuero interno, al mismo tiempo, le asustaba un poco.

Nicole veía mensajes en todo: en vuelos de pájaros, en los posos de las tazas de café, en los números que se encontraba por el camino… Y recibía mensajes en sueños también. Y aquello lo desequilibraba un poco, porque él era científico. ¿Qué tipo de don poseía ella para acertar el azar con tanta exactitud? Incluso sabía a qué hora iba a llover solo oliendo el aire. Y también adivinaba cómo le iba a ir el día y de quién se debía cuidar en el trabajo. Él no creía que tuviera a nadie alrededor que quisiera hacerle daño o de quien debiera desconfiar, pero Nicole creía que sí. Como fuera, Dan y su mente empírica intentaban no tomarse en serio sus «augurios» como ella los llamaba, o de lo contrario debería cuestionarse muchas cosas sobre la

vida. Y no quería. Ya estaba conforme con su manera de pensar y de ver la realidad.

A Nicole no le importaba que Dan la mirase extrañado cuando ella hablaba sobre sus dones. Ella sabía mejor que nadie que la gente temía aquello que desconocía, y a lo que no sabía darle explicación. Pero también sabía que Dan la escuchaba fascinado cuando hablaba de los *Crop Circles* y de la relación que ella encontraba entre unos y otros, incluso lo había cazado por las noches, leyendo los informes confidenciales del gobierno que los *hackers* habían liberado sobre temas exopolíticos. Y los leía con mucho interés e introspección.

Ella no esperaba que él se convirtiera en cerealólogo, Dan era físico, y había nacido para ello. Pero tenía suficiente con que él respetara todo lo que ella estudiaba al respecto y comprendiera que su vida estaba dedicada a ello, a encontrar la verdad y a leer en los mensajes todo aquello complicado de descifrar.

Nicole nunca se metería en si su profesión como físico nuclear en el CERN era o no era peligrosa para la humanidad. Ni en si su proyecto sobre un posible acelerador de partículas era demasiado arriesgado. Y él tampoco metería sus narices ni daría una opinión despectiva sobre el modo en que ella percibía las cosas.

El respeto sería la base de su relación.

Y el amor. Sobre todo el amor.

Allí, en el centro del monumento megalítico de Stonehenge, con Clement como cura improvisado, Dan y Nicole se juraron fidelidad y amor eterno casándose en secreto. Ella vestía de blanco, y tenía una corona de orquídeas blancas y lilas en la cabeza.

Él llevaba camisa blanca y pantalones de pinza negros. Como era julio, no hacía frío, y no necesitaron de chaquetillas ni americanas.

Clement llevaba una camisa oscura y un pantalón largo, y se había arreglado la barba y engominado el largo pelo rubio. El hombre parecía el más feliz de todos por ver a su Niqui casada con un tipo que valía la pena.

—El amor —dijo Clement alzando la voz en aquel escenario ancestral— es aquello que dura el tiempo exacto para que sea inolvidable. Unos lo quieren medir, y consideran que para enamorarte de alguien deben pasar

meses, incluso años. Otros, soñadores se llaman —enfatizó, porque él era uno de esos soñadores—, no cuentan el tiempo para saber si es amor o no. Porque unos necesitan años para descubrirlo, otros jamás lo descubren a pesar de haberlo tenido delante de sus narices, pero unos pocos afortunados como vosotros no necesitáis más de un saludo y alzar la barbilla para reconocerlo en los ojos del otro. Dan ha reconocido el amor en tus ojos, Nicole. Nicole, tú lo has reconocido en los ojos de Dan. ¿Y quiénes somos los demás para juzgar si es o no es amor? ¿Qué sabrá el mundo? Por eso, hoy estoy orgulloso de poder casaros. Porque hay que ser valiente, joder.

—Clement, no digas tacos en mi boda —murmuró Nicole entre dientes, enlazando su brazo con el de Dan.

—Sí, disculpa. Es la emoción —carraspeó—. Para mí, Nicole es como la hija que no he tenido. La quiero. Y quiero que sepas, Dan, que tendrás que hacerla feliz, hijo. Ahora pasas a ser también de mi familia —se llevó los dedos índice y corazón a los ojos y después los movió hacia los de Dan—. Te vigilaré. Pero también me haré cargo de ti.

—No hará falta —contestó Dan riéndose.

—Entonces, te vigilaré.

Dan soltó una carcajada y se abstuvo de decir: «eso tampoco». Jamás haría daño a Nicole.

—¿Tenéis las alianzas?

—Las tienes tú —contestó Nicole.

—Ah, sí —dijo Clement como si no pasara nada—. Aquí tenéis. Os podéis desposar —abrió las dos cajitas aterciopeladas de color rojo y expuso los anillos a sus ojos. Eran sencillas alianzas de oro, pero el de Nicole tenía un corazón diamantino en el centro.

Dan agarró el anillo de Nicole con manos temblorosas. Era un sueño, y se iba a poner a llorar como un crío. Tragó saliva y contempló a su futura mujer. Era tan bonita. Le brillaban tantísimo los ojos…

—Estás preciosa, Nicole —la piropeó.

—Y tú, Dan —contestó ella halagada.

—Con este anillo, yo te desposo, Nicole Balanzat —tomó la mano de Nicole, la levantó y le colocó el anillo en el anular. Después, sin soltarla, continuó hablando—. Prometo amarte siempre. Prometo divertirte en

tiempos de flaqueza y costumbre. Prometo adorar cada una de las arrugas que el tiempo postre en tu cara. Prometo quererte incluso cuando no me des razones para ello. Prometo que nuestro amor hará que el tiempo pase rápido, pero nunca permitiré que el tiempo deje pasar el amor. Prometo ser yo siempre, enamorado de ti. Pelirroja con constelaciones y estrellas en el cuerpo —le susurró aludiendo a sus pecas, con la voz quebrada—, ¿aceptas ser mi esposa?

Nicole se acongojó como nunca lo había hecho, y apunto estuvo de no pronunciar su discurso. Pero lo logró. Ella hablaba por lo codos, ¿cómo no iba a hablar el día de su boda?

—Sí quiero —dijo finalmente. Con las lágrimas deslizándose por las mejillas se dispuso a colocarle la alianza a Dan—: Con este anillo yo te desposo, Dan Williamson. Prometo amarte siempre. Hacer de nuestra vida una aventura, de cada beso un «te amo», de cada sonrisa un regalo. Prometo llorar contigo, si hay que llorar. Y reírme hasta ahogarme, si hay que reír. Prometo caminar a tu lado, y acelerar si alguna vez me dejas atrás. Prometo no olvidar nunca que te quiero, y ser siempre yo, amándote a ti. Yo nunca he sido de contar el tiempo, pero sí he sido de darle importancia a la calidad de cada momento. Y tú haces que todo merezca la pena. Te quiero, Dan. ¿Quieres ser mi esposo?

Dan la tomó por la cintura, y no esperó más para darle el beso que quería darle desde que la había visto aparecer en Stonehenge, cogida del brazo de Clement.

Nicole pensó que hubiera sido bonito que su familia la hubiese acompañado en ese momento, pero pensaba casarse en Ibiza a lo grande cuando pudiera, y además, no pensaba hablarles de Dan hasta que no pasara el tiempo. Su abuela y su madre no entenderían cómo podía casarse con un hombre al que hacía tres semanas que conocía.

Ella era una loca impulsiva. Y las locas soñadoras cometían locuras de amor.

8

En la actualidad

Estaba desorientada y perdida.

Sentía que los párpados le pesaban mucho y que le costaba un mundo abrir los ojos. Ningún pensamiento ansioso cruzaba su mente en ese instante, pero ella recordaba.

Recordaba cosas.

Cuando finalmente pudo centrar su mirada en un punto, lo hizo en el techo blanco, cuyos ojos de buey la cegaron momentáneamente.

No reconocía ese lugar. Volteó la cabeza a un lado y se encontró con una mesilla de noche con el típico teléfono de centralita negro posado en ella.

A continuación, volteó hacia el otro lado, y descubrió otra mesita igual, pero vacía de objetos en su superficie. En la pared blanca había un amplio ventanal cuya cortina transparente dejaba adivinar las luces de la ciudad.

No lo entendía. No entendía nada. ¿Dónde estaba?

Un extraño olor a *curry* golpeó su nariz, y después el sonido de una sirena, nunca sabía reconocer si de ambulancia o policía, llegó hasta sus oídos.

Nicole se incorporó con normalidad, y bajó la vista a su cuerpo. Estaba en una cama sí. Llevaba la misma camiseta y el mismo pantalón con los que salió de Ibiza, ambos manchados de sangre, señal de que aquel episodio agónico y torturador que recordaba era real. Sin embargo, no le dolía la cabeza. Se encontraba bien. Todavía con sueño, pero bien.

Inspeccionó aquella habitación de hotel. Porque era una habitación. Y con la atención, llegaron todos los detalles. La puerta del baño estaba abierta. La televisión empotrada a la pared emitía un programa de vídeos musicales. Sobre la chaise longue de enfrente del balcón habían un par de bolsas blancas de una conocida marca de ropa, y también una caja con un calzado Nike.

«A ver… céntrate, Nicole», se dijo a sí misma. ¿Seguía secuestrada? ¿Aparecería de nuevo aquel hombre calvo maquiavélico que le había frito el cerebro hasta casi matarla?

Se puso a temblar presa de los nervios, y buscó como loca algún objeto que poder usar para protegerse. Podría arrojar el teléfono. O no, mejor aún, utilizaría el teléfono para llamar a sus hermanas y a la policía, como haría una persona normal en peligro. Lo cogió con tanta prisa que se le cayó de las manos, y cuando se agachó para cogerlo de nuevo, se dio cuenta de que habían cortado la línea.

—Mierda —dijo en voz baja echándose el pelo hacia atrás.

Necesitaría un arma. Cogería el cepillo de dientes del baño y se lo clavaría en el ojo al primero que viera. Porque en esa habitación no había nadie, ¿no? Ella no veía a nadie más allí. Pero alguien vendría a buscarla seguramente. El mismo que la había llevado hasta ahí.

Se arrastró por la enorme cama hasta quedar sentada en ella, con los pies descalzos sobre la moqueta. Y lentamente se levantó.

Insegura, caminó con lentitud hasta el balcón cuyas puertas estaban abiertas de par en par, y se asomó para intentar ubicarse.

Lo que vio lo reconoció de inmediato. La plaza, la estatua de Eros, los cines, los teatros, los restaurantes, y los grandes paneles luminosos de publicidad.

«¿Qué hago en Piccadilly Circus?», se preguntó.

Allí abajo era un hervidero de vida y movimiento. Las personas iban y venían hacia y de todas direcciones. Y ninguna, ninguna, sería capaz de mirar hacia arriba si ella gritaba «ayuda».

Eso haría. Alguien debía alertar a la policía de que la tenían retenida y que la iban a torturar.

Cogió aire por la boca, se apoyó en la baranda de piedra y cuando estaba apunto de soltar el bramido, un cuerpo enorme y corpulento la agarró por la espalda y le cubrió la boca con la mano.

—Chist —le susurró—. No grites, pelirroja. Eros puede girarse y disparar una de sus flechas hacia aquí —le habló en un tono neutro y sosegado, y comprendió que Nicole le había reconocido cuando tensó su cuerpo hasta el punto de que pensó que iba a romperse.

Nicole luchaba por ubicar a Dan ahí, con ella, en Piccadilly, pero por mucho que lo intentaba no conseguía obtener una explicación lógica. Porque era él, ¿verdad?

No lo sabría hasta que no le viera la cara. Recordaba haber gritado su nombre mientras el calvo la torturaba, justo cuando desfallecía. Pero no era capaz de recordar más. Señor, revivir aquello le giraba el estómago.

¿Qué demonios estaba pasando? ¿Qué hacía Dan ahí?

—Nicole —continuó pegado a su espalda—. Ahora estás a salvo. Voy a darte la vuelta y a soltarte. No hagas ninguna locura ni ninguna tontería. La altura desde aquí es considerable, y podrías caerte.

Ella abrió los ojos de par de par. ¿Era una amenaza velada?

—Ahí voy. Te voy a soltar muy poco a poco…

Dan la dejó libre y dio un paso atrás ofreciéndole espacio para maniobrar.

Ella no dejaba de sacudirse presa de espasmos nerviosos, y formó puños con las manos para que le dejaran de temblar.

Se armó de valor para comprobar que ese hombre era Dan. Se alegraría de verlo, si así fuera, porque significaría que ya no estaba en manos de aquel individuo llamado Arka. Y porque aunque ese hombre le había roto el corazón, sí podía confiar su seguridad en él.

Se dio la vuelta y lo encaró.

Se quedó sin aire, asustada porque no había nada de Dan en ese tipo. Sí, estaba ahí su mirada, la mueca de su boca, su hoyuelo en la barbilla… pero Dan el científico, el que tenía aspecto de informático inofensivo físicamente, se había evaporado.

Ahí, frente a ella, había un hombre que le doblaba en tamaño y que eso le hacía parecer más alto. Vestía con una camiseta negra de manga corta que

delineaba sus esculpidos y trabajados músculos, y unos pantalones tejanos Levi's bajos de cintura de color azul claro. Tenía el pelo largo y rubio, peinado de un modo que le cubría un poco el rostro, o tal vez era la pose, con el cuello ligeramente hacia delante y las piernas separadas en posición agresiva.

Sus hombros eran grandes y parecían esculpidos por un artista espartano. Sus antebrazos, sus manos delicadas… Ya no eran como los recordaba. Ahora estaba frente a una especie de gladiador estilizado.

Y no llevaba gafas. Ya no llevaba lentes. Cosa que favorecía su mirada acaramelada y levemente rasgada hacia arriba.

Nicole no supo ni qué decir. Hacía años que no lo veía. Desde el terrible día en que él decidió que no quería magia en su vida, y la alejó para siempre. Y ahora se encontraba con él misteriosamente, en una habitación de hotel de Piccadilly Circus… Y la dolorosa sensación era la misma que el primer día que lo vio.

Se enamoró de él como una pardilla. «Sal de ahí, Nicole. Sal», se dijo. Su cuerpo vibraba al tenerlo cerca como vibró el primer día. Y aquello la humilló, porque él parecía haber mejorado con los años, y ella… ella no sabía ni quién era ni lo que le estaba pasando.

—Sé que he cambiado un poco —dijo Dan.

—¿Un poco? —Nicole no salía de su asombro—. Es como si hubieras —lo señaló con evidencia— digievolucionado como un Digimon. O metamorfoseado como un maldito Power Ranger. ¿Qué… qué demonios te ha pasado, Dan? Da igual —lo detuvo y se presionó el puente de la nariz con frustración—. No importa. Eso no es lo importante —se tuvo que recordar —. Lo importante es: ¿qué haces aquí? ¿Y qué hago yo aquí? ¿Qué me ha pasado?

Dan inclinó la cabeza a un lado, como haría un animal intentando comprender las palabras de un humano, y contestó:

—La mejor respuesta que se me ocurre para que empieces a asumir lo que sucede es decirte que tenías razón. Y que eso ha ido encadenando una serie de cosas hasta llegar al punto de ahora.

Ella apretó la mandíbula con frustración. Impactada y asustada por lo que suponía lo que acababa de decirle Dan.

—He tenido razón en muchas cosas, Daniel —dijo muy seria. Así lo llamaba cuando estaba enfadada—. Concreta un poco más, por favor.

Él desvió los ojos al exterior y después los centró en ella de nuevo.

—Tenías razón, Nicole. Tu augurio astral fue real.

Ella negó con la cabeza y cerró los ojos consternada.

—¿Me vienes con esas ahora? —dijo en voz baja.

—Hablemos dentro, Nicole —le pidió serio—. Aquí no.

Nicole no quería ni mirarlo a los ojos. Necesitaba refrescarse, espabilar, despertar de toda aquella pesadilla…

—Hablaremos cuando me duche. ¿Puedo ducharme? —le preguntó con retintín. Necesitaba quitarse la sangre, el miedo, el aturdimiento y la indignación de encima. Y recuperar el control, aunque fuera de algo tan simple como ducharse por sí sola.

—Sí. Puedes —contestó con el mismo tono.

Nicole pasó de largo y se internó de nuevo en la habitación, pero se detuvo a medio camino y preguntó:

—¿Estoy a salvo ahora? ¿Cómo sé que puedo fiarme de ti? Hace mucho que no nos vemos.

Dan entró tras ella y contestó mientras cambiaba de canal de televisión y sintonizaba otro diferente.

—Continúas con vida. Y además, siempre puedes fiarte de mí.

—Pffff —espetó Nicole dándose media vuelta incrédula y riéndose de él. Era un mentiroso. ¿Cómo iba a fiarse de alguien que había pisoteado su corazón y que había dado la espalda a su don sin pestañear?

Se sacó la ropa tintada de sangre con toda la rabia que sentía, y se miró al espejo. Madre mía, no tenía buena cara. Estaba ojerosa y tenía sangre seca en los oídos y en los orificios de la nariz, hasta en los ojos. Arka había jugado con su cabeza y hurgado en ella como si diera vueltas a una sopa con una cucharra. Se había desmayado infinidad de veces. Incluso, juraría que había muerto… Pero, si había muerto, ¿qué hacía vivita y coleando en esa habitación de hotel de Piccadilly con Dan?

Se agarró al lavamanos, y acercó su rostro al espejo.

—A ver, Nicole —se dijo humedeciéndose los labios resecos—. Vas a salir de esta. No te vas a hundir ahora…

Se metió en la cabina y encendió el grifo. Como una autómata, se colocó bajo el chorro de agua helada. El frío la activó, el dolor de la piel la espoleó, y ahí, bajo el agua, lloró en silencio, apoyando la frente en las baldosas, abrazándose a sí misma desconsolada.

¿Qué hacía Dan ahí?

¿Y cómo podía ser que, después de todo, el augurio que ella tuvo y que todo lo destruyó, fuese real, y ella no lo supiera hasta ahora? ¿Por qué Dan no la había ido a buscar en todo ese tiempo para reconocérselo e intentar recuperarla?

¿Alguna vez la había querido de verdad?

¿Quién diablos era ese desconocido con pinta de Tarzán que hablaba como Dan, pero que le daba dos veces más miedo y respeto que su exmarido?

9

Años atrás

En verano, Nicole debía estar entregada a los campos de cultivos, con lo cual su casa móvil iba a ser la caravana, algo que Dan comprendía perfectamente, pues aquella era su vida y su profesión. Al atardecer, él siempre iba a verla a la caravana roja y se quedaba a dormir con ella, en el maravilloso compartimento que tenía como habitación. Una habitación con todo tipo de comodidades.

Clement tenía su propia caravana para dormir y era el centro de operaciones móviles ya que estaba perfectamente equipada con todo tipo de monitores y aparatos de medición que incluso, Dan, siendo científico, desconocía.

Tenían pendiente una luna de miel cuando acabara la temporada de los círculos en Wiltshire. Así que, asumían que por aquel entonces, esas eran sus condiciones y aquella debía ser su vida marital.

Pero lo cierto era que les daba igual, porque nada importaba mientras estuvieran juntos. Lo importante era compartir, disfrutar el uno del otro, y daba igual si era allí, entre los misteriosos círculos de las cosechas, o en el hotel de Dan. En el futuro, cuando empezara su proyecto en el CERN, ya hablarían de cómo debían organizarse. Mientras tanto, aquella era su realidad.

Ambos creyeron que su amor iba a ser eterno.

Dan creía en Nicole. Nicole creía en Dan.

Se respetaban. Se amaban con locura. Apenas podían quitarse las manos de encima ni tampoco estar sin saber del otro demasiado tiempo durante el día. Eran un par de tortolitos enamorados.

Sus trabajos no tenían relación alguna, no se entrecruzaban y uno no tenía que meter las narices en lo que hacía el otro.

O eso pensaban, hasta el día en que todo cambió y la burbuja les estalló en las manos.

Aquella noche, Dan la invitó a sus oficinas para que conociera a todos sus compañeros de trabajo. Nicole se puso un vestido mostaza con un cinturón negro finito que se amoldaba a su cintura, y también unos zapatos de tacón de color negro.

Dan la recibió en su despacho, vestido con una bata blanca, y unas gafas transparentes de plástico colgadas al cuello, que utilizaban para proteger los ojos de las altas radiaciones. A Nicole le extrañó porque se suponía que esas oficinas no estaban equipadas para realizar ningún tipo de experimento científico, pero tampoco pensó demasiado en ello, porque la verdad era que estaba tan guapo y el batín le quedaba tan bien que no pensó en preguntarle nada.

Además, estaba ansiosa por conocer a los chicos que iban a conformar su equipo en el CERN y que él mismo había elegido.

Aquel edificio estaba hecho todo de cristal y metal, con lo que se podía contemplar todo el paisaje exterior a través de las angostas ventanas, y lo cierto era que merecía la pena. Campos interminables verdes y llanos, con preciosas flores salpicando la uniformidad de la hierba, y el atardecer que caía como un manto de paz sobre ellos.

—Hola, pelirroja —le dijo él cariñoso como siempre. La miró de arriba abajo y sonrió como un macarra—. Qué ganas tengo de que todos vean el bellezón de mujer que tengo como esposa.

—¿Estoy guapa?

Dan la atrajo hacia él sujetándola de la mano y le dio un beso húmedo en los labios.

—Guapa es demasiado terrenal. Tú eres divina, amor —le susurró—. Ven, están todos en la sala de conferencias.

—Estoy nerviosa —confesó.

—No lo estés. Son todos cuatro ojos como yo, igual de torpes y tímidos con las mujeres.

—Tú no eres ni torpe ni tímido, Dan —se rió ella.

—Eso es porque yo soy una extraña alteración dentro de la norma —le guiñó un ojo—. He adulterado las reglas.

La llevó a través de un largo y silencioso pasillo, hasta detenerse delante de una puerta doble de madera de roble.

Cuando él la abrió, se encontró a un grupo de hombres, todos con una taza de café en las manos. Eran del estilo de Dan, en cuanto a vestimenta, pero ni uno era tan bien parecido como él. Para ser honestos, lo cierto era que Dan llamaba la atención entre tanto… ser gris. Sí, esa era la palabra. Grises. Ni blanco ni negro. Ni frío ni caliente. A medio camino entre la luz y la oscuridad. Así eran sus compañeros.

—Chicos, os presento a mi mujer. Mi flamante primera esposa —dijo bromeando.

—Y la última espero —le siguió el juego Nicole.

Bueno, eran todo hombres. Para ella no sería complicado saber llevarlos. Con las mujeres era más difícil, porque algunas se sentían amenazadas por ella. No pensarían así si supieran lo que pensaba al respecto de todo. Verían que no tendrían nada que temer, porque su cabeza no funcionaba como la de las demás. En eso, era igual de friki que Dan.

Nicole les dio la mano a todos, sabiendo que no recordaría los nombres después. Ellos no muy dados a hablar, prorrumpieron en silenciosos «encantados» de conocerla y de conocerse. En el centro de la sala había una mesa ovalada negra con canapés y bebidas de todo tipo.

—He pedido un pequeño picnic —le explicó Dan a modo de confidencia —. Quería que te recordaran a ti y este día como algo especial y extraordinario. Cuando acabamos la jornada nos vamos a casa a descansar y apenas tenemos tiempo para compartir una cerveza. Esto es como una pequeña fiesta para ellos.

—Dirás que no tenéis ganas… —le corrigió ella—. No tenéis ganas de tomar la cerveza de después. No sabríais ni de qué hablar.

—Yo sí sabría. Pero tengo otras prioridades —contestó Dan—. Me espera una *sexy* cerealóloga en una lujosa caravana roja todos los días desde hace casi dos meses.

Nicole sonrió y aceptó el piropo, además de la copa que le ofrecía Dan.

—¿En una caravana roja? Qué excéntrica… —bromeó ella.

—Síp. Es un poco rarita. Pero la amo, ¿qué se le va a hacer?

—Bien dicho. ¿Este es tu equipo definitivo? —quiso saber.

—Sí.

—Son todos de tu misma edad más o menos.

—Excepto Roger, que tiene cuarenta y cinco años, y que no se podía quedar porque tiene niñas y esposa en casa, los demás estamos cerca de los treinta. Es un equipo bastante parejo en eso. Tenemos las mismas ideas al ser también de la misma quinta.

—Entiendo. ¿Y cuándo empezáis con el proyecto?

—De aquí a dos semanas.

Nicole sabía que Dan debería trasladarse a Ginebra para trabajar en el CERN, el impresionante laboratorio de física de partículas. Conocía el trabajo de formación de equipo que había realizado en Inglaterra y, al parecer, ya había acabado su labor con éxito, eligiendo a los más aptos para los puestos de laboratorio que ofrecía. Él y su equipo se irían de Inglaterra y se instalarían en las casas que ya les habían elegido en la frontera franco suiza.

—No sabía que te irías tan rápido. Ni tampoco que ya habíais dado por cerrado el proceso de selección de los miembros del proyecto —musitó con tristeza. Aquello era un golpe para ella.

Dan se encogió de hombros sin querer darle demasiada importancia, hecho que sorprendió a Nicole.

—Las cosas se han dado así. Hoy he cerrado la plantilla.

Nicole iba a replicar, pero entonces, las puertas se abrieron de par en par, y entraron tres señores vestidos de negro, con extraños sombreros, que parecían cubrir a un cuarto.

Ella se asustó por aquella inesperada intromisión. Miró a Dan, esperando que él les presentara, pues suponía que debía conocerlos, pero nadie allí movía un dedo, se quedaron tan congelados como ella.

El hombre que parecía ser custodiado por los otros tres, vestido igual que ellos, los miró a cada uno a los ojos, inclusive a Dan. Era inexpresivo, de movimientos robóticos. Sacó una hoja de uno de los bolsillos de su gabardina negra. Se acababa de dar cuenta de que llevaba una gabardina negra, qué curioso. Y abrió la hoja de par en par para mostrar lo que había escrito en ella. Habían muchas fórmulas que ella desconocía y que no entendía.

Se sentía incómoda y fuera de lugar, posiblemente no debería escuchar nada de eso, así que se apartó prudentemente de Dan, pero oyó la conversación.

—Seguid estas indicaciones. Hacedlo tal y como os lo decimos —dijo el individuo de piel blanca y ojos muy negros—. El acelerador está preparado para ello, ¿entendido? La puerta dimensional debe abrirse. Así debe ser.

¿Portal dimensional?, pensó Nicole. ¿De qué hablaban?

Dan negó con la cabeza y pareció negarse a sus pretensiones.

—Esa no es la función del acelerador. Crear un portal provocaría un daño colateral irreversible. Estoy en este proyecto porque se tardó medio siglo en encontrar la molécula del Bosón de Higgs. No me gustaría tardar tanto en encontrar otras moléculas trascendentes para nuestra evolución y nuestra comprensión del Universo. ¿Qué hay del Gluino, por ejemplo? —preguntó desafiante.

El individuo torció la cabeza para observar a Dan, como si lo viera por primera vez, y entonces lo señaló con uno de sus pálidos dedos por los que parecía que no corriera la sangre. Dan intentó correr para proteger a Nicole, y con la mirada pavorosa le dijo:

—Corre. Es un Ojeador. No te puede ver a ti. ¡Corre!

—¿A quién escondes? —quiso saber el individuo con voz calmada.

Dan se puso a gritar y abrazó a Nicole con fuerza, la cual, aterrada por lo que le pasaba a su marido, también empezó a gritar. Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, Dan se esfumó entre sus brazos, desapareció, y entre el inaudito polvo que levantó aquella volatilización, Nicole pudo ver a ese

hombre extraño, intentando dar con ella a través de aquella nube de partículas. No la veía.

¿Dónde estaba Dan? ¿Qué estaba pasando?

Justo cuando se iba a acercar aquel hombre, ella dejó ir un grito con todas sus fuerzas.

—¡Daaaaan!

—¡Niqui! ¡Nena! ¡Nicole! —gritaba Dan.

Ella abrió los ojos llenos de lágrimas. Tenía hasta palpitaciones y estaba empapada en sudor.

Dan la abrazaba, encima de ella, en la cama del compartimento de la caravana.

—¿Dan? —se sentía desorientada.

—Sí, cariño.

—Oh, Dios mío… ¿Dan, estás bien? —preguntó entre hipidos.

—Claro, cariño. Estoy bien. Aquí contigo. ¿Y tú? ¿Has tenido una pesadilla? —intentó tranquilizarla con caricias. Nicole se abrazó a él fuertemente, y hundió su rostro en su pecho.

Sí. Había sido una pesadilla. Pero una muy real, que la seguía afectando incluso cuando ya tenía los ojos abiertos.

—Hacía mucho que no tenía un sueño tan… real. Mucho —murmujeó Nicole, pensativa, con una infusión de valeriana entre las manos que el mismo Dan le había preparado—. La última vez fue antes de que mi padre muriera. La noche antes, en sueños, él se despidió de mí —susurró jugando con la bolsita de infusión dentro del vaso. Lo recordaba como si hubiese sido ayer.

—¿Tu padre se despidió de ti en sueños? —había un tono de estupefacción en Dan.

Ella lo miró de reojo y asintió con la cabeza.

—¿Horas antes de morir?

—Sí. Esas cosas nos pasan a las Balanzat… ¿Te asusto?

Nicole se había cubierto con el batín de manga larga azul oscuro de Dan, porque a pesar de que en Inglaterra todavía no hacía demasiado frío, ella

estaba helada, totalmente destemplada.

Dan, por su parte, estaba sentado a su lado, igual de meditabundo, intentando dar una explicación física a lo que Nicole acababa de decirle. Él no se había servido nada, excepto un vaso de agua para paliar la sequedad en la boca y la angustia que la pesadilla de su extraña mujer había activado en él.

—No me asusta lo que tú puedas hacer o no en tus sueños. Ni las capacidades extrasensoriales que puedas tener —argumentó manteniendo la calma—. Creo que lo que para ti es magia, para mí es ciencia aún sin descubrir.

—Entonces, ¿por qué estás más pálido que yo?

—Porque nunca has venido a mis oficinas y, en cambio, sabes cómo son. Porque no te he hablado de los nombres y los hombres que he seleccionado, y has mencionado el nombre y la edad de uno de los que sí voy a elegir, aunque aún no se lo he dicho. Porque no te he hablado de mis aspiraciones con el Gluino, y tú me lo acabas de echar en cara. De hecho, eso nadie que no sea del CERN lo sabe —se pasó la mano por el pelo de la nuca—. Lo único que me tranquiliza de ese sueño, es saber que crees que tengo un grupo de jefes calvos a los que obedezco, sacados de la ciencia ficción, y que no quieren descubrir partículas, sino abrir una puerta dimensional. Al final, tendré que reír, ¿no? —sonrió sin muchas ganas, incómodo por lo que había de verdad y de mentira en ese sueño—. Creo que tienes mucha imaginación, y que el tema de los agroglifos se te ha subido a la cabeza…

A Nicole se le llenaron los ojos de lágrimas porque no le gustaba el tono en el que le hablaba. No lo hacía con miedo, pero sí con estupor y con cierta textura ofendida. El sueño la había dejado marcada como solo la verdad más incómoda podía conseguir, y Nicole no sabía cómo hacer ver a Dan que algo en su proyecto no era lo que él creía, y que iba a atraer algo que no deseaba. Pero era su mujer, su augur para él. ¿Cómo iba a callarse si Dan podía estar en peligro en un futuro?

—Dan —ella tragó saliva y lo miró con sus ojos tristes y preocupados por el hombre que amaba—. No te tomes mi augurio como si fuera una broma —le pidió.

—No es un augurio —contestó él acallándola—. Ni siquiera sé bien lo que es esa palabra. Te estás metiendo en mi trabajo, Nicole. En algo por lo que me he desvivido muchos años. No pretendas que crea que mi labor con el acelerador es en realidad una tapadera para algo tan descabellado como la creación de una puerta dimensional. Para empezar, esos hombres no existen —señaló—. Y mis jefes son los directores del CERN que, por cierto, son elegidos entre un grupo de «humanos» —enfatizó— cada cinco años.

—No te rías de mí —le dijo ella igual de seria.

—¿Te das cuenta de lo que me estás insinuando?

—Tú mismo has dicho que he acertado muchas cosas que ni he visto ni tú me has explicado.

—¡Nicole, joder! —Se levantó nervioso, perdiendo un poco la paciencia. Adoraba que ella fuera tan impulsiva, inquieta y soñadora como para investigar los dibujos de los campos y creer adivinar sus mensajes. Pero no iba a tolerar que mezclara su mundo de mensajes y señales con el suyo de ciencia. No podía insultar así su inteligencia—. Te pido, por favor, que nos acostemos y que no hablemos de tu pesadilla más. Te tengo mucho respeto y una gran admiración por tu trabajo, como para pretender que yo crea en lo que dices y que tome ninguna decisión al respecto. Tu trabajo y el mío no tienen nada que ver. Lo mío es empírico. Muy serio. Lo tuyo es intuitivo y sigue a corazonadas.

—¿Qué acabas de decir? —ella se levantó de la mesa, con lentitud y las manos formando puños—. Lo mío no son fantasías. Está muy documentado. Y tengo formación versada sobre criptografía como para demostrar que mi sueño, tu trabajo, y los círculos, podrían estar relacio…

—¡No te atrevas a decirlo! —la señaló con el dedo tieso desafiante—. Hay cosas que no voy a tolerar.

—¡Te estoy hablando de mi augurio, Dan! ¡No sabía que te daba tanto miedo lo que hago! —exclamó impresionada.

—No es miedo —negó él—. Miedo no es la palabra. Es que… a veces es ridículo. Me cuesta de creer.

Aquello fue como una bofetada para Nicole. ¿Dan no creía en ella? ¿Dan no confiaba en lo que hacía? No. Era lo último que esperaba oír.

—Joder, Niqui —murmuró abatido—. Mírate. Míranos —se señaló—. Vivimos en una caravana porque no quieres alejarte de los campos y de las señales, cuando yo tengo un hotel de cinco estrellas en la ciudad que podríamos disfrutar los dos.

—Mi caravana es perfecta —se defendió ella—. Nunca vivirás en una así —le echó en cara.

—Sí. No digo que no. Pero… vives de la herencia que te dio tu padre, porque, lamentablemente, todo este increíble trabajo que haces, todo este tinglado que has montado, no te lo remuneran. Así que podríamos decir que trabajas por amor al arte, porque nadie paga los esfuerzos que haces en este lugar. —Dan se sentía miserable al ver los cambios que asomaban al rostro de Nicole. Parecía decepcionada. Desengañada—. Eres una excelente criptógrafa, ¿no crees que podrías desarrollar tu don en otro campo que no sea este? —señaló al exterior de la caravana.

¿Tinglado? ¿Caravana? ¿Amor al arte? Ella alzó la mano y detuvo sus palabras de golpe.

—Mi mente todavía está asimilando que no creas en mí, como para tener que escuchar también toda esa ristra de estupideces que acabas de soltar. Pero ya que te has sincerado —sonrió de manera déspota— déjame que lo haga yo también, ¿vale?

—Claro, cariño, yo…

—Daniel, no te he pedido permiso —lo cortó sin más—. Nunca me hubiera casado con un hombre que no creyera en mí, porque el hecho de no creer, entre otras cosas, implica no amar una parte de esa persona. Y me acabo de dar cuenta de que no me amas como yo esperaba, como estaba segura de que lo hacías —agarró la taza con la mano y la apretó con fuerza, haciendo negaciones con la cabeza, para reírse de forma histérica—. Y me hubiera encantado saberlo antes de darte el… el maldito… ¡Sí quiero! —lanzó la taza contra la pared de detrás de Dan con tanta fuerza que esta explotó en mil pedazos. Nicole temblaba indignada, y dejó ir toda la frustración cuando empezó a sollozar, presa de la ansiedad y la pena.

—Nicole… —Dan intentó acercarse a ella, impresionado por el vendaval emocional que tenía delante. ¡Le acababa de lanzar la taza!—. Yo te amo. Te quiero con toda mi alma. No dudes de eso…

—¡Mentira! ¡Me quieres y me respetas mientras yo siga con mis dibujitos de los mandalas extraterrestres y no me meta en tu trabajo! ¡Pero cuando lo hago, la verdad me ha explotado en la cara! —intentó secarse las lágrimas con la manga de la bata, pero se había roto el fuerte de su alma. Ya nada la detendría—. Te hace gracia a lo que me dedico. Piensas: ¡qué mona es creyendo que E.T le envía whatsapps desde el espacio!

—¡Nunca he dicho eso! —contestó indignado.

—¡No hace falta! Pero no me tomas en serio. No tomas en serio nada de lo que Clement y yo te hemos mostrado con todo nuestro cariño y nuestra buena fe —se acercó a él de manera amenazante, herida en lo más profundo.

—Nunca digas que no os he respetado. Jamás he dicho nada para reírme de vosotros. Creo que lo que hacéis es muy interesante…

Ella entrecerró los ojos y se quedó a un palmo de su rostro.

—¿Interesante, dices? Interesante es el Discovery. No lo que hacemos aquí. Esto es serio. Científico.

—Para que sea serio, Nicole, antes debe estar aprobado como una rama de la ciencia. Y no lo está.

Ella apretó los dientes con frustración. Era una verdad como un puñal cortante, pero la ciencia no aceptó durante muchos años que la tierra era redonda, hasta que se demostró.

—Clement y yo demostraremos la verdad sobre los mensajes de los agroglifos tarde o temprano. Estamos muy cerca para poder establecer una relación clara entre unos y otros. Y ese día, al primero que querré ver cuando nos den un Pulitzer, será a ti, tragándote tus palabras y tu orgullo de físico nuclear.

—Creo que te estás tomando esto demasiado a pecho —aclaró nervioso al verla tan enfurecida—. Simplemente no quiero que me menciones más el sueño que has tenido, porque la verdad es que no puedo creer en él. Lo siento —se llevó la mano al pecho—. Y no quiero que mi esposa tenga paranoias extrañas respecto a mi trabajo, o crea más en esos dones que dice tener, que en la realidad en la que habita. Quiero estar contigo —confesó igual de emocionado que ella—. Pero con la Nicole cabal y coherente. No con la fantasiosa y paranoica conspirativa.

Nicole observó anonadada cómo el anillo que Dan llevaba en el dedo refulgía riéndose de ella y de su mala elección. Se había casado con alguien que no daba crédito alguno a su trabajo y por consiguiente a ninguna de las conclusiones que ella sacaba. Y lo peor y más erróneo era que no creía en su augur. Cuando el augurio de una Balanzat nunca era errado y era un don que otorgaba con el corazón abierto.

—Yo sí que lo siento, Dan —murmuró con voz temblorosa—. Porque yo soy todas ellas. Soy la cabal y la fantasiosa. La coherente y la paranoica conspirativa. Y no puedes elegir a una y desechar a la otra. O me quieren por completo, o sencillamente, no me quieren —se apartó de él y peleó con su propia alianza que no quería salir de su dedo anular.

—¿Qué… qué estás haciendo?

—Estoy abriendo los ojos —contestó dejando la alianza encima de la mesa, devastada por su triste revelación—. Me ha hecho falta tener un augurio sobre ti para darme cuenta de lo que de verdad piensas de mí. Es tan… tan frustrante.

—No pienso irme. No pienso dejarte —él se negó en banda, muy asustado por los designios que tomaba esa madrugada en sus vidas—. Te quiero. Nuestra discusión no cambia nada.

—¡Lo cambia todo, Dan! Yo no necesito que me quieran así. Quiero que te vayas ahora. Y que también abras los ojos como los he abierto yo con lo que te voy a decir.

—Niqui… No me quiero ir —su voz sonó estrangulada, y sus ojos caramelo parecían desesperados.

—No, Dan. No voy a cambiar de idea. Del mismo modo, tú no creerás tampoco en mí repentinamente. Ahora me tienes que escuchar —lo tomó del rostro para que la atendiera—. Te vas a ir de mi casa de cuatro ruedas y te vas a mudar a tu hotelito. El tiempo dirá si lo que te he dicho es verdad o no, si debiste creerme o no. La puerta de mi caravana estará abierta para ti si al final yo estaba en lo cierto. Pero necesito que vuelvas así, creyendo en mí, aunque te dé miedo, que quedándote aquí, por mucho que quiera, si en realidad consideras que mis estudios y aquello por lo que yo estoy dando mis mejores años es un sinsentido, o un Dorado irreal e inalcanzable.

—Nicole, tú me has dicho más o menos lo mismo al juzgar el objetivo real de la nueva puesta en marcha del acelerador. Soy el jefe del proyecto, ¿en qué lugar me deja no saber cuál es la verdadera finalidad de mi trabajo? Estoy en mi derecho de no creer en lo que dices y de ofenderme.

—Y yo estoy en el mío de decidir. Yo no te he juzgado. Tú sí. Te he hablado de mi sueño. De mi augur. Y es real —sentenció—. No sé cuándo va a suceder, ni sé cómo de exacto será lo que pase en realidad en comparación con lo que he visto en mi sueño, pero recuérdalo, Dan —su voz se hizo grave, y sus ojos verdes se oscurecieron—: Alguien peligroso, a quien llamarás Ojeador, querrá supervisar y modificar la labor con tu acelerador. Tú no estarás de acuerdo, por el peligro que conlleva jugar con las dimensiones. Te pondrás en contra del proyecto. Eso le molestará y querrá acabar contigo. Y si eso pasa, si esto es así, Clement, yo y unos cuantos cerealólogos más estaremos en lo cierto sobre el mensaje de alerta que imprimaron en las cosechas años atrás. El tiempo existe en todas las direcciones, pero los mensajes son completamente atemporales. Sirven siempre. Te quiero, Dan. Pero ahora mismo, quiero que te vayas de mi caravana —se abrazó a sí misma, y aguantó como pudo el puchero de su boca.

—Esto es un error —dijo él en voz baja—. Una locura.

—Puede ser. Pero vuelve solo cuando creas en mí y tomes en cuenta lo que te digo. Aunque ese día lamentaré verte, porque supondrá que yo tenía razón, y que a ti te usaban de conejillo de Indias. Y lo que es peor: que todos estamos en peligro.

—No puede ser que esto se haya acabado así, Nicole… Por favor, recapacita. Lo podemos arreglar.

Ella desvió la mirada para no flaquear. Debía mantenerse fuerte, la afrenta había sido muy dura e imperdonable para alguien como ella.

—No tiene por qué acabar así. Si las cosas suceden como he visto, espero que después seas lo suficientemente hombre como para volver aquí y reconocérmelo. Nunca te cerraré la puerta, Dan. Porque yo sí te quiero de verdad. Pero me niego a vivir contigo sabiendo que piensas lo que piensas de mí —las lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

Dan se peinó el pelo con los dedos con frustración. Agarró su ropa de malas maneras, y decidió que se vestiría de camino al coche.

No pensaba quedarse ni un minuto más delante de la mujer que le había echado de casa. Ahora estaba realmente enfadado, y también contrariado. Se acababan de tomar decisiones en caliente, y necesitaba enfriar la cabeza y calmar los nervios.

Se iría de allí, dirección al hotel. Se ducharía, y tomaría un café bien cargado. No iba a volver con Nicole si ella tenía tan clara su visión. No iba a volver porque eso que ella había soñado no iba a pasar. Era imposible. Irreal.

Muy afectado, Dan subió a su coche de empresa y se fue de los campos de Wiltshire sintiéndose mal consigo mismo.

—¡Joder! —golpeó el volante con fuerza y le dio al acelerador. Tal vez la velocidad haría que dejara atrás la desazón. O que huyera de la realidad que no quería: la mujer que amaba acababa de sacarlo de su vida como a un perro.

Nicole no quiso ver cómo se alejaba, por miedo a seguir el impulso de ir tras él corriendo y pedirle que se quedara. Pero no, por doloroso que fuera, eso era lo mejor en aquel momento.

De repente, aquel lugar, su caravana en la que siempre se sintió cómoda y resguardada, le pareció enorme sin él. Se lavó la cara en el baño con agua fría y a través del espejo contempló la ducha con hidromasaje. Incluso la cabina en la que tantas veces habían hecho el amor, parecía más grande de lo que en realidad era. Y la cama… la cama aún estaba deshecha. Tendría su olor.

Se dirigió hacia ella como una zombie. Pero se detuvo al recordar que había lanzado una taza contra la pared. Maldito temperamento.

El silencio que la rodeó mientras recogía los pedacitos de cerámica la hizo sentirse muy sola, y entonces, acuclillada en el suelo empezó a llorar de nuevo, cubriéndose el rostro con las manos manchadas de restos de valeriana.

Necesitaba llamar a sus hermanas. A su madre, sobre todo. Pero, ¿cómo la iba a llamar si no sabían que se había casado hacía dos meses? Iba a ser un *shock* y después una depresión. «Hola, mamá. Me casé y esta noche mi matrimonio se ha ido a la mierda. ¿Tienes antidepresivos por ahí?».

Estaba a punto de que le entrara un ataque de ansiedad cuando alguien golpeó la puerta dos veces.

Abrió, sabiendo que no sería Dan, pero feliz de poder hablar con un amigo.

Clement tenía una botella de *whisky* en las manos, una camiseta negra con la cara del extraterrestre de la película Paul con una frase estampada que rezaba: «¡A la mierda la humanidad!», y unos calzoncillos blancos anchos por pantalones. Aquel era su pijama para dormir.

—Clement… —Susurró Nicole acongojada—. ¿He gritado mucho?

Clement negó con la cabeza y chasqueó con la lengua.

—No, preciosa. Te has dejado los intercomunicadores de las caravanas encendidos —señaló al otro extremo del vehículo, donde tenía su oficina y su central—. Ha sido como escuchar una telenovela por la radio.

No se lo podía creer. Qué vergüenza. Pero ya no importaba. Lo único que importaba era que estaba más cerca de ser una mujer divorciada que casada.

—Fuiste el cura de la boda —le recordó ella sorbiendo por la nariz—. ¿Cómo lo ves?

Clement entró en la caravana y no fue nada halagüeño.

—Estamos jodidos de todas, todas, Niqui —abrió la botella y se dirigió a la cocina a coger dos copas—. Si tienes razón con tu sueño, estamos jodidos, porque querrá decir que hay algo muy gordo cociéndose. Si no la tienes, también, porque entonces él nunca volverá y eso te hará más daño que tener la razón —se sirvió una hasta arriba para él, y a ella solo un culito, como siempre pedía—. Por eso he invitado a Jack —sacudió la botella—, para ahogar las penas.

—Lléname la copa a mí también —le pidió dejando caer todo su peso sobre el sofá—. Necesito dormir y que mi hígado haga paté.

Clement la obedeció y tomó asiento a su lado con los dos vasos llenos de Jack Daniel’s. Le ofreció uno a ella, y él se quedó el otro.

—¿Quieres que vuelva? —le preguntó serio.

—Solo si cree en mí. Me niego a vivir al lado de un hombre que piensa que soy una lunática fantasiosa. Quiero un amor incondicional como el de mis padres. No me conformaré con menos. Veo a gente muy desgraciada a mi alrededor, con parejas que no aman, y no quiero ser una de ellos.

Clement asintió pensativo, con los ojos fijos en el líquido ambarino.

—A veces, hay que dar un margen de mejora a las personas, Niqui —le recomendó—. La información que movemos tú y yo impacta a la mayoría, hasta el punto de que les asusta y se obligan a no creer en ella porque les supone un *reset* mental, un replanteamiento de credos y una reestructuración de su zona segura. Yo no considero a Dan un cobarde. Es un hombre inquieto, muy inteligente, en fase de despertar… Pero no mediante una pesadilla.

—Clement, no puedo controlar mi don —se defendió ella—. Ojalá pudiera. ¡Pero no puedo! Amo a Dan, debía advertirle, ¿comprendes? Está en peligro. Si sintieras lo que he sentido yo al estar ahí astralmente. Ha sido tan nítido…

Clement suspiró y se repasó con los dedos la barba larga.

—Si yo tuviera tu don, no sabría gestionarlo. Probablemente, estaría sacando una pasta a la gente tirando las cartas en alguna esquina de Londres con un turbante en la cabeza. Por tanto, no soy quién para juzgarte, nena.

—Gracias.

Se quedaron en silencio largo rato. Clement permitió que Nicole llorase sobre su hombro, y no la interrumpió. La chica debía desahogarse. La discusión había sido muy fuerte, y su sueño aún más.

—Clement.

—¿Qué?

—No quiero divorciarme. No quiero que se acabe.

Él sonrió y se acomodó en el sofá, apoyando la espalda.

—Seguirás casada con él hasta que ambos decidáis de corazón revocar vuestro matrimonio. Mientras haya tiempo, habrá esperanza.

Nicole dio un largo sorbo al *whisky* y puso cara de horror y tosió.

—Pero, por el amor Dios… Qué asco. Es veneno —musitó volviendo a beber.

Clement alzó el vaso y brindó al aire, muerto de risa.

—Al menos el *whisky* es veneno que te emborracha. El amor —negó con la cabeza— es veneno que te mata lentamente.

Y ahí, en la compañía mutua del alcohol, y el apoyo incondicional de Clement, Nicole pasó su primera noche sin Dan desde que se conocieron.

Ella no quería creer que aquel sería el adiós definitivo. Confiaba en la hombría y la valentía de Dan para volver a ella y admitir que se había equivocado.

Ella seguiría amándolo igual. En eso creía firmemente mientras miraba con melancolía la alianza que había dejado sobre la mesa.

Esperaba que el tiempo no se dilatara demasiado para darle la razón.

10

En la actualidad

Cuando Nicole salió de la ducha, más calmada después de llorar y sacarse de encima todo el estrés y la aflicción que la habían asediado desde que la secuestraron en Ibiza, se dio cuenta de que la bolsa de ropa estaba ahí, y el calzado también. Dan había entrado en el baño sin que ella se enterase y le había dejado las mudas nuevas ahí mismo.

Vaya, esa ropa era para ella. Qué detalle, pensó con ironía.

Se puso los tejanos largos, que le iban como un guante, y no supo reaccionar al hecho de que Dan se acordase de su talla. La camiseta básica de manga corta y de color gris también le iba bien, incluso las Huarache blancas eran su número, ni medio más ni medio menos.

En realidad, Nicole y él solo compartieron dos meses de sus vidas, muy intensos eso sí, y que dieron para conocer y recordar ese tipo de detalles.

Ella también recordaba que Dan usaba un cuarenta y cinco de pie, una eme de arriba y una cuarenta de abajo. Que le gustaba la ropa ancha y que no se le pegara a la piel.

Se ató los cordones, y apretó los dientes con frustración. Debía darle muchas explicaciones. La primera, ¿la había salvado? Y segundo, ¿cómo había llegado hasta ahí y por qué no había muerto en manos de ese hombre?

Se colocó boca abajo, para moldear la melena húmeda con los dedos, y después echó la cabeza rápidamente hacia atrás, para que sus rizos tomaran vida propia.

Por última vez echó un vistazo al reflejo que le devolvía el espejo. No llevaba ni pizca de maquillaje, nada. Había perdido todo: su ordenador, su maleta, sus cosas, su móvil, su pasaporte… Todo. No sabía dónde lo habían dejado los secuestradores, y ahora estaba en Piccadilly con el hombre con el que años atrás se había casado, y cuya relación se rompió, precisamente, por algo que parecía que ahora era real.

Sin querer pensar más en ello, abrió la puerta del baño y salió al salón, donde Dan, continuaba mirando a través de las cristaleras del balcón el exterior nocturno de la Plaza londinense.

No pudo evitar pensar en cuánto había cambiado. Aquella melena rubia le llegaba tres dedos por debajo de los hombros. Su pose, de piernas abiertas y brazos cruzados, marcaba contundentemente el cambio físico que había experimentado. Ahora era musculoso, sin ser exagerado. A Dan no le apasionaban las pesas. No entendía cómo había llegado a poseer ese cuerpo tan atlético.

—Dan.

Él la escuchó y se dio la vuelta para encararla.

Maldita sea, cuando creía que ya no habían emociones humanas en él, Nicole le volvía a girar el cerebro, y le aceleraba el corazón. Sonrió levemente satisfecho. Olía muy bien. A champú.

—Te queda bien la ropa.

Ella carraspeó e ignoró el piropo.

—Necesito hablar con mi familia. Tienen que saber que estoy bien. Tengo que llamarlas y…

Dan negó con la cabeza.

—¿Que no qué?

—Antes de meterlas en esto, tienes que entender en qué estamos involucrados.

—Dan, han intentado matarme y…

—No, Niqui. Llevas dos días durmiendo. Y no puedes comunicarte con ellas del modo habitual. Nada de *e-mails*. Nada de teléfono. Nada de todo aquello que requiera de electricidad y de intercambios de datos informáticos.

Ella se pasó la lengua por los dientes, meditabunda. ¿Acababa de decir lo que acababa de decir? ¿Dos días? Madre de Dios, su madre debía de estar histérica. Prometió que las llamaría en cuanto el avión aterrizara en Londres. Sabían que no era normal que ella no se pusiera en contacto para decirles al menos que había llegado bien.

—Bromeas.

—No.

—¿Llevo dos días inconsciente?

—Sí.

—Ay, madre mía… —canturreó hiperventilando.

—Está bien. Relájate…

—No. No me puedo relajar, ¿vale? Necesito que me lo cuentes todo, Dan. Tengo que comprender qué está pasando. —Nicole se pasó la mano por la frente y cerró los ojos—. Me está dando una subida de tensión.

—Toma asiento, Nicole —le pidió Dan señalando el sofá—. No voy a esconderte nada.

Ella asintió y avanzó hasta el sofá, donde se sentó con la espalda recta y tiesa. Dan la siguió, agarró una silla tapizada que había en la esquina de la *suite*, y la atrajo hasta colocarla frente a Nicole. Se sentó ante ella, apoyando los codos en sus rodillas e inclinándose levemente hacia adelante.

—¿Quieres que te cuente yo por qué estás aquí o prefieres hacer tú las preguntas?

Ella estudió su complexión y también la expresión de sus ojos, y lo vio todavía más cambiado.

—Empezaré haciendo una pregunta —inquirió ella.

—De acuerdo —a Dan no la decepcionó. Nicole siempre querría saber.

—¿Me sacaste de aquel sótano en el que estaba? ¿Fuiste tú?

—Sí.

—Pero ¿cómo? ¿Dónde?

—Te llevaron a Ramsgate, a los laberintos y refugios subterráneos que construyeron los ingleses antes de la Segunda Guerra Mundial.

En el condado de Kent se construyó una metrópolis subterránea para protegerse de los ataques de Hitler. Y los habían utilizado para torturarla a ella. Increíble.

—Dan —lo miró directamente a los ojos—. ¿Quién era el hombre que me interrogó? Me… me destrozó la cabeza —se tocó la sien—. Quería sacar la información que había recabado sobre el significado y el mensaje de los agroglifos. Quería vaciarme el cerebro. Pero no podía. Insistía y volvía a insistir —dijo con ansiedad— pero no daba con lo que quería. Sentí que me quemaba los sesos y… Dan, mi cerebro se deshizo…

—Sí. Te lo destrozó —aseguró él—. Llegaste a estar clínicamente muerta, sin funciones cerebrales.

La joven se quedó bloqueada ante tal afirmación. Sabía que algo no iba bien… Pero ¿morir? Y, si había muerto cerebralmente, ¿por qué estaba con vida?

—No puede ser —musitó consternada—. Pero… estoy viva ahora.

—Porque yo te recuperé.

Nicole negó con la cabeza y se levantó del sofá visiblemente nerviosa. Se pasó las palmas de las manos húmedas por el tejano, moviéndose de un lado al otro, sin saber muy bien adónde ir.

—Todo esto me da ansiedad. No entiendo nada. No sé cómo me sacaste de ahí. No sé por qué ese tipo llamado Arka me hizo lo que me hizo. Y tú estás tan cambiado. Pero, ¡mírate, por Dios! —Dan se miró con serenidad, de arriba abajo—. No sé… no sé nada. Ni sé qué quieres de mí ahora. ¿Por qué estás aquí?

Dan se encogió de hombros, con toda la tranquilidad que Nicole no sentía, y contestó:

—Estoy aquí porque tú estabas en peligro. Me llamaste.

—Yo no te…

—Gritaste mi nombre —dijo en voz baja, medio avergonzado.

Ella osciló las pestañas cuando recordó que sí lo hizo.

—Y yo, simplemente, respondí a tu llamada.

—¿Cómo Dan? ¿Cómo me escuchaste? ¿Estabas ahí?

—No —negó alzando los ojos para fijarlos en los de ella—. Te oí aquí —se llevó el dedo a la sien—. Aquí adentro.

—¿Eres telépata ahora? —preguntó pálida.

—Será mejor que no me hagas más preguntas. Empezaré yo desde el principio y así podrás colocar todas las piezas que tienes desordenadas en la

cabeza, en su lugar. ¿De acuerdo?

Ella intentó tranquilizarse y le dio paso gentilmente.

—Por favor. —Nicole le dio permiso y apoyó las manos en el respaldo del sofá—. Empieza. Soy toda oídos.

—¿Cómo de abierta tienes la mente?

Ella se sorprendió ante aquella pregunta. Siseó incrédula y lo miró desafiante.

—¿Yo? Yo siempre la tuve abierta. Tú fuiste quién no quisiste mirar más allá, ¿recuerdas?

Dan asintió. Se lo tenía merecido. Y puesto que no tenían tiempo que perder, se dispuso a contarle todo lo que él sabía desde que lo dejaron, hasta entonces.

—En realidad, todo empezó a cambiar cuando tú y yo terminamos —explicó sin tono dubitativo alguno—. Al principio, pensé que recapacitarías y que te darías cuenta de que hacer caso a tu sueño era una locura. No podías romper nuestro matrimonio porque yo no creyese en tus augures astrales —se centró en un punto fijo del sofá marrón claro—. Yo no podía volver a ti porque, aunque te amaba, no confiaba en lo que decías. No tenía fe en ello, Nicole —alzó la mirada durante un par de segundos y la miró de frente—. No podía regresar a ti así. Y me obcequé en que eras tú quien debías arrepentirte. Yo… yo anhelaba volver contigo, pero ¿cómo podía volver con una mujer que metía las narices en mi trabajo de esa manera y que pretendía que yo le hiciera caso? No podía —negó con la cabeza—. Así que, me convencí de que tu sueño no era más que una falacia. Y tú, una lunática que había llevado el estudio de los símbolos demasiado lejos. Incluso, al final, acabé no seleccionando al señor Roger por tal de no seguir los pasos previstos de tu pesadilla, pensando que así nada se cumpliría. Yo te lo demostraría, y tú te darías cuenta de lo errada que estabas.

—¿No cogiste a Roger para el proyecto?

—No. Lo había seleccionado. Pero lo deseleccioné miserablemente.

Nicole escuchó con tristeza las palabras de Dan. ¿Tan lejos había llegado su miedo y su incredulidad hacia lo que ella decía como para echar de un proyecto laboral a alguien que tenía mujer e hijos?

—Pero no escogerlo no sirvió de nada —confesó Dan—. Al poco tiempo de empezar a trabajar en el CERN, en Ginebra, un miembro del equipo tuvo un gravísimo accidente de tráfico, y necesitamos suplirlo con urgencia. Los mismos directivos estudiaron las últimas fichas que yo mismo había preparado y, por unanimidad, llamaron a Roger para que viniera a suplir la baja de larga duración del trabajador. Cuando lo vi allí, preparado en su primer día de trabajo, saludándome feliz como si hubiera sido yo quien había tomado aquella decisión, se me enfrió el cuerpo y el corazón se me aceleró. Y pensé: «lo que yo he hecho para intentar cambiar el sueño de Niqui, no ha servido de nada. Se ha cumplido tal cual. Tengo el equipo que ella vio».

—Bien por mí —dijo en voz baja.

—Y aunque me costó aceptarlo, me di cuenta de que quería llegar a averiguar si alguna vez se presentaba ante nosotros un señor calvo con tanto poder como para mediar en nuestro proyecto y cambiarlo de arriba abajo.

—¿Y qué pasó? Déjame adivinarlo… —Nicole no sabía cómo sentirse. ¿Agradecida y aliviada por saber que ella tenía razón? ¿O enfurecida al descubrir que Dan continuó sin creerla hasta que fue demasiado tarde?—. El señor del sombrero apareció.

—No sucedió exactamente como pasó en tu sueño —la corrigió Dan—, pero el fondo fue el mismo. Un día, en una de las múltiples pruebas que hacíamos con el acelerador, el supervisor del proyecto me hizo llamar para que me reuniera con él en la oficina. Acudí a la reunión, me encontré al señor Stein sentado detrás de su mesa de oficina, con los dedos de las manos entrelazados y su espeso bigote entrecano curvado en una sonrisa presuntuosa. No estaba solo —aclaró—. A su lado, se encontraba Solomon.

—¿Solomon?

—Sí. Es el nombre del hombre trajeado, calvo y con sombrero que viste en tu sueño.

Nicole tomó aire por la nariz y asintió con orgullo.

—Según el señor Stein, Solomon venía a derivar el proyecto inicial de la búsqueda del Gluinio, que era mi objetivo —concretó Dan— a una segunda finalidad que se basaba en la búsqueda y la existencia de otras dimensiones espaciales ocultas.

—Oírte hablar ahora es como ver una película de Star Trek, Dan —convino todavía incrédula. Pero el comentario no le hizo sonreír.

—Para que lo entiendas… Einstein habló de tres dimensiones ligadas al tiempo. Pero la teoría de las cuerdas proyecta que hay todavía seis más suplementarias por descubrir y que no habían sido observadas jamás. Solomon y el señor Stein querían aprovechar la increíble energía que tendría lugar en el colisionador de hadrones para dar con la entrada a esos… espacios alternativos de nuestra infinita realidad.

—Tenía razón —sentenció Nicole con un regusto agridulce—. Querían abrir una puerta dimensional.

—Las principales potencias gubernamentales que están a la cabeza del CERN, respaldaban el proyecto de Solomon. Pero, yo me negué —añadió con sinceridad—, sencillamente, porque nunca sabes con certeza qué puedes abrir al colisionar los haces de los aceleradores. Es energía que aún desconocemos en su totalidad y yo debía ser precavido. Pero Solomon tenía los planos del interior de los tubos de los aceleradores, del anillo del acelerador, de los electroimanes, del sistema de distribución de helio… Y tenía las modificaciones pertinentes para que los haces fueran mucho más potentes y esas supuestas dimensiones se abriesen, con todos los riesgos que eso suponía. Desde la creación de la antimateria, hasta una explosión que acabara no solo con todos, sino con el planeta entero. Podrían darse tantas complicaciones…

—¿Qué pasó entonces?

Dan se crujió los nudillos como haría un matón. Y eso sorprendió a Nicole, porque él no tenía tics de ese tipo. Al menos, años atrás no los tenía.

—Ante mi negativa, me relegaron a un segundo proyecto. Hay seis experimentos base en el colisionador. Están los dos mayores, que se llaman ATLAS y CMS, que estudian las partículas producidas en el interior del acelerador, que era donde yo estaba inicialmente; los dos medianos ALICE y LHCb que analizan los fenómenos que suceden durante las colisiones. Y por último están TOTEM y LHCf, que se basan en estudiar los hadrones que esquivan la colisión frontal, es decir, los que se pierden por el camino. A mí me denigraron hasta el TOTEM. Y Roger, para más escarnio personal, fue nombrado director del proyecto principal del ATLAS.

—Vaya… Lo siento —dijo con sinceridad.

—Eso ya no me importa, Nicole. Nada de eso es importante a estas alturas. Solomon dio órdenes para cambiar la configuración del colisionador. Roger aceptó los nuevos cambios sin saber que las vistas iban a estar puestas en lo que sucediera en ALICE y LHCb y en el descubrimiento de esas dimensiones. Sin embargo, antes de salir del proyecto de Atlas, yo debía formar a Roger y ponerlo al tanto de los funcionamientos básicos del LHC. Estuve un mes allí hasta que me trasladé al equipo del TOTEM. Pero ese tiempo me valió para observar a Solomon, y estudiar su comportamiento. Era observador, como un supervisor general de todo y todos. Recuerdo que a mí me miraba a menudo, y parecía que me leyera la mente —la miró de nuevo y se tocó el entrecejo—. Notaba que veía mis recuerdos, mis anhelos, lo que amaba, lo que me importaba… Era como si jugara conmigo. Justo aquí. Lo notaba aquí. ¿Sabes a qué me refiero?

A Nicole se le puso la piel de gallina. Claro que lo sabía. Por ahí lo había sentido entrar en su cabeza como un taladro incansable hasta traspasarle la nuca.

—No me gustaba. No me gustaba nada —repitió Dan—. Igualmente, intenté estudiarlo y ver qué tipo de persona era… Y me di cuenta de varias cosas: nunca comía. Siempre vestía igual. Y siempre llevaba con él un termo metálico del que bebía de vez en cuando. Y me obsesioné no solo con boicotear lo que hacían en el ATLAS. Me obcequé en descubrir a Solomon y entender quién demonios era.

—¿Y qué descubriste? —Nicole se abrazó a sí misma.

—Nada. Nada en absoluto. No podía averiguar nada, porque él era inaccesible. Solo hablaba con Stein, y merodeaba por las enormes cavernas ubicadas a lo largo del anillo del LHC. Comprobando que todo estuviera bien y que sus indicaciones se seguían al pie de la letra. Sin embargo —sonrió débilmente— yo sí logré sorprenderlo.

—¿Por qué?

—Porque después de doce meses, cuando el colisionador se puso en marcha, logré entrar en el sistema de control. Tenía las claves porque —se encogió de hombros—, porque se las robé a Roger sin que él se diera cuenta, en el primer mes de formación, cuando supe que me iban a relegar al

TOTEM. Me aseguré de no usarlas y de no entrar en el sistema hasta el mismo día del evento, ya que el sistema reconoce el origen de los equipos que se conectan a él. Yo lo haría desde mi portátil. Una hora antes de que todo se ejecutara. No les daría tiempo a descubrir lo que había hecho, y cuando lo hicieran, el colisionador ya se habría iniciado con las consecuencias que conllevaría el fiasco de la operación.

—Pero… —Nicole arrastró los pies hasta la parte delantera del sofá, y tomó asiento delante de Dan. Parecía ido en su mente–. ¿Qué fue lo que hiciste?

Dan parpadeó y clavó su mirada en la de ella.

—Cambié la polaridad de algunos imanes supraconductores para que no aumentara la energía de las partículas hasta el punto que Solomon y el resto del equipo esperaba. Y el resultado fue, que el acelerador se puso en marcha, y provocó fenómenos a su alrededor, pero no los que Solomon y ellos ansiaban.

—¿Qué pasó?

—En realidad, nada que cumpliera sus expectativas. Pero sí sucedió. Sí sucedió algo, Nicole —bajó el tono de voz—. Algo con lo que nadie contaba y algo que no salió a la luz. Sin embargo, no pude estar presente para disfrutar de mi hazaña.

—¿Por qué no? ¿No estabas invitado?

—Sí. Lo estaba. Pero justo cuando iba a entrar a las instalaciones, un trío de matones que eran miembros de seguridad del CERN, me cogieron y me dieron una paliza de muerte, dejándome tirado en algún lugar, lejos del complejo de física.

Nicole se llevó las manos a la boca, sorprendida de lo que oía. ¿Habían pegado a Dan? ¿Quiénes? Una furia irrefrenable la invadió por completo.

—La intención era matarme. Acabar conmigo. Dejaron claro que esas eran sus órdenes.

—Cabrones…

Dan negó con la cabeza.

—Pero, pasó algo, Nicole —le aseguró aún maravillado—. La colisión del acelerador de hadrones no descubrió ni capturó otras dimensiones como quería Solomon, pero su energía, sí provocó una pequeña grieta, una

diminuta puerta dimensional, a un par de metros de donde se hallaba mi cuerpo moribundo.

—¿De qué hablas?

—Me moría, Nicole —repitió él—. Pero entonces, a través de ese haz de luz que tenía en frente y que parecía una maldita pantalla de cine que tocaba el suelo, vi un campo de cultivo. Parpadeé para limpiarme la sangre de los ojos. No me lo podía creer. Lo tenía justo ahí, y no podía cruzar. Pero entonces… —se humedeció los labios—. Entonces, te vi.

—¿Qué? —¿A ella? ¿Se había vuelto loco?

—Sí. Te vi a ti. Viniendo a mí, corriendo hacia mí. Me recogiste, me agarraste de los hombros, y me arrastraste hasta el campo. Me pasaste al otro lado, pelirroja. Y después, te fuiste corriendo… —sonrió emocionado —. Y desapareciste, dejándome ahí.

—Dan… —Nicole decía que no con la cabeza.

—Espera, Nicole. Aún no he acabado. No caigas en el mismo error que yo cometí al no creerte.

Ella se calló de golpe. Era verdad, odiaría comportarse como él hizo con ella. Sin embargo, lo que hablaba, no tenía sentido.

—Cuando te fuiste, permanecí unos cinco minutos más sobre los tallos de maíz, hasta que… hasta que vi una luz increíble sobre mi cabeza, en el cielo. Y de esa luz, salían unas más pequeñas volando en círculos, posándose sobre mí. Después, esas luces crearon un agroglifo inmenso en el campo.

Nicole dejó caer la mandíbula poco a poco.

—Me tomas el pelo.

Dan negó con una sonrisa de disculpa.

—No. No te lo tomo. Se formó un agroglifo donde yo estaba a punto de morirme. Mi cuerpo estaba justo en el centro del dibujo. Y sentí… sentí todo —sus ojos se llenaron de lágrimas—. Sentí que esas esferas y esa luz permitían que mi cuerpo casi sin vida absorbiera la energía electromagnética que desprendían. Y poco a poco, me fui recuperando, sané en los segundos que tardaron en dejar aquel mensaje en las cosechas. Fue como una inyección de adrenalina —explicó estudiando sus propias manos, rememorando cómo fluía aquel caudal energético en sus venas—. Me levanté

sin ninguna herida en mi cuerpo, como si no me hubieran apalizado, y con una extraña sensación de despersonalización, como si yo ya no fuera el mismo. Y ya no lo era —se relamió los labios—. Así que volví corriendo al portal, a mi tiempo, porque sé cómo son las leyes de la física, y no pueden convivir dos Dans en el mismo plano.

—Dan —la mano de ella salió disparada hacia la de él. Quería asegurarse de que la entendía—. Yo nunca he atravesado ningún portal para salvarte. Jamás te he visto a punto de morir —ni lo deseaba.

Él asumió aquella verdad. Ya lo sabía. Comprendía lo que ella le decía.

—Lo sé, Nicole —contestó él—. Pero lo que te explico sucedió —continuó—. Y no solo eso. Cuando regresé al otro plano por mi propio pie, volví a las afueras donde los tres tipos habían intentado matarme a golpes. Todavía había sangre en el suelo, obviamente mi cuerpo ya no estaba. Pero, como te dije, yo ya no era el mismo. Percibía la realidad de otro modo, pensaba de otra manera. Era susceptible a cualquier estímulo, y lo analizaba en profundidad. Decidí huir. Escapar para que nunca más me encontraran. De repente, mi cabeza era un hervidero de posibilidades, causas y efectos, como si supiera dominar fórmulas matemáticas perfectas que me hicieran leer el destino, sin poder verlo. Tengo dones. Dones muy especiales que me ponen histérico y que todavía, a día de hoy, no sé controlar. Cambiaron mi cerebro, maldita sea. Y eso me ayudó para que Solomon nunca diera conmigo. Lo burlo siempre que quiero y siempre que puedo. De alguna manera, puedo adivinar la manera de pensar de esos sujetos… Es… es… —Dan sacudió la cabeza y la encaró de nuevo—. Es de locos, lo sé.

—Dios mío, Dan —ella volvió a levantarse y a soltarle la mano—. Lo que me cuentas es…

—Nicole, boicoteé el acelerador y Solomon mandó matarme —se levantó junto a ella—. Obviamente, no consiguió abrir otras dimensiones, pero la energía usada en el colisionador fue tan fuerte que abrió un pequeño portal alrededor del campus, y tenía la fuga justo donde yo estaba muriéndome. No sé por qué fue así. Pero así fue. Todavía no encuentro una explicación lógica a lo sucedido, pero eso no quiere decir que no pasara. Cuando me arrastraste al otro lado, te fuiste, y la inteligencia que está detrás de los *Crops*, creó un agroglifo usando mi cuerpo como centro. Eso me sanó

y me cambió. Y me sigue cambiando. Mis sentidos se han despertado de manera que no te imaginas. Y sé por qué soy así. Sé por qué tengo estas capacidades y por qué me salvaron.

—¿Por qué, Dan? —Nicole se asustó un poco al ver cómo se acercaba a ella. Como un animal salvaje hambriento.

—Lo que soy ahora, está íntimamente relacionado contigo, Niqui.

—Me estás asustando mucho.

—No. —Dan tomó su rostro con las manos, con suavidad—. No tengas miedo. Llevas años estudiando los mensajes que dejan en el cultivo, y estás muy cerca de encontrar la solución a tu enigma. Lo sabes perfectamente. Si no, por qué te encargaste de ocultar toda la información en tu cabeza usando imágenes asociativas.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Tú misma me lo contaste para explicarme cómo te acordabas de dónde lo dejabas todo. Creabas una imagen en tu cabeza, y le ibas dando sentido añadiéndole accesorios. Cada accesorio era algo que debías recordar. Lo hacías con las imágenes de elefantes.

Ella sonrió y frunció el ceño a la vez.

—¿Cómo puedes acordarte de eso?

—Porque te escuchaba cuando hablabas, Nicole. Me parecía fascinante. Tu manera de pensar y de crear ha hecho que Arka no comprendiera nada de lo que tenías en tu cabeza. Él buscaba esos archivos de los agroglifos, pensó que siguiendo circuitos cerebrales y sinapsis comunes, encontraría lo que buscaba, pero dio con el elefante. Tu mente —insistió retirándole un rizo rojo de encima de los ojos— le volvió loco. Haces bien en codificarla así.

—No lo hago a propósito.

—Lo sé. Eso es lo más divertido. Mira, Nicole, sé que parece que me he escapado de un manicomio. Pero tú tienes que creerme. Por lo que tú eres. Por lo que las sabias mujeres de tu familia son. Hay cosas que solo tú sabes y que solo tú has averiguado sobre los mensajes en las cosechas. La forma en que tú ves más allá, cómo los analizas, es única y muy reveladora. Los Ojeadores lo saben. Hay más como Arka, más como Solomon. Y se van a encargar de que yo no te ayude a cumplir tu cometido y de que tú tampoco lo cumplas. Tienes que recopilar la información sobre los agroglifos e intentar

obtener las imágenes de todos aquellos que los pirómanos han ido quemando estos días. Tienes información que dar a las Naciones Unidas, Niqui. Tú lo sabes, ¿verdad?

—Solo si se confirma lo que creo.

—Se confirmará. Mucha gente quiere impedir que esto se sepa. Pero no lo van a conseguir. Te voy a ayudar. Esta vez lo voy a dar todo por ti —le juró con una pasión que nunca había visto en él.

—Tengo ganas de llorar —le reconoció ella—. No te rías. Estoy pensando en coger un avión al Tibet y encerrarme con esos monjes hasta que esté tan calva como ellos. Esto me viene grande.

Dan se echó a reír y pareció sorprendido al hacerlo.

—Yo lo hice.

—¿El qué?

—Sí. Estuve dos años y medio con ellos, con los monjes tibetanos hasta que aprendí a sobrellevar mis nuevas facultades. Y también decidí alejarme porque, cuando más lejos estaba, más a salvo de ellos te mantenía.

—¿De los Ojeadores?

—Sí. Saben que existes. Y saben que existo. Les sales en sus futuros alternativos. Por eso regresé. Para protegerte y ayudarte. He estado muy cerca de ti todo este tiempo.

—No me vengas con esas ahora. ¿Has estado cerca y no me has dicho nada?

—Era mi manera de protegerte y mantenerte al margen. Ellos me quieren a mí. Y por eso han ido a por ti. No me iba a quedar de brazos cruzados si te hacían algo.

—¿Ahora eres un protector?

—No, Nicole —la cortó de golpe—. Ahora soy todo lo que antes no era. Simplemente, esperaba el momento adecuado. Ellos lo vigilan todo, pero sé cómo esquivarlos y, lo más importante, sé cómo vencerlos.

—¿Vencerlos? Pero ¿qué son? ¿Qué has hecho con Arka? —de repente quiso saber cuál había sido el final de su torturador.

—Él ya no existe —contestó sin más.

Pero, a ver… Nicole se alegraba, aunque no se lo podía creer.

—¿Lo has matado?

—Sí. Por supuesto. Él quiso matarte. Y yo le he matado a él. Bueno —se corrigió—, lo he desconectado.

Ella cerró los ojos contrariada. Acabar con la vida de una persona era algo horrible.

—No son personas como tú y como yo, Nicole. Deja de pensar en ellos como tal. Además, si Arka se desconecta, vendrá otro.

—¿Es que me lees la mente? —se horrorizó.

—No. No lo hago. Me basta con leerte los ojos. Siempre hablaron a gritos.

Sobre todo cuando le pidió que la creyera y él no lo hizo.

—Dan —se pasó las manos por el pelo aún húmedo con nerviosismo—. ¿Comprendes que esté aturdida?

—Por supuesto.

—Dices que los Ojeadores quieren mi información y que saben que existo. Vendrán a por mí. O peor, vendrán a por mi familia. ¿Y Clement?

—Él está bien, te lo puedo asegurar. También lo he vigilado todo este tiempo.

—Tengo que saber de él. Yo no he estado estos días en Inglaterra, y si alguien ha podido hacer fotos a los mensajes que hayan proyectado desde el cielo, ese es él. Déjame llamarle. Déjame llamar a mi familia. Dame… ¡dame más información, maldita sea!

—La tendrás. —Dan le dio la espalda, se dirigió a la mesita del salón y agarró el mando. Apagó la televisión en la que, casualmente, se emitía el videoclip de «It Just Happen», el tema que Sasha había ayudado a componer para Roxette.

Nicole tuvo ganas de llorar al pensar en ella. Necesitaba a sus Balanzat. Pero estaba en otro país, con el hombre que le había roto el corazón y al que, muy a su pesar, aún quería. Sin embargo, ese Dan era alguien nuevo a sus ojos. No solo de aspecto físico, sino también, emocional. Y la tenía algo desequilibrada.

Lo que le estaba contando confirmaba muchas de sus teorías y la de otros muchos investigadores sobre la existencia de unos personajes en contacto con líderes gubernamentales, que se decía controlaban muchas de las

decisiones relacionadas con experimentos científicos y… Se le fue el hilo del pensamiento.

Tenía delante a Dan y le acababa de tomar de la mano. Dios, su palma ardía. Tiró de ella y le dijo:

—Nos vamos de este hotel. Pararemos a cenar algo por el camino. Y responderé a todas tus preguntas. Pero ahora debemos irnos. Tardarán un día en reorganizarse, y eso es lo que tú y yo debemos aprovechar.

Nicole se tropezó con su propio pie, y antes de salir de la *suite* preguntó:

—Pero ¿ya? ¿Adónde me llevas ahora?

—A buscar a Clement.

—No —se negó rotundamente—. Te he dicho que quiero llamarle, pero no ir a verle. No pienso ponerle en peligro.

—Nicole. —Dan se detuvo abruptamente delante del ascensor y ella se dio de bruces con su pecho hecho de acero y hormigón—. A ver si lo entiendes. Siempre habéis estado en peligro. La diferencia es que ahora eres consciente de que la información que tenéis puede ser muy valiosa y provocar cambios de verdad. Y —le sonrió levemente— de que te has metido en camisa de once varas y otros harán lo imposible por silenciarte. Actúa en consecuencia.

—Me tranquilizas mucho —contestó con sarcasmo—. Mucho. De verdad.

—Deberías estar tranquila. Conmigo a tu lado no tienen idea de cómo nos vamos a mover —apretó los dedos de la mano entorno a la suya—. Los Ojeadores odian la improvisación.

Nicole parpadeó para aclararse la vista porque, la luz que destilaba Dan en ese momento la dejó cegada. Pero ¿cómo, después de todo, podía estar tan bueno?

—Pero, recuerda: tranquila no significa relajada —le guiñó un ojo justo en el momento en el que las puertas del ascensor se abrían—. Debemos estar alerta.

Nicole entró en él por inercia, porque lo único en lo que pensaba era en cómo había cambiado su vida de la noche a la mañana y en el hombre que la acompañaba y la agarraba de la mano con tanta seguridad. El mismo que una

vez fue un físico con cara de ángel, y ahora era un rebelde de la ciencia con cuerpo y actitud de demonio.

Y le gustaba. Vaya si le gustaba. De hecho, era su presencia la que la mantenía cuerda en toda aquella locura en la que estaba metida.

11

Dan conducía su Nissan Juke Nismo de color negro a través de la M3, saliendo del centro de Londres para dirigirse a Wiltshire.

Por delante tendría un trayecto de unas dos horas y media hasta que llegaran a su destino, pero su cabeza calculaba probabilidades a velocidad de vértigo, y sabía que si paraba en Calcot para cenar y después continuaban el viaje hasta Wiltshire para llegar allí de madrugada, sería jugar con el pensamiento de un Ojeador, extremadamente mental y guiado por la más exacta lógica matemática. Sin embargo, sabía que todavía podía jugar con el margen que aún disponían hasta que esa red organizada que trabajaba para el gobierno se pusiera en marcha hasta dar con ellos.

Dan miró a Nicole de reojo. Estaba tan guapa como siempre. Ahí, con las piernas recogidas sobre el asiento, y la barbilla apoyada sobre las rodillas, contemplaba con preocupación el exterior de la carretera, quilómetros y quilómetros de campos y terrenos sin urbanizar. Admiró su valentía y el modo en que, seguramente, su mente trabajaba para adaptarse. Porque Nicole era un animal que se adaptaba rápidamente al entorno para sobrevivir. Era una superviviente.

Con ella a su lado, Dan podía experimentar un silencio mental del que no había gozado desde que pasó el portal, y el círculo le marcó para siempre. Su cerebro era un colosal hervidero de ideas, cálculos, fórmulas y conclusiones que gradualmente lo alejaban de las emociones y lo apartaban de sus pensamientos más sentimentales. Si se dejaba llevar por su cabeza y no encontraba estímulo externo que lo mantuviera ocupado y le diera lo que

necesitaba, corría el riesgo de dejar de lado esa parte de corazón y humanidad para centrarse solo en su desarrollo mental. Y para un físico como él, aquello era ser como Dios. Pero si al final cedía a su poder, entonces, ¿qué lo diferenciaría de los Ojeadores?

Esos seres se centraban solo en las facultades mentales, eran sujetos cuyo objetivo era exclusivamente mantener el orden y controlar las alteraciones y las anomalías que detectaban en el plan que tenían tan milimétricamente trazado. Nadie debía salirse del sendero marcado. Para ellos, las personas eran peones que debían moverse según sus reglas y designios. ¿El libre albedrío? Según ellos, no existía.

Por eso les querían dar caza a Nicole y a él, porque habían salido de la línea recta y se habían desviado. Y todo lo que para ellos no estuviera bajo control, era una amenaza.

Para su sorpresa, el contacto y la cercanía con Nicole, lo serenaban. Ella actuaba como un bálsamo para su cerebro desbocado e hiperactivo. En realidad, desde la primera vez que la vio, su influjo lo alejó de su obsesión con la física, o mejor dicho, lo ayudó a reconducirla. De repente, su trabajo no era lo más importante. Lo era ella y el tiempo que pudiera pasar a su lado. Así decían que actuaba el amor.

Y aunque Dan había dejado de practicar el apego hacia los demás, por el modo en que su nuevo cerebro pensaba, nunca se olvidó de ella. De hecho, incluso en sus horas más oscuras, era un pensamiento sobre la pelirroja lo que finalmente lo calmaba.

Entonces, vio que ella tenía la piel de los brazos de gallina y que se estremeció levemente, y él decidió poner la calefacción.

—Tienes frío. Todavía sigues nerviosa.

Nicole se frotó la nariz contra la rodilla y negó con la cabeza.

—No es frío. Es la impresión. Todavía me dura. Supongo que estoy un poco estresada.

—Necesitas hablar.

—Siempre necesito hablar —puso los ojos en blanco y después lo miró valorando todos sus cambios, que aún no sabía si habían sido para bien o para mal—. Me cuesta reconocerte, Dan.

—Ya te lo he dicho —contestó mirando por el retrovisor—. Me arrastraste a través del portal y eso me salvó la vida, pero me cambió para siempre.

—¿Eres consciente de que yo nunca hice eso? Lo recordaría. Créeme.

Dan hizo una mueca con la boca.

—Lo hiciste. Eras tú. Estuviste ahí.

—¿Y si fue una alucinación?

Él pensó en sus palabras durante unos segundos.

—No. No fue una alucinación. Te olí. Eras tú. Usabas ese perfume que tanto me gusta. El… de *Amour Amour*. Eran tus ojos, tu voz, tu pelo… Solo hay una persona como tú, Nicole. Eres inconfundible.

Ella no supo ni qué contestar. Era un halago, ¿no?

—Ahora no lo llevas.

—¿Eh?

—El perfume.

Tenía razón. No lo llevaba.

—No. No lo llevo. Me dejé el frasco en la caravana. En Ibiza me compré otro, pero lo olvidé en Sananda.

—Sananda… —repitió saboreando la palabra en su boca—. Siempre me gustó ese nombre.

—Significa «sanación» en sánscrito.

—Muy adecuado. Un lugar donde la gente se recupera… —a él le gustaría ir allí alguna vez. Tal vez podrían ayudarlo a reestructurar su cabeza —. ¿Cómo están todas?

—Ah, muy bien —contestó mirando al frente—. Mis dos hermanas ya tienen pareja. Están tan enamoradas que me dan arcadas… —dijo ácidamente.

Dan detectaba un tono de adoración y también de sana envidia. Ella quería eso para sí misma. Si tan solo supiera que ya lo tenía, pero que él había olvidado cómo acercarse a ella… Y lo más probable era que Nicole no querría saber nada de él en ese aspecto. Y tenía que respetarlo. Porque él la decepcionó al no confiar en ella, y ahora, él era todo aquello en lo que Nicole había creído.

—Ahora estarán de los nervios sin saber nada de mí.

—Hablarás con ellas, en cuanto paremos para cenar.

Nicole se lo quedó mirando largo y tendido, intentando comprender qué era lo que había cambiado en él, o mejor aún, si había algo que continuaba siendo igual que antes, pero no lo vislumbraba.

—¿Cómo voy a hablar con ellas si no puedo coger un teléfono o conectarme a un ordenador?

—Confía en mí. Hablarás.

Ella se reacomodó en el asiento y entrecerró sus ojos esmeralda apremiantemente.

—¿Cuáles son tus dones, Dan? Ya no puedo con esta intriga… ¿Qué te hizo el *crop circle*? ¿Qué cambió en ti?

Él arqueó las cejas rubias como diciendo que, en realidad, lo cambió todo.

—Fueron demasiadas cosas. Lo principal fue que me salvó la vida. Iba a morir allí tendido. Los matones iban a volver. Yo no me podía mover… Y cuando me dejaste al otro lado y aquellas luces aparecieron, reviví por completo. Me dio la oportunidad de continuar, de seguir respirando —torció la cabeza hacia su lado y la miró—. Pero provocó cambios fisiológicos en mí.

—Ya lo veo. Te convirtieron en Thor. Has debido coger unos quince quilos en músculo.

Él se echó un vistazo a sí mismo, sin darse importancia.

—No. No. Esto es porque… el agotamiento físico me relaja. Me ayuda a no pensar y a dormir, aunque sea poco. Por eso me mato a correr, a hacer pesas y gimnasia allí donde me hospede. Y eso también me obliga a comer, porque a veces me olvido de ello.

—Ah. —Nicole sintió lástima por él. ¿Tan atormentado estaba como para no poder descansar? Ella hubiera cuidado de él si hubiese ido a buscarla. Pensar en su negativa a no ir en su busca le hizo daño. Ella fue su esposa. Su mujer. Su mejor amiga. ¿Dónde quedaba todo aquello?—. ¿En qué piensas tanto, Dan? ¿Qué es lo que te tiene tan ansioso?

—El electromagnetismo afectó a mi cerebro, a mi mente subconsciente y al despertar de todo mi potencial. Si quisieran analizar el cerebro de un súper humano, deberían abrir el mío. Porque es lo que tengo, Nicole —

sentenció—. Oigo pensamientos que no quiero oír, sueño y me desplazo a través del tiempo, a veces veo cosas que aún no han sucedido, toco objetos y capto su historia pasada y presente, incluso, puedo moverlos sin tocarlos si lo deseo… —ahora ya podía hablar de ello con tranquilidad, más aún cuando era a Nicole a quien se lo contaba.

—Joder. ¿Dones telepáticos y telequinésicos? —no daba crédito.

—El electromagnetismo del *Crop* modificó la naturaleza de mis hemisferios, los desarrolló. Y ahora, tengo un potencial que todavía desconozco. Y cada día —su tono parecía de sumisión. Como si no pudiera hacer nada para evitarlo— sé más cosas. Cada día el mundo se abre más a mí. Y no sé hasta dónde llegaré… Solo sé —tragó saliva y miró hacia otro lado— que no puedo parar. Es posible que acabe volviéndome loco —dio por sentado—. Por eso medité en el Tíbet, buscando asumir mis capacidades y adormecerlas. Allí la vibración es distinta y me ocultaba del influjo de los Ojeadores. Además, Solomon creyó que me había matado, dado que cuando crucé el portal de nuevo, mi estructura cerebral no era la misma, y no pudo leerme de ningún modo. Y permanecí allí, hasta que me dijeron que debía regresar.

—¿Te dijeron? ¿Quiénes? —preguntó con tiento. Debía mostrar respeto por lo que él contaba. Pero ella no lo hacía por postureo. Prestaba crédito de verdad a las palabras de Dan. Él nunca mentiría sobre algo así. Solo había que ver lo transformado que estaba. Incluso, hablaba con lentitud, midiendo cada una de sus palabras, eligiendo siempre la mejor.

—Es como si tuviera una conexión con ellos. Con la misma inteligencia que dibujó aquel *Crop* utilizando mi cuerpo como señuelo.

Ella cogió aire y lo mantuvo hasta que al final lo exhaló morosamente.

—¿Sabes lo que estás diciendo? Estamos hablando de que la inteligencia, muy superior a la nuestra, que asumimos los especialistas que hay detrás de los agroglifos no es de este planeta.

—Llámala como te dé la gana. Alienígenas, extraterrestres… Lo que sea. Yo puedo escuchar su línea de pensamiento. A veces son vagas ideas, otras son más claras… A veces son imágenes. Estoy conectado con ellos. Es como si… la cabeza me fuera a estallar con tanta información —esperó a ver

rechazo en sus ojos verdes, pero Nicole ni siquiera parpadeaba—. No me crees, ¿verdad?

—Dan, es increíble lo que me cuentas. Pero no puedo decir que no te creo —lo interrumpió ella—. Sabes lo que son las Balanzat. Mi hermana Alegra sana enfermedades y todo tipo de dolencias solo con sus manos y su intención. Mi hermana Sasha crea canciones que afectan a la humanidad y al planeta entero, y hace dos semanas —recordó todavía algo descreída a pesar de haberlo visto con sus ojos— viajó en el interior de un tornado de agua para ayudar al amor de su vida. En el interior de un tornado de agua… —resopló—. ¿Cómo demonios hizo eso? Mi abuela Pietat es una excelente lectora del destino y tiene su intuición muy desarrollada. Mi madre Amanda es el ser más empático que conozco y absorbe emociones negativas para convertirlas en positivas. Ah, y sigue casada con su marido, mi padre Ángel, aunque en realidad, es un fantasma. Como Patrick Swayze en Ghost, pero sin cerámica de por medio ni ese pelo corto de Demi Moore que solo a ella le queda bien —esperó a que Dan sonriera. Y él lo hizo. Y cuando sonreía era como si se abriera el cielo—. Quiero decir —carraspeó—, que aunque me parece de ciencia ficción lo que me dices, y me asusta que algo así te haya sucedido y que afirmes que yo hice algo que no hice para salvarte, debo creer en ti. Porque mi mundo es así. Estudio un mundo así. Vivo en un mundo así. Y creo en un mundo así. Y porque, donde la ciencia no llega, es allí donde vive la magia. Tú y yo venimos de mundos distintos, pero eso es lo que nos hace parecidos, aunque puede que ahora seas un ser más mágico de lo que alguna vez pude llegar a imaginar. Así que, me tendrás que demostrar que de verdad puedes hablar con los de arriba, no porque no te crea, sino porque me moriría de ganas de tener una confirmación así.

Él agradeció a la vida poder tener a un ser humano al lado como Nicole Balanzat. Porque era maravillosa. Y porque su magia radicaba precisamente en lo humana que era.

—Gracias por creerme, Nicole. Es importante para mí.

—No me las des. Es posible que ahora te convierta en mi conejito de Indias —bromeó—. Por ejemplo… ¿si puedes comunicarte con ellos, qué es lo que te dicen?

—Desde que salí del Tibet, todo lo que he hecho me atraía hasta a ti. Los Ojeadores no quieren que lo que sabes salga a la luz. Pero ellos, los que me cambiaron, quieren lo contrario. Quieren que se sepa, sea lo que sea. Y yo te ayudaré.

—¿Pero cómo? ¿Cómo lo harás sin que los Ojeadores den con nosotros?

—Tengo mis métodos. Me muevo y actúo según lo que dicen lo resultados que mi mente crea en pos de las posibilidades y las improbabilidades, porque debo moverme sin que ellos adivinen dónde estaré. Ellos tienen el mismo don que yo tengo. Controlan el espacio y el tiempo. Pero ellos se hablan y se comunican entre ellos, conforman una red y se mueven a gran velocidad. Yo estoy solo, no puedo servirme de nadie.

Nicole comprendió que la situación era delicada y real. Más real de lo que ella hubiera deseado. Porque le encantaba estudiar los símbolos y los mensajes de otras dimensiones, pero era más romántico cuando su vida no estaba en peligro por ello.

—Puedes contar conmigo, aunque no tenga el cerebro tan capaz y abierto como tú. Compraremos unos Walkies por si acaso —le guiñó el ojo y él le devolvió una mirada repleta de agradecimiento y también de amor. Un amor lejano al que Nicole temía igual que añoraba.

—Nuestras vidas están en juego, lo sabes, ¿no? Tendrás que hacerme caso —dijo Dan más serio, asegurándose de que ella comprendiera la inmensidad de la situación.

—Sí —afirmó sin dudarlo—. Me ha quedado claro con lo que Arka me hizo. Solo quiero seguir adelante y ver hasta dónde nos lleva todo esto.

—Bien. Entonces, después de cenar en Calcot iremos a por Clement. Y también a por eso que Arka buscaba en tu cabeza con tanto ahínco.

—De acuerdo —convino. Estaba preparada—. Tú mandas.

Al menos, tenía lo que necesitaba.

Su don para desencriptar. Sus archivos. Su familia con dones. Y un humano, su todavía marido, que había sido increíblemente contactado y cuyas consecuencias lo habían convertido en un superdotado en todos los aspectos con capacidades mentales inverosímiles.

¿Qué más se podía pedir?

12

Calcot
Berkshire

Calcot estaba a medio camino entre Londres y Wiltshire. Nicole nunca había estado allí, y sabía que tampoco iba a detenerse para hacer turismo. Aquella parada era estratégica, según Dan. Y Nicole se había programado para no rebatir ninguna de sus decisiones, pues sus dones lo ubicaban un paso por delante de ella.

Pararon a cenar unas hamburguesas en un restaurante de carretera de estilo americano. Con mesas de madera, pequeños compartimentos para cuatro personas y los sillones tipo Chester de piel de color rojo. La camarera se llamaba Nancy, y masticaba chicle como si le bailara la mandíbula.

Su pelo rubio tenía anchas raíces negras y se le había corrido un poco el rímel.

—¿Hay algún interés especial en el hecho de detenerte en este lugar? ¿Acaso has venido mucho por aquí? —preguntó Nicole mirándolo por encima de la carta del menú.

Se había fijado que en los carteles de la autopista indicaba que en cinco kilómetros había una «casa feliz». Un prostíbulo. Y el restaurante no era nada del otro mundo, más bien, era un poco solitario, y la música de Michael Bubblé no mejoraba esa sensación de aislamiento.

—No —contestó Dan—. Es la primera vez que vengo —intentó ocultar su sonrisa sin éxito—. Y no. Nunca me ha hecho falta pagar por tener sexo con una mujer.

Nicole dejó la carta que seguía chafardeando encima de la mesa, de mala gana y lo miró con desaprobación.

—No hagas eso. Sal de mi cabeza —le ponía nerviosa no tener intimidad, más aún cuando la mayor parte de sus pensamientos se centraban en él.

Él negó con la cabeza y se apartó para que Nancy dejara las bandejas con las hamburguesas que habían pedido.

—No te leo la mente. No lo hago así como así. Necesito concentrarme si quiero hacerlo intencionadamente. Y… me temo que contigo no es fácil.

Nicole atacó a las patatas fritas y las untó con *Ketchup*.

—Pero me has dicho que oyes pensamientos.

—Sí. Pero, aunque pudiera, no leería el tuyo si no lo necesito. Y la mayoría de pensamientos que puedo oír siempre tienen relación con los movimientos que haré o con el plan trazado de los Ojeadores. Son como alarmas que se activan de repente en mi cabeza.

Ella masticaba las patatas escuchándolo con mucha atención.

—Tus dones son muy complejos para que los pueda entender de una sola vez. Tengo que ir asimilándolos.

Dan asintió en silencio y se llevó la hamburguesa a la boca.

Se hizo un agradable silencio, como los que estaban acostumbrados a disfrutar mientras comían cuando vivían juntos como marido y mujer en su caravana. Como si el tiempo no hubiera pasado para ellos. Y eso trastornó un poco la paz mental de Nicole que había creído exorcizar esos recuerdos.

A Dan le encantaba ver comer a Nicole, porque lo hacía con tanto gusto que a él también le entraba hambre, como en ese momento. Por eso atacó su plato con ansia, sin darse cuenta de que Nicole también lo observaba mientras lo hacía.

—¿Ahora te estás obligando a comer? —quiso saber Nicole intrigada.

Dan miró la hamburguesa con interés, a la que ya le había dado cinco bocados, como si no hubiera visto una en mucho tiempo. Y, en cierto modo, así era.

—No. La verdad es que estoy comiendo con gusto. Es curioso… Creo que tú me afectas en muchos sentidos. Haces que se me abra el apetito.

Ella volteó los ojos.

—Sí, ya. Ahora me dirás que llevas años sin comer carne.

Él movió la cabeza afirmativamente.

—En el Tíbet no comía nada de carne y eso me ayudaba a estar más sensibilizado, más susceptible a todo. Y después, este año que he estado familiarizándome y dejándome llevar por todo lo que iba recibiendo mentalmente, he intentado comer la menos cantidad de carne posible, para tener mis canales limpios y receptivos.

Nicole no salía de su asombro.

—Pero si te encantaban los bistecs. Y los frankfurts… Y el pollo.

—Sí —contestó él—. Pero sentía la necesidad de dejar de comerlos. Atiende a una necesidad de la química de mi nuevo cerebro.

—Pues mi cerebro solo me pide que atasque los canales con grasa. Creo que por eso no soy una contactada. —Dan se echó a reír de nuevo y ella lo odió un poco más por afectarla tanto—. ¿Y has ido perdiendo interés con todo? —Nicole se frustraba por momentos—. ¿Por las mujeres también? ¿No has tenido ni una miserable relación con ninguna… señorita? —odiaba ser tan impulsiva y haberle hecho esa pregunta. Pero necesitaba saberlo. Creería lo que dijera Dan, porque nunca fue un tipo mentiroso y esperaba que ahora tampoco lo fuese.

Dan casi se había acabado la hamburguesa con cuatro bocados más. Se limpió la boca con la servilleta y bebió de su jarra de cerveza.

—A mí no me interesaban ni me interesan las mujeres —sostuvo la jarra de cerveza negra—. A mí siempre me interesaste y solo me interesas tú —su melena rubia le cubrió parcialmente el rostro, y la miró fijamente entre sus espesas pestañas—. Porque no eres una mujer cualquiera. A la vista está que me enamoré de alguien muy especial. Además, no soy infiel. Y tú sigues siendo mi esposa.

Nicole se limpió las comisuras de su exuberante boca con la punta de la servilleta y la dejó sobre la mesa atildadamente. Ya se había acabado las patatas y le quedaba el último mordisco de la hamburguesa con queso. Y con

cada palabra que soltaba de su boca con aquella pasmosa naturalidad la ponía más nerviosa.

—¿Sabes? Me cuesta tanto creer todo lo que dices respecto a mí. Es más, creo que no es justo, y que no deberías decirme ese tipo de cosas… Puede que tu nuevo cerebro te haya convertido en alguien sin filtro y demasiado directo… —se inclinó hacia delante—. Pero con lo visionario que parece que eres, tienes muy poca vista conmigo, Dan. ¿Tienes idea de…?

Las luces delanteras de un coche que estaba aparcando reflectaron en la ventana y molestaron a Dan y a Nicole.

Él miró hacia el exterior, y sus pupilas se dilataron.

Nicole les hizo a los conductores la señal de que apagaran las largas, porque acababan de dejarla ciega.

—Vale, cuando recupere la vista seguiremos hablando.

—Sí. Seguiremos hablando de esto. Pero no ahora… —Dan se levantó de la mesa y dejó dinero en efectivo a cuenta de la cena.

Nicole intentaba localizar su bebida a tientas, aún afectada por las luces de aquel coche, cuando sintió la mano de Dan rodear la suya y tirar de ella para levantarla.

—Eh, espera… ¿Qué haces?

—Hay algo que tenemos que hacer.

—¿Tenemos?

Cuando salió del restaurante ya había recuperado la visión completamente.

Dan no la soltaba e iba directo hasta los dos hombres que bajaban de la camioneta azul clara con la pintura desconchada, que acababa de aparcar.

—Oye, no les irás a decir nada, ¿no? —Nicole lo agarró del antebrazo —. Yo misma pongo las largas sin querer a veces y nadie viene a por mí. Solo me insultan, se acuerdan de mi madre y ya está.

Dan giró la cabeza hacia ella y le contestó:

—Nadie te insultaría si yo fuera contigo. No lo permitiría.

Ella se quedó de piedra. Perpleja. Pero el rencor le obligó a contestar con su acidez característica. Por Dios, tenía que dejar de decir esas cosas.

—Bueno, el día que me case de nuevo y tenga un marido que crea en mí puede que compruebe cómo va de paciencia conmigo al volante —sonrió forzadamente.

Si a Dan le molestó o no ese comentario, se aseguró de no demostrarlo.

Tenían a los dos hombres a un paso. Uno de ellos miró a Nicole lascivamente, el otro no lo hizo porque sus ojos aún no la habían detectado.

Parecían granjeros de los alrededores. Llevaban monos de trabajo de color azul oscuro, pero no tenían la típica complexión de pueblerinos.

A Nicole no le gustaron en absoluto, y al parecer a Dan tampoco.

Y entonces, lo que sucedió a continuación la enmudeció.

Dan la soltó de la mano, agarró a uno de ellos por el cuello de su camiseta blanca y lo estampó en su propia camioneta, abollando la puerta de la fuerza que había utilizado.

Nicole, asustada, se apartó del coche y de ellos.

Dan les estaba dando una paliza a los dos, que las veían venir indefensos.

—¡Dan! No… —susurró Nicole alucinada.

Cuando dejó al primero inconsciente y sangrando en el suelo, el segundo había abierto la puerta trasera del vehículo para tomar una escopeta entre sus manos.

Dan fue mucho más rápido que él. Le quitó la escopeta de las manos, le dio la vuelta y con la culata lo golpeó un par de veces: una en la nariz y la otra en la sien.

Los dos hombres estaban inconscientes, así, en un abrir y cerrar de ojos, y Dan se encargó de meterlos de nuevo dentro del coche ante la atónita vigilancia de Nicole que miraba hacia el solitario restaurante para ver si alguien les había visto. Pero no. Ni el señor borracho de la barra, ni Nancy la mascachicles advirtieron lo que sucedía en el exterior.

—Pero ¿te has vuelto loco? ¿Por qué…? —ella miró a una de las víctimas. Le había partido dos dientes y roto la nariz—. ¿Por qué has hecho eso? Eres un animal…

Dan se asomó a los asientos traseros de la furgoneta y abrió la puerta para meter su cuerpo dentro. Cogió una mochila, mapas, cerillas y un móvil que iba recibiendo localizaciones.

—Ven a ver esto, Nicole —le ordenó con tono conciliador. Dan dejó todo lo que había encontrado encima del capó del vehículo.

Ella se aproximó abrazándose a sí misma, presa de la impresión de ver a Dan pelear de aquel modo. Era como ver a un abusón. Nunca lo creyó capaz de actuar así.

—Tranquilízate —le pidió él—. Mira —la acercó a los planos y señaló los puntos que habían marcados—. ¿A qué te recuerdan?

Ella se concentró en la zona que marcaba el mapa, y los señaló con el índice. Claro que los conocía.

—Son localizaciones de *Crop Circles*.

Dan asintió.

—Cerillas, espejos… —fue sacando todo lo que había del interior de la bolsa que llevaban—. Pasamontañas para que no fueran identificados…

—Espera —entonces, a pesar del susto, la mente se le abrió y se iluminó con una clara idea de quiénes eran—. ¿Son los pirómanos? Tenía entendido que los incendios ya se habían detenido y que… habían cogido al autor de los fuegos.

Dan negó con la cabeza.

—En estos dos días ha habido un par más de incendios. Cogieron a uno. Pero son cuatro en realidad. Dos de ellos están aquí —señaló a los pobres hombres que habían sufrido su cólera.

Ella miró los mapas, a los hombres y después a Dan intermitentemente. Sus ojos verdes se aclararon cuando revelaron la verdad.

—Lo sabías —su voz estaba teñida de reconocimiento—. Tú y lo que sea que haces con tu cabeza, esos cálculos raros, te dijeron que estos dos hoy estarían aquí, a esta hora. Por eso has querido parar a cenar en Calcot. Les esperabas, ¿verdad?

Dan no confirmó aquella afirmación pues parecía muy evidente.

—Sí. Era un algoritmo de mucha probabilidad.

—Algoritmos… ¿Con algoritmos haces tus análisis de predicción de futuros?

—Sí —contestó él.

—¿Como el Big Data? ¿El programa al que recurren los analistas de inteligencia para prever sucesos y adelantarse a los acontecimientos?

Dan no se extrañaba de que Nicole supiera algo así. Era inquieta y curiosa en todo.

—Sí. Pero el mío está en mi cabeza —se señaló la frente—. Estos dos individuos se alejaban del foco de los incendios para no ser descubiertos. Pero volverían a actuar —aseguró—. Calcot está a una hora y cuarto de Wiltshire, aquí nadie les buscaría. No obstante —tomó el móvil y lo encendió para ver las llamadas entrantes y los mensajes recibidos. Por suerte no tenía código de seguridad y podía manipularlo con facilidad—. Hay un tercero suelto. Y hay que encontrarlo. Estos tipos trabajan para el gobierno, el cual sigue órdenes de los Ojeadores. Los mensajes de los círculos son cada vez más contundentes, las figuras son más grandes y ya no se sostiene la teoría de que las hacen los humanos. Nadie puede creerlo. Por eso tienen a estos indeseables quemando campos de cosecha enteros para que no se pueda descifrar lo que se graba en ellos y nadie tenga tiempo de poder obtener imágenes aéreas. Pero tú tienes a Clement. Y tú. —Dan la tomó de los brazos para que lo mirara a los ojos—… Tú eres tú, Niqui. Tú puedes. Ellos quieren que acabes el trabajo.

Nicole lo escuchaba anonadada, con ganas de activarse, reaccionar y ponerse en marcha. Pero era cierto que necesitaba acabar el trabajo, pues le faltaba una pieza para concretar su descubrimiento. Y hasta que no la tuviera, no podría revelar nada ni dar ninguna noticia al exterior.

—No hay que preocuparse de estos dos. —Dan los señaló con el pulgar —. Ya están fuera de juego. Haremos una llamada desde este mismo movil a la policía y ocultaremos el número, para que no sepan quién les llamó. Nos habremos ido cuando ellos lleguen.

Nicole sentía un cúmulo extraño de emociones, mezclado con rabia e impotencia. Obviamente, siempre había creído que los principales gobiernos boicoteaban la salida de información de temas exopolíticos o de posibles contactos con otras inteligencias. Pero de ahí a que colaboraran con entidades como los Ojeadores o que no les importara quemar hectáreas de campos que daban trabajo a mucha gente, y que ponían en peligro sus vidas,

solo por salvaguardar lo que ellos sabían y ocultar la verdad al mundo, era rastrero y dictador.

No podía valer todo. No era justo.

Estaba muy enfadada. Apretó los labios con decisión y dijo:

—Dan.

Él sonrió y asintió sin más.

—Sí. Te llevo ya a ver a Clement. Él tendrá cosas nuevas que mostrarte.

—Pues vamos —le ordenó ella—. No quiero perder más tiempo aquí. Los incendios y la intromisión de esos calvos en mi trabajo tienen que cesar ya.

Dan hizo una llamada a la policía cambiando la voz y dejó todas las pruebas pertinentes dentro del coche. Esos no se despertarían hasta el día siguiente.

Le encantaba ver a Nicole con tanta decisión y sin miedo. Eso quería decir que estaba más metida que nunca en la misión que tenía entre manos.

—Vamos, pelirroja. —Dan le abrió la puerta del copiloto del Nissan como un caballero.

Y después entró él en el coche. Otro acontecimiento estaba por venir, y se esforzaría al máximo por ver la cantidad de variantes y alteraciones que podrían haber por el camino. Se trataban de futuros alternativos. Y debía elegir siempre el que diera mejores resultados, sobre todo para ella.

Nicole era la clave. Y él solo su protector. Estaba ahí por ella. Había recibido sus dones para que los utilizara en su favor cuando llegara el momento.

Ahora estaba preparado. Su vida tenía sentido. Nicole se lo daba. Y la protegería con su propia vida si fuera necesario, porque la misión de esa chica era trascendental, incluso mucho más que lo que pudiera descubrirse en el interior de un colisionador.

13

La vida era un misterio contínuo, un sinsentido prodigioso en el que solo algunos descubrían qué habían venido a hacer en ella. Y los demás… los demás venían a vivir. Ni a ser felices ni a ser infelices. A vivir.

Pero cuando se descubría la «misión personal», así lo llamaba su abuela Pietat, todo cobraba relevancia. Y ella era una de esas afortunadas. Porque ahora sabía a ciencia cierta que todo aquello en lo que había creído e investigado durante tantos años, era real, y más aún, era importante para la humanidad. Una Balanzat de un pueblecito de la isla de Eivissa, tenía entre manos una enorme revelación a la que solo le faltaba una confirmación para lanzarla como una herramienta para un cambio evolutivo que cambiaría la historia pasada, presente y futura como se conocía.

Y había sido Dan, el hombre que una vez dejó de creer en ella, el suertudo que tuvo una experiencia cercana al contacto y que lo cambió lo suficiente como para acompañarla en ese delicado momento y salvarle la vida, quien la espoleara a seguir adelante. Ahora, él era la prueba de que su realidad no era una locura, ni una posibilidad, sino una enorme verdad que muchos intentaban ocultar.

Y en eso pensaba Nicole abducida por la música que sonaba en la radio, que volvía a ser el tema de *It Just Happen* de su hermana y que esa misma semana se había convertido en número uno internacional. Sí, en eso meditaba por aquellos campos que conocía como la palma de su mano. Ahí, entre quilómetros de trigo, su autocaravana y Clement la esperaban para que volviera a tomar las riendas de la situación, y diera un último empujón.

—En tu imagen asociativa, que es un elefante —dijo Dan sin perder de vista la carretera, y desviándose por un camino de tierra a mano derecha—, este tiene una perla brillante en el entrecejo.

—Sí —afirmó ella saliendo de sus pensamientos—. ¿Cómo lo sabes?

—Pude entrar en la mente de Arka… después de…

—Sí. De acabar con él. Ya. Por cierto, no te he dado las gracias por haberme salvado en plan Terminator.

—De nada. Estoy seguro de que eso es lo que Arka quería.

—¿El qué? —dijo sin comprender—. ¿Que lo mataras?

—No. Él buscaba la gema del entrecejo del elefante, ¿verdad? —Nicole no contestó—. En tu imagen asociativa, la gema es lo importante. Él no te conoce. No sabía la importancia que le das a los detalles y a las relaciones visuales conectivas. Pero yo sí. El tercer ojo del elefante simboliza lo que tú ves más allá, es decir, la información que solo tú posees.

Ella lo escuchaba con fascinación y expectativa. ¿Sabría Dan dónde guardaba aquel caudal de datos y conclusiones?

—Una vez te regalé una hucha —dijo él con una expresión tierna en la mirada—. Allí queríamos ir poniendo nuestros ahorros para hacer un viaje por todo el mundo. ¿Te acuerdas?

—Creo que no… —murmuró irónicamente—. Arka borró, casualmente, algunos recuerdos que se convirtieron en falacias.

Él ignoró la pulla. Obviamente, Nicole mentía.

—Era un elefante rosa —concluyó Dan.

Ella tragó saliva y se acongojó, por eso se obligó a mirar hacia otro lado. ¿Por qué Dan tenía que recordarle todo lo bueno y todo lo malo? ¿Cuánto le costaría pasar página?

—Sí —susurró ella.

—Dejaste ese elefante en la estantería que hace de mesita de noche, la que está en el lateral de la cama de la caravana, junto a tus lecturas de cabecera. Decías que quedaba bonito ahí, sujetando los libros —él la miró de reojo y sintió su pesar—. La conclusión a la que llego es que la gema es un USB. Es decir, guardaste un USB con todos los archivos que posees sobre los *Crops* en el interior de esa hucha, que es un elefante. Ni Arka ni ningún Ojeador hubiera entendido nunca cómo funciona ese dibujo. Tú utilizas

mucho esa técnica porque a veces eres despistada, y te funciona para recordar datos, lugares y objetos. Pero ellos son extremadamente mentales, no ven más allá de fórmulas y algoritmos. En un dibujo hay mucha sensibilidad. Ellos no la tienen, por eso no saben leerla. Por eso lo volviste loco —se rió divertido.

—¿Y tú, Dan? Tú tienes una capacidad parecida a la de ellos ahora —le echó en cara sin animadversión—. ¿Por qué tú sí puedes entender mi cabeza y ellos no?

Dan paró el coche a diez metros de la caravana roja. Ya habían llegado.

Apagó el motor y las luces y permaneció en silencio aún en el interior del vehículo, con Nicole impaciente por escuchar su respuesta.

—Los Ojeadores no tienen sentimientos —respondió dejando caer las manos del volante—. Yo sí los tengo. Tampoco conocen el amor. Ellos son como ordenadores de datos y fórmulas andantes. Yo podría convertirme en eso si no tuviera algo que me aleje de ese lado. Y lo tengo. Todavía tengo una esposa a la que siento que quiero como el primer día —la miró a la cara.

El modo en que había pronunciado esas palabras dejó a Nicole fuera de onda. ¿Cómo podía ese Dan girarle la cabeza de ese modo? ¿Acaso la quería conquistar de nuevo? ¿Si salían adelante y sobrevivían a todo aquello, podría Dan convivir en esa sociedad con los dones que poseía? Y no solo eso: ¿lo querrían cazar a él para estudiarlo y abrirle la cabeza? ¿Estaría en peligro? Solo de pensarlo se le revolvía el estómago.

—¿Me has olvidado en todo este tiempo, Nicole? —le preguntó preocupado por escuchar una contestación que no fuera de su agrado—. Porque yo no he dejado de pensar en ti. Todos los días.

—Dan, ¿qué pretendes? —interrumpió nerviosa—. Llevo años sin saber de ti. Apareces de la noche a la mañana, como un héroe, para salvarme la vida y para decirme que soy tu esposa cuando no te dignaste a venir a buscarme y a explicarme lo que te había pasado. Y mientras, yo —no quería montar una escena, pero las emociones siempre se le acababan yendo de las manos— me he limitado a sobrevivir con el corazón roto por tu culpa. ¿Sabes lo que es eso?

—Sí —contestó—. Sé lo que es querer hacer algo y no poder hacerlo porque no es la mejor opción. Y sé que es quererte y no poder decírtelo,

porque sabía las consecuencias que podría acarrear. Debía hacerme a la idea de qué era y quién era, y cómo funcionaba mi mente. Y sobre todo, por qué yo había sido elegido para recibir estos dones. Debía hacerlo solo, Nicole. Y cuando lo descubrí, cuando ellos me dijeron que debía protegerte y ayudarte a cumplir tu cometido, decidí aprender a controlar mis facultades para poder darte la protección que mereces. No quiero mis dones para nada más. Son para ti. Y es por ti que no me vuelvo loco y no me deshumanizo cuando los uso. Porque yo sí conozco el amor, y lo antepondré siempre a la mente. Todo lo que estoy haciendo ahora es porque te antepongo a ti, para resarcirme antes de que me pierda o te pierda por completo.

Nicole lloró en silencio y negó con la cabeza. Salió del coche y cerró la puerta. Encaró a Dan mirándolo desde el otro lado, cara a cara, ya que él también había salido del Juke, y la observaba arrepentido por hacerla llorar, con las manos apoyadas encima del techo del todocamino.

Ella se echó el pelo rojo hacia atrás y se secó la humedad de las pestañas con el antebrazo.

—¿Todo lo que me dices lo haces porque esperas un resultado? Quiero decir: ¿ves el futuro que pueden ocasionar tus palabras? —«¿Sabes lo que me afecta que me hables así?», pensó.

Dan la miró compasivo.

—No, pelirroja. Esto no funciona así. Yo no veo el futuro de todo y de todos. No veo tu futuro ni el de nadie, si no lo calculo. Y calcular una línea de tiempo determinada acarrea, precisamente, mucho tiempo. Mi don solo lo uso para calcular los movimientos de los Ojeadores y de todo lo que tenga relación con la consecución de tu cometido. Ya sé cómo funciona con ellos, por eso puedo hacerlo rápido. Pero mi don no funciona contigo. No sé por qué. Pero no funciona. No sé qué va a pasar ahora entre nosotros. Ni mañana. Contigo solo vivo el presente. Es el único modo de mantener mi cabeza tranquila y de ser consciente. Pero con la calma mis emociones que creía dormidas se… se despiertan —se frotó el pecho sorprendido de sus propias reacciones—. Y también mis necesidades. Y digo cosas que no debo —agachó la cabeza arrepentido—. Que no tengo derecho a decir. Lo siento. No quiero molestarte. Estoy aquí para ayudar, no para hacerte sentir mal. Siento ser tan egoísta. No volverá a pasar.

Nicole no esperaba verlo tan contrariado y afectado. Algo en su pecho se ablandó y se abrió un poco, como una tímida flor insegura a la que le habían hecho daño.

—Dan, ¿tú me quieres volver loca? ¿Sabes lo que…?

—¡¿Quién anda ahí?!

La voz de Clement los enmudeció a los dos, y más aún los paralizó, cuando se abrió paso entre los tallos dorados con un pañuelo rojo en la cabeza, su ropa de motero heavy, gafas de ver sin montura que agrandaban sus ojos azules y una increíble escopeta de caza en las manos, apuntando a Dan entre los omóplatos.

—He dicho que no te muevas, hijo de puta —le advirtió tocándole los riñones con el cañón de la escopeta a Dan—. Estoy hasta la coronilla de que merodeéis por mis campos y mi caravana.

—¡Clement! —gritó Nicole levantando las manos—. ¡Baja el arma que soy yo!

—¿Niqui? —su voz sonó rasposa, como si se hubiera acabado de despertar.

—Sí, soy Niqui… Baja el arma, por Dios.

—¿Estás bien? ¡¿Y este quién es?! —urgió saber mirando a Dan como si fuera su enemigo.

—Es Dan.

—¡¿Eh?! —gritó medio sordo.

—¡Qué es Dan!

—¡Los cojones! —exclamó—. Este tío hace dos como Dan. Tu exmarido era un palo… ¡¿Qué pasa, Niqui?! ¿Estás secuestrada? ¿Te ha hecho algo este desgraciado? —le colocó las escopeta entre las piernas.

Dan se quedó tieso como la mojama. Y su rostro palideció. Clement estaba muy loco. Bien podía disparar sin más.

A Nicole le entraron ganas de reír, porque ella sí veía el rostro de Clement.

—Es él, Clement —le explicó más tranquila, aún sin moverse de detrás del coche—. Solo que ha cambiado un poco.

—¿Un poco? —gruñó Clement apretando el metal del arma contra sus partes nobles—. ¿A qué te refieres? El que es un gallina y no valora a la esposa que tiene, gallina se queda. Ese Dan me engañó bien… —chasqueó la lengua—. Yo que pensaba que era un hombre hecho y derecho, y resultó ser todo lo contrario.

Dan apretó los dientes y miró a Clement de reojo.

Nicole se cruzó de brazos y arqueó una de sus cejas rojas.

—Sí… A mí me pasó más o menos lo mismo —aseguró divertida.

—Entonces, dime, preciosa —continuó—. Si es Dan, le vuelo los huevos y hago un revuelto. Si no lo es, me explicarás qué haces con él y por qué no sé nada de ti desde hace casi tres días.

Nicole apoyó el índice en su barbilla y se quedó pensativa.

—Mmmm… No tengo mucho donde elegir, ¿no?

—Soy Dan, puto loco de los cereales —intervino Dan mirándolo por encima del hombro—. Y si quieres saber qué está pasando, tendrás que hablar conmigo.

Clement le devolvió la mirada desafiante y sonrió como un lobo descreído.

—¿Y qué interés puede tener para mí alguien que ha hecho tanto daño a mi niña?

—Puedo demostrar que todo aquello por lo que has luchado y estudiado durante tanto tiempo es verdad. Y. —Dan se dio la vuelta y lo encaró con valentía— que el motivo por el que te fuiste de Arecibo cuando no quisieron emitir públicamente un comunicado oficial sobre lo que estaba pasando y sobre lo que fue plasmado en uno de los *Crops* más famosos de todos los tiempos, era un motivo justificado. Todo era cierto. Vuestro mensaje llegó. Y ellos os respondieron como mejor saben hacer.

Clement arrugó el ceño y miró a Nicole.

El 16 de noviembre de 1974 el radiotelescopio de Arecibo se inauguró transmitiendo un mensaje en código binario al espacio, al cúmulo M-13 de la constelación de Hércules, esperando que alguna vez ese mensaje fuera interceptado por otras inteligencias hasta el punto de que llegara a ser respondido. Clement formaba parte de aquel proyecto. El mensaje contenía información sobre la naturaleza humana en setenta y tres líneas y veintitrés

columnas en las que se incluía también el sistema numérico, además de la bases químicas de la vida, el código de nuestro ADN, el genoma humano, la posición en el sistema solar de nuestro planeta y el número de habitantes. En el año 2001 aquel mensaje tuvo respuesta en Chilbolton. Una respuesta exacta al mensaje que ellos enviaron pero con notables diferencias. En su respuesta, los átomos básicos de la vida, el hidrógeno, nitrógeno, oxígeno, fósforo y carbono parecían ser los mismos que los de la Tierra. También la química de la vida, aunque añadían el silicio número catorce en su estructura. El ADN tenía una variación muy importante. La materna era igual, pero la otra mostraba una hibridación con algo no humano. Las secuencias de los nucleótidos era mayor que la de los humanos, lo cual implicaba más antigüedad y más evolución. La ubicación de su planeta se situaba sobre tres planetas y algunas lunas del quinto planeta. El número de habitantes era parecido, su estructura física distinta… Clement no podía creer que después de recibir esa respuesta tan contundente, Drake, Sagan, y todos los miembros del Proyecto de Onda Seti no dieran a conocer aquella prueba como el primer contacto y primer intercambio de datos con otras inteligencias. Porque, si aquello no era lo que esperaban recibir cuando enviaron ese mensaje al espacio, ¿qué demonios esperaban entonces? Aquel fue el detonante para que Clement abandonara Arecibo definitivamente y se centrara en los mensajes de los agroglifos.

—No me jodas —espetó Clement—. Este no es Dan.

—Pero sí lo es —aseguró Nicole acercándose por fin a Clement y ayudándole a bajar la escopeta—. Sí lo es, Clement.

—Que te digo que no. Al otro Dan no le hubiera dejado de apuntar con la escopeta hasta que se fuera. A este… —Clement se acarició la barba extrañado—. A este… sí. Además, este Dan no lleva gafas, y parece que lo metieron en la cápsula del Capitán América.

—Algo así… Vayamos a mi caravana —le aconsejó Nicole poniendo paz entre ellos—. Tenemos mucho que contarte.

Una hora después, con tres cafés bien cargados, el de Clement con un poco de su inacabable *whisky*, la caravana roja se llenó de confesiones y

revelaciones, sentados alrededor de la mesa en la que cenaban y comían, y en la que tantas noches conversaron sobre los misterios del Universo.

Clement era mayor, y siempre creyó que no viviría para poder ver con sus propios ojos una prueba real de contacto. Pero después de lo que Nicole y Dan le habían contado, después de historias sobre portales y cambios de espacios, sobre mutaciones genéticas dentro de un *crop*, sobre Ojeadores y agroglifos… No necesitaba más prueba que esa. No vería una nave… Pero no le hacía falta.

Aunque, su mente golosa necesitaba una más. Una prueba que lo emocionara y le hiciera llorar como un niño.

—Pruébamelo, Dan —le pidió muy serio, sin soltar su taza—. Soy un viejo al que llamaron loco por creer en todas estas cosas. Por abandonar un trabajo fijo y dejarlo todo por seguir mis principios. Lo que dices es música para mis oídos. Pero ahora te pido que me lo pruebes.

—¿Qué quieres que te pruebe? —preguntó Nicole titubeante.

El bigote y la barba de Clement se estiraron alrededor de sus labios. Sonreía.

—Dan sabe lo que quiero, ¿verdad, chico? Déjame verlo solo una vez.

Dan se echó el pelo rubio hacia atrás, movimiento que a Nicole le pareció muy *sexy*, y después se concentró en Clement.

Aquel compendio era entre ellos. Nicole no se podía meter en medio.

Entonces, de repente, la botella de Jack Daniel’s se movió por la superficie de la mesa completamente sola, sin que nadie la tocara.

Nicole se apartó y siguió el trayecto ante la atenta mirada de Dan y la alucinación de Clement.

Dan abrió la mano, y la botella se detuvo ahí, sujeta entre sus dedos.

—¿Te vale esto? —le preguntó Dan a Clement, sin bajar la mirada ni un instante.

Clement parpadeó solo una vez para prorrumpir con una exclamación al tiempo que se levantaba efusivamente.

—Pero… ¡me cago en la puta! —dejó ir una carcajada y se llevó las manos a la cabeza—. ¡¿Has visto eso, Niqui?!

Nicole tragó saliva y asintió. Aún no había visto a Dan mover objetos sin tocarlos, y la dejó anonadada. Y no le sorprendía porque no creyera. Ella sabía que en el árbol genealógico de su familia había una Balanzat antigua que tenía dones telekinésicos. Pero no recordaba el nombre. Y como fuera, ni sus hermanas ni su madre ni su abuela sabían hacerlo. Pero vérselo hacer a Dan… Caray, eso sí que era extraño.

Mientras tanto, Dan se sirvió una gota de *whisky* en su café, e hizo como si nada hubiera pasado.

Clement continuaba riendo, y con su taza en la mano brindó por Dan.

—¡Por ti, muchacho! ¡Por tu vuelta! —se bebió el poso de la taza de golpe y se secó la boca con el antebrazo—. Hawkins tiene razón sobre su teoría.

—¿Qué teoría? —quiso saber Nicole más relajada al ver que ya todo se sabía y que con Clement podían hablar con tranquilidad.

El hombre se sentó de nuevo y se inclinó hacia adelante señalándose la frente.

—Él dijo que el neocórtex humano funciona en sí como un sistema predictivo y de búsqueda de patrones. Es justo lo que tu mente evolucionada y mejorada hace, Dan. Te han desarrollado el neocórtex y han tenido que tocarte la glándula pineal —explicó emocionado—, la epífisis, que se encuentra en el centro del cerebro protegida por ambos hemisferios y que en otras culturas se llama «el tercer ojo», de ahí tus dones.

—A todas esas conclusiones también he llegado yo —confirmó Dan bebiendo el café lentamente.

—Joder… —susurró Clement maravillado con tenerlo ahí—. Y dime, ¿los Ojeadores son humanos? ¿Sabías que a lo largo de la historia se han encontrado imágenes documentadas de Ojeadores en momentos determinantes de la humanidad? Incluso hay dibujos de ellos en obras de arte de hace siglos. Y todos los representan igual: calvos, vestidos de negro, pálidos… y con ese gorro ridículo que llevan en la cabeza.

Dan desvío la mirada a Nicole y esta se encogió de hombros.

—Fisiológicamente lo son. Pero tienen unas aptitudes mentales nada ordinarias. Son muy poderosos y controlan el espacio y el tiempo a su antojo. Sinceramente, no sé lo que son. No sé de dónde vienen.

Extraterrestres, o terrestres evolucionados —se encogió de hombros—, ni siquiera sé si son de esta dimensión, pero eso ya no importa. Lo que sí sé es cómo se comunican entre ellos —dejó la taza a un lado.

—¿Cómo? —preguntó Clement realmente interesado.

—Tienen una especie de memoria colectiva que se agudiza con un aparato que les sirve de transmisor y de receptor de datos. —Dan se llevó la mano al bolsillo trasero, y les mostró lo que había conseguido del cuerpo de Arka—. Esto pertenece a uno de ellos —lo sostuvo sobre la palma abierta. Era un objeto metálico, con filamentos eléctricos, que tenía tres extremos ovalados en cuyos anversos sobresalían dos punzones metálicos. Tenía la forma de una cuchara doble. Del tamaño de la palma de la mano de Dan.

—¿De dónde has sacado eso? —quiso saber Nicole tomándolo con los dedos.

—De la cabeza de Arka —ella lo soltó de golpe, como si le diera asco.

—Vaya… —Clement se recolocó las gafas para observar con atención el extraño aparato—. Después de Roswell y todo los avances tecnológicos que sacaron de las naves y de sus tripulantes, esto podría ser algo muy relevante para la evolución.

—Todos los Ojeadores tienen insertados estos aparatos en la nuca —señaló Dan—. Las agujas estimulan la epífisis con corrientes eléctricas y la alteran para que puedan moverse conscientemente a través de la línea del pasado, el presente y el futuro. Es como si doblegaran la realidad a su antojo. El objetivo de estos individuos es mantener el orden y procurar que se sigan los pasos que ellos consideran correctos para llegar a su objetivo.

—¿Cuál es su objetivo, Dan?

Dan bajó la mirada y jugueteó con el aparato.

—No estoy seguro. Pero tiene que ver con la creación de un portal fijo en la Tierra. Uno que puedan abrir y cerrar según sus indicaciones y que sirva solo para sus fines. Por el camino se descubrirán posiblemente nuevas partículas, pero, el principio de consecuencia es inevitable. De nada servirá si abren una puerta hacia un lugar indeseado, o hacia el fin del mundo. Se abre la puerta, pero nunca sabes qué puede venir de ella.

Nicole lo estudió detenidamente. Dan parecía consternado por algo que solo él había visto. Y ella quería saber de qué se trataba.

—¿Qué tipo de portal quieren abrir? —la cara de Clement mostró perplejidad.

—Un portal mil veces más grande y más potente que el que se abrió en Ginebra cuando yo boicoteé el colisionador.

—Eso es muy peligroso —susurró Nicole—. ¿Qué tipo de portal se formaría? ¿Un portal hacia otras dimensiones? ¿Un portal hacia otros lugares del Universo? ¿Un portal hacia la nada?

—No lo sé —contestó Dan sumido en sus pensamientos.

Nicole lo sabía. Él no diría nunca lo que había visto o los futuros alternativos que había barajado. Ninguno de esos futuros parecía alentador.

—En dos noches vuelven a poner en marcha el acelerador de Ginebra —les informó Clement.

—¿Dos? —irrumpió Nicole—. ¿Pero no estaba previsto para mediados de septiembre?

—Al parecer han adelantado la inauguración dos semanas antes de lo anunciado. Me lo dijo un colega que trabaja en mantenimiento en el CERN. Después de lo que sucedió hace años, lo que tú provocaste, Dan, fue que aparcaran el proyecto de nuevo. Pero lo vuelven a poner en marcha, y según sé, han abierto otro subproyecto además de los cuatro que ya tenían. Lo llaman AWAKE.

—Awake —repitió Dan meditabundo.

—Sí, de hecho el 24 de junio pasado hicieron la primera prueba. Van a hacer otra en dos días. De hecho, han invitado a los miembros representativos de las Naciones Unidas para que asistan al espectáculo. Y esta vez con cien veces más energía que la última vez —puntualizó Clement.

—La excusa es incrementar la fuerza del colisionador para descubrir nuevas micropartículas, pero el verdadero objetivo es el portal que monitorearán desde Awake —concluyó Dan, al que nada de todo aquello le venía de nuevo—. Y las consecuencias pueden ser… muy negativas.

—Si años atrás al disminuir la energía del acelerador se abrió un portal —intervino Clement—, ahora, si todo funciona correctamente, podría abrirse la maldita boca del Infierno. Materia oscura descontrolada…

—Es por eso por lo que todo se ha precipitado —le explicó Dan a Nicole—. Arka fue a por ti, yo fui a por él, y ahora, todo indica que nuestros

caminos confluyen en Ginebra. No es casualidad. Tienen miedo de lo que pueda pasar, de lo que podemos provocar, y si tienen miedo es porque lo han visto en sus algoritmos, porque ellos acceden al futuro también. Por eso tenían tanta prisa por cogerte a ti y cogerme a mí. Les estamos cambiando los resultados.

—Hay que impedirlo de nuevo —dijo Nicole asustada—. Dan, no podemos permitir que eso suceda otra vez.

—Los científicos y los miembros del CERN siguen las directrices de los Ojeadores. Quieren abrir esas puertas —contestó Dan.

—Pero, debe de haber otro modo —dijo Nicole—. No así, poniendo en riesgo la vida de todo el planeta. No tiene por qué abrirse un portal así.

—Ahí es donde entras tú —convino Dan—. Y donde entro yo.

Clement sonrió y miró a Nicole con orgullo.

—Sabía que tenías algo importante entre manos.

—Todavía no sé lo que tengo —aclaró ella rebajando su responsabilidad —. Debo echar un vistazo a toda la información que poseo, es mucha, y aunque la tengo estructurada, debo organizarla y concluirla. Clement, ¿se han formado nuevos círculos en estos días? —quiso saber.

—Oh, sí, nena… —confirmó levantándose para ir a conectarse a los ordenadores—. Muchos de ellos los quemaron los pirómanos. Pero ya sabes que a mí no se me escapa ni uno —guiñó un ojo pagado de sí mismo—. Les tomé fotos desde el aire antes de que se pasara la voz y trasladé las imágenes al disco duro privado.

—Bien. Quiero verlas —le ordenó.

—A sus órdenes —contestó Clement poniéndose manos a la obra.

En dos días debía organizar todo su proyecto, todo el trabajo de siete años, para, aún no sabía cómo, mover esa información ni qué debía hacer con ella. ¿Convencer a las Naciones Unidas para que caparan de nuevo el colisionador? ¿Qué? Y, ¿cómo y por qué la iban a escuchar?

—Ve y rompe la hucha —le espetó Dan sonriente—. Hay que conectar el USB. Pero antes de hacerlo, desconectar vuestros ordenadores de cualquier línea ADSL que tengáis. No debéis dejar rastro de lo que estáis haciendo —les recomendó Dan.

—Antes quiero hablar con mi familia. Me prometiste que en Calcot lo haría, pero te liaste a palos con los dos pirómanos y yo estaba demasiado nerviosa para pedir esa llamada —se frotó los brazos colocándose delante de él—. Dime cómo puedo avisarlas para que sepan que estoy bien.

Dan sonrió y negó con la cabeza.

—Creo que no hará falta. Los planes han cambiado un poco.

—¿Qué quieres decir?

—Solo hazme caso, Niqui.

—Pero quiero hablar con ellas.

—Son Balanzat. Mujeres muy especiales. ¿Crees que no tienen manera de encontrarte si se lo propusieran?

—Ah, no. —Nicole dio un paso atrás y negó en redondo—. No, ni hablar. No las quiero por aquí —lo señaló amenazante—. Esto es muy peligroso.

Dan cerró los ojos como si escuchara voces que solo él oía y su rostro se relajó del mismo modo en que uno se relaja cuando acepta las situaciones que no puede cambiar.

—Hay voluntades indoblegables, pelirroja. Y hay espíritus ingobernables. Tu familia viene hacia aquí, lo quieras o no, y créeme que he intentado analizar algoritmos para retrasar su llegada, pero en todos ellas están ahí —abrió los ojos y estos se iluminaron—. Supongo que, al final, nadie puede apartarte de lo que más quieres. Además, tienen medios mágicos y ancestrales para dar contigo. Y en ellos, ni siquiera la ciencia manda.

—Dan. —Nicole no se lo podía creer—. No les puede pasar nada, por favor.

—Tienes que confiar en mí —la tomó de la barbilla—. No quiero nada malo ni para ti ni para las personas que quieres. Intentaremos movernos con cuidado. Pero a ellas ya no las puedo sacar de la ecuación. Están incrustadas en todos los futuros en los que tú estés. No te dejarán sola.

Nicole se relamió los labios resecos, fruto del nerviosismo. ¿Que su familia iba a aparecer tarde o temprano? Habrían utilizado un hechizo sanguíneo de localización. Ella sabía que eso también podía suceder, pero no esperaba que fuera tan pronto. Les podía la ansiedad, sobre todo a su madre Amanda y a Mamá Pietat.

—Empieza a recopilar los datos de tu trabajo y memorízalo —le pidió Dan—. Esa información estará mucho mejor encriptada en tu cabeza.

—¿Qué vas a hacer tú?

Dan inclinó la cabeza a un lado e hizo un mohín que significaba que hiciera lo que hiciese no tendría importancia.

—Me quedaré afuera —contestó—. Vigilando. Por ahora estate tranquila —dejó caer la mano que le sujetaba la barbilla—. Cuando pase algo extraño, te informaré. Ahora céntrate en tu labor.

Nicole asintió robóticamente, y se quedó mirando la ancha espalda de Dan mientras salía de la caravana para sentarse en una de las sillas del porche.

Madre de Dios… La estaba trastornando por momentos.

Nicole entró dentro de la habitación de la caravana, y arrodillándose encima de la cama, alargó la mano para coger el elefante rosa.

Dan no había querido entrar a aquella parte de su casa con ruedas, tal vez por respetarla o porque, hacerlo, ver todo lo que habían compartido y saber que ya no estaban juntos, le era tan doloroso como a ella. Sin embargo, Nicole tuvo que hacer de tripas corazón y acostumbrarse a abrazar la almohada durante todo ese tiempo. Y ahora, el dolor y la pena habían mitigado, y tan solo quedaba la decepción.

Él había vuelto para darle la razón y ayudarla hasta el final en su proyecto. Había regresado de la muerte, y había mutado como un héroe. Sin embargo, seguía siendo Dan… Su Dan. Lo conocía.

Y veía en sus ojos marrones que había algo que no le contaba. Quería saber el qué, pero tendría que averiguarlo ella misma.

14

Algo la despertó, cuando ni siquiera se había dado cuenta de que estaba dormida. Levantó la cabeza de la almohada y miró su portátil MacBook Pro, el de más pulgadas, el cual no había conectado a ninguna red *Wifi*, y que ahora permanecía en reposo.

Había tecleado y montado imágenes en un PDF con elaboradas explicaciones hasta quedar exhausta.

Clement, muy emocionado, le había pasado las últimas fotos tomadas desde el aire a los agroglifos que se habían presentado esos días, y los cuales muchos de ellos, fueron injustamente quemados.

No era fácil resumir en horas el estudio tan elaborado que había preparado con vistas a ser publicado en un libro, pero como fuera, también debía tener en orden las ideas por si alguna vez debía transmitirlas oralmente, como había insinuado Dan.

Aún así, algo la inquietaba. Sabía que sus conclusiones eran acertadas, sin embargo, el inmenso *puzzle* que alimentaba su mente estaba incompleto. Incluso ahora, que había tirado de archivos y de nuevas imágenes de las que Clement le había facilitado, el Tetris mental continuaba incompleto. Algo debía unir todo su relato de modo que tuviera sentido. Como esa micropartícula que debían encontrar los científicos, la que colisionaba todos los universos y espacios. Nicole buscaba ese pegamento que le diera sentido a lo que ella intuía.

Dejó la vista fija en un dibujo a blanco y negro que había hecho del último agroglifo fotografiado por Clement en su iPad Pro, a treinta

kilómetros de donde estaban. Le gustaba hacer plantillas de todos los agroglifos que analizaba y de todos aquellos que lograba decodificar. Todo, cada dato, cada dibujo, cada código binario, cada segmento, cada mensaje oculto… Todo debía estar correctamente analizado y registrado. Porque ella siempre garantizaba datos, nunca solo intuición o corazonadas, aunque fuera eso precisamente lo que le impulsara a investigar algunos *crops* más que otros.

El dibujo que tenía ante sí era inquietante. Le estaba hablando, diciéndole: «mira, estoy aquí, te lo estoy diciendo. Ata cabos». Y ella lo miraba y lo remiraba, de hecho se había quedado dormida mientras lo estudiaba.

—¿Por qué me suenas tanto? ¿Dónde te he visto antes? No eres una molécula… Eres otra cosa —musitó mientras pasaba los dedos por el dibujo vectorial que había hecho. Se dio cuenta de que se había hecho un diminuto corte en el dedo, posiblemente con los folios que había dejado sobre la cama. Se lo succionó suavemente, sin dejar de prestar atención al dibujo—. ¿Qué eres?

El desafío de Nicole era principalmente el de que todos pudieran entender el modo en que los agroglifos hablaban. Y que todos lo entendieran como debían.

¿Cómo interactuaban los *crops* con aquellos que se deleitaban con sus vistas? Activaban su conciencia, sí. Pero si no entendían lo que veían, de nada les serviría la activación. Y esa era la labor que ella debía hacer. Aquel era su cometido.

Durante años, millones de personas se acercaban a los dibujos del trigo para meditar en su interior, sin saber muy bien en qué debían meditar. Obtener paz, tener la pretenciosa idea de iluminarse, rezar a qué o quién, o rodearse de aquel electromagnetismo no era suficiente. Los *Crops* cada vez eran más complejos pero la gente seguía haciendo lo mismo.

Los *Crops* evolucionaban y las personas no.

Nicole luchaba por encontrar el modo de acercar los significados y los mensajes de los agroglifos no solo a la gente de a pie, sino a aquellos que de verdad podían hacer algo con ellos. Aquellos que hablaban su mismo lenguaje y que podían ejecutar lo que los dibujos pedían. Porque esos

fenómenos pedían cosas, ante todo, que se les escuchara antes de que fuera demasiado tarde.

Algo hizo que revisara *Crop Circles* de años anteriores, como el de la glándula pineal, el *Crop* en el que se enamoró de Dan perdidamente.

¿Era melancolía? ¿Por eso lo miraba? ¿O de verdad era que algo de aquel *Crop* tenía relación con el último que había fotografiado Clement? Nunca miraba las cosas porque sí.

Comparó los bocetos de uno y de otro, y colocó los dos folios juntos. Entrecerró los ojos, mirándolos alternativamente. Su agudeza debía decirle lo que esperaba encontrar.

Y entonces… ¡Plas!

Algo golpeó con fuerza la ventana que daba a la habitación de la caravana. Nicole, alterada, levantó la cortinita que la aislaba de la luz de la madrugada para ver qué había impactado en ella. Y al alzarla, se encontró con el Grimorio de las antiguas de Iboshim, que se abrió de par en par para que sus hojas volaran libres, mostrando los extraños dibujos que de pequeña ella curioseaba en su biblioteca de Sananda. La hipnotizaban. Incluso llegó a dibujarlos alguna vez como si la relajaran. Afuera no soplaba ni una gota de viento, nada. Pero las páginas del libro no dejaban de pasar a gran velocidad. Era como si un tornado invisible lo moviera de un lado al otro. Al instante, una de esas hojas de colores con esos dibujos estampados de extrañas formas, se pegó al cristal. Nicole torció la cabeza a un lado y lo observó.

—Ay, joder… —susurró asombrada ante lo que acababa de serle revelado.

La puerta del compartimento se abrió de par en par y en ella apareció su madre Amanda, mirándola con los brazos cruzados y cara de enfadada.

—¡Despierta ahora mismo, marmota! Ven a recibirnos.

Nicole abrió los ojos y se encontró sentada sobre la cama, con las manos apoyadas en el colchón.

La habitación continuaba a oscuras, a excepción de la única luz del salvapantallas de su portátil que le había alumbrado en toda la cara. Se pasó

la mano por el pelo y abrió la cortinilla de la ventana, para comprobar que quedaba poco tiempo para que amaneciera y que no había ningún Grimorio pegado al cristal.

¿Había sido un sueño? ¡Pero fue tan real!

Angustiada y un poco desconcertada, se levantó como un relámpago para asegurarse de que estaba en Wiltshire y de que Dan era real y se encontraba ahí con ella.

De repente tenía la sensación de que se había quedado sola.

Debía comprobar que todo había pasado, que estaba viviendo aquella aventura junto a él.

Que él creía en ella de nuevo.

Salió de la caravana con prisa, bajó los peldaños y miró a un lado y al otro hasta que encontró a Dan estirado en la hamaca, bajo el porche automático, al lado de la mesa de madera donde a veces tomaban algún refrigerio o trabajaban para que les diera el aire.

Estaba despierto, reposado cuan largo era, ocupando toda la tumbona con su nueva complexión.

Se extendía ante él un campo de espigas doradas, silencioso y calmo.

Nicole se aproximó hasta Dan, parecía dormido. Hacía tanto que no lo veía dormir… Era un hombre que la dejaba sin palabras. Su pelo rubio había crecido tanto, y sus facciones mejoradas y más marcadas lo convertían en alguien arrebatador y tremendamente atractivo.

Dan había tenido razón en una cosa: seguía siendo su esposa. Y él su marido. Clement los casó y se dieron unos votos ancestrales ante las estrellas y ante ellos mismos. Ante Dios, si de verdad los veía desde ahí arriba. Sin embargo, ni la iglesia ni un juez poseían ningún papel firmado que les acreditara como tal. Lo único que a ambos les hizo falta para casarse fue su propia promesa, creer el uno en el otro.

Y habían creído, hasta que se rompió.

¿Y se culpaba de ello? ¿Se culpaba por ser tan estricta y dura en lo concerniente a confiar y a creer en ella? No. Ni se arrepentía ni se culpaba. El amor no era nada sin confianza. De todas maneras, él no fue a recuperarla. No vino a buscarla a pesar de que ella le advirtió que la puerta seguía

abierta. Pero Dan no vino, y lo hizo por protegerla, sin tener en cuenta que al no reclamarla, también le fracturaba el alma.

Nicole tragó el nudo que sentía en la garganta, y lo admiró en silencio.

Su Dan había recibido un regalo de los mensajeros del cielo. Había sido tocado por ellos, y ahora tenía unas facultades que, de ser descubiertas, lo pondrían en cuarentena en un santiamén.

La mano de Nicole se movió como autómata para retirar un mechón de pelo rubio de ese hombre que de nuevo la volvía loca.

Y de repente…, ¡zas!

Dan la agarró de la muñeca, abrió los ojos como un depredador y tiró de ella hasta sentarla sobre sus piernas. Él se incorporó, y sin soltarla, la escudriñó hasta que la reconoció.

Nicole se había quedado sin aire de la impresión. Dan tenía una fuerza increíble, y unos reflejos abrumadores. No había abierto los ojos aún cuando ya la había agarrado de la muñeca.

—Dan, soy yo —dijo ella estupefacta.

¿Por qué estaba tan en guardia? ¿Era así como dormía siempre, vigilante inconscientemente de lo que le rodeaba?

Él carraspeó arrepentido por su reacción e hizo un estudio del perímetro para orientarse.

—No vuelvas a hacer eso.

—¿El qué? ¿Despertarte?

—Estaba meditando —dijo—. Estaba haciendo cálculos y…

—Lo siento. Siento haberte interrumpido.

—Me he quedado dormido —asumió sorprendido.

—Lo dices como si fuera malo dormir…

Dan suavizó el amarre de la muñeca de la joven y asintió.

—Duermo en vigilia. No es una relajación total —le explicó—. Mi cabeza está en contínuo movimiento y no puedo descansar del todo. Pero aquí… —observó el porche con cariño y después sus ojos marrones claros cayeron sobre ella algo entumecidos—. Aquí me he quedado…

—Te has quedado frito —contestó Nicole por él—. Es lo que tiene este lugar. Me alegra saber que sigue relajándote.

Dan sonrió melancólico.

—Nunca he dormido mejor que en tu caravana. Y no es por el campo y la energía que lo rodee —parpadeó y fijó su atención en ella—. Nunca fue este lugar. Siempre fuiste tú. Tu cercanía.

La desarmaba. Cuando le hablaba así, la dejaba tambaleante emocionalmente. ¿Cómo podía mantener las distancias si Dan estaba más receptivo y expeditivo que nunca?

—Deja que me levante… —le pidió ella intentando retirar la muñeca de su amarre.

—No —negó Dan con la cabeza—. ¿Tienes miedo de mí?

«Sí. Te tengo un pavor aplastante, porque no sé si puedo querer como te quería antes. Creo que estoy tullida», pensó Nicole. Y era tan triste pensar que no podría volver a amar con aquella pureza y seguridad.

—Dan… No… no sé qué quieres —murmuró incómoda.

—La pregunta no es qué quiero yo. La pregunta es qué quieres tú.

Nicole tragó saliva nerviosa y algo asustada. El maldito lo volvía a hacer. La dejaba sin defensas.

—¿Yo? No sé qué demonios quiero —contestó ella con sinceridad—. Pero en mi vida he tenido tanto miedo como ahora.

—¿Es porque te asusto?

—No me asustas, Dan —negó rendida—. Me aterrorizas. Este nuevo Dan me deja sin palabras e inestable como una peonza…

Dan hundió su mano libre en el vivo y alborotado pelo rojo de Nicole, y juntó su rostro al de ella, hasta que sus narices se rozaron.

—Puedo tener otra apariencia. Puedo tener otras facultades. Pero bajo todas esas capas sigo siendo un hombre, sigo siendo yo, enamorado de ti. Eso no cambiará, ni aunque pasen cien años sin vernos.

Nicole lo miró confusa, sus ojos parecían los de un corderito que intentaba suavizar la apetencia del lobo.

—Dan, no lo hagas… —le susurró con un hilo de voz.

No importó su queja ni su reclamo. Sus palabras murieron en los labios de Dan.

Había algo inexplicable en la atracción y los sentimientos desatados que provocaba Nicole en él. Y ahora, al tener otras capacidades relacionadas con sus sentidos también, parecía que la necesidad y el amor que había sentido hacia ella se intensificaban con el paso del tiempo, hasta no poder soportar estar cerca de Nicole sin tocarla o besarla.

¿Cómo podía ser que un individuo tan mental como en el que él iba a convertirse, pudiera experimentar esas necesidades físicas y emocionales tan básicas y tan dominantes? No le encontraba explicación, excepto la del amor, cuya naturaleza real nadie conocía en profundidad. Era el amor.

Nunca la dejó de amar, a pesar de alejarse de ella. Y eso lo dejaba a su merced. Porque la mente no mediaba en el amor, no hablaba con él porque no usaban el mismo idioma. Así que la verdad era que podía controlar sus pensamientos, pero nunca sus sentimientos.

Con ese dogma en su cabeza, abrazó a Nicole, que ya no se resistía al beso, y la sentó a horcajadas sobre sus caderas, permitiendo que apoyara las rodillas en los brazos de la hamaca.

Nicole temblaba entre sus brazos, y gemía consciente de que no debía ceder así. De que la volvería a destrozar. De que el Dan de antes no era ni una cuarta parte de lo que el nuevo Dan era ahora. ¿Cómo lo iba a superar?

Sin darse cuenta, se agarró a su cuello, enredando sus dedos en su pelo rubio, y ambos profundizaron en sus respectivas bocas. La necesidad la ganó durante unos larguísimos segundos.

Lengua con lengua, acariciándose para después acabar en besos en los que se comían los labios. Su sabor era tan adictivo que la hacía levitar.

—No, no… —murmuró Nicole sobre su boca—. Me vas a volver loca. No puedo hacer esto ahora…

—Cállate y bésame —le ordenó atrayéndola de nuevo hasta el frenesí voraz de aquellos besos.

—No, no… Espera —le pidió—. Yo venía a decirte… —él apresó su labio inferior con los dientes y ella se murió de gusto. Tenía que parar o haría algo muy tórrido en el porche y no era el momento—. Dan… escucha. Tienes que escucharme…

Él no podía prestarle atención. Tenía a esa hermosa mujer encima, con su fuerza y su energía calentando su sangre. Hacía años que no se despertaba como un hombre. Y de repente estaba ahí, empalmado, frotándose contra la entrepierna de Nicole.

—Necesito esto… —gruñó empujando sus caderas hacia arriba para sacudir a Nicole–. Llevo muerto mucho tiempo. Tú me… me haces revivir.

—Dan, para —«Por Dios, qué intenso».

—Pues salte de encima y huye —dijo receloso, con la voz dolorida y los dientes apretados, alzando las manos para no tocarla—. Huye bien lejos, porque… Joder —dejó caer la cabeza hacia atrás y cerró los ojos lastimosamente—. Joder… contigo es imposible estar tranquilo.

—¡Pero si me has atacado tú! —contestó con una ceja elevada a lo inspector de Hacienda incrédulo.

—Es tu culpa. Si no… si no me frieras las neuronas así… —alargó los brazos para intentar atraerla de nuevo, pero ella se apartó.

—Dan, he tenido un sueño.

—Cada vez que dices esa palabra me pones la piel de gallina. La última vez que me dijiste eso no nos volvimos a ver.

Ella puso los ojos en blanco.

—Culpa tuya, que te largaste y no me creíste. He soñado con las hojas del incunable que leía de pequeña. Las que estaban repletas de dibujos originales y que no sé de dónde eran.

Dan se apoyó en los codos incorporándose levemente.

—Sí.

—Creo que hay una relación directa de esos dibujos con algunos *Crops*, y especialmente, con el último *Crop* que fotografió Clement. ¿Crees que es posible? ¿Que esas ilustraciones estuvieran ligadas a mi vida hasta el punto de que fueran determinantes para mí ahora? ¿Crees que es una locura?

—Ya nada es una locura, Niqui.

Dan se quedó mirando el pecho de Nicole. Los pezones en punta se le marcaban a través de la camiseta gris ajustada de algodón.

—¿Tienes frío?

Nicole bajó la mirada y ni siquiera se cubrió.

—¿Podemos centrarnos? —chasqueó los dedos en su cara.

—Sí. Perdona. Respondiendo a tu pregunta, creo que todo lo que salga de tu cabeza es posible. ¿Necesitas ver esos dibujos?

—Los recuerdo. Los tengo perfectamente grabados aquí —se tocó la sien —. Los dibujé cientos de veces cuando era pequeña. Los dibujaré de nuevo a ver si encuentro el paralelismo con los agroglifos. Tal vez, haciéndolo, algo en mi mente se active y haga que se ilumine mi bombilla.

—¿Has descifrado cuál es el mensaje global? —preguntó esperanzado.

—Hay muchos, no solo uno —contestó Nicole mirando lo abultado de su entrepierna. ¿También lo habían mutado ahí? Madre mía…—. ¿Y a ti qué te pasa? ¿Estás buscando oro?

Dan chasqueó sus dedos sonriendo y le devolvió la jugada:

—¿Podemos centrarnos?

Nicole carraspeó con las mejillas ligeramente pecosas y sonrojadas.

—Digo que hay muchos mensajes, pero hay uno que se repite constantemente como un patrón. Y creo que sé lo que es… Pero tengo que asegurarme.

Dan sabía que Nicole no tardaría en ponerse manos a la obra y en entender lo urgente de la situación para dar lo mejor de sí.

Afirmó orgulloso con la cabeza, aprobándola con la mirada vidriosa.

—¿Qué necesitas para concluir tu estudio, Niqui? Voy a hacer lo posible para que hables directamente con los miembros de las Naciones Unidas. Tu mensaje debe ser global.

—¿Me has visto dando ese mensaje en uno de esos futuros? Porque si me has visto, iríamos más rápido si me cuentas qué es lo que descubrí.

Dan hizo negaciones, divertido con su conclusión.

—No es así de fácil. Y no, no te he visto. Los futuros que calculo se crean en los presentes que vivo, y no puedo ver más allá del inminente. Lo que suceda en las siguientes horas o lo que pueda suceder.

Ella hizo una mueca.

—Entiendo… Bueno, pues necesito tiempo para concluir mi trabajo. Necesito más horas. Y… la posibilidad de que me enseñes algunas cosas.

—Lo que necesites, Nicole —se prestó con decisión—. Estoy aquí para ayudarte.

Sí, pensó ella, y para que me calientes y me confundas como nada en el mundo puede hacerlo.

—Ah, y otra cosa —estaba hermoso ahí sentado con las piernas abiertas y los codos apoyados en la rodillas. Y los labios hinchados… Se parecía a Eric de *True Blood*. Y eso que nunca acabó de gustarle esa serie. Pero Eric… Eric sí. Y ahora tenía a su doble ahí. Y estaba casada con él, vaya por Dios qué tragedia.

—¿Qué?

—Creo que mi familia está al caer —confesó con la boca pequeña.

Dan se levantó lentamente, sin parpadear, y miró al frente, incrédulo y maravillado.

—Oye, no me mires así. ¿Qué quieres que haga? Yo no las he avisado… Las he visto en el sueño y…

—Mira, Nicole. —Dan señaló el campo con el índice.

Nicole se dio la vuelta para mirar aquello que despertaba el interés instantáneo de Dan, y vio cómo un Hummer militar de color verde aparecía al final del caminito de tierra que llevaba a la explanada donde tenían aparcadas las caravanas.

Nicole no se podía creer lo que veía.

Kilian y Sasha estaban sentados delante. Sasha llevaba un mapa en una mano y un péndulo en la otra. Detrás de ellos habían tres mujeres sentadas, cogidas de las manos con los ojos cerrados. Una de pelo blanco, otra de pelo rojo y otra de pelo negro. Mamá Pietat, su madre y Alegra.

Eran ellas. Sus hermanas, su madre y su abuela.

La habían encontrado. Siempre lo harían.

Nicole se lamió el dedo índice, allí donde el corte le escocía, y sonrió feliz por tener a ese grupo de brujas con ella.

—¿En el futuro inmediato tampoco las has visto a ellas? —quiso saber más animada ahora que las tenía cerca.

—Si hay magia, la realidad se desdibuja. —Dan no lo entendía tampoco, pero así era. La intervención de la magia cambiaba muchas veces el destino. Lo nublaba. Por eso no las había visto. La magia actuaba en los algoritmos como una incógnita cambiante.

Como fuera, si las Balanzat estaban ahí, los futuros que Dan veía, también podrían cambiar, más aún si ellas intervenían directamente en ellos. Su consuelo era que a los Ojeadores les sucedería lo mismo. Estaban empatados. Bueno, en realidad no. Él tendría una pequeña ventaja, porque las Balanzat estaban en su equipo.

Nicole sabía que habían usado un indudable hechizo de localización, y el más poderoso de todos se lograba cuando una buscaba la sangre de su sangre.

15

Nicole tenía en frente a su madre, que había bajado corriendo del Hummer en cuanto la había visto. Tenía ahí a las mujeres que más le importaban en el mundo, pero no estaba segura de que fuera buena idea.

No. No era buena idea. No podían estar con ella en ese lugar. No eran conscientes del peligro que corrían…

Aun así, a Nicole le encantaba ver a su madre siempre, vestida de manera tan *hippie* y al mismo tiempo elegante. La hacía más joven, igual que su espíritu. Y a Nicole le fascinaba la vitalidad que poseía. Su pelo suelto y del mismo color que el suyo, se agitaba de un lado al otro siguiendo el ritmo de su caminar. Tenía tanta energía…

Como la de su abuela, que llevaba dos trenzas blancas que la rodeaban de misticismo, como a las indias ancianas y cuya sempiterna mirada veía más allá de lo que en realidad había.

Amanda sujetaba la mano de Pietat, y ambas relucían con los mismos ojos bravos y al mismo tiempo preocupados.

—Pero, ¿qué hacéis aquí…?

—¡Tres días! —Amanda alzó la mano enseñándole el corte en el dedo, acercándose con vigorizantes pasos hacia su hija. Todas llevaban el apósito en el índice, porque era el dedo que señalaría la dirección a seguir para encontrar a Nicole. Habían realizado un hechizo de localización vertiendo una gota de su sangre en un mapa para que estas se movilizaran hasta el país y la zona donde Nicole se encontraba. Después, con la ayuda del péndulo cuya punta estaba manchada de sangre Balanzat, sobre un mapa más amplio,

encontraron el lugar exacto en el que se hallaba. Y el GPS hizo todo lo demás—. Tres, ¡¿me oyes?!

—Sí, mamá —contestó afligida.

—Tres malditos días llevo sin saber de ti y con un desasosiego en el corazón que no me dejaba ni respirar. ¿Por qué? ¿Por qué no te has puesto en contacto con nosotras, Nicole? ¡Necesitabas nuestra ayuda!

—No he podido, mamá —miró de reojo a Dan—. ¿Cómo sabíais que estaba en peligro?

—Mamá Pietat te vio en un sueño —explicó Amanda—. Estabas bajo un túnel, en manos de algo o alguien que ella no logra definir, porque su imagen era borrosa, como si estuviera en contínuo movimiento. Algo que te hacía daño.

Por supuesto que no sabía definirlo. Ni siquiera ellos podían describir lo que verdaderamente era un Ojeador. No parecían ser ni de aquí ni de allí.

—Los sueños de Mamá Pietat nunca fallan —aseveró Amanda—. Al no poder ponernos en contacto contigo, decidimos buscarte a través de nuestra sangre. Porque la sangre siempre llama a la sangre.

Alegra y Sasha alzaron la mano para enseñarles la tirita que ambas llevaban en el índice. Tras ellas, Kilian y Nil también observaban a Dan con cara de pocos amigos.

—¿Y ese coche? —preguntó Nicole señalando el Hummer militar con la barbilla—. ¿Cómo habéis venido hasta aquí?

—Kilian tiene un *jet* privado —respondió Sasha encogiéndose de hombros—. Nos ha traído hasta el aeropuerto más cercano, y desde ahí le han facilitado el coche que él pidió para movernos por Inglaterra hasta encontrarte.

—Qué discreto eres, Killer —susurró Nicole—. Qué coche más pequeño…

—Somos muchos, bruja —contestó Kilian, el fichaje estrella de la liga nacional de fúbol, con la confianza que se le presuponía a alguien con su poder y carisma—. Además, la ocasión lo merecía —sonrío conciliador.

A Nicole siempre le caería bien Kilian, aunque fingiera lo contrario. Era más divertido meterse con él.

—¿Tenía razón la abuela? —quiso saber Alegra, peinada con una cola alta negra y lisa, acercándose a su hermana mayor con esos ojos azules buscando heridas en su cuerpo—. ¿Te ha pasado algo? ¿Qué ha sucedido? ¿Qué te han hecho?

Nicole miró a Dan.

—¿Puedo contarles todo?

Este le hizo un gesto para demostrarle que podía hablar de lo sucedido con ellas.

—Sí, me sucedió —todas se quedaron sin respiración—. Un Ojeador me torturó hasta dejarme inconsciente y medio muerta.

—¿Un qué? —preguntó Sasha.

—Un Ojeador. Pero Dan me salvó y me sacó de ese agujero para traerme hasta aquí. Mirad, la historia —alzó las manos para detener todas las preguntas venideras— es muy larga. Solo quiero que sepáis que ahora estoy bien y que si queréis, y nos sentamos todos en el porche, mientras traigo algo para desayunar os doy todos los detalles. Pero no os podéis quedar aquí. No es seguro. Yo…

—No me vas a decir lo que tengo que hacer, jovencita —la reprendió su madre fieramente—. Si no es seguro para ti, tampoco lo será para nosotros. Pero no vamos a dejarte sola.

—Mamá, no sabes de lo que estamos hablando… —le advirtió Nicole. No las quería allí. No sabiendo todo lo que sabía y con esas entidades alrededor queriendo dar con ella.

—Es innegociable —la censuró Amanda.

—Cuando te lo cuente todo cambiarás de opinión —resopló agotada.

Amanda negó con la cabeza.

—No. No lo haré. Pero créetelo si así te sientes mejor. Mientras tanto —echó un vistazo a la caravana con interés. Caramba, era muy grande y parecía tener de todo. Nicole había gastado parte de la herencia de su padre en su sueño, y solo por eso, Amanda se sentía muy orgullosa de ella—, ¿preparamos un desayuno?

Alegra y Sasha se miraron la una a la otra sin comprender nada. O mejor dicho, entendiéndolo todo excepto una cosa:

—¿Ese es Dan? —preguntaron a la vez—. ¿Estás segura?

—Yo vi una foto de Dan —dijo Amanda entrecerrando los ojos—… Y no se parece en nada a este.

A Dan le hizo gracia darse cuenta de que hablaban de él como si en el fondo fuera una leyenda urbana.

—La abuela tiene razón —añadió Alegra con una sonrisa maligna—. No se parece en nada a Nobita.

—En serio… —murmujeó Nicole asombrada por la desfachatez de ambas—. Ahora ya sabes por qué nunca conociste a mi familia —le dijo al susodicho, que parecía más entretenido que ella, y para nada avergonzado.

—¿Tu exmarido? —quiso saber Pietat con más curiosidad que ninguna —. ¿No estabais separados?

—Sí, yaya, pero…

—Pero si nos dijiste que tenía pinta de científico… —la abuela lo repasó de arriba abajo—. ¿Acaso los científicos ahora son así? Yo pensaba que se parecían todos a tu padre…

—Mamá, que Ángel no es un adefesio. Dices eso porque no está aquí —dijo picajosa.

—Si yo adoro a tu fantasma, querida —se defendió—. Pero, en fin… Que si los hombres de ciencia son como Dan, si puedo, me pongo a hacer carrera ahora mismo.

—Sí. —Nicole se cruzó de brazos. No tenían remedio—. Mi familia es así de adorable, ¿verdad? Y cualquier parecido que tengan con unas salidas es pura coincidencia.

—Es broma —contestó Pietat con sus ojos azules sonrientes—. Ven y dame un abrazo, cariño —le pidió extendiendo los brazos hacia ella—. La alegría de verte bien y sana me ha hecho decir tonterías. Igual que a tu madre.

—Sí, debe ser eso… —Amanda aprovechó y también se fundió en un abrazo con su hija y su madre—. Nos has dado un susto de muerte, Niqui. ¿Dónde demonios está tu nudo de las brujas? No entiendo por qué insistís en deshaceros de él y más después de comprobar lo que le pasó a Sasha hace unas semanas.

—No me dio tiempo de ponérmelo —contestó ella amortiguando las palabras en el hombro de su madre—. Lo tenía en la maleta.

Nicole no pudo evitar no emocionarse, y al final, puso los ojos en blanco y les soltó a sus hermanas:

—Venga, va, venid aquí —sacudió una mano—. Sé que lo estáis deseando.

Alegra y Sasha también ayudaron a hacer una piña humana en un único gesto de amor, un abrazo sincero.

Kilian y Nil se acercaron a saludar a Dan, y este les devolvió el saludo educadamente, aunque de manera inglesa.

Pero después fueron las Balanzat las que se encargaron de que dejara la frialdad de su tierra al margen. Tenían sangre ibicenca por las venas, alegría de vivir.

Así que le dieron un fuerte abrazo, mientras aseguraban que estaban encantadas de conocerle al fin, agradecidas por saber que él había salvado la vida de su hermana del alma.

Seguramente, durante demasiado tiempo tuvo la etiqueta de persona *non grata* por haber hecho daño a Nicole. Pero no había mejor modo de entrar de nuevo en el seno de las Balanzat que como un héroe que en realidad él no sentía que era, aunque todos dijeran lo contrario.

—No miréis —susurró Sasha un tanto temerosa—. Pero en la caravana de al lado hay un hombre que se parece a Hulk Hogan, con unos calzoncillos blancos, rascándose las nalgas.

Nicole se echó a reír y se dio la vuelta.

—¡Clement! ¡Entra y vístete, anda!

—¿Son las Balanzat? —adivinó Clement con voz muy ronca, acabado de despertar—. ¡Por fin os conozco! —exclamó feliz—. ¿Habéis desayunado?

Nicole disfrutaba con la cara de estupefactas que habían puesto todas mientras negaban con la cabeza, como si hubieran entrado repentinamente en otra dimensión.

—Acomodaos —les pidió señalando la amplia mesa de madera bajo el porche, con sendos bancos para sentarse—. Sed bienvenidas en nuestro campo. Enseguida os preparo un buen desayuno inglés —entró satisfecho y feliz en su caravana para vestirse, asearse y cocinar para esas mujeres con las que pocas veces en la vida uno tenía la suerte de encontrarse.

—Nosotros iremos a por cafés —dijo Nil sin querer ofender.

—Clement es muy hospitalario —reconoció Nicole—. Pero sus desayunos no lo son tanto —les dijo en voz baja—. ¡Nil, traed cosas con mucho azúcar y mucha grasa, por favor! ¡Lo vamos a necesitar! —les gritó mientras se alejaban.

Las Balanzat no estaban acostumbradas a que les hablaran en aquellos términos. Pero eran sabias, y tenían formación, y aunque no dominaban el vocabulario técnico que Dan y Nicole empleaban, sí podían entender los conceptos.

En aquella mesa repletas de donuts, bocadillos, *muffins*, zumos, cafés y bebidas de todo tipo, se reunieron todos para escuchar el extenso relato con todo lujo de detalles de Nicole y Dan, que intervenía lo justo, pero cuando lo hacía, todos enmudecían.

Amanda se maravillaba con el hecho de que su hija mayor fuera una eminencia en un tema tan interesante como el de los círculos de las cosechas, a los que ella llamaba cariñosamente «los mandalas de la tierra». Pero, por otro lado, se hacía cruces de lo que les contaban, porque de ser cierto, Nicole tenía entre manos un papel muy importante para el planeta, y no a pequeña escala. Era algo muy grande, incluso para una Balanzat.

Sin embargo, la vida estaba llena de sincronicidades, y estaba convencida de que habían llegado justo a tiempo para ayudarla a cumplir su cometido. No la iban a dejar sola. Niqui había nacido para dar un mensaje, para comunicar una sabiduría, una verdad… Lo que hiciera la gente con ello, estaba fuera de su responsabilidad. Lo que sí era su responsabilidad era transmitirlo.

Era tanta información por asumir, y tan estimulante a la vez que temible.

Las Balanzat al completo atendían cada apunte, cada palabra, cada dato que facilitaba Nicole. La verdad era que daba gusto escucharla hablar. Insuflaba pasión a lo que decía, porque sabía que era verdad y creía en ello, y eso era justo lo que transmitía a los demás. Que creyesen.

El sol ya había dado los buenos días, y ellos permanecían bajo el cobertor del porche, compartiendo el desayuno y las confidencias de la enérgica pelirroja.

—¿Y se supone que mañana por la noche van a activar de nuevo el acelerador? —preguntó Alegra con interés.

—Sí —dijo Clement—. Saldrá en todos los medios de comunicación — se tomó el café doble y largo que habían traído Kilian y Nil, y después hundió en el negruzco líquido una de las *muffins* de yogur y frambuesa. Sasha puso cara de asco ante aquello, pero lo disimuló bien.

—La excusa será encontrar a «Susi», la partícula súper simétrica, o al Gluino —intervino Dan con un donut en la mano. Aquel elemento también había sido su obsesión tiempo atrás. ¡Cómo había cambiado todo!—. Pero el móvil verdadero será activar el proyecto AWAKE para abrir el portal que quieren abrir.

—¿Con qué finalidad? ¿Por qué?

—Porque al asomarse al balcón de otro mundo se puede obtener mucha información —supuso Nicole—. Aunque aún no lo tenemos claro, ¿verdad, Dan? —miró a su compañero de aventura y todavía marido, al que hacía un rato había besado como si no hubiera un mañana. Y ahí estaba entonces, haciendo como si no hubiese pasado nada y manteniendo la compostura.

—Lo sabremos —contestó sin ápice de dudas.

Aunque Nicole no tenía idea de qué había tramado, confiaba en su convicción. Con él las cosas solo podían mejorar. Era su protector, ¿no?

—Oíros hablar es como ver una película de *Star Wars* —aseguró Kilian, de pie, apoyado en la caravana.

—A mí me deja alucinado. —Nil sopló fuertemente y se pasó la mano por su pelo rubio—. Siempre he tenido mucha conciencia de mi planeta. Soy arquitecto ecológico y tengo la mente muy abierta, que conste. Pero asusta pensar que la realidad de otras inteligencias sea tan próxima.

—Pero… —Nicole los miró tanteándolos—, ¿nos creéis? Sé que es de locos. Pero me basta con que nos creáis.

Kilian resopló y se acarició la barbilla con el dorso de la mano.

—Hace un tiempo te habría tratado de tarada. Ahora no. Vosotras sois mágicas, y yo me limito a ganar cantidades insultantes de dinero solo por patear una pelota. Lo increíble es lo mío, no lo vuestro.

Dan sonrió ante aquel comentario. Le gustó la franqueza de Kilian.

Amanda y Pietat se miraron hablándose con los ojos. Sasha, sin embargo, asintió firmemente.

—Yo te creo a ciegas —sentenció Sasha—. No sabía muy bien qué hacías aquí con los círculos, pero —aún estaba analizando la información— … pero ahora e-entiendo por qué te apasionan. Es… fascinante —sonrió mirándola maravillada—. Como tú, hermanita.

Nicole bizqueó, aunque le encantaba oír eso de boca de la mujer excepcional que era su hermana pequeña y que tanto bien hacía al mundo con sus canciones.

—Tienes que creer en mi mundo fantástico, Sashi. —Nicole se acercó a su hermana y la abrazó por la espalda, sentándose tras ella—. Tienes que creer porque tú estás hecha de fantasía. Y si existes tú, que no eres de este mundo, ¿qué otras cosas maravillosas no existirán?

Sasha le dio un sonoro beso en la mejilla, agradecida por el peloteo y Nicole esperó a escuchar la respuesta de Alegra.

—¿Y tú, mujer cuántica? Ahora tienes la oportunidad de meterte conmigo y decirme que estoy como una cabra.

La sanadora se encogió de hombros y arqueó sus perfectas cejas negras.

—Estás loca, Niqui. Pero no por lo que dices, sino porque naciste así, con todas tus taras…

—Ja. Ja. Qué graciosa, mi hermana.

—Mi don está lleno de biología cuántica —dijo más seria—. A Dan un *Crop* le estimuló la glándula pineal y ahora mismo seguro que puede hacer muchas más cosas de las que puedo hacer yo —contestó dando vueltas a su vaso de zumo de naranja—. ¿Me equivoco? —le preguntó a Dan. Este negó con la cabeza, confirmando sus sospechas—. Jesús… me encantaría ver cómo es tu cabeza por dentro —expresó su deseo como una científica—. Tiene que ser increíble.

—Tal vez te deje. —Dan acabó de comerse el donut y atacó a otro de chocolate—. He oído que puedes curar con tus manos.

—Curo lo que está mal —le corrigió ella—. No lo que ha mejorado —y era verdad. Su don sanaba, pero si el cerebro de Dan era un órgano hiper evolucionado, no haría nada con él, en todo caso, aprendería de él.

Dan no sabía si era mejor o peor con la mente que poseía. De lo que sí estaba seguro era que con el tiempo sería todavía mucho más poderoso. ¿Y eso en qué lo convertiría? Aquel era su principal y más secreto miedo. ¿Seguiría siendo él? ¿Desaparecería su ego para convertirse en algo más? Los dioses debían observar a la humanidad desde el cielo. No podían mezclarse con los terrestres cuando eran mucho más poderosos que ellos. ¿Cuál sería el siguiente paso de su mente en su camino a la progresión?

—¿Y vosotras? ¿Abuela? ¿Mamá?

La pregunta de Nicole lo sacó de sus cábalas.

Amanda entrelazó los dedos de sus manos y se inclinó hacia adelante, mientras se relamía los labios para escoger las palabras que mejor describieran cómo se sentía al respecto.

—Lo creo tanto que me da pavor, hija. Quiero decir, lo siento tan verdad… —se tocó el centro del pecho— que me da miedo pensar en qué somos nosotros en realidad. Me asusta porque creer en otros mundos conlleva aceptar la luz y la oscuridad en ellos. Porque todo en el universo es dual, seas de donde seas —alzó el índice para darle importancia a ese hecho —. Está claro que tú tienes una labor más que importante, cariño. Pero esos Ojeadores te han visto. ¿Ellos son lo peor con lo que podemos encontrarnos? ¿Son ellos ese lado oscuro? ¿O hay algo más malo todavía? Saben que existes. Saben que Dan existe —enumeró—. Me preocupa que nunca os dejen de acechar. Y más me preocupa que no podáis tener protección de nada ni de nadie, ya que, como decís, actúan con el beneplácito de los líderes de las grandes esferas. Ellos les han dado la entrada a nuestro mundo, no sé cuándo ni cómo…

—En principio, están aquí desde hace mucho tiempo —contestó Dan—. Pero creo que fue a partir de lo de Roswell cuando su participación fue más activa. Todo cambió desde entonces.

Amanda frunció el ceño y alzó la mano.

—No quiero saberlo. Me gusta el mundo como lo veo y como lo siento, querido. Todo esto me pone muy nerviosa. No obstante, después de escucharos, debo decir que no comprendo muy bien qué pueden hacer las Naciones Unidas al respecto… ¿Se supone que tienes que darles una charla, Nicole?

—Sí, así es —respondió ella escuchándola con atención.

—¿Y por qué iban a escucharte si no hay nada que les preocupe o les llame la atención? ¿Y si están al tanto de todo? ¿Cómo lo haréis?

Nicole intentó darle una respuesta que le satisficiese, pero no la iba a encontrar. Lo cierto era que ella no tenía ni idea de cómo iba a pasar, porque había sido idea de Dan. Dan lo tenía todo en su cabeza, pero no lo compartía con ella.

—Solo Dan lo sabe.

Amanda dejó caer todo el peso de su mirada en Dan. Ninguno de los dos cedió ni un parpadeo.

Dan no pudo leerle la mente. Lo intentó discretamente, pero no pudo. Por eso tampoco podía leer a ninguna Balanzat. Como tampoco podía leer la de Nicole. Del mismo modo, Arka tampoco lo logró.

Y aquella fue la razón por la que se agotó intentando comprender su cabeza.

No podían leer a las brujas. ¿Por qué? El cerebro de una bruja también podía estar desarrollado de otro modo, por eso podía hacer cosas que otros no hacían. ¿Era eso también una protección para ellas?

—No puedes, ¿a qué no? —le dijo Amanda curvando sus labios en una semisonrisa soberbia.

—No, señora —contestó él con sinceridad. Aquella mujer sabía que intentaba leerla.

—Las mujeres como nosotras somos de este planeta, Dan. Pero también tenemos capacidades que parece que no sean de este mundo —sus ojos verdes brillaron como si hubieran estrellas en ellos—. Un poco como lo que te está pasando a ti ahora.

—Sí, señora —contestó de nuevo, hipnotizado por la templanza de aquella dama.

—Valóralo, jovencito —le ordenó—. Protégelo —aquello era una advertencia y llevaba un «o de lo contrario» omiso en ella—. Y no abuses de tu poder. Sé responsable con ello.

—Lo seré.

—Espero que Dan sepa que tenéis que volver los dos vivos. —Amanda volvió a centrarse en Nicole—. Como sea —se arremangó las mangas de la

camiseta azul oscura de manga larga que llevaba y agarró un bollo de crema, quitándole intensidad y misterio a su momento—, no sé por qué hablo como si nosotras no fuéramos a participar, porque lo vamos a hacer. No vamos a dejarte sola. No os vamos a dejar solos —aclaró—. Las Balanzat no nos alejamos de los conflictos, los encaramos. Pero, supongo que si ves los posibles futuros, eso ya lo sabías, ¿no, Dan?

—No, señora —contestó él con humildad y honestidad. No iba a mentirles sobre algo así—. Los futuros cambian constantemente, una acción provoca una reacción que a su vez, tendrá mil caminos para elegir. Debo calcularlos todos sin saber cuál será el definitivo, y actuar sobre la marcha. En vuestro ADN, en vuestro linaje hay magia, si os lo proponéis hacéis cosas que pueden desafiar las leyes de la física cuántica. Cuando decidís usar magia estáis alterando esta realidad y todos sus futuros. Necesitaría un algoritmo solo para vosotras, porque sois imprevisibles.

—¿Insinúas que el que ellas estén aquí imposibilitan que calcules futuros como antes? —Nicole no salía de su asombro.

—Sí —asumió sin más—. Es justo lo que digo. Vuestra aparición lo hace todo imprevisible.

—La magia lo es —contestó Pietat.

—Bien. —Amanda parecía más tranquila después de aquella confirmación—. Uno no debería poder tener una ventana abierta al futuro, porque el presente perdería su magia. Nosotras hacemos augures, y leemos las cartas, dando una visión y una interpretación personal de los destinos. Sí, los acertamos —contendió con seguridad—, pero no los vemos como tú. Eso nos da todavía más razones para no irnos, ¿verdad, niñas? —Amanda sonrió ladinamente mirando a sus hijas—. Con nosotras tendrás más posibilidades.

—¿Entiendes por qué las adoro? —Nicole suspiró complacida—. Mi familia desciende de unas antiguas mujeres sabias y sanadoras de Eivissa, pero yo siempre he dicho que en realidad venimos de un clan gitano hibridado con la mafia siciliana. Somos la peor calaña de todas.

Las chicas se echaron a reír, y Dan también.

A Dan le encantaba Amanda. Y podía ver cómo de atractiva sería Nicole cuando fuera mayor. El vivo reflejo de su madre.

La mujer tenía razón en todo. Y hacía bien en querer saber cómo lo harían para que Nicole diera su mensaje universal y pudiera acceder a una reunión con los cabezas visibles de la mayor organización internacional que se suponía velaba por los asuntos globales del planeta.

No obstante, Dan había visto un futuro. Pero ahora, con la aparición sorpresa de las Balanzat y su implicación directa, el futuro habría cambiado.

¿Podría él verlo? Si había magia de por medio, si ellas intervenían… Los futuros serían distintos y él no podría ver las consecuencias de los actos de esas mujeres para ayudar a su hija. Porque iban a ayudarla, de eso estaba seguro, por eso estaban ahí. Los Ojeadores tampoco podrían hacerlo. Y no entraba a valorar si era una ventaja o una desventaja ya que, en todos los futuros, su destino era el mismo. Pero esperaba que el de Nicole también lo fuese.

Sin embargo, ahora más que nunca, solo tenía un modo de seguir adelante. Y no podía decir nada a nadie, porque el éxito de su misión dependería de su silencio.

—Abuela. —Nicole estiró la mano por encima de la mesa hacia ella y entrelazó sus dedos jóvenes con los de Pietat, mucho más maduros y curtidos, pero igual de femeninos—. En menudas aventuras nos metemos, ¿eh? ¿Tú qué dices?

—Digo que soy mayor y que ya he visto de todo. Pero no me quiero ir al otro lado sin ver nada de esto —contestó muy serena—. Nuestros dones, nuestra magia, no es respetada en nuestra sociedad. No la creen. He tenido que escuchar de todo, solo por tener aptitudes que nadie tiene. Las personas tampoco creen que haya vida fuera de este planeta. Pero nosotras existimos, somos reales. Y ellos —señaló al cielo— también lo son. Y allá arriba habrá bien y mal, como es aquí abajo, como manda el principio de correspondencia. Pero a pesar de ello, me muero de ganas de saber cuál es el mensaje que tienen que darte, Nicole. Quiero oírlo. Y quiero que lo escuchen en todas partes.

—Tal vez incluso vuestros dones hayan sido heredados de otro planeta. Un poco extraterrestres sois —soltó Kilian sacándole la lengua a Sasha.

Sasha le hizo una burla.

—Puede que no andes muy equivocado, muchacho —dijo Pietat riendo —. Las Antiguas de Iboshim eran extraordinarias oradoras respetadas por su pueblo. Ellas hablaban de la verdad. Tú tienes la oportunidad de continuar con su legado, Nicole —le apretó los dedos de las manos con los suyos—. Kaitirin era una bruja poderosa que aseguraba que parte del conocimiento de las Antiguas provenía de las estrellas. Como también afirman la mayoría de culturas ancestrales. De hecho, tenemos pedazos de esas historias antiguas en nuestra biblioteca…

—¿Qué dices, abuela? ¿En el Grimorio? —Nicole estaba interesada en cualquier dato que confirmara lo que ella pensaba.

—No —sonrió y negó con la cabeza, dando vueltas a su té rojo—. El Grimorio tiene historia, hechizos e información de todas las brujas Balanzat del pasado, y de sus conocimientos. Yo me refiero a las litografías. Los dibujos. Bueno, se supone que ahí hablan de ello, pero no hay quien los entienda. Son preciosas obras de arte que mencionan los dones de las Antiguas y la información que les cayó del cielo. Y luego está ese idioma tan extraño en el que está escrito… No llegó nadie a comprender lo que significaban. Pero eran preciosos, llenos de colores… Espléndidas rarezas. Si no me equivoco, hace poco escuché una noticia por televisión. Habían mandado copiar hoja por hoja a una editorial de Burgos un manuscrito muy antiguo que ningún criptógrafo lograba desencriptar. Las hojas de ese manuscrito eran muy parecidas a las que teníamos nosotras de las Antiguas. Aunque ese manuscrito tenía unas ochocientas páginas, creo haber escuchado. Pero databan de cinco o seis siglos atrás. Y nosotras solo teníamos unas veinte o treinta ilustraciones que databan de mucho antes que la época de Kaitirin. De la edad de las Antiguas, también siglos atrás.

—Abuela. —Nicole se levantó de la silla, emocionada por oír hablar a Mamá Pietat de aquello. Era justo lo que necesitaba. Su sueño le había hablado de ello—. Abuela, eran las litografías que me gustaba dibujar a mí cuando era pequeña, ¿verdad?

Mamá Pietat sonrió mostrando una fuerte y recta dentadura, reconociendo las palabras de su nieta.

—¡Sí! Recuerdo que tú te las quedabas mirando hipnotizada, y que te gustaba copiarlas. Tu padre Ángel decía: «si Nicole logra comprender lo

que hay ahí escrito, estaremos delante de una de las mejores criptólogas de la historia. Si no la mejor». Obviamente era imposible que las entendieras. Su idioma no era de ninguna lengua conocida.

—Abuela, pero creo que sí que sé de qué hablan. Esos dibujos tienen muchísima similitud con los del manuscrito Voynich —anunció entusiasmada —. Parecen una elongación del manuscrito, o como hojas perdidas de ese libro. Llevo mucho tiempo sospechándolo, pero no quería poner la mano en el fuego por ello. He llegado a la conclusión de que el origen de esos dibujos es el mismo. Y si es así, en dibujos de hace cientos de siglos, algo o alguien transmitió un conocimiento que después se transmitió también en el Voynich y que hoy por hoy se vuelve a transmitir en los círculos. Es un patrón de comunicación.

—¿Estás segura de eso, Nicole? —preguntó Clement estupefacto—. Estamos hablando de que tenéis secuencias originales muy parecidas al manuscrito más misterioso de la humanidad. Pruebas de que antes del Voynich, alguien más hizo dibujos y escribió mensajes como esos y los compartió con vuestras brujas antepasadas, de modo que ahora tienes una parte por decodificar en vuestra biblioteca.

—Sí.

—¿Y crees que tienen relación con los *Crops*?

—Sí. Sí, ahora más que nunca. —Nicole no se iba a echar atrás en sus afirmaciones—. Tal vez no sean parte del manuscrito. Tal vez esa información también se dio a las Antiguas y la misma inteligencia que está detrás de los *Crops*, también está detrás del Voynich y de las ilustraciones que hay en Sananda. Y no entiendo el lenguaje, pero sí intuyo y puedo descifrar los dibujos. Los sé hacer de memoria. Está bien… —asumió al ver que ellos querían seguirla y no podían—. Os lo demostraré. Necesito dibujarlos para que veáis lo increíble que es lo que está pasando. Tenéis que ver lo que yo veo y comprenderlo —deprisa y corriendo entró en la caravana y añadió—. Dadme un par de horas.

Dan se quedó mirando al frente, meditando sobre la repercusión de lo que acababa de decir su pelirroja mujer, mientras Clement conversaba con Pietat el dato tan relevante que acababa de darle a su nieta Nicole.

—Señorita —le dijo con mucha educación—, si Nicole está en lo cierto, es posible que su descubrimiento revolucione el mundo. Su nieta puede provocar un cambio.

Pietat se encogió de hombros sin darle demasiada importancia.

—Es una Balanzat, señor Clement. Sabrá llevarlo perfectamente, como lo llevamos todo —le hizo una caída de ojos que ocultaba secretos prohibidos para mundanos simpáticos como él.

Clement alzó su café y brindó en su honor silenciosamente.

16

Realizar los dibujos no le resultó complicado. Se los sabía de memoria y los podría haber hecho incluso con los ojos cerrados. Tantas veces que los dibujó de pequeña, y ahora ya sabía por qué. La vida tenía algo preparado para ella desde que era una niña.

Nicole no se había dado cuenta de que Dan había entrado en la caravana para contemplar cómo trabajaba. Permaneció sentado en silencio, sin hacer ruido, durante todo el rato que estuvo dibujando, solo disfrutando de su compañía y de saber que su cabeza permanecía en silencio al estar a su lado. Y era tan agradable… Nicole le despertaba el cuerpo y las emociones, pero le relajaba la mente y el alma. Era un cóctel lleno de sabores y texturas, y todas estimulantes.

Él veía aquellos dibujos y no entendía nada. No sabía qué querían decir. Su mente estaba llena de números, de álgebra, de letras y cálculos de probabilidades. Y sí, si se lo proponía, podía escuchar a la perfección los pensamientos de una persona normal, e incluso podía mover objetos sin tocarlos, pero entonces se le aparecía algo lleno de sensibilidad como aquellos pictogramas que Nicole realizaba, o como los *Crop Circles*, y no los entendía, no los sabía descifrar.

De nada servía que pudiera sentir a aquellas entidades que grabaron un círculo sobre su cuerpo. De nada servía que tuviera un vínculo con ellos. No sabía leer entre líneas, ni comprendía su mensaje.

Pero aquella fantástica mujer de pelo rojo y rizado, concentrada en su iPad Pro, sentada en su escritorio abatible, sí parecía saber ver lo que nadie

más veía y sin embargo subyacía en aquellos agroglifos. El cerebro de Nicole funcionaba como una máquina de desengrasar enigmas, de buscar señales ocultas… y el de él, los creaba y los solucionaba.

¿Cómo era posible que no pudiera ver lo que ella veía, cuando su cerebro había sufrido serios cambios desde la puesta a punto del acelerador?

—Es increíble… —susurró Nicole, dejando el lápiz óptico sobre la mesa. Se mesó el pelo y apoyó la espalda en el respaldo de la silla. Tenía el aspecto de alguien a quien se le había revelado el secreto mejor guardado del Universo.

—Cuéntamelo —le ordenó Dan desde el sofá, al que la luz de Nicole le daba de frente. Siempre pensó que no le importaría quedarse ciego mirándola. Niqui siempre desprendía ese resplandor especial que otorgaba la alegría de vivir y el conocimiento.

Nicole se dio la vuelta, sorprendida, pues no le había oído entrar.

—¿Desde cuándo estás ahí?

—Desde que empezaste el primer dibujo.

Ella parpadeó perpleja. Había hecho cinco dibujos desde entonces. Cuando se concentraba en su trabajo, el tiempo le pasaba volando y se abstraía de todo lo que la rodeaba.

—¿Te has quedado ahí todo este rato?

—Sí.

—No has hecho ningún ruido.

—En realidad, sí lo he hecho. Pero tú ya estabas sumergida en los dibujos. No me has oído al entrar, ni me has contestado cuando te he preguntado si necesitabas algo —sonrió comprensivo.

—Oh. ¿Me has preguntado eso?

—Sí. No lo has oído. No te preocupes —la disculpó él—. Sé lo que es abstraerse, créeme —se señaló la cabeza.

Ambos se quedaron mirando, como si sus ojos se hubieran imantado. Fue extraño y abrumador. Tenían aquella sensación de estar solos, o de que solo se comprendían el uno al otro. Que nadie más podría encajar en ellos.

—Tu familia es maravillosa, Nicole —reconoció Dan sin tapujos—. Tu madre, tu abuela, tus hermanas… Incluso tus cuñados. Son muy buena gente.

Muy… cálidos —sí, aquella era la palabra.

—Y Clement —apuntó.

Dan sacudió la cabeza, no podía obviar a Clement.

—Sí, claro, por supuesto. Y Clement —añadió–. Aunque quisiera volarme los testículos.

Nicole se echó a reír. Eso fue muy cómico.

—Sabes que no lo decía en serio.

—Sí, lo decía —asintió seguro de sus palabras—. Pero si te quiere y ese es su modo de protegerte de mí y de que te vuelva a hacer daño, está bien. Me vale. Él también es un buen tipo.

Ella pasó sus dedos por los dibujos recién hechos.

—Sí, tengo la extraña manía de rodearme de buenas personas —dejó ir un tono irónico y se rascó el muslo distraídamente.

—Yo crecí solo, fui hijo único, y tras la muerte de mis padres, fueron mis abuelos los que me criaron —bajó su tono, como si aquel tema aún le hiciera daño. ¿A qué hijo no le dolería perder a sus padres?—. Me imagino lo unidos que estáis, y cómo podría ser una Navidad en vuestra casa…

Nicole retiró la mirada. Él podría haberlo tenido si hubiesen seguido juntos. Pero no volvieron. Nunca regresaron el uno al otro. Precisamente, una de las cosas que Nicole sabía que cambiarían la vida y el carácter de Dan, era conocer a su familia y convertirlo en uno más. Él necesitaba a gente a la que querer, y era imposible que no las quisiera cuando se las presentara. De igual modo, siempre pensó que sería imposible que ellas no lo quisieran a él, porque la timidez de Dan, unida a su amable educación, a su introversión y a su incontestable bondad, eran en realidad adorables. Lo convertían en alguien tierno.

—Es una locura. No te pierdes nada —dijo ella. Tenía ganas de llorar, y no sabía por qué—. La familia está sobrevalorada.

—Mientes.

—Por supuesto que sí —reconoció—. Suelo encariñarme mucho de la gente que me quiere y que es buena conmigo. Mi familia es mi pilar —osciló las pestañas e hizo un mohín—. Llámame, tonta.

No. Dan nunca la llamaría tonta. Las señales que recibía de ella eran de dolor y decepción. Nicole le abrió las puertas de su casa y de su familia,

pero parecía haberlas cerrado para siempre, a pesar de ese beso que habían compartido en el porche al amanecer.

—Eres la persona menos tonta que he conocido, Nicole. Ojalá hubiese sabido hacer las cosas de otra manera contigo. Posiblemente ahora no lo tendría tan difícil para acercarme a ti…

Ella se mordió el labio inferior, midiéndolo con sus ojos verdes. Si supiese lo cerca que estaba ella de mandar su rencor y sus miedos a paseo y lanzarse a sus brazos… Pero no, tenían algo importante que hacer los dos juntos. Si después de todo lo que tuviera que pasar, Dan continuaba queriendo volver con ella, entonces podría valorar la posibilidad de confiar en él de nuevo. Pero ahora no, porque caminaban los dos sobre una cuerda muy fina, movida por el estrés, la ansiedad, y el poco tiempo que les quedaba para transmitir un mensaje y detener un acelerador. Ahora no pensaba con claridad. No tomaría buenas decisiones.

—Doy gracias de que no puedes leerme la mente, Dan.

—Yo no —exhaló desilusionado—. Así sabría de cierto a qué se debe el fuego de tus ojos.

—Bueno, es por todo lo que acabo de descubrir —no era solo por eso. A ella se le encendía la mirada cada vez que veía a ese nuevo Dan, pero solo él podía descubrirlo. Ella no se lo diría jamás—. ¿Quieres que te lo cuente o no?

—Sí, por supuesto que sí. Debo entender por qué los Ojeadores te temen. Quiero saber qué es lo que tú sabes.

Nicole elevó las cejas y sonrió con soberbia.

—Para llegar a mi nivel hay que estudiar mucho.

—Haré un esfuerzo —prometió con sarcasmo.

Bien. Lo iba a utilizar. Si Dan comprendía la conclusión a la que había llegado, si ella le hacía ver todo lo que había descodificado de los agroglifos, entonces, todo el mundo podía comprenderla, porque no había nadie menos imaginativo y figurativo que él, que solo sabía hablar de fórmulas físicas, números, algoritmos y álgebra. Su ciencia era exacta. La de Nicole, además de ser ciencia, venía también de una inteligencia emocional muy desarrollada, de una sensibilidad extrema para ver lo oculto y darle un significado.

—Imagínate que durante años, muchos de los círculos que se grababan en los cultivos y que parecían no tener ninguna relación y ningún significado claro, no solo tuvieran sentido, sino también formaban parte de una red de mensajes que seguirían un orden y un patrón.

Nicole extendió los dibujos impresos que había hecho de los círculos y también los que había plasmado del recuerdo que tenía de las litografías de su biblioteca. Después, los colocó al lado de fotografías reveladas reales que había tomado Clement desde el aire de auténticos *Crops*, a cual más fantástico e inverosímil.

Para sorpresa de Dan, las fotografías de Clement y los dibujos de Nicole, eran iguales.

—¿Cómo es posible que los *Crop Circles* que aquí te enseño y que han sido grabados en el trigo durante todos estos años, de manera alterna, sin una aparente correlación, fueran dibujados siglos atrás en un manuscrito que nada ni nadie ha podido descifrar todavía? ¿Quién escribió el manuscrito Voynich? ¿Qué quería transmitir?

Dan contemplaba arrobado la exactitud de los dibujos que Nicole tenía memorizados de su biblioteca y que tenían la misma apariencia de la del Voynich. Los agroglifos eran iguales.

—¿Recuerdas el *Crop* que te mostré la primera noche que nos conocimos? —le preguntó Nicole.

Dan lo reconoció sobre la mesa. El dibujo y la fotografía.

—Sí. Es este.

—Este *Crop Circle* se formó en Devizes, y se trata de la glándula pineal vista desde un plano cenital. Yo supe qué simbolizaba el *Crop* porque había visto esa misma imagen en las litografías de mi biblioteca. La había dibujado muchas veces. Investigué y me di cuenta de que también la habían dibujado igual en el Voynich original. Nadie la había plasmado así jamás en el arte. Nadie. Comparé los dibujos que teníamos en la biblioteca con los del Voynich, y descubrí qué habían dos más en nuestras estanterías que también se encontraban en el misterioso libro. Y resulta, que uno de esos dibujos, se plasmó en las cosechas antes de que empezaran los incendios. También en plano cenital.

—¿De qué *Crop* se trata? —preguntó intrigado.

—De este —puso sus dedos sobre el indicado—. Y no es la primera vez que se imprime. Ya había salido otra vez hace años. Ahora vuelven a grabarlo, porque es importante lo que dice.

Dan puso su empeño en desentramar lo que él veía, en interpretarlo a su modo. Era físico, sabía de aceleradores, y tenía un cerebro único y portentoso. Sin embargo, sin fórmulas, solo de la interpretación instintiva, no podía ver más allá. Nicole sí.

—Ilumíname —le pidió.

—El dibujo parece una flor tridimensional de dieciséis pétalos, y cada pétalo tiene relación parece ser con una serie de estrellas. Ahora, si miramos la fotografía que apareció en Alemania y la que tomó Clement hace dos meses, vemos exactamente la misma imagen tridimensional sobre el campo de trigo. Es el mismo dibujo.

—Sí. ¿Y qué es?

—Yo no sabía qué era tampoco cuando lo aprendí de memoria, ni tampoco imaginaba que también estaría en el Voynich, ni que en un futuro, cuando fuera adulta, apareciera como agroglifo, y no una sino dos veces. Bien. Cuando empecé a investigar la simbología y lo que podía significar, descubrí que alguien llamado Howard Johnson había usado esa misma forma, ese diseño tan especial en sus proyectos. Este señor utilizó el diseño del *Crop* para la elaboración de un motor magnético. Y lo hizo con éxito.

Dan permanecía en silencio, escuchándola y absorbiendo cada una de sus explicaciones, porque le parecían muy reveladoras.

—¿Un motor magnético?

—Sí. ¿Es increíble verdad? Entonces, a raíz de eso, empecé a estudiar los *Crops* que iban emergiendo, los más extraños y cada vez más complejos. Me parecía increíble que quien fuera que estuviese detrás de la inteligencia de los agroglifos pudiera transmitir imágenes que activaran la conciencia para algo tan excepcional y a la vez transgresor como un motor magnético, es decir, algo que, en vez de obtener la energía de la combustión de los combustibles fósiles, lo hiciera utilizando el impulso del electromagnetismo del propio planeta para mover indefinidamente objetos inanimados. ¿Sabes qué quiere decir eso?

—Energía libre —comprendió.

—¡Sí! «Energía libre para todos» —suspiró satisfecha—. Y me dediqué a ello en cuerpo y alma. Con el tiempo descubrí que habían muchos *Crops* de increíble estructura y creatividad, una generación de imágenes nuevas que contenían siluetas de «pájaros» parecidos a las golondrinas o a «alas delta», como lo prefieras llamar —los fue mostrando uno a uno—. Los que estudiamos los círculos los llamamos «pájaros» tal cual —aclaró—. Por ejemplo, este de Suiza —señaló—. Este, Dan, es la representación del motor magnético que representaba Nicola Tesla. Y en este dibujo —señaló otro— los alas delta están presentes, y para mi sorpresa, y con ayuda de personajes como el señor Howard o Umberto Baudo, un italiano que también está trabajando con los agroglifos y adaptando sus diseños a motores magnéticos, descubrí lo que esos pájaros simbolizan, y llegué a la conclusión de que las estructuras dibujadas son todas planos para construir motores de este tipo. Por ejemplo, este último de Wiltshire —señaló el de dos noches atrás—, es un motor de tres bobinas magnéticas que podría generar electricidad ilimitada. ¿Qué crees que son lo pájaros o alas delta, entonces? Venga, que sé que lo sabes —lo animó—. Eres físico. Has tenido que verlo en algún momento.

Dan se frotó la barbilla, y su mente se abrió por completo, porque él mismo había visto esa misma imagen en sus experimentos universitarios para crear un anillo de observación de los rayos eléctricos según los principios de Tesla.

—Sé lo que es. Es el comportamiento de la energía magnética cuando a dos electrodos le añades un tercero. Se forma un ala delta eléctrico.

—¡Exacto! También se forma esta imagen cuando un cilindro magnético de dos teslas es expuesto a un haz de luz incandescente. Me lo mostró el señor Howard —abrió una carpeta del escritorio del ordenador y le mostró la imagen tomada—. ¿Ves? La luz se curva por el campo magnético que crea el dipolo del cilindro. Ahora mira estos *Crops*: el de Alton Barnes, el de Clattford Bottom, el de Alton Priors y este último de Wiltshire. En todos hay fractalidad y repetición de cilindros magnéticos. En todos —recalcó—. El manuscrito Voynich es en definitiva un compendio de evolución donde nos señalan en qué debemos mejorar, mentalmente y tecnológicamente. Yo no sé quién los escribió —aclaró—, pero fuese quien fuese no era de aquí, su

visión nada tenía que ver con la de la época en la que lo datan, sobre el siglo quince. En el manuscrito hay dibujos que señalan la importancia de las siete cabras, como se conoce a las Pléyades. Y para colmo, ahora hay unos rusos que han afirmado decodificar el Voynich y dicen que hay un mensaje esencial sobre el electromagnetismo.

—Me dejas sin palabras —aseguró Dan con asombro.

Nicole le sonrió con el alma, feliz de que viera lo que ella.

—Y sí hay un mensaje. Obvio. Pero iremos por partes —era como si estuviera dando una clase a un alumno—. El futuro es que los motores magnéticos deben sustituir a los eléctricos. Mira todos estos *Crops* —abarcó las imágenes—. Es decir, sean quienes sean los autores nos están ofreciendo información, conocimiento para que actuemos y dejemos de abusar del planeta. Y esa inteligencia no puede ser mala, es una inteligencia que cree que se le está dando mal uso a la Tierra. Es decir, tiene conciencia. El cambio de conciencia que nosotros debemos hacer. Sin embargo, las altas esferas no quieren oír ni hablar de ello, porque la energía libre implica que el monopolio del mercado del petróleo podría desaparecer. Y eso no les interesa a las potencias mundiales, que ven engrosadas sus cuentas bancarias precisamente en bancos de Suiza. Hay cientos de diseños, cientos de estructuras grabados en campos no solo de Inglaterra, sino de todo el mundo. Nos lo están dejando en bandeja, Dan —afirmó con tristeza—. Y no se les está haciendo caso. Y no solo me refiero a sus mensajes sobre la energía libre —sentenció frustrada—. Hay muchos más sobre otros temas que nos preocupan.

Dan, que continuaba hipnotizado por la perfección de los motores ilustrados, desvió la mirada para observar a Nicole.

—¿Más?

—Sí.

—¿Sobre qué?

Nicole se recogió el pelo y se hizo una cola alta. Hizo a un lado a Dan para poder sentarse en su escritorio y abrió las imágenes de su iMac. Le entusiasmaba poder hablar de ello, y cuanto más lo decía en voz alta, más consciente era de la grandeza de su descubrimiento.

Los *Crops* auténticos eran mensajes de conciencias e inteligencias superiores, eso ya no se podía negar. Dan, precisamente, estaba vinculado a esas inteligencias, las sentía, las intuía, pero… No podía hablar con ellas. Y ella, no podía hablar tampoco, pero entendía lo que querían decir.

—Todos los agroglifos son mensajes, transmiten conocimientos para el futuro, vitales para mejorar la ciencia, astronáutica, la biomedicina o la supervivencia de la humanidad. Mira, este mismo en Carlston Bottom. Fíjate. Un decágono, en su interior un pentágono y cinco estrellas de cinco puntas rodeando a una central de mismo tamaño. De una imagen sencilla, salen otras como en una sucesión.

—Sí, ya veo.

—¿Ves que dos de las puntas de cada una de las cinco estrellas parece que estén enganchadas y que esos ganchos rodean a la estrella central como si fueran broches?

—Sí.

—Resulta que se ha descubierto un nuevo material súper ligero a nivel atómico y de ingeniería que podría revolucionar la construcción de todo tipo de elementos, desde aviones, puentes, diques hasta naves espaciales, mediante broches. La relación de este *Crop* con este material recién descubierto es que en ambos existe una geometría de cuatro lados, o de cuatro dimensiones, como indica el agroglifo, que se trata de bloques enlazados unos con otros, gracias al decágono, que además presenta profundidad. A esta geometría se le llama geometría novel. Este material nuevo es diez veces más duro y resistente que cualquier otro material ultraligero que se use para soportar grandes pases. Se trata de piezas en forma de cruz que se enlazan como ganchos, como indica el dibujo, en todas las direcciones adaptándose así a cualquier forma que se necesite construir con ellas. El *Crop* es una clave a nivel de futuro. Nos avisan de que los avances son correctos, de que ese material es importante, pero que hay que trabajar desde la perspectiva de la geometría de los cinco lados, de ahí los pentágonos y el modo que tienen de enlazarse.

—¿Esa conclusión es tuya? ¿Tú has llegado a eso sola? Creo que la contactada eres tú y no yo —espetó sorprendido.

—Es mía y de mis colegas —contestó un poco pedante. No le importaba. Tenía de lo que presumir—. Si esto es así, y se logra trabajar con esos materiales del futuro, se dejaría de utilizar combustible y se reduciría la contaminación a nivel general. Pero las grandes empresas no quieren cerrar su negocio —insistió enfadada—. Hay otras formas de evolucionar. Lamentablemente a esos pocos que nos controlan ya les va bien que todo siga así. Todos estos mensajes nos dicen que debemos despertar —chasqueó los dedos.

Dan sonrió y sintió aquel sonido como un latigazo en su alma.

Despertaría, estaba en ello. Tenía que luchar por Nicole. La estaba escuchando y su voz lo llenaba y le daba una paz que en años persiguió y nunca alcanzó. Él sabía lo que tenía que hacer, sabía que se arriesgaba a probarlo, y no se perdonaría volver a hacer daño a Nicole con ello. Pero su cuerpo y su corazón le exigían estar con ella. Y se encontraba en una seria y preocupante diatriba con su mente y consigo mismo.

—Mensajes que hablan sobre la contaminación, sobre la energía libre —continuó Nicole mostrando más *Crop Circles*— sobre nuestra salud… Cientos de *Crops* han aparecido transmitiendo un mensaje numérico, hablando de ecuaciones químicas aludiendo a la niacina, vitamina A, la melatonina, la gran molécula «el grafeno»… Y esta.

Dan miraba las formas de los *Crops* y aparte de ver gran belleza y mucha matemática y geometría en ellos, no sabía de lo que se trataba. No tenía esa capacidad de análisis.

—Parece una molécula —murmuró.

—Lo es —susurró–. Este *Crop* es la representación molecular exacta del calixareno.

—No sé qué es.

—Lo han descubierto científicos de Barcelona hace nada —le explicó—. Estabiliza la proteína P-53. Es decir, el calixareno ayuda a la P-53 a que recupere su labor de suprimir tumores. Durante las quimioterapias, la P-53 decae dificultando la lucha contra el cáncer. Pero el tratamiento con la molécula del calixareno recupera a esta proteína para que pueda arreglar el ADN dañado por los tratamientos de inmunoterapia. Podrían salir fármacos

con calixareno para luchar contra la enfermedad. Sería un hito en la medicina en un futuro.

—Son todos mensajes de cambio positivos —comprendió—. Nos están ayudando.

—Sí, nos están alertando. Pero no todos son positivos. Hay un mensaje que también se ha repetido varias veces en forma de agroglifo. —Nicole se levantó de la silla y miró a Dan de frente—. Advierten sobre el cambio de los polos magnéticos de la tierra. Sobre todo lo que puede provocar en nosotros. Es lo que, según un equipo de investigadores rusos, han decodificado del Voynich. Puede que los agroglifos nos estén dando las claves para que nos preparemos para ello si no somos hábiles ni conscientes como para emplear ya todas estas ideas que nos dan para dejar de contaminar, para detener el cambio climático, para usar la energía libre sin dañar a nadie, para sanarnos… Si el cambio de polarización magnética se da, todo el sistema caerá, y viviremos durante mucho tiempo en un apagón. Pero si estamos preparados para ello —señaló todos los *Crops* que había desplegado en la mesa— puede que el cambio de los polos no sea tan doloroso. Será irreversible, porque la Tierra ya lo ha hecho en otras ocasiones creando auténticas extinciones por el camino, pero si avanzamos sobre los motores magnéticos, ¿quién no dice que podamos incluso detener esa inversión magnética?

Dan asintió firmemente. Él había llegado a la conclusión de lo de los polos, pues su cerebro sensible notaba los cambios en el magnetismo de la Tierra de unos años atrás hasta la actualidad.

—La inversión magnética podía provocar un colapso de la humanidad a nivel mundial —dijo él.

—Sí. Los gobiernos deben empezar a tomar medidas al respecto porque si esto llega a suceder los generadores dejarán de producir electricidad, la radiación podría llegar a nuestro planeta, la ionosfera se iría al garete. Por eso el bombardeo sobre los motores magnéticos, ¿comprendes? Los generadores eléctricos deben dar paso a los magnéticos, o no habrá posibilidades para nosotros en un futuro.

—Niqui, si esto es así, la humanidad debería prepararse para una extinción masiva. Si esto es así… —negó con la cabeza preocupado.

—Dependerá de la humanidad, de todos. De si se abre los ojos y se decide trabajar para el cambio que se avecina.

Ella se encogió de hombros, cerró su portátil, y apago el ordenador de mesa. El mensaje tenía luz, pero también oscuridad. Ella era muy consciente de eso, pero todo eso debía saberse igual.

—El cambio de polos se acerca —no era un vaticinio, sino una realidad —. ¿Por qué crees que cada vez más las aves y los animales marinos pierden el rumbo y se desorientan? Las aves, sobre todo, que son las que se sirven del campo magnético para orientarse —concretó—. Los polos se están desplazando. El polo Norte magnético se desplaza noventa metros por día. El núcleo interior cada vez es más grande. Y si seguimos a lo nuestro, haciendo daño a nuestro planeta, esto seguirá hasta que sea irreversible. Así que dime, ¿de verdad crees que las Naciones Unidas me escucharán, si tal vez están al tanto de todo y no se preocupan? ¿Qué crees que puedo cambiar yo? El asunto es colosal y peliagudo. Y hay demasiados intereses de por medio. Incluso los Ojeadores, sean lo que sean, han intentado eliminarme por lo que creo saber.

Dan meditó esas palabras. Obviamente, esos personajes no eran buenos, ya que, si había un grupo de humanos entre los que estaba Nicole, que tenían información decodificada de ese tipo, y ellos pretendían eliminarlos, era porque iban en contra de sus intereses, y de los intereses del Poder.

—También hay agroglifos que hablan de ellos —adujo Nicole—. De los Ojeadores. Nos alertaban sobre su intervención. Y ese mensaje se ha repetido dos veces en código binario. En Winchester en el año dos mil dos apareció el primer mensaje sobre ellos. Emplearon tres técnicas de dibujo para plasmarlo y convertirlo en el mensaje más colosal de la historia de los agroglifos: Interlineado, puntillismo y sombreados de la figura. Era la cara de un personaje con cabeza de alien y ojos humanos, calvo, como ellos. Este personaje portaba un disco en la mano en código binario. El dibujo constaba de treinta y tres secciones, que es el alto grado masónico, y cincuenta y nueve líneas formaban su rostro. Cincuenta y nueve por treinta y tres dan mil novecientos cuarenta y siete, Dan, el año del incidente de Roswell que todas las sociedades secretas han intentado ocultar —se detuvo y sonrió—. Sé que todo lo que digo parece de ciencia ficción y que la gente acostumbra a reírse

de ello, porque les han enseñado a hacerlo, pero si supieran lo cierto que es, no se reirían tanto.

—Sé que es verdad, Nicole. A mí ya no me tienes que convencer de nada —la tranquilizó demostrando lo convencido que estaba de su veracidad.

Ella sintió una gran satisfacción. Nada le complacía más que saber que Dan la creía.

—Al transcribir y descifrar el mensaje del disco, quedaba así:

«Cuidado con los portadores de los falsos regalos y sus promesas rotas. Mucho dolor, pero aún hay tiempo. Crean que hay bien ahí fuera. Nos oponemos a los engaños. Conducto cerrándose. 0x07».

—Nos mencionaba el hecho de que algunas entidades estuvieran ya aquí desde ese año, 1947, colaborando con los gobiernos a cambio de información tecnológica. Ellos, a cambio, estudiarían el comportamiento de la humanidad como civilización, interviniendo en sus vidas si así lo requiriesen. Pero el mensaje advierte sobre falsos regalos. Es decir, que el salto evolutivo tecnológico que ha ido experimentando la sociedad desde unos años hasta aquí, puede que sea un arma de doble filo. Porque si detrás había una inteligencia que les facilitaba cómo avanzar, no daban esa información gratis. Puede que se haya creado una dependencia con ellos, que no es positiva ni para unos ni para otros. De ahí que en los *Crops* nos alerten. El año pasado volvió a aparecer otro *Crop* justo aquí, en Wiltshire. Un *Crop* en código binario de nuevo. Se decodificó y se tradujo. Decía de nuevo:

«¡Guardaos de los extraterrestres con regalos! Esos dones son como el caballo de Troya de la historia antigua de la Tierra. Solo hará que la evolución de los seres humanos en este planeta vaya hacia atrás con un resultado negativo».

—Y tantas advertencias no pueden ser una casualidad. Hablan claro. Solo que no todos lo quieren ver. Mira, Dan, yo no creo en extraterrestres deformes con cabezas ovaladas y ojos negros. Y puede que existan, pero no creo en ellos, porque me asustan. Pero sí creo que no somos los únicos seres inteligentes en el Universo. Y si otras inteligencias o quienes sean que están detrás de los *Crops* intentan alertarnos, no se les puede silenciar. Sé que esto es peligroso —asumió—. Sé que los que son como Arka no bromean, no pierden el tiempo. Y me aterra la posibilidad de enfrentarme a uno de ellos. Pero… —alzó la barbilla con firmeza— más miedo me da quedarme quieta y no hacer nada. Y me trae sin cuidado si los agroglifos vienen del exterior o del interior, porque el mensajero me da igual, lo que me tiene sin dormir es el mensaje. Toda esta información la recopilé para un libro —se sinceró—. Ya lo sabes. Sé que nadie de las Naciones Unidas ni de los altos estamentos lo leerán. Así que no me importa plantarme ante ellos y decírselo a la cara.

Dan sonrió y negó con la cabeza.

—Eres muy valiente. Te admiro mucho.

—Bueno, soy valiente porque tengo al amigo humano del capitán Spock conmigo.

Los ojos caramelos de Dan destilaron tanto amor y compasión que derribaban poco a poco el muro de contención emocional de Nicole.

—No soy invencible, Niqui —sus dones no le hacían inmortal.

Ella lo sabía. Por eso hizo un gesto de aceptación.

—Yo tampoco. Pero puede que juntos hagamos algo grande. Podemos cambiar las cosas.

—Sí. Juntos —repitió él. Nicole debía ir con él, no solo por intentar dar una charla a las Naciones Unidas, sino por aprovechar la cantidad de medios que rodearían el CERN ese día. No había mejor ventana que esa. Él se encargaría de que todo el mundo escuchara a la joven.

—Pelirroja —le dijo Dan dulcemente—. Tú puedes cambiar lo que te propongas. Solo sé tú. Haré lo posible para que tengas la oportunidad de transmitirles todo tu conocimiento y te escuchen.

Aquello a ella no le gustó demasiado. Era como si él se quedara al margen.

—¿Y tú qué harás mientras? Vendrás conmigo, ¿verdad? No me puedes dejar sola.

—En esta aventura cada uno tiene su labor. —Dan se centró en el brillo verde de los ojos de Nicole hasta que tuvo que salir de su embrujo sacudiendo la cabeza.

—No quiero que te hagas el héroe, Dan —le ordenó nerviosa—. No sé lo que tienes pensado pero no dejaré que hagas ninguna tontería.

Él inclinó la cabeza a un lado.

—¿Capto preocupación en tu voz? ¿Sientes todavía cosas por mí, pelirroja?

Nicole se removió nerviosa y se apartó de él ligeramente. Detalle que Dan lamentó.

—Solo espero que las cosas nos salgan bien a los dos. Y que no hagas locuras con tus nuevas aptitudes.

—No es mi intención. No estoy para tonterías.

—Bueno, tú ya sabes a lo que me refiero —lo señaló—. Hay que esquivar a los Ojeadores y procurar que no nos descubran ni nos molesten. ¿Lo harás? ¿Me harás caso? —lo miró preocupada.

—Lo haré —confirmó él mirándola a los ojos—. No tengo intención de perder más cosas de las que ya he perdido.

—Bien.

—Bien —repitió él mirando hacia el exterior de la caravana—. Ahora explica a tu familia todo lo que me has contado a mí. Si ellos te comprenden, será que lo explicas con facilidad y que no te vas a confundir cuando des tu discurso. —Se hizo a un lado para dejarla salir a ella primero de la caravana.

—Gracias —reconoció ella.

—Ya sabes lo que dicen: las brujas primero.

Nicole lo miró por encima del hombro y resopló.

Estaba bromista.

Ojalá todo lo que ella había descubierto también fuese una broma. Pero no lo era.

Y de eso eran muy conscientes tanto Dan como ella.

17

Jamás en la vida me hubiera imaginado que existían caravanas así —exclamó Amanda maravillada por el interior de la casa con ruedas de su hija.

La mañana ya había pasado, y Nicole les había hecho una ponencia perfecta de sus descubrimientos sobre los mensajes de los agroglifos. En primera instancia, la estupefacción cruzó los rostros de todos los presentes. A continuación, vino la fascinación. Y después la comprensión y la aceptación de cuanto decía Niqui. De hecho, ella recordaría siempre el comentario de su madre Amanda:

—Pues claro que existen —repuso convencidísima—. Nuestro islote mágico, Es Vedrà ha atraído luces de todo tipo a lo largo de su historia. De hecho, junto con el peñón de Ifach en Alicante, y la costa suroeste de Mallorca, forman el triángulo del silencio, como una especie de Triángulo de las Bermudas —contó con la naturalidad de quién poseía la verdad—. Es el origen del caso Manises. ¿Lo conocéis?

Kilian y Nil negaron con la cabeza. Para ellos todo eso era como hablar en chino.

—No importa. En Es Vedrà siempre ha habido avistamientos. Luces extrañas que entraban y salían del mar, bolas rojas iridiscentes que adquirían trayectorias nada convencionales. Puede que incluso, si vosotras nacisteis en Es Vedrà, tengáis algún tipo de relación con esas inteligencias que rondan los islotes mágicos. Puede que por eso, tú Nicole, tengas el don de descifrar sus mensajes.

Nicole nunca había pensado en ello, pero ahora no hacía más que darle vueltas a las palabras de su madre. ¿Podría tener ella una conexión especial con «ellos» a raíz de nacer en Es Vedrà? Como fuera, lo importante era lo confiados que estaban en todo lo que Nicole les había revelado, y lo bien que lo habían comprendido. Aunque tampoco debía tenerlos en cuenta como los oyentes cero, porque ellos ya habían vivido experiencias sobrenaturales y estaban más abiertos a ese tipo de sucesos.

Las mujeres se encontraban en el interior, preparando la comida mientras los hombres se quedaban afuera, en el porche, bebiéndose unas cervezas bien frescas, escuchando las palabras de Dan y de Clement sobre lo que debían hacer a partir de ese momento.

Nicole ya les había hablado de todo lo descubierto, ya había cumplido su función, y la impresión aún les duraba. Excepto a Pietat, que con su rostro sereno, sonreía tranquila mirando cada detalle de los dibujos que su nieta mayor había hecho y los cuales estaban ahora sobre la mesa de su oficina.

—Invertí parte de la herencia de papá en mi casa móvil —contó Nicole.

—Y no una casa cualquiera, sino una Mercedes Concorde Centurión 1200 —resumió Sasha dándole un culazo—. Qué lista.

—Mi trabajo no tiene por qué estar reñido con la comodidad —sonrío ladinamente—. Tú tienes un novio multimillonario y nadie te dice nada.

—Bah, a Kilian poco le importa el dinero. Lo usa en su beneficio, como cualquiera, pero los lujos le dan igual.

—Claro, por eso viajamos en *jet* privado desde Ibiza hasta aquí, y un Hummer le esperaba en el aeropuerto con solo chasquear los dedos —espetó irónicamente Alegra.

—Bueno, y bien que nos ha ido.

—¡Desde luego! —exclamó Amanda—. Parecíamos las Kardashian.

Las hijas se rieron del comentario de su madre.

Sasha se colocó al lado de su hermana Alegra y se pusieron las dos a cortar tomates para la ensalada.

Nicole abrió las puertas de los armarios donde tenía los vasos y los platos.

—Es la mejor inversión que he hecho. Esta autocaravana. Tiene de todo. Con ella he viajado a todos esos lugares que debía estudiar. Tenía claro lo

que necesitaba para trabajar bien y a gusto. Y sabía que si debía movilizarme tanto persiguiendo los mensajes, necesitaba llevar mi casa a cuestas. Y la autocaravana era la mejor opción. Clement se encarga de vigilar que nadie se acerque demasiado, y cuando he tenido que viajar, ha sido él quien ha cuidado de ella. Aunque a veces hemos usado su helicóptero para desplazarnos.

—¿Un helicóptero? —preguntó una asombrada Alegra—. ¿Dónde está?

—Lo guarda en la granja de un vecino de Wiltshire. De hecho, aquí la gente nos quiere mucho. Nos ayuda en todo lo que pueden. Todo esto que veis aquí, desde los huevos, a las patatas, las cebollas… Todo, incluso estos tomates tan enormes los ha traído Meredith, una vecina.

—Son gigantes —musitó Amanda tomando uno entre sus manos.

—Tiene un huerto y siempre que puede nos trae cositas. La tierra de aquí ha sido muy asidua de los *Crop Circles*. Por eso lo que plantan alrededor crece de esta manera. El trigo que ha sido marcado también crece más vigoroso. Es como si tuvieran anabolizantes.

—Vaya, qué interesante. —Amanda dejó el tomate sobre la mesa, sin dejar de mirarlo con asombro—. Nosotros, por nuestra parte, también vigilamos que nadie les toque los cultivos. Es como un trato de mutuo acuerdo. Ellos por nosotros y nosotros por ellos.

—Nicole —dijo Alegra a modo de tentativa—. Dan me ha pedido que le eche un vistazo a su cabeza. ¿Te parece bien?

Ella se dio la vuelta para mirar a su hermana mediana. Le extrañó que Dan quisiera que Alegra le inspeccionara.

—Sí. Si es lo que quiere, perfecto.

Alegra asintió y después añadió poniendo los tomates que iba cortando en la ensalada:

—Y quiero ver también que la tuya esté bien.

—Dan me ayudó —explicó Nicole—. Él fue quien me recuperó. Ahora tiene dones parecidos a los tuyos, Ale.

—Sí, pero yo soy tu hermana, y no me quedaré tranquila hasta que me asegure de que estás bien. Has pasado por algo traumático, Niqui —la reprendió—. Es solo un chequeo.

—Haz caso a Alegra —le ordenó Amanda cortando las patatas en cachitos pequeños—. Todas nos quedaremos más tranquilas. Uno de esos hombres raros te intentó matar, cariño —los ojos verdes de Amanda se oscurecieron rabiosos—, y te hizo daño.

—Te hemos preparado otro nudo de las brujas. —Mamá Pietat dejó de contemplar los dibujos y se acercó a Nicole con el colgante en la mano. Se lo había sacado del bolsillo trasero del pantalón—. Estamos expuestas a amenazas extrañas. Esto no se trata de hechicería ni de magia negra… no es nada que conozcamos —pasó el colgante por la cabeza de Nicole y dejó que le rodeara el cuello—. Pero el nudo sirve igual para todo tipo de hostigamientos.

—Gracias —susurró tomando el nudo entre sus dedos—. Abuela, mamá. —Nicole reflejó el miedo que sentía por ellas en su voz—. No me hace gracia que estéis aquí. Lo agradezco —reconoció— porque vosotras hacéis que me sienta más segura, pero se supone que mañana debemos viajar a Ginebra para detener un acelerador. Va a ser muy peligroso. Estar aquí ya lo es —miró a cada una de ellas y parecía que le prestaban atención, hasta que retomaron sus quehaceres como si oyeran llover—. No me ignoréis, por favor. El hombre que me torturó era muy fuerte. Dan se ocupó de él, y me dijo que tardarían un tiempo en reorganizarse debido a su memoria colectiva o algo así… Trabajan como abejas obreras. Pero volverán. Él cree que volverán. Y si vienen —negó preocupada—, no podéis estar aquí.

—Claro, ¿y qué te hace pensar que es mejor que os enfrentéis solos a ellos? —Amanda se secó las manos en el trapo azul oscuro de cocina y la miró de manera piadosa.

—Unidas somos más poderosas, cariño —la tranquilizó su abuela posando sus tiernas manos sobre sus hombros—. Hay muchas maneras de defenderse de los poderes oscuros de otros. Y —alzó el dedo índice y sonrío. Su rostro se llenó de surcos de experiencia y felicidad—, además, hemos traído nuestra sal y el grimorio. Últimamente nos estamos convirtiendo en expertas de estos hechizos y conjuros de los que prometimos no abusar. Seguro que nos pueden ayudar para facilitarte el camino, Niqui. La ocasión lo merece. Algo se nos ocurrirá.

—Pero, yaya… —suspiró. Nicole le agarró la cara con las manos y le dirigió una mirada llena de amor y de rendición. No servía de nada insistir. Habían tomado su decisión y era inquebrantable—. ¿Me puedes decir por qué te quiero tanto?

—Porque soy tu abuela y soy la mejor —dejó ir una leve carcajada y la abrazó—. Anda… ahora cuéntale a esta vieja chismosa si Dan sigue siendo tu marido o no.

Nicole arqueó una de sus estilizadas y largas cejas y la miró de manera detectivesca.

—Dan apareció por sorpresa, cuando menos lo esperaba —les explicó a todas, que dejaron de cortar hortalizas y verduras para escuchar con atención su relato. Menudas eran, estaban deseando oírlo—. Me salvó. Y ahora se ha convertido en mi mejor aliado para emitir este mensaje. El hombre que dudó de mí, ahora es mi mayor aval. ¿No es increíble?

—El azar y el karma son caprichosos —supuso Amanda sonriendo satisfecha.

—Pues a mí se me ocurre otro nombre para definir al Karma, y rima con fruta. Que ahora esté de mi parte después de lo mal que lo pasé… es inesperado. —Nicole no quería dar más hincapié a aquello—. Como sea, eso no lo convierte en mi marido. Clement nos casó, y…

—¿Clement? —profirió Alegra alucinada—. ¿El hombre que está ahí afuera y que parece un motero de Harley? No tiene para nada pinta de criptógrafo, como para encima tenerla de cura.

—Lo sé. En algún momento de su vida se sacó la titulación para ser juez de paz, y gracias a ello podía casarnos. Así que decidimos que fuera él quien lo hiciera.

Amanda abrió la boca como un pez, pues no daba crédito a lo que oía.

—¿Me estás diciendo que ese hombre que convierte el agua en cerveza os casó?

—Sí.

—¿Y cómo os habéis divorciado? —insistió—. ¿O la boda no tiene validez legal?

Nicole hizo un mohín de conformismo.

—Tiene validez para nosotros —contestó sin más.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Amanda—. ¡Entonces, no estáis registrados como marido y mujer!

—No. Y menos ahora. Nuestro matrimonio duró dos meses. Luego Dan se fue y no lo volví a ver. Por las razones que ya os he explicado. Hasta que vino a rescatarme de las manos de Arka, y bueno… todo lo demás ya lo sabéis —se mordió el interior de la mejilla y se dio la vuelta de nuevo para coger servilletas.

—Pero, a ver… yo debo de ser tonta o no me entero… —musitó Sasha apoyando las manos sobre la encimera blanca de la cocina—. ¿Ahora estáis juntos o no? Lo que haya pasado antes ya da igual. ¿Has vuelto con Tarzán, Jane?

—¡No es Tarzán! —gruñó entre dientes—. ¡Es Nobita! —la ponía nerviosa que vieran a Dan de ese modo, porque eso lo hacía fuerte y enorme a sus ojos. Nobita era más inofensivo.

—Si ese es Nobita. —Alegra agitó el pulgar señalando las ventanas que daban al porche, donde Dan y los chicos dialogaban—, la abuela es Gandalf.

Mamá Pietat la reprendió con una sola caída de ojos.

—Y que seas mi tercera nieta favorita… —le soltó como si no se lo creyera.

—Solo tienes tres —señaló Alegra riéndose.

Nicole cerró los ojos nerviosa. ¿Es que nadie se lo estaba tomando en serio? ¿Qué les iba a decir? ¿Que antes de que llegaran ellas se estaban comiendo los morros como si no se hubieran alimentado en días? ¿Qué se hacía caquita al pensar en confiar en él plenamente de nuevo? ¿Qué no quería volver a sufrir?

—Pues me llamaréis tonta… —continuó Alegra divirtiéndose con la inquietud de Nicole. Agitaba un pepino pelado en la mano, y lo mordió con gusto.

—Tonta —dijo la cantarina voz de Sasha.

—Pero desde que estoy con Nil, no sé por qué, noto la tensión sexual de las personas a leguas. Y tú y Dan —chasqueó la lengua contra los dientes— … No sé tú, nena. Pero creo que tensos, lo que se dice tensos, estáis un pelín.

Alegra siempre tan directa. Nicole forzó una sonrisa con tal de no tirarle la vajilla a la cabeza.

—Él quiere —dijo en voz baja—. Quiere volver. Pero yo… yo estoy un poco perdida al respecto —asumió mirando su reflejo en uno de los vasos de cristal que había agarrado—. No sé qué hacer. Dan ha cambiado mucho desde lo que le pasó, parece una nueva persona, y siento que cuanto más estoy con él, más me… me obsesiona, y… me vuelvo a enamorar, cuando cinco días atrás me juraba y me perjuraba que nunca más querría tener nada que ver con él. Pero me mentía a mí misma —admitió sin ápice de vergüenza —. De hecho, nunca he dejado de estar enamorada de él. Nunca —reconoció sin más—. Lo he intentado todo para olvidarle. Y nada ha funcionado —el cristal del vaso le devolvió la mirada derrengada de sus ojos verdes.

—Bueno, es la condena de las Balanzat, la maldición. —Amanda abrió el frigorífico metálico de diseño y sacó las bebidas de las que disponía su hija—. Estamos destinadas a sufrir por amor porque nuestros agapornis son algo obtusos. Pero vosotras estáis revertiendo la cara de la moneda.

—Nosotras tampoco somos unas santas. También podemos ser muy dundas —la interrumpió Nicole.

—Por supuesto que sí. No solo es culpa de ellos. Lo que quiero decir es que ninguna de nuestras historias es sencilla. Pero si Dan es de verdad tu agaporni, es imposible que lo ignores. Él conseguirá acercarse a ti. Solo si es lo que tú quieres —su madre tomó el vaso que Nicole tenía entre las manos, y la miró con dulzura—. ¿Es lo que tú quieres?

Nicole se acongojó en ese momento. ¿Es que ni siquiera mirando a su madre podía decir lo que de verdad quería? ¿Tanto le costaba aceptarlo? ¿Tanto le costaba volver a confiar? ¿Tanto miedo tenía a perder de nuevo?

—Sé cuán doloroso puede ser —admitió su madre queriendo darle consuelo—. Pero el dolor de verdad, mi niña valiente, es amar a una persona y no poder estar con ella. Nada te dolerá más que eso —sentenció—. Y creo que eso ya te duele mucho.

Todas sabían que Amanda hablaba de Ángel, el padre de sus hijas. El único y gran amor de su vida. Pero la vida que una vez se lo llevó, se lo había devuelto de una manera etérea. Al menos, aquello era algo positivo, y por todo lo que sufrió, después la medio redimieron.

En cambio, Nicole tenía a Dan allí, un Dan distinto del que se enamoró, distinto física y mentalmente, aunque en el fondo de su corazón seguía siendo el mismo. Y él había confesado que lo único que no había cambiado era el modo que tenía de quererla.

¿Sería ella valiente para redescubrir a ese nuevo hombre que la protegía de lo desconocido? ¿En qué la convertía no hacerlo? ¿En una gallina? ¿O en alguien con sentido común?

—Yo tengo una técnica —les contó Pietat acercándose a ellas. Sacó un euro de su chaquetilla y se lo mostró—. Cuando tengo dudas sobre qué decisión tomar, lo hago a cara o cruz. Lanzo una moneda al cielo.

—La yaya es una ludópata —murmuró Sasha picarona.

—Pero eso solo hace que el azar decida por ti, abuela —replicó Nicole.

Pietat movió la cabeza de un lado al otro negativamente.

—No. Eso me revela qué es lo que quiero realmente, porque mientras la moneda sigue en el aire, al final siempre acabo pensando en qué cara quiero que salga. Y esa, *nineta meua* de las estrellas, es la clave —le quitó el pepino a Alegra y señaló a Nicole con él. Y antes de llevárselo a la boca añadió—. Ese deseo, esa decisión, esa cara que quiero que venza, es lo que quiere mi corazón. ¿Qué quiere el tuyo?

Después de comer, Dan necesitaba estar a solas, por eso se había internado entre las altas espigas doradas del trigo, para cerrar los ojos y centrarse en las posibilidades y las desviaciones de aquello que aún no había sucedido y podía pasar.

No solo porque estaba convencido de que la línea del futuro en la que él existía había cambiado con la aparición de las Balanzat. Sino, porque además, la emotividad y los vínculos afectivos de esa familia al completo lo afectaban. No debía mezclar emociones cuando realizaba sus algoritmos, porque el deseo y lo que a él le gustaría que pasara, podría confundirlo.

Dan siempre vivió solo, creció con sus abuelos, hasta que ambos murieron y él tuvo que salir adelante con muchos esfuerzos, y pocas habilidades sociales.

Era un chico joven que fue educado a la antigua, con los modales de hace años, que ya nadie tenía, y el fino sentido del humor de su abuela eso sí, que era la única que se reía a carcajadas de sus chistes malos.

Pero nunca tuvo a un buen amigo que le introdujera en los grupos más populares del colegio, del instituto o de la universidad, y siempre fue el chico raro en todos lados. El *freak*, muy mono, pero muy raro como para intentar ser amigo suyo.

Siempre pensó que nunca tendría demasiada suerte, hasta el día que se sintió bendecido por conocer a Nicole en Wiltshire.

Aquel día su sino cambió para siempre. Solo una noche le hizo falta a esa mujer para embrujarlo de por vida, y marcarlo para la eternidad. Incluso ahora, a pesar de los nuevos conocimientos que tenía y de cómo observaba el comportamiento del amor y de las necesidades emocionales, no podía evitar sentirse atraído por ella de forma irreversible. Porque a Nicole no la podía leer, igual que tampoco podía analizar la compleja naturaleza de la magia, y es que Nicole era mágica no solo por ser Balanzat, sino por haber obrado un milagro con él: su recuerdo lo mantuvo cuerdo incluso cuando más creyó enloquecer, porque justo cuando pensaba que estaba más en otro mundo, Nicole lo mantenía en este. En el suyo. Y Dan no quería otro mundo para él que no fuese vivir en el de ella.

Pero todo era complicado para los dos.

Podría ser valiente, tomar a Nicole por los hombros y decirle la verdad de lo que podía pasar, de lo que iba a suceder. Pero si la alertaba, ella cambiaría el destino, y Dan no quería arriesgar el vivir un futuro alternativo que comportara que ella no sobreviviera. Una ave pió sobre él.

—Dan.

Él se dio la vuelta y se encontró de frente con Alegra. La atractiva hermana mediana de Nicole sonreía tenuemente, como si algo en él le divirtiese. A lo lejos, tras ella, estaba la pedazo autocaravana roja de Nicole, donde Sasha parecía tocar los acordes de una guitarra. ¿Acaso se había traído una?

—Me gustaría que vinieras al porche. Son las ocho y media de la tarde —le dijo mirando su reloj de muñeca— y he pensado que, aprovechando que Nil y Kilian han ido al colmado más cercano a traer provisiones antes de

nuestro viaje a Ginebra, podrías dejar ahora que le eche un vistazo a tu cabeza. Era lo que querías, ¿no?

Dan no contestó. Se la quedó mirando fijamente.

—¿Qué hora has dicho que es? —repitió.

—Las ocho y media.

—¿Y llevo mucho rato aquí? —miró a su alrededor como si se hubiera desorientado.

Alegra frunció el ceño. Le echó un vistazo de extrañeza, y no se tomó demasiado en serio su comentario.

—Desde que nos dijiste que ibas a meditar. Hace tres horas de eso.

—¿Tres horas, eh?

—Sí. —Alegra se rió sin querer ofenderle—. Mi hermana Sasha va a tocar los acordes de una melodía para que te relajes y no te sientas invadido por lo que te vaya a hacer. Te prometo que no vas ni a notar que estoy por ahí husmeando.

—¿Así que puedes hacer eso? —preguntó Dan agradecido.

—Sí.

—¿Y Sasha puede lograr estados y realidades con su música?

—Sasha puede hacer lo que imagines. Lo que ella se proponga. Es un hada de la música. Y te ayudará. Mi madre es empática, puede tranquilizarte también —le explicó animándolo a que la acompañara y a que confiara en ella—. Y mi abuela prepara infusiones que ya quisieran traficar los camellos con ellas. También tenemos un Grimorio de hechizos increíbles y ancestrales con los que podemos proteger cualquier cosa, incluso crear escenarios. Y si nada de eso funciona, le pediremos a Nicole que te coja la mano, esa es la magia más poderosa —se cruzó de brazos y alzó sus cejas negras demostrando que sabía que aquello era lo que mejor iba a funcionar con él para que se tranquilizase—. Apuesto a que eso te convence.

Dan se echó a reír y cuando vio que ella también lo hacía, le recordó a Nicole. El sonido de su risa y el modo en que sus labios se estiraban y mostraban una maravillosa dentadura, era igual que la de Niqui. Excepto por los surcos especiales que solo la pelirroja tenía alrededor de los labios.

—¿Y Niqui? —quiso saber—. ¿Dónde está ahora?

—Allí también. ¿Vienes o no?

Dan afirmó consciente de que no podía olvidar sus algoritmos, pero siguió a la morena a través del campo de cereales. Se iba a fiar de ella porque era la hermana de su mujer, y porque le caía bien.

Pero entonces, mientras se aproximaban a las caravanas, se escuchó un disparo. Lejano. Alto y claro.

Alegra se detuvo abruptamente y a continuación cayó hacia adelante como peso muerto. Dan corrió a socorrerla, pero cuando le dio la vuelta, de una terrible herida en el centro del pecho emanaba sangre a borbotones. La joven parpadeó sin comprender lo que sucedía… ¡Joder, la acababan de disparar en el corazón!

Dan alzó la cabeza para otear el horizonte, y divisó a mano derecha un hombre con un fusil en la mano, apuntando hacia donde él estaba, y a mano izquierda a un Ojeador, que en vez de mirarlo a él, su rostro blanquecino y aquel perfil sin expresión permanecía fijo en el lugar donde se encontraban las caravanas. Donde estaban todos reunidos.

Y fue en ese instante cuando las dos casas con ruedas volaron por los aires, presas de dos fuertes explosiones cuyas ondas expansivas lo golpearon con fuerza para lanzarlo varios metros hacia atrás. Ni el ruido ni el golpe le impidieron oír los gritos de dolor de las víctimas.

Dan se incorporó como pudo, y corriendo saltó por encima del cuerpo muerto de Alegra, con el desespero y la impotencia de quien lo perdía todo en un segundo. Pero no pudo llegar a su destino pues un cerco de fuego se levantó a su alrededor. El hombre del fusil tenía una cerilla en la mano y se reía de él, aprovechando el infierno que las llamas quemaban. El Ojeador, insensible e inexpresivo, lo miró a su vez, esperando que ardiera entre el fuego.

Pero Dan no pensó en él. Cogió aire y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Nicole!

Abrió los ojos de golpe. Su propia respiración desacompasada lo sacó de su meditación y de la vivencia de esos futuros alternativos que calculaba su mente. Se hallaba en la hamaca del porche, semitumbado. Aquel había sido

el lugar que tomó para su descanso, y mientras los demás reposaban dentro de la caravana o fuera de ella, en el porche, en las tumbonas, Dan había podido aislarse de todo y hacer lo que mejor sabía hacer: leer el abanico de posibilidades que ofrecía el destino.

Y aquel último camino alternativo no le gustó en absoluto. Los Ojeadores ya se habían puesto en marcha, ya habían enviado a otro a por Nicole y a por él. El único pirómano que quedaba de los cuatro andaba cerca. Obviamente, era un futuro que Dan ya sabía y ya había visto otras veces, pero este tenía algo novedoso. Alegra le hablaba y le contaba cosas sobre ese futuro.

Por eso las brujas eran imprevisibles en sus algoritmos, porque se comportaban de un modo nada pronosticable. Le había dicho la hora, le había contado donde estaban Nil y Kilian, y qué hacían los demás en las caravanas. Información impagable y muy reveladora para modificar el algoritmo de ese inminente porvenir. Tenía más datos que nunca y ahora sabía cómo volver a sorprender al Ojeador que viniera a por ellos.

Dan se levantó de la hamaca, y entró en la caravana. Pasó de largo a Amanda y a Pietat que dormían en el sofá cómodamente, para dirigirse con decisión a la habitación donde dormitaba Nicole. Cuando abrió la puerta se encontró con que no estaba sola ahí. La acompañaban sus dos hermanas. Dormían las tres juntas como niñas.

—Niqui —le dijo con tono lo suficientemente fuerte para despertarla pero no para asustarla.

Los tres pares de ojos, dispares pero igualmente hermosos, grandes y especiales, se abrieron de par en par para clavarse en los suyos. Caramba, sí intimidaban las tres juntas.

—Se han reorganizado ya. Vienen hacia aquí —le dijo Dan haciendo referencia a los Ojeadores.

Una expresión de inseguridad cruzó el rostro de Niqui que gateó por la cama hasta ubicarse frente a Dan.

—¿Has visto lo que hay que hacer?

Él asintió y echó un vistazo al reloj analógico que había sobre la mesita de noche. Eran las siete y media. Quedaba una hora para que llegasen y les intentaran atacar.

—A las ocho y media ya estarán aquí. Alegra me ha dicho que lleváis el Grimorio de hechizos con vosotras. Y que Sasha crea realidades con su música.

Alegra se incorporó sobre los codos y lo miró todavía con ojos soñolientos.

—¿Cuándo te he dicho yo eso? He estado aquí durmiendo.

—Pues yo sí que no he hablado con él —apuntó Sasha frotándose los ojos.

Dan las ignoró, al igual que Nicole.

—Sí. Tenemos el Grimorio —confirmó la pelirroja.

—Bien —dijo Dan más animado—. Necesito que Clement sobrevuele la zona alrededor de las caravanas para proteger el perímetro. Y que movilicéis los vehículos y los cambiéis de lugar.

—De acuerdo.

—También necesito que Nil y Kilian no se vayan a ningún lado a comprar comida.

—¿Eh? —Sasha se pasó la mano por la cara—. Nil y Kilian no han ido a ningún lado.

—Aún no —contestó con convicción—. Y Niqui, necesito que realicéis un hechizo. Vuestra magia sortea mi mente y la de los Ojeadores. Actúa de un modo extraño en ellas. Nos confunde. Si actuáis, no se lo esperará. No entenderá qué pasa.

Nicole asintió convencida de que lo que decía Dan era la única opción a seguir.

—Bien. Voy a prepararlos a todos —saltó de la cama y cuando pasó por su lado se detuvo—: ¿Y qué harás tú?

—Estaré donde él quiere que esté —contestó sin más—. Pero todo habrá cambiado un poco. Se sentirá algo desubicado —convino con una medio sonrisa—. Le diré a Kilian que haga las llamadas pertinentes para salir mañana en *jet* desde Londres a Ginebra. Debemos dejarlo todo listo.

Con aquella recomendación, Dan salió de la caravana dispuesto a avisar a sus dos «cuñados». Los necesitaba con él, no yendo a comprar a ningún colmado de los alrededores.

18

Lo importante para Dan era adelantarse siempre a los acontecimientos. Movilizó a las Balanzat para que rodearan la zona de la cosecha donde él había estado en un supuesto futuro junto a Alegra.

Era esencial que todos estuvieran en ese futuro en ese momento, porque en los algoritmos cada persona respondía a un valor. Y eso hacía que los valores no variasen en las fórmulas, aunque su disposición sí variase el resultado final, que era lo que Dan pretendía.

Había pedido a Nil y a Kilian que se subieran al aeronave con Clement. El Ojeador también habría rastreado esos futuros, y sus valores tampoco debían alterarse. Nil y Kilian deberían estar presentes, pero de manera omisa. Por eso los había reubicado en el helicóptero con Clement, el cual sobrevolaría la zona para alertarles en cuanto viera al pirómano que aún seguía libre.

Por su parte, las Balanzat al completo, deberían realizar un hechizo para que aquello que habían rodeado con su sal, permaneciese oculto físicamente. Ellas estarían allí, igual que él, pero ni el Ojeador ni el pirómano las verían.

—Sé que lo que os voy a pedir no parece serio —convino Dan con cautela—, pero también sé que poseéis dones especiales que ningún otro humano ha desarrollado, al menos, que yo conozca. Yo tengo capacidades, pero no llego a donde vosotras juntas llegáis.

—¿De qué se trata, Dan? —preguntó Pietat—. Haremos lo que esté en nuestras manos.

—Entiendo que hablar de invisibilidad es poco serio… ¿Verdad? —las miró sin perder la credibilidad en ellas.

Amanda y Pietat se miraron la una a la otra, midiendo la dificultad del hechizo que requería el físico.

—Quiero decir —se corrigió—. Sé que os hacéis llamar sanadoras. Pero también sé que sois brujas especiales. Brujas cuánticas diría yo.

—Esos términos van más con mi hija Alegra. —Amanda quiso enmendar aquella definición—. Pero estoy de acuerdo en que podemos hacer cosas que nadie hace. Es un don generacional.

—Sí. Sin duda está en vuestro ADN. Me dijo Nicole que Sasha tuvo la capacidad de desplazarse en el interior de un tornado de agua. ¿Es eso así?

—Sí. Así fue —asintió Pietat. No se iban a ocultar de nada ni de nadie. Y menos de él.

—Pero eso sucedió en Es Vedrà, en nuestra isla, y en nuestro mar. No quiere decir que lo podamos hacer en todas las condiciones. —Amanda se cubrió las espaldas.

Dan negó con la cabeza, rebatiendo aquella teoría.

—No importa el lugar. Si lo hicieron una vez, pueden hacerlo dos. Vuestras células y vuestra energía tiene memoria. Puede que seamos capaces de hacer más cosas de las que os imagináis.

O eso esperaba Dan. Les pedía consejo a Amanda y a Pietat, y ellas debían decidir si podían protegerlos a todos o no.

—Y lo sabemos, Dan. —Amanda le dio la razón—. Pero no debemos abusar de la magia. La Ley de Causa y Efecto puede volverse contra nosotras.

—Pero tenía entendido que se volvía en vuestra contra si el móvil por el que usabais los hechizos tenía que ver con asuntos egoístas. Pero esto no es egoísta. Lo que hacéis hoy aquí, no tiene que ver solo con la supervivencia, sino con el destino de la humanidad. Dicho esto —las intentó tranquilizar—, ¿veis factible un hechizo de invisibilidad?

—No es imposible —aseguró Nicole apareciendo tras ellas, mientras se palmeaba las manos para acabar de expulsar la sal con la que habían trabajado. Había oído esa parte de la conversación. El círculo realizado había sido grande, para abarcar toda la zona que Dan vio en su visión futura

—. Se puede evadir al ojo humano sin necesidad de desmaterializarse. La última vez que consulté el Grimorio, eché un vistazo a los hechizos que nos habían legado las brujas de nuestra familia. Una de las brujas del Grimorio vivió por un tiempo en Irlanda, se llamaba Brígida. Algunos de los hechizos que nos dejó como legado es el *Feth Fíada*.

—¿Qué es eso, pelirroja? —le preguntó Dan dulcemente.

Nicole desvió la mirada hacia él y sus ojos verdes se perdieron en el azúcar que había en la expresión de Dan. Y pensó que una vida repleta de esas miradas la convertirían en diabética. Pero sería una manera muy dulce de morir.

—¿Nicole? —insistió al ver que ella no contestaba.

—Sí, perdona —carraspeó—. Resulta que el famoso Grimorio de las Balanzat es, además de una fascinante epítome de magia y hechicería, un maravilloso sumario de chismorreos personales. Parece ser que Brigida se enamoró de un señor irlandés que decía ser descendiente de los Tuatha de Danann, y que llegó a controlar el *Feth Fíada*. Es un velo de misticismo y bruma que otorga la capacidad de ser invisible a ojos de los seres humanos y de aquellos que no tengan dones mágicos. A los elegidos que se hacen con el don, se les llama Señores del velo. Brígida cuenta cómo es el hechizo y la actitud y vehemencia con la que debe ser invocado. Ella lo logró y nos dejó las instrucciones en él. Si logramos controlar el *Feth Fíada*, podremos ocultarnos de los ojos de los Ojeadores. Pero —alzó un dedo—, el uso de este tipo de magia también trae consecuencias, por eso debemos protegernos. Ya que, ocultarnos a ojos de los humanos, nos expone ser vistas para otros y cohabitar en el mundo de aquellos que no están ni en un plano ni en este.

—Nos protegeremos bien —afirmó Pietat—. Y te entregaremos un nudo de las brujas, Dan. Procuraremos que no te pase nada.

—¿Pero de verdad vamos a hacerlo? —Amanda no se lo podía creer. Le encantaban los desafíos, siempre y cuando no pusieran en riesgo sus vidas. Aunque el mayor riesgo de todos era estar a la vista de aquellos que se hacían llamar Ojeadores. Por tanto, se arriesgaría, claro que sí. Nadie atacaba a su hija impunemente—. Lo haremos. Está bien —se reafirmó Amanda.

Dan sonrió mientras miraba de arriba abajo a Nicole.

—¿Y tú, pelirroja? Además de ser una enciclopedia de conocimientos, ¿crees que estarás a la altura?

Nicole dejó ir el aire entre los dientes y ocultó una sonrisita soberbia. Le estaba tomando el pelo. Si era por poderes y por fuerza, ella era la que más energía poseía de todas, solo que la usaba para trabajar con su mente. Con ella, los hechizos eran más potentes.

—De hecho —intervino Amanda—. Nicole es mi hija más…

—Chist, mamá —la cortó Nicole recreándose en la ignorancia de Dan—. Deja que lo vea —le pidió—. Ay, Dan, Dan —dio un paso para colocarse frente a él y darle dos cachetadas en la mejilla, admirando su tacto algo rasposo y su piel curtida—. Te mojaste los pantalones porque tuve un sueño en el que estabas involucrado, Nobita —respondió llevándose a su madre y a su abuela de ahí para que todas formaran aquelarre—. Da gracias a que nunca me viste en acción. Imagínate lo que hubiera pasado. Soy Balanzat. Hago augures —le guiñó un ojo por encima del hombro—. Y soy las más bruja de todas, aunque no tenga gato y nunca me hayas visto volar con una escoba. ¿Crees que tu cerebro hiperdesarrollado podrá asumir que soy más poderosa de lo que crees?

Dan no quiso ni parpadear mientras la veía caminar con su familia hasta la caravana. ¡Pero qué espectáculo que era Nicole, por el amor de Dios! Tan segura, tan magnética… tan *sexy*. Sus caderas se bamboleaban como hacía su largo pelo rojo, de un lado al otro. Y aquellos tejanos tan ajustados le quedaban como una segunda piel.

Dan sabía que no debía pensar en lo atractiva que era ni en lo loco que lo tenía, y menos cuando estaban a punto de realizar una protección de ese tipo.

Pero él no tenía la culpa de que Niqui influyera en sus células y en sus hormonas hasta ese punto. Ni tampoco Niqui tenía culpa de ello. Venus tocaba con su don a las mujeres que eran capaces de sobrellevar la belleza con naturalidad, sin obsesionarse por ella. Y Nicole era la mejor anfitriona de ese don. El mejor ejemplo.

Era arrebatadoramente guapa, porque lo vivía con espontaneidad, sin ser consciente y sin querer ser ostentosa. Por eso era tan bella.

El helicóptero blanco y negro de Clement sobrevolaba la cosecha, con Nil y Kilian de pasajeros. El atardecer caía sobre el amarillento prado triguero, y la luz se fundía con la llegada de la noche. Quedaban diez minutos para las ocho y media, y Dan había garantizado que su visión era puntual y exacta.

Las autocaravanas se habían trasladado al terreno de Meredith, a dos kilómetros de ahí.

Nicole sería la encargada de llevar a cabo el hechizo. Ella se había cambiado de ropa, y como refrescaba, aprovechó para colocarse por encima una chaqueta militar de Superdry que la mantendría caliente. Todas las demás también llevaban manga larga. Así evitaban las picaduras de los mosquitos y la temperatura que bajaba inevitablemente al llegar la noche.

Para empezar el ritual, las cinco mujeres se colocaron como si se estuvieran posando sobre los picos de una estrella de cinco puntas.

Niqui abrió el Grimorio y se dispuso a leer el hechizo.

—Empiezo yo una vez —les explicó—. A partir de la segunda lectura nos ponemos con el arraigo. Vamos a visualizar bien lo que queremos, y a hacer el hechizo nuestro. Tenemos que concentrarnos o nos venderemos a los Ojeadores.

Las cuatro estuvieron de acuerdo con ella y asintieron.

—Empezamos. Cinco puntas tiene mi estrella —tomó aire por la nariz, para relajarse—, y cinco mujeres nos posamos sobre ella —leyó manteniendo un buen tempo, y aceptando cada palabra en su corazón—. En esta noche el cielo se apagará, pero la luz de esta estrella al ser querido de dentro del círculo guiará. Y aunque nadie te pueda ver, tú igual existirás, como la magia más pura, que muchos no ven, pero es verdad. Verdad como el velo que nos cubre, verdad como esta hermandad, verdad como esta bruma que elude a los ojos que nos vienen a acechar.

Nicole miró una a una, y sin necesidad de ponerse de acuerdo, las cinco brujas de la sal, protegidas en el interior del cerco, empezaron a decir en voz baja, para no ser oídas:

—Cinco puntas tiene mi estrella y cinco mujeres nos posamos sobre ella. —Nicole las miró a la cara, y una gran oleada de gratitud y orgullo la barrió

de pies a cabeza. Ellas estaban ahí para protegerla. Habían tomado la decisión de venir a rescatarla. Y ahora, se encontraban en medio de una odisea que no sabrían si tendría un buen final. Pero las Balanzat eran valientes, y amaban la familia por encima de todo. Sí. Fue estúpida por creer que no se inmiscuirían. El amor provocaba que todos metieran las narices donde no les llamaban. Y que a todos les salpicara la misma mierda. La familia era para lo bueno y para lo malo—. En esta noche el cielo se apagará, pero la luz de esta estrella al ser querido de dentro del círculo guiará. Y aunque nadie te pueda ver, tú igual existirás, como la magia más pura, que muchos no ven pero es verdad. —Nicole dejó el Grimorio a sus pies y extendió las manos a los lados, para que se enlazaran con las de su abuela y las de su madre, y rodearon la estrella con un círculo, para cerrar el hechizo—. Verdad como el velo que nos cubre, verdad como esta hermandad, verdad como esta bruma que elude a los ojos que nos vienen a acechar.

Entonces, el interior del círculo se tornó azulado, y esa luz se convirtió en una cúpula traslúcida que las rodeó, y poco a poco se expandió hasta rodear también todo el círculo de la sal en la que se hallaban. Ellas podían verlo porque estaban dentro, pero desde fuera no verían nada.

—Sigue, Niqui —le ordenó Amanda emocionada—. Lo estás haciendo. Hay que reafirmar el velo.

—Sí —asintió adaptando sus ojos a aquella bruma—. Cinco puntas tiene mi estrella, y cinco mujeres nos posamos sobre ella…

En el cielo, Clement, Nil y Kilian daban vueltas en círculo. Aún no requerían el foco, pues había suficiente claridad para ver lo que sucedía abajo, pero no tardarían en prenderlo para tener mayor visibilidad.

Abajo, entre la cosecha, y dentro del círculo de sal, Dan apreciaba la luz viscosa y tenue que se posaba en la redondela, creando una medio cúpula azur hecha de magia y energía.

Dan sonrió al sujetar aquel nudo de las brujas, talismán y protector, que Pietat le había dado y que lo conectaba con esas mujeres. Sabía que las Balanzat juntas podrían conseguir todo lo que se propusieran. No había

límites para aquellos que creían tanto en sus posibilidades, pues creaban aquello que deseaban. Era un principio de la física cuántica. Imaginar futuros y posibilidades y convertirse en co creadores con el Universo. Él ya lo dijo: las Balanzat eran brujas cuánticas, entendieran el término o no.

Un pájaro pió por encima de su cabeza. Dan lo miró y esperó a que realizara un círculo. El ave también formaba parte del algoritmo y no se había alterado. Cuando hizo aquel movimiento y después se fue, Dan comprendió que el humano y el Ojeador estaban también cerca, como en su visión. Pero, no encontrarían las cosas ni las personas en su sitio. Eso les despistaría, y lo aprovecharía él para cogerlos por sorpresa.

Ágilmente, Dan se acuclilló entre las espigas y caminó con las rodillas flexionadas rodeando la zona, sin salir nunca del círculo de sal. Debía hacerlo con cuidado y sin hacer ruido. Podía ver los montones uniformes de polvo diamantino. Se cuidaría de no cruzarlo. Dentro era invisible. Fuera no.

En su visión cuántica, en ese momento, Alegra estaría hablando con él. Pero en la realidad, Alegra estaba cogida a la mano de su abuela y a la de Sasha, y era una parte indispensable del círculo humano que sostenía el hechizo dentro del círculo, y que nadie podía ver.

La posición de los elementos que conformaban el algoritmo había cambiado, pero el algoritmo era el mismo.

Y entonces, Dan lo vio, algo blanco estático a través del rabillo del ojo. Vio al Ojeador mirando hacia el lugar en el que debían estar las caravanas. Como en su visión. Pero las casas con ruedas ya no estaban en el campo.

Sabía lo que suponía para uno de esos individuos que las cosas no saliesen como habían calculado, les dejaba impactados y perdidos, porque no eran capaces de improvisar. Todo lo que hacían lo hacían siguiendo unas reglas ya preestablecidas. Se movían por el futuro que ya habían visto, y no había margen para la sorpresa. Hasta que se cruzaban con uno como ellos que no remara a su favor y les trastocara los planes.

Y Dan acababa de prepararles un regalo envuelto con un lazo que les iba a estallar en la cara.

El Ojeador, vestido de estricto negro, con ese gorro de gánster que cubría su calvicie y la palidez de su piel, movió la cabeza a un lado y al otro, buscándolo a él, a Alegra, y reubicándose en el lugar para dar con las

caravanas. Dan podía imaginarse cómo le salía humo de la cabeza, con el neocortex fundido y la glándula pineal trabajando a destajo.

Se colocó tras él, les sacaba a todos una cabeza, era más alto, más corpulento y fuerte. Aunque de nada importaba el físico si uno se enfrentaba a un Ojeador.

Actuó con celeridad, sin darle margen para que se adaptara al nuevo entorno y recalculase el futuro.

Saboreó su sorpresa cuando este se dio la vuelta esperando ver a alguien, esperando verlo, y no vio nada. Era invisible para cualquier ojo en ese plano.

La mirada negra del individuo ni siquiera parpadeó, no hizo ningún gesto que demostrara que su cerebro procesara información, porque no sabía qué procesar. No comprendía nada.

Dan le dio la vuelta agarrándolo por los hombros, y sujetó su garganta con el antebrazo izquierdo, para clavar los dedos de su mano derecha en una zona de la nuca, por encima de las vértebras cervicales, hasta que palpó el ya conocido dispositivo de una aleación metálica foránea que les ayudaba a ser como eran, no solo más inteligentes, sino, a caminar tres o cuatro pasos por delante de los humanos y del tiempo. Pero no sabían defenderse. No eran guerreros, ni luchadores. Dan había aprendido a serlo.

Dio un fuerte tirón con un gruñido, hasta extirparlo de su cuerpo. Las rodillas del Ojeador cedieron y expulsó un líquido oscuro por la boca. Él lo dejó desplomarse y mantuvo el objeto entre sus dedos, observándolo con interés. Había algo distinto del último que extrajo a Arka.

Sin embargo, no tuvo tiempo para poder admirarlo como quería. Él pirómano estaba frente a él, con sus ojos claros fijos sobre el cuerpo sin vida del Ojeador, y un cigarro en la boca.

Se llevó nervioso la escopeta al hombro, apuntando a un lado y al otro inseguro.

El pirómano tenía perilla y llevaba una gorra negra en la cabeza. La altura del trigo impedía que viera al Ojeador muerto.

Él no sabría siquiera que estaba ahí. Los Ojeadores solo se aseguraban de que el futuro se cumplía como ellos querían pero raras veces interactuaban con las personas.

Dan lo tenía justo delante, y el tipo no le veía. Este se llevó la mano al bolsillo y tomó su móvil para a continuación hacer una llamada.

Dan lo vigilaba mientras tanto.

—Señor —saludó a alguien al otro lado de la línea—. Oiga aquí no hay nadie. Estoy en Wiltshire y no veo ni autocaravanas ni personas… No, señor… Ya estoy mirando bien. Le digo que no hay nadie.

Dan arrugó el ceño y un instinto frío y metódico se adueñó de él. Necesitaba ese teléfono y comprobar a dónde hacía la llamada.

—Sí, señor… quemaré el terreno como usted me pide… en años nada más podrá ser grabado en esta tierra.

—¿Tú crees? —susurró Dan.

El hombre se apartó el teléfono de la oreja y observó lo que le rodeaba. Había oído algo. Pero allí no había nadie más, ¿no?

—Mira bien, capullo —dijo Dan en voz lo suficientemente alta para que él lo oyese.

El pirómano asustado tiró el móvil al suelo cuando sintió un fuerte golpe en el pecho que lo lanzó hacia atrás. Cayó de espaldas, y el golpe provocó que escupiera el cigarro prendido.

Dan se abalanzó sobre él y empezó a darle puñetazos en la cara. Su nudo de las brujas pendía de su cuello, bamboleándose de un lado al otro con cada impulso.

Sin embargo, el cigarro prendió enseguida entre el trigo seco, y se originó un fuego en el interior del círculo.

Pero Dan no se dio cuenta. Se hacía cargo de aquel individuo que había vendido su alma al mal y al poder. Quería darle una buena paliza. Nunca se consideró un tipo visceral, pero cuanto más conocía sobre la naturaleza humana, más asco le daba.

Imaginar que el futuro podría haber sido otro, y que ese mal nacido habría acabado con la vida de Nicole y los demás, eso sí lo alteró.

Lo vio todo rojo. Se dejó llevar por la furia.

Las llamas cada vez eran más altas. El fuego podía avanzar con rapidez y las Balanzat continuaban con el hechizo. Nicole fue la primera que olió el humo,

y la primera en salir del éxtasis que provocaba estar en sintonía con el mantra.

Alterada, cortó el flujo de energía del círculo, y soltó las manos que sujetaba. La bruma desapareció de repente, y las Balanzat cayeron al suelo, desequilibradas al notar cómo se tambaleó la energía.

Nicole salió disparada a buscar a Dan, justo cuando veía que Clement se internaba en la cosecha con una manguera que provenía de las caravanas que habían ido a buscar a la granja de Meredith. Kilian y Nil sujetaban otra negra. Aquella era la manguera de su autocaravana, y era muy potente. Si Clement había dejado el helicóptero y le había dado tiempo para ir a buscar los vehículos, ¿cuánto hacía que estaba ardiendo el campo?

—¡Clement! —gritó Nicole llamándole la atención—. ¡¿Por dónde está Dan?!

Clement hizo una señal hacia delante, sosteniendo la manguera con fuerza.

—¡Detrás de las llamas! —respondió—. ¡Corre, Niqui! ¡Sácalo de ahí! ¡Espera! —le ordenó. Acto seguido la roció de agua para que ella no se quemara—. ¡Ahora! ¡Ve! ¡Nos encargamos de apagar el fuego!

A Nicole le faltaron piernas para internarse valientemente por las zonas del campo que ardían. El fuego, las llamas, el ardor… Era intimidante. Pero no podía permitirse sentir miedo. Dan se había quedado entre las llamas el muy zoquete.

Por suerte, las mangueras eran potentes y regaban el trigo por encima de su cabeza en todas direcciones. Lo estaban ahogando. Menos mal.

Nicole corrió veinte metros en diez segundos, tan rápido como pudo, hasta que encontró a Dan de pie, con la piel de la cara manchada de hollín, y dos cuerpos a sus pies, uno chamuscado por el fuego, el otro aún con vida.

La impresión la paralizó. Parecía un ángel del infierno que había ido al purgatorio a cobrar a las pobres almas que no habían cumplido su trato con él.

Un ángel. Un vengador. Un demonio. Dan parecía ser todos y ninguno.

Tenía la mano derecha manchada de sangre, como si la hubiera metido en un bote de pintura roja hasta la muñeca. Y un teléfono móvil en la otra.

—¡¿Dan?! —Nicole corrió hacia él. La sensación que tuvo al verlo vivo no la podría describir jamás. Y no solo fue eso, lo que de verdad la afectó fue darse cuenta de que Dan estaba asustado, asombrado por la vehemencia de sus actos, perdido en las consecuencias de cada paso que hacía, y preocupado por algo que solo él sabía.

Parecía vulnerable, y aquello rompió el corazón de Niqui.

Nicole caminó lentamente hasta él, temerosa de que Dan pudiera huir de ella, pero no lo hizo.

Él alzó la barbilla, sin mostrar arrepentimiento de nada lo que había hecho, y sus ojos atormentados la fulminaron.

Nicole se abalanzó sobre él y lo abrazó con fuerza, rodeando su nuca con sus brazos.

—Dan…

Dan se quejó y ella se apartó asustada.

—¿Qué? ¿Estás bien? —le preguntó extrañada, haciéndole un chequeo como un médico.

—Sí —contestó—. Es solo que me han dado un golpe en la cabeza —se tocó la parte de atrás y vio que tenía un poco de sangre. Le estaba mintiendo en la cara. Pero lo que hacía lo hacía por un bien común. Todo por los demás. Sobre todo, todo por Nicole.

—Ven que te miremos. Alegra te…

—No. —Dan negó con la cabeza—. No. Estoy bien.

Niqui clavó sus ojos en los suyos y aceptó lo que él decía con tanta agitación.

—De acuerdo, Dan.

—Dile a Clement que venga —le pidió bajando el tono—. Tiene que ayudarme con esto —desvió su mirada hasta los cuerpos que yacían a sus pies.

Niqui fijó su atención en el Ojeador calcinado y se le puso la piel de gallina.

—Esto no ha acabado —le recordó Dan—. Con cada pequeña victoria ganamos tiempo, Niqui. Pero nada más. Vendrán más. Siempre vendrán más —aseguró—. Hasta que algo cambie.

—¿Qué es lo que debe cambiar? —preguntó inquieta.

Dan intentó sonreír, pero no lo logró. Nicole se estremeció, porque se dio cuenta de que ni siquiera él estaba convencido de lo que iba a pasar. Y si él, que podía leer los futuros, no sabía lo que acontecería, entonces, es que estaban perdidos.

—Mañana debe decidirse todo, pelirroja. Mañana. Hoy hemos arañado tiempo al tiempo. Mañana será otro día y podremos poner punto y final.

Niqui cogió aire por la boca, extraviada ante tantas emociones.

—¿Por qué no me gusta cómo hablas y cómo dices las cosas? —murmuró en voz baja—. ¿Por qué haces que me sienta insegura?

Dan negó con la cabeza. Estiró la mano que tenía ensangrentada para acariciarle el rostro. Pero al ver que estaba infestada de sangre de Ojeador, decidió que no la tocaría con ella, y la dejó caer. Nada que viniera de ellos debía corromper algo tan puro como esa mujer. Nada.

Niqui observó cómo su mano caía rendida, e incluso ella se sintió decepcionada.

Clement se asomó tras ellos, con la manguera aún chorreante, y cuando divisó los cuerpos a los pies de Dan, no dijo nada. Solo lo miró, y ambos se comunicaron en silencio. Como dos hombres que sabían lo que requería ese tipo de situaciones.

—Niqui. —Clement le dio la manguera—. Toma. El fuego ya está apagado. Recógela y guárdala en la caravana.

—¿Qué vas a hacer tú? —le preguntó ella.

—Voy a echarle una mano a Dan. Nadie tiene por qué ver esto —convino acuclillándose para observar de cerca al Ojeador calcinado—. ¿Es uno de ellos? —alzó la mirada hacia Dan.

Este asintió y esperó a que Nicole les dejara solos.

—Joder —musitó Clement.

—Niqui —volvió a advertirle Dan—. Haz caso a Clement. Y ayuda a tus hermanas a que vuelvan a la caravana. Aquí ya no hay nada más que hacer.

Enfadada y rabiosa por la situación, Nicole se tragó el orgullo y dejó que el sentido común moviera sus pies.

Le obedecería esta vez, porque todo parecía bajo control, y porque habían cosas en las que era mejor que no participara. Mientras tanto, recordaba lo que le había dicho Dan.

«Vendrán más. Siempre vendrán más. Hasta que algo cambie».

Ella parpadeó temerosa de aquella afirmación. No le gustaba cómo sonaba, no la tranquilizaba. Pero al menos, habían ganado tiempo.

19

No se podía decir que Clement, Nil, Kilian y Dan no hubieran hecho un buen trabajo. El fuego se había extinguido con rapidez y no se había quemado demasiado, pues no le habían dado tiempo a avanzar.

Dan, que era quien movilizaba a todos con sus instrucciones, les había pedido a Kilian y a Nil que trasladaran al pirómano a la comisaría más cercana, para contarles lo ocurrido. Incluso les había dicho lo que tenían que decir y que omitir. No debían mencionar nada sobre el Ojeador, aunque Dan no les dio demasiados detalles sobre ello, ni tampoco era que hubiesen preguntado.

A los dos hombres lo único que les importaba era que sus Balanzat estaban bien, y en lo demás que hicieran o tuviera que ver con ellas, intentaban mantenerse al margen todo lo que podían, porque ambos habían comprendido que en según qué asuntos de magia, los mundanos como ellos no tenían mucho que decir, nada que opinar. Suficiente era aceptar esas realidades sin volverse locos. Aunque en el fondo ambos eran hombres que lo tenían y lo habían conseguido todo a niveles profesionales, el mundo se les quedaba corto, y el que les presentaban Sasha y Alegra les parecía fascinante. Les enganchaba. A Kilian, por ejemplo, le daba igual si salía en la prensa como un héroe por haber cazado al pirómano junto a Nil. Lo único que le importaba era saber que había más de una realidad.

Nicole, sentada en el sofá que rodeaba la mesa del salón, miraba a través de la ventana de la caravana cómo una constante llovizna empañaba los cristales y ayudaba a sofocar el humillo que aún ascendía al cielo como

recordatorio del incendio. Sujetaba entre sus manos una taza de té caliente y relajante que Pietat había preparado para todos. En el centro de la mesa reposaba el Grimorio.

Aunque las cinco rodeaban la mesa en silencio, pensativas y seguramente meditando sobre el futuro inmediato que les venía encima en Ginebra, Nicole no podía dejar de pensar en Dan y en la expresión de desaliento que poseía su rostro cuando lo encontró entre las llamas. ¿Qué demonios era lo que Dan no le decía? ¿Qué le ocultaba? ¿Acaso había un peaje demasiado caro a pagar por saber todo lo que sabía y enfrentarse al CERN y a los altos estamentos gubernamentales? Nadie salía de rositas después de tomar otro camino diferente al que habían impuesto.

—Me pregunto —dijo Sasha con la guitarra que tenía entre las manos. Siempre se llevaba una a todos los lugares donde viajaba. Tocarla la tranquilizaba, y también sosegaba a los que la rodeaban—, si somos capaces de realizar todos esos hechizos del Grimorio.

—No se debe abusar de la magia, cariño —contestó Pietat dando vueltas a la infusión con la cucharilla metálica—. Tener dones como los nuestros conlleva ser responsables con ellos. No ser avariciosas.

Sasha afinó la primera cuerda de su guitarra de oídas.

—Lo sé, abuela. Pero lleváis toda la vida diciéndonos que somos sanadoras y que solo trabajamos con la sal para hacer hechizos y demás. Pero cuando llegó Alegra, convocamos a papá de entre los muertos. Todas conocemos las energías a las que nos enfrentamos en Es Vedrà para vencer a los Merwyn, y pudimos con ellos. Yo misma viajé en el interior de un tornado de agua. Y hace un buen rato, hemos creado un manto de invisibilidad… —arqueó las cejas—. Algo a lo que solo los altos Tathua de Dánann podían aspirar. Ese Grimorio está lleno de rituales y hechizos poderosos que las Antiguas llevaban a cabo, generación tras generación. ¿Somos capaces de activarlos todos?

Amanda reposó la espalda en el sofá y miró a sus hijas con mucha seriedad.

—Cuando abrimos el Grimorio, evocamos también la presencia de las Antiguas. No solo estamos nosotras en el círculo de magia. Funcionamos

como canales para que todas nos apoyen, ¿comprendéis? Nunca estamos solas. Siempre estamos con ellas.

Alegra estiró las piernas debajo de la mesa y miró de reojo a Nicole.

—Es por Niqui —dijo sin más—. Puedo ver su energía en medio de los rituales. Es como si abarcara tres cuerpos. Creo que Nicole al nacer primero se llevó toda tu energía y que a nosotras nos dejó las sobras.

Amanda sonrió y asintió.

—Nicole siempre tuvo mucho poder. Es algo que todas sabemos, y que ella insiste en ocultar. Pero se obcecó en estudiar simbología y criptografía en vez de desarrollar los límites de su magia.

Nicole las escuchaba, pero sus voces parecían lejanas. Su poder poco podía hacer para detener a los Ojeadores. Era Dan el único que podía. Ella no. Y para colmo, por sus ansias por desentramar los mensajes, él iba a ser eternamente perseguido, porque ella no podía encontrar una solución a todo aquel problema. Estaban hablando de otras realidades y de entidades muy superiores, donde personas como ellos eran meros peones.

—Tu magia llegará hasta donde tú quieras, Nicole. Pero tendrás que ser consecuente de tus actos —le dijo su madre posando su mano sobre su rodilla para que le prestara atención.

Nicole desvió la mirada hacia el rostro de Amanda, y reflejó la angustia que sentía.

—No sé si hay modo de detener esto —confesó dubitativa—. De verdad que no lo sé, mamá. Ahora estáis todas involucradas en este lío, y Dan tiene que jugarse el pellejo para dar la cara por mí. Siento que todo lo que pasa es por mi culpa… Y que poco puedo hacer yo con el poder que decís que tengo.

—No digas eso —su madre le devolvió una mirada misericordiosa—. No digas eso nunca más —insistió Amanda—. Tú has sido valiente. Y nosotras hemos decidido acompañarte para cumplir tu misión personal. Puede que también sea un poco la nuestra y debamos formar parte activa de ello.

—¿Y si he sido irresponsable con todo lo que he hecho? —barajó esa posibilidad bajo los efectos del miedo—. ¿Y si me metí donde no me llamaban?

—Tal vez hemos sido nosotras las que cometimos un acto de irresponsabilidad, Niqui —le rebatió su madre—, cuando decidimos no compartir nuestros dones con los demás y mantenernos a salvo en las Pitiusas.

—¡No, mamá! ¿Qué dices? —protestó ella.

—Lo que oyes. No creo que debas sentirte culpable por tenernos aquí. Porque es aquí donde hoy debemos estar.

—Pero sí habéis compartido vuestro don. Tenéis la Wish Pottery —rebatió Nicole—. Ayudáis a miles de personas con ellas. Y también tenéis vuestros remedios y compartís vuestra sabiduría con quienes os escuchan.

—Ayudamos de un modo en el que no sufrimos riesgos ni daños. ¿Cómo podemos animar a la gente a creer en la magia si nosotras no nos ponemos a prueba para creer en nosotras mismas? ¿Si no sabemos cuál es nuestro límite? Ahora tenemos la oportunidad de hacerlo. De ver hasta dónde podemos llegar. Y siento que tu misión puede cambiar muchas cosas. No vamos a dejar que lo hagas tú sola. Vamos a arriesgar también nuestro pellejo, hija. La causa lo merece. La verdad es de todos.

—Pero, mamá —tragó saliva y posó su mano sobre la de ella—. ¿Y si algo no sale bien? Ya has visto lo que hace Dan. Lo que es capaz de ver. Él sabía que nos iban a atacar y medió para que la cosa no acabara mal. Pero eso no quiere decir que nos vayan a dejar en paz. Mañana va a ser un día muy duro. Mucho. Vamos a tener que enfrentarnos a mucha gente —le explicó armándose de paciencia.

Amanda se encogió de hombros y le dedicó una sonrisa conformista.

—Pues ese será nuestro destino. No se pueden conseguir grandes cosas si antes no se arriesgan otras. Vamos a intentarlo al menos.

—Nicole, siempre te has comportado como la hermana mayor —le dijo Sasha sin dejar de tocar la guitarra. Era el concierto de Aranjuez—. Siempre has cuidado de todas nosotras. Es ho-hora de que nosotras te cuidemos a ti.

Nicole no podía sentir más amor ni agradecimiento por haber nacido en el seno de una familia de mujeres tan valientes y amorosas. Era afortunada.

Pero por otra parte, también experimentaba una creciente intranquilidad en su interior. El desasosiego no la dejaba relajarse, ni disfrutar de aquel momento en el que habían salido victoriosas con su hechizo. Tal vez porque

sabía que la paz era momentánea, o puede que fuese por la abrumadora desapacibilidad que los ojos miel de Dan mostraban abiertamente, a pesar de haber sometido a un nuevo Ojeador y al último de los pirómanos que estratégicamente quemaban los *Crops* y ponían en peligro las vidas de los cerealólogos.

La preocupación y el miedo seguían ahí. Bajo sus espesas pestañas y su gruesas cejas. Y eso era así porque Dan sabía que nada había acabado y que, de no pasar algo extraordinario, sus vidas siempre estarían marcadas y perseguidas. Cada día huyendo, cada día luchando a oscuras como héroes anónimos. Fuera lo que fuese lo que cruzaba la mente de Dan en ese momento, no era bueno.

A Nicole la idea no le gustaba, la tornaba ansiosa y aprensiva. Si algo le ocultaba él, tenía que decírselo. Porque, ¿quién les aseguraba que mañana fueran a sobrevivir?

¿Y si era el último día de sus vidas? Podían morir en cualquier momento, no iba a ignorar esa posibilidad. La situación era extremadamente peligrosa como para darle la espalda a ese más que posible destino.

¿Y qué pasaría? ¿Morirían sin decirse la verdad a la cara? ¿Moriría sin haber sido informada del plan completo? Al menos, ella merecía su sinceridad. Se había ganado el derecho de que Dan, que todo lo veía, fuera honesto y le revelara qué probabilidades tenían todos de salir victoriosos al día siguiente. Todos. Porque a ella solo le valía el todo. No quería perder a nadie por el camino, en aquella aventura de la que tan responsable se sentía.

Clement entró en la caravana con el pelo rubio canoso y la barba húmeda de la lluvia. Sus ojos buscaron inmediatamente los de Nicole y dibujó una línea aprensiva con sus labios.

—Ya no hay rastro del cuerpo del Ojeador —le informó—. Hemos enterrado su cuerpo calcinado en el exterior de las cosechas. Dan ha asegurado que tardan unas horas en replegarse y en…

—Sí. Sí —lo cortó Nicole levantándose del sofá—. Tienen una conciencia colectiva, y cuando uno de ellos desaparece —negó obtusamente — la red mental que comparten sufre una pequeña bajada de tensión. Hasta que no se *resetean* no vuelven a ponerse en marcha.

—Sí —confirmó su viejo amigo—. Dan asegura que está todo despejado. Mañana saldremos de madrugada. Lo que tenga que pasar a partir de ahora, sucederá allí.

Nicole asintió. No podía quedarse en el sofá ni un instante más. Todo le pesaba demasiado, las paredes de su autocaravana la asfixiaban. Necesitaba aire. Aire para respirar. Y adoraba cómo olía el cultivo mojado por la lluvia. Tal vez ahí podría recomponer un poco su estado anímico. O tal vez acabaría por derrumbarse. Pero lo que no quería era hacerlo ahí adentro.

—Necesito tomar el aire —musitó recogiéndose el pelo en una cola alta. Después rodeó la mesa y salió de la caravana sin apenas mirar a Clement ni a su familia.

—¿Quieres que vaya contigo? —le preguntó él preocupado.

—No. Gracias —le dedico una sonrisa de disculpa—. Estoy bien. Solo necesito un poco de oxígeno. Pensar un poco en todo.

Él se la quedó mirando. Nicole se alejaba por el sendero que la internaba en las cosechas, y no podía hacer nada por calmar la angustia de aquella a la que quería como a una hija.

Sasha estudió a Clement sin dejar de tocar los acordes de su guitarra. Las Balanzat respetaron la decisión de Nicole, porque podían comprender por lo que estaba pasando y le iban a dar el espacio que requería.

—Eh, Clement —sus ojos dorados sonrieron amigablemente—. ¿Por qué no traes una de esas botellas de alcohol tan caras que tienes para ocasiones especiales y la compartes con nosotras? Todos necesitamos un trago esta noche. ¿Te parece?

Clement sonrió abiertamente y le contestó sin necesidad de aparentar algo que no era:

—Todo lo que sea compartir momentos con Jack, me parece una idea excelente. Y más si es acompañado de cuatro damas tan bellas como vosotras.

Ellas sonrieron y pusieron los ojos en blanco. Más sabía el diablo por viejo que por diablo.

Nunca había necesitado nada más que eso para ser feliz. Allí, en medio de los campos de los cereales, alejada de la pequeña zona que se había chamuscado, Nicole siempre buscó encontrar el sentido a su vida, y si no lo hallaba, al menos disfrutaba pudiendo hacer lo que más le gustaba, viviendo una vida libre, sana, aventurera y llena de descubrimiento.

Pero en aquel momento, el trigo escondía una dualidad que la inquietaba. Esos campos le habían traído el mayor hallazgo de su vida, y también la razón por la que querían acabar con ella.

Vida y muerte.

Amor y miedo.

Contrarios que no podían vivir el uno sin el otro y que conformaban su mundo. Su gozo y su riesgo.

Apresó una de las inflorescencias amarillas del trigo y la trituró con sus dedos. De aquella planta saldrían muchos alimentos como la harina, la harina integral, cereales, sémola, cerveza… Nadie se había preguntado por qué impregnaban esos mensajes del cielo en aquellos tallos. Nadie cuestionaba por qué los usaban como lienzo. Todos se centraban en decodificar los dibujos.

Nicole sabía que había otro mensaje intrínseco en la superficie escogida y el superalimento que ellos decidían utilizar para elaborar sus códices artísticos.

Era por el magnesio. El germen de trigo, los cereales, las semillas, la levadura de cerveza… Todos esos alimentos ricos en magnesio se sacaban del trigo. Y resultaba que era el oligoelemento que más funciones importantes desarrollaba en el organismo, sobre todo para la salud nerviosa y mental. Para Nicole, el mensaje también radicaba en la importancia de equilibrar el magnesio en el cuerpo para tener una salud de roble, tanto física como emocional. Como si fuera un fuerte estabilizador. La carencia de magnesio en los humanos acarreaba consecuencias que luego derivaban en enfermedades de todo tipo.

Esa era su conclusión. Todo tenía una razón y todo tenía un motivo. Eligieron las cosechas de trigo, no la arena de los desiertos, ni la nieve de

las montañas ni las rocas calizas, para mantener un mensaje y grabarlo año tras año. Y no fue casualidad. Siempre hubo una razón.

Sacudió los dedos para limpiarse los restos de las espigas, tomó aire por la nariz y dejó caer la cabeza hacia atrás, abriendo los brazos, como si pudiera abarcar el mundo entero. Le gustaría poder regresar allí siempre, a su casa, a su mundo que solo ella descifraba y comprendía, pero tenía una corazonada, y las corazonadas de las Balanzat debían ser tomadas en cuenta, más aún las suyas. Tal vez, su mundo ya nunca sería el mismo.

—¿Por qué no estás adentro con las demás?

La voz de Dan a sus espaldas la apartó de sus pensamientos.

Sabía que se encontrarían. Que él vendría a buscarla. Que daría con ella. Y no porque él lo hubiera visto en sus futuros predecibles, sino porque ellos dos actuaban como imanes el uno con el otro. Siempre había sido así. Y eso no cambiaba a pesar del tiempo.

—Dímelo tú. ¿No ves el futuro? —replicó desdeñosa—. ¿Estás aquí ahora porque es lo que tienes que hacer para que el futuro que has visto se cumpla a rajatabla, Dan? Olvídalo. Ahora mismo no tengo ganas de sorprenderte. Puedes estar tranquilo.

—No —contestó él con voz tensa—. Sé de cuánto tiempo dispongo hasta que los Ojeadores hagan su particular puesta a punto. Disfruto de ese tiempo, vivo el presente, y durante ese paréntesis, simplemente dejo de pensar en lo que vendrá. Hasta mañana.

«Hasta mañana», pensó Nicole, «cuando volverá a esconderme lo que sabe». Se dio la vuelta sujetándose el codo derecho con la mano, como si fuera el de una persona ajena que la quisiera detener. Era un gesto de autodefensa.

Los ojos de Dan y Nicole hablaban sin necesidad de poner palabras en sus labios. Habían cosas que solo se oían con el corazón, aunque estuviera herido y fuese desconfiado.

—Sé que hay algo que no me quieres contar, Dan.

Él fingió no saber de lo que le hablaba.

—Te lo he contado todo. Es más, lo que sepa o deje de saber es intrascendente, Niqui. Lo único que puede cambiar el devenir son nuestras

acciones y cómo movamos las fichas a partir de ahora. Es en eso en lo que debemos focalizar.

Ella entrecerró los ojos y dejó ver parte de la frustración que sentía, y que poco a poco se convertía en rabia.

Negó con la cabeza y se mordió el labio inferior.

—Tengo una sensación —reconoció—. Es como un augurio. No puedo negar que está ahí, y que no sé de qué se trata. Pero me asusta pensar que algo de lo que suceda será malo para mí. No quiero que pase nada que pueda hacerme sentir desgraciada, ¿comprendes? Si sabes de lo que se trata, si sabes qué es esto que siento, te ruego que me lo digas.

—No puedo —contestó sin darle opción a réplica—. Ni quiero.

Ella se quedó inmóvil ante esa respuesta. Le privaba de la información. Así. Sin más.

—Eso es muy egoísta por tu parte.

—No, Nicole. No es nada egoísta —le aseguró él acercándose poco a poco a ella—. No puedo revelarte nada que pueda provocar un cambio de actitud en ti, o que te haga reaccionar o actuar de un modo que pueda provocar cambios en la línea de tiempo. Lo siento. Os puedo aconsejar, puedo deciros cómo actuar. Pero sois brujas, imprevisibles, desafiáis a la física cuántica de esta realidad, y sois inestables en los algoritmos. No te puedo leer. Ni a nadie de tu familia. Sois brujas y tenéis algún tipo de protección ahí —le señaló la cabeza—. Pero fue Alegra quien en ese futuro que vi hace unas horas y que me ayudó a modificarlo y a salvar vuestras vidas, me habló y me dio información de la situación y de lo que me rodeaba. Eso es muy raro. Actuáis en mis algoritmos de manera fluctuante e inesperadamente. Lo cambiáis todo. Por eso no puedo decirte qué es lo que veo. Porque lo que veo, al menos para mí —aseguró con sus ojos marrones fervientes—, ya está bien. El futuro que yo veo es el que quiero. Es así como debe ser. No voy a arriesgarme.

Los ojos de Nicole se aclararon presa de una inesperada irascibilidad hasta convertirse en una línea esmeralda. Sus labios se tensaron y las aletas de su nariz se dilataron.

—Claro, para ti está bien, ¿verdad? —susurró de manera afilada—. Como para Dan su futuro le parece correcto, ¡ha decidido que la opinión de

Nicole no vale una mierda! —se calentó enseguida. Explosiva como era, cuando discutía se convertía en un huracán—. Como para Dan, cuando descubrió que Nicole en su sueño tenía razón, ¡decidió que no se lo diría! Cuando el iluminado de Dan vio que el boicot que realizó al acelerador lo convirtió en súper hombre, ¡tampoco tuvo el valor de decírselo! Y después, cuando se tuvo que ir al Tíbet para alejarse de los Ojeadores, ¡fue incapaz de contarle nada a la pobre Nicole, porque según él, todo lo hacía por su bien! —exclamó terriblemente enfadada, tanto que la misma emoción le aguó los ojos. Tuvo que presionárselos con fuerza para no llorar—. Así actúas tú. Pero tus acciones también provocan cambios en mí. Me han apagado. Me han apagado estos años —dijo con voz temblorosa—. Han hecho que dejara de creer en el amor que yo tenía idealizado.

—Niqui…

—¡¿Sabes qué pienso de ese Dan?! ¡Qué nunca tendrá los cojones de decirme la verdad! Y que para ahorrarse problemas como el que yo haga y decida por mí misma lo que quiero para mí, ¡nunca tendrá los huevos de contarme lo que sabe! Pero, déjame decirte algo —dio un paso adelante y se enfrentó a él—. Dan también toma muy malas decisiones. Pésimas diría yo, que afectan pasado, presente y futuro. No hay tantas diferencias entre hace cuatro años y hoy. El Dan de antes y el de ahora es el mismo —sentenció desolada—. Sigue siendo el mismo gallina.

Nicole pasó por su lado y lo empujó con el hombro para sacárselo de encima e irse de allí. No quería verle la hermosa cara que tanto la hacía sentir y darse cuenta de que él continuaba ocultándole cosas, y no confiaba en ella para que tomara la decisión correcta. Porque la sabría tomar. ¡Tenía que confiar en ella!

De repente, Dan la agarró de la muñeca y tiró de ella como un latigazo para que no se alejara y lo mirase a la cara de nuevo.

—No me vas a dar la espalda ni a montarme un numerito. Hoy no.

—¡¿Hoy no?! —aquello la ofendió todavía más—. ¡Tengo ganas hasta de pegarte! ¡Así que suéltame!

—Tú no tienes ni idea de cómo soy ahora o de qué ha podido cambiar en mí en todos estos años como para que me juzgues con tanta libertad —

apretaba la mandíbula y hablaba entre sus blancos dientes apretados—. ¡Nada! ¡No sabes nada!

—Sé lo que tengo que saber. ¡Eres un tío superdotado para la ciencia, pero nulo para las relaciones emocionales! ¡Nulo para tratar a una mujer! ¡Tus nuevos dones habrán hecho que evoluciones, pero no tienes ni idea de cómo tratar conmigo! ¡Nunca supiste! ¡No entiendo cómo me pude casar contigo! —le gritó—. ¡Eres un témpano de hielo! ¡Dices que todo lo has hecho por mí, pero es mentira! ¡Porque alguien que me quisiera de verdad nunca me hubiera dejado sufrir tanto! Porque… ¡Te esperé, Dan! —dijo finalmente, con las lágrimas cayendo como una cascada a través de sus mejillas—. ¡Te esperé, maldito seas! ¡Creía de verdad que lo nuestro era diferente! ¡Que era el amor que yo quería y con el que yo soñé! Pero para amar hay que tener valor. Y tú… —le dedicó una mirada de desprecio que sabía que heriría a Dan, al menos, en el orgullo—. Tú no lo tienes.

—¿De verdad crees que yo no tengo valor?

—¿Estás huyendo continuamente, no? —Sabía que no estaba siendo justa. Pero en ese momento solo quería hacerle daño, como le dolía a ella su actitud—. Primero te escondiste en el Tíbet para que no te encontraran, ahí perfeccionaste la facultad de leer futuros, y con ello, te enfrentas a los Ojeadores conociendo el terreno y sabiendo que en realidad no es un enfrentamiento directo, sino, un *déjà vu* que ya sabes cómo acaba. ¿Qué valor hay en eso? ¿Me lo puedes explicar?

—¿Crees que ha sido así de fácil? —contestó defraudado con la actitud tan fría y cruel de Nicole—. ¿Crees que lo paso bien siendo como soy? Nunca podré volver a ser el mismo de antes —lamentó.

Ella, que aún continuaba con actitud beligerante, no supo detenerse a tiempo. Iba a degüello y quería dejar a aquel títere sin cabeza.

—Cuando estoy contigo —prosiguió Dan con la voz algo quebrada— mi mente se relaja. Tú, aunque ahora me parece mentira, me haces bien. Tú energía me hace bien. Acallas todas las voces. Me tranquilizas. Todo el ruido alrededor se queda en silencio.

—Pues ojalá no lo hiciera. Estaría bien verte perder por un momento ese control que tienes del tiempo y de la vida, y comprobar que no eres un puto robot. Ya sabes, que te queda algo de humanidad y empatía ahí adentro —le

golpeó el pecho con el índice—. Porque conmigo no eres nada empático. Tal vez nunca estuviste enamorado de mí de verdad. O puede que yo siempre estuve equivocada contigo y me obligué a quererte. Te idealicé, ¿no crees?

Dan entreabrió los labios y cogió aire en una exhalación. Le acababa de dar un puñetazo que le había dejado sin respiración. Un golpe seco a la altura del pecho, cuyo reflejo le alcanzó también el corazón.

—Espero que esto te demuestre lo equivocada que estás. Y que tengas el valor después de pedirme perdón.

—Tranquilo, te lo pediré cuando hayan pasado cuatro años, como tú. ¿Te gusta la idea?

Dan frunció el ceño, contrariado por las desbordantes emociones que lo barrían. Y de repente, tomó la cabeza de Nicole con las dos manos, cerró los ojos, y se abrió a ella como nunca lo había hecho.

Nicole era bruja, lo admitiera o no, y la mente de una bruja tenía otras capacidades. Él nunca podría leer la suya, pero sí estaba capacitado para transmitirle todas sus experiencias a través de los recuerdos de su mente. Porque esa era su voluntad. Necesitaba que Nicole lo viera con sus propios ojos, que lo viera todo. Porque Dan nunca podría hablar de lo que él había pasado desde que empezó su proyecto en el CERN. No encontraba palabras para tantos cambios, y tantos trastornos. Solo así, excepcionalmente, Nicole podría ver lo que él vivió. Captar sus miedos y también su información, aunque no entendiera nada.

Pero así empezó él. Sin entender qué le estaba pasando.

El primer instinto de Nicole fue protegerse. Quiso agarrar las muñecas de Dan para apartar sus manos de su cabeza. Pero entonces sintió un fuerte ardor en las sienes, y después un increíble empujón mental, como si hubieran dinamitado sus barreras, no para leerla, sino para que recibiera toda la información.

Y a partir de ese momento, empezó a recibir el caudal de datos. Las imágenes que como vídeos pasaban ante sus ojos. Sintió el malestar, la angustia, el miedo, la desconfianza, el pánico y la soledad de Dan después del sueño que ella tuvo. No quería dejarla, pero pensó que el mejor modo de

volver con ella era demostrándole que estaba equivocada, a pesar de lo mucho que la echaba de menos. Después, cuando descubrió todo lo que sucedía en el CERN, Nicole sintió su pavor y su incredulidad, pero ante todo, su miedo por ella. Porque tenía ganas de contarle lo que estaba pasando, lo raro que era Solomon, pero estaba paranoico y creyó que lo seguirían hasta ella, y que Nicole correría peligro. Después vino la paliza, la terrible paliza que le dieron el día de la inauguración.

Y entonces vio una fuerte luz, una increíble luz que la dejó cegada.

Era el día que hicieron el *Crop circle* sobre él.

Después de eso, solo sentía miedo. Dan tenía miedo de sí mismo continuamente, y miedo por ella. Sabía que los Ojeadores podían rastrearle. Si lo rastreaban descubrirían lo que Nicole hacía, verían lo importante que era para él y la perseguirían para que él saliera de su madriguera. Y Dan… Dan solo pensaba en ella, en el miedo diario que tenía y en las ganas de acudir a su lado, entre sus brazos, el único lugar donde siempre había tenido consuelo de verdad. Y temía que ella lo rechazara al ver en lo que se había convertido. Pero Nicole necesitaba protección, y él se la iba a dar aunque tuviera que alejarse de su vida para ello. Sin embargo, los planes de Nicole y sus descubrimientos inquietaron a los Ojeadores, porque les incumbían directamente. Y Dan tuvo que salir de su retiro para ir en su busca y esta vez protegerla, pero con él de por medio y con sus dones controlados.

El amor de Dan hacia ella era hermoso. Nicole lo podía sentir en cada célula de su cuerpo. Pensar como él pensaba y sentir cómo él sentía… Tenía una manera de querer única. Se podía decir que casi la veneraba. Pero estaba tan atormentado… Sus nuevos poderes por poco le volvieron loco. Y si al final se alejó de la locura fue porque el recuerdo de Nicole lo mantuvo cuerdo, su única esperanza era volver a ella. Aunque sabía que el día que lo hiciera sería porque las cosas estaban muy mal, y porque el tiempo junto a ella sería escaso y corto. No podrían huir de los Ojeadores eternamente.

Aun así, Dan la ayudaría y volvería a su lado. Porque no podía no hacerlo. Nadie podía tocar o increpar a Nicole sin después no rendir cuentas con él.

El precio a pagar sería caro. Pero lo que valía la pena de verdad, jamás era gratis.

Nicole se tambaleó hacia atrás y acabó apoyando las manos en sus rodillas, respirando como si hubiese acabado un maratón.

Por el amor de Dios… Dan le acababa de transferir las emociones, las vivencias y los pensamientos de cuatro años de su vida. Y en cada día se repetía un pensamiento: ella, vestida con su vestido corto blanco que llevó el día de su boda, caminando a través de las cosechas, acariciando las espigas con la mano y sonriéndole por encima del hombro.

Solo su recuerdo. Solo pensar en ella le calmaba… Nicole intentó coger aire, pero los sollozos no se lo permitieron.

Mientras él no dejaba de pensar en ella, y en protegerla, ella le odiaba y pensaba en él resentida. Lo despreciaba unos días y lo amaba con locura otros. Como una inestable paranoica.

Pero Dan no. Dan siempre pensó de ella lo mejor, la admiraba, la respetaba. La amaba. La amaba tanto que hasta le dolía.

Las rodillas de Nicole cedieron y tuvo que clavar la izquierda en la tierra para mantener el equilibrio. Físicamente seguía mareada, pero emocionalmente la había demolido.

—Ahora vuelve a decírmelo a la cara, pelirroja —era una orden y también un desafío. Todo a la vez. Dan, alto e imponente, se inclinó para coger a Nicole de la coleta y levantarla, sujetándola al mismo tiempo de la barbilla—. No tienes ni idea. No tienes derecho a hablarme así. He renunciado a todo por ti. ¡A todo! ¡¿Me oyes?! Mi amor por ti está fuera de toda duda. Pero puede que sea el tuyo el que haya que poner en tela de juicio —le dijo igual de dañino.

Nicole negó con la cabeza. Ese Dan era diferente. Parecía vivo de verdad. Capaz de hacer cualquier cosa y de perder el control. Se había equivocado con él. Sus ojos marrones tenían destellos de brasas granates, a vivo fuego.

Nicole lloraba, sujeta todavía por las manos de Dan, tocando el suelo con la punta de los pies.

—Ponme a prueba entonces —le retó ella sin temer su beligerancia. Lo estaba provocando, destrozada como estaba, a que hiciera con ella lo que

quisiera, a que le demostrara cuánto la quería. Le daba igual que estuviera enfadado. Nicole necesitaba esa dosis de realidad de Dan, para sentir que aún estaba viva y que la sangre corría por sus venas. Estiró las manos hacia adelante y lo agarró del pelo largo y rubio sin ninguna delicadeza para atraerlo a sus labios sin que se llegaran a tocar—. ¿Me quieres? ¿Me amas, Dan?

—No te lo mereces —contestó él furioso.

Nicole se pasó la lengua por los labios, tan nerviosa y rebotada como él.

—Entonces dame lo que me merezco. Haz que te crea. Demuéstramelo.

El masculino músculo de la mandíbula le tembló sin control, y en décimas de segundo tomó la decisión. Nicole nunca había experimentado la fuerza de ese Dan, y ansiaba probarla.

Lo deseaba de hecho más que cualquier cosa. Se había imaginado infinidad de veces ese encuentro, pero por nada del mundo creyó que iba a ser así, en medio de una tormentosa discusión.

—¿Eso quieres? —le preguntó él con voz rasposa.

—Sí. ¿Me lo vas a dar? —alzó la barbilla continuando con su acoso—. ¿O vas a esperar a que pasen cuatro años más para?…

Dan la hizo callar con un beso. Entreabrió la boca y le metió la lengua en el interior, para rozarla con la de Nicole, la cual parecía que era la primera vez que le daban un beso con lengua.

No le dio tiempo ni a que reaccionara. Las manos de Dan, calientes y grandes, se desplazaron por su cuerpo hasta que le quitó toda la ropa que llevaba y la dejó en ropa interior, con el sujetador negro y las braguitas a conjunto.

Dan siempre había sido paciente y tierno a la hora de hacer el amor, pero esa vez se había dejado la calma en casa. Quería saquearla y dejarla expuesta, desnuda y a su merced.

Tiró la ropa que le fue sacando al suelo, y le dio la vuelta para desabrocharle el sujetador.

Sus manos salieron disparadas para cubrirle los pechos. Los pezones de Nicole se erizaron con aquel contacto cálido y excitante. Ella cerró los ojos

y continuó cogiendo aire por la boca, con sus labios hinchados por el besazo que le había dado para desarmarla. La oscuridad se cernía sobre ellos, pero sus cuerpos relumbraban en la cosecha.

Dan pasó los labios por su cuello y le mordió tirando de su piel solo para notar cómo los pezones se le endurecían todavía más debajo de sus palmas. La piel se le puso de gallina.

—Llevo cuatro años deseando esto. Cuatro —dijo con su voz desgarrada por la emoción—. Y tienes el valor de cabrearme y de ponerme de mal humor… Desmintiendo el único sentimiento puro que tengo y que sé que es real —sus dedos retorcieron levemente las puntas de sus pechos. Después se dirigieron al sur donde le rompieron las braguitas sin más.

Nicole no se lo podía creer. Jamás le había roto las bragas.

Dan había cambiado también en el sexo. Ahora era más salvaje. Más… duro. Bien. Estaba bien. Le gustaba, no le daba miedo un poco de dureza en el sexo, siempre y cuando no se olvidara de ser tierno después. Además, después de todo lo que le había dicho, no esperaba que fuese dulce. Podía sentir su cólera en cada poro de su piel.

Estaba totalmente desnuda, de espaldas a él.

—Mi víbora pecosa —dijo en voz baja mientras le cubría el monte de Venus con una de sus manos. Le fue fácil internar el dedo entre sus pliegues para empezar a acariciarla arriba y abajo, deslizándose con facilidad, pues ya estaba húmeda.

—¿Te calienta discutirte conmigo? —le dijo incrédulo y a la vez satisfecho—. ¿Te gusta estar desnuda ante mí?

Nicole tragó saliva y se dio la vuelta para que sus ojos se encontraran. Él seguía enfadado pero también estaba excitado. Ella no se lo pensó dos veces y llevó su mano al paquete delantero. Dan estaba muy bien dotado, y muy duro. Cuando le iba a liberar de la construcción del pantalón y de los calzoncillos, él le apartó la mano y le dio la vuelta de nuevo.

—Llevo cuatro años sin estar con una mujer —murmuró—. ¿Puedes decir tú lo mismo?

—Claro. Yo también llevo cuatro años sin estar con una mujer —le espetó, a pesar de saber a lo que se refería. Pero le gustaba tomarle el pelo, incluso cuando su humor era de perros. No obstante, no. No podía decir lo mismo. Pero ninguno, jamás, estuvo a la altura de Dan. Aunque decírselo no le daría ningún consuelo—. A preguntas innecesarias respuestas descaradas. No te atrevas a echarme nada en cara.

Dan le empujó los hombros hacia abajo y la colocó de rodillas en el suelo.

—No lo haré.

A Nicole siempre le gustó esa postura, pues era primitiva.

Escuchó con excitación el modo en que él se desabrochaba el botón y se bajaba la cremallera del pantalón. Supo el momento exacto en el que se cogía la verga y se arrodillaba ante ella.

Le besó poco a poco las nalgas, el coxis, las caderas, la columna hasta colocarse encima de ella y succionarle la piel de la nuca. A pesar de la ira, también había ternura.

Ella cerró los ojos y siseó. Le hacía cosquillas y le encantaba.

—No lo haré, Nicole —le repitió—. Pero me voy a asegurar de que no sientas necesidad de estar nunca más con ningún otro hombre.

—Hay que ser muy bueno para eso —le provocó.

Él sonrió llevando una mano a su zona delantera, presionando el anular contra su clítoris, al tiempo que guiaba la punta de su erección a la entrada de Nicole.

—O muy malo —sentenció con voz filosa.

Después, Dan se introdujo en ella, empujando con insistencia pero tampoco con demasiada fuerza, porque ella estaba cerrada y no quería hacerle daño.

El tiento se fue al garete al sentir que el interior de esa mujer lo estrujaba y lo abrazaba dándole la bienvenida, a pesar de la resistencia física.

Dan le abrió más las piernas con las suyas, apoyó el puño por encima de su cabeza, como si fuera un animal, y sujetando su cadera con la otra, se impulsó hacia adelante hasta penetrarla por completo.

Nicole, que tenía apoyados los antebrazos sobre la tierra marronosa, ahogó un grito contra su mano.

La invadió por completo, dejándola impresionada por su fuerza, y también por la seguridad con la que lo hacía. Él quería eso, y lo iba a tomar.

Dan pegó su torso a su espalda, y así unidos, la incorporó hasta que ella quedó empalada sobre él, sentada a horcajadas, mirando a la misma dirección que él.

Nicole estaba muy hinchada y receptiva. Dan se apartó la cola roja de la cara y continuó estimulando ese botón de placer, coordinándolo con la embestidas que le profería.

—Dan… –se le escapó a ella.

Dan la continuó abriendo hasta que notó que no podía avanzar más en su interior, que había llegado al cerviz, y en ese punto empezó a moverse como un pistón, rotando las caderas para que lo sintiera en toda su extensión.

—He imaginado nuestro reencuentro de mil maneras —le explicó él al oído sin detener sus estocadas—. Pero nunca imaginé que sería así, en los campos de las cosechas —rotó los dedos en su clítoris y sintió cómo este se movía.

—Y eso que eres tú quien ve el futuro…

—Con una Balanzat el futuro no es fijo, se convierte en miles de caminos alternativos.

—Este que veo no es alternativo —le aseguró ella entre grandes bocanadas de aire—. Sé que vas a hacer que me corra.

Dan sonrió contra su hombro. Sus dedos obraban magia en el sexo de Nicole, igual que su verga caliente y gruesa que se impulsaba en su canal como si fuera una funda hecha a medida y ajustada a sus dimensiones.

Lo tenía, estaba a punto de correrse, Dan se lo iba a dar, pero entonces, Nicole se removió entre sus brazos, y sin saber cómo Dan acabó tumbado en el suelo, y Nicole rápidamente se colocó encima de él.

Desnuda como estaba con los ojos verdes vidriosos y las mejillas rojas, parecía una guerrera amazona.

—No voy a correrme sin que me mires a los ojos —le echó en cara.

Así, sobre la tierra, Dan era enorme. Se había ensanchado tanto, tenía un cuerpo musculoso, la cara marcada, y aquel precioso pelo rubio y largo la tenía encandilada. Era otro hombre, aunque en el fondo de sus ojos caramelo, seguía siendo el mismo.

Nicole apresó su erección entre los dedos, pero Dan no la dejó hacer más. Se tiró encima de ella, se colocó en posición abriéndole las piernas y aplastándola contra el suelo pajoso y húmedo, y la penetró de una vez acallando su grito con su boca.

La besó hundiendo la lengua entre sus dientes y sus dedos entre aquel glorioso matojo de pelo rojo que tanto le gustaba.

Nicole se quedó muy quieta, hasta que respondió a su beso y lo abrazó rodeándole una parte de la espalda con sus brazos.

—Dan… —sollozó en su boca. Dios. ¿Por qué lo amaba tanto? ¿Por qué tenía tanta necesidad de él? ¿Por qué había sido todo tan complicado? ¿Y qué pasaría a partir de ese momento?

—Deja de pensar, Niqui —le pidió él juntando su frente a la de ella, moviendo las caderas hasta pegar los pubis de ambos—. Deja de pensar. Aquí y ahora solo estamos tú y yo. Nadie más. Solo existe este momento.

A ella los ojos se le llenaron de lágrimas. Tenía razón. Probablemente solo existiría ese instante que estaban creando juntos. En unas horas partirían hasta Ginebra y todavía no sabía qué debía hacer ella, y lo más importante, qué debía hacer él. ¿Cuál era el plan? Pensar que iban a correr muchos riesgos y que sabía cuántos iban pero no tenía ni idea de cuántos volverían, la mataba.

—Voy a hacer lo posible por manteneros a salvo a todos.

—¿Y tú? Tengo miedo por ti, Dan —reconoció—. No puedes arriesgarte por todos. No sé qué cruza por tu cabeza ni qué tienes pensado. No quiero que te pase nada.

Los ojos de Dan se aclararon y parpadearon para mirarla después con un amor irracional y apasionado.

—Yo estaré bien. Igual que tú, Niqui. Estaremos bien.

Nicole alzó los brazos y con las manos retiró los mechones rubios de la cara de Dan, cuyas puntas le hacían cosquillas en las mejillas. Era amor. Era todo amor ese hombre. Dudaba del sentido de sus palabras, porque en el estar bien también se incluía un descanso eterno.

—Dan, prométeme que no harás nada que…

—Nada de promesas. No es justo —la interrumpió—. En futuros inestables no se puede prometer nada.

—Pero no sabré qué hacer si…

Dan negó con la cabeza y la acalló impulsándose más fuerte en su interior.

—Solo quiéreme, Nicole. No tienes que hacer nada más —le susurró—. Quiéreme.

«Quererle», pensó ella rota. No podía quererle más de lo que lo hacía. Era imposible.

Dan apoyó sus antebrazos en el suelo, a cada lado de la cabeza de Nicole, encarcelándola, para que solo lo viera a él. Para que solo pensara en él y en cómo le hacía el amor.

Y entonces, justo cuando notó que ella empezaba a apretarle con espasmos, Dan imprimió más velocidad y ritmo, haciendo chocar la carne contra la carne.

Y en sus bocas se ahogaron todas las palabras que se dijeron y las que se dirían, porque entonces solo existía el éxtasis de seguir vivos y de yacer juntos e ignorarían el incómodo pensamiento de que fuera la última vez.

20

Como si todos se hubiesen puesto de acuerdo para dejarlos solos, Nicole y Dan descubrieron que tenían su autocaravana para ellos, como cuando vivían juntos. Y que los demás, misteriosamente, habían preferido pasar la noche en la caravana de Clement, que era grande sí, pero estaba lejos de ser cómoda y lujosa como la de ella.

Sin embargo, así lo preferían, porque Nicole no soportaría ver la cara burlesca de Alegra y Sasha cuando le vieran el pelo y la ropa llena de trigo. Vamos, que su familia no era tonta y bien sabía lo que acababa de suceder entre ellos.

Con la calma y la tranquilidad de quién tenía un espacio reservado e íntimo, Dan volvió a desnudar a Niqui para meterla en el baño, y en el interior de la cabina de ducha con hidromasaje. Compartirían un baño juntos, y lo harían con la intensidad que merecían siempre las últimas veces. Aunque puede que no lo fuera. O puede que sí. Por tanto, ante la duda, se dejarían la piel en sus momentos juntos en Wiltshire, con el margen que daba el no ser perseguidos por Ojeadores ni por pirómanos.

Dan le enjabonó el pelo, deleitándose en lo espeso y a la vez suave que era. Siempre le gustó tocarle el pelo a Nicole, y uno de sus rituales más íntimos era lavárselo por las noches. En aquella cabina, daba la impresión de que solo existían ellos en el mundo.

Nada podía afectarles. Durante esa noche, solo ellos dos podían crear su propio universo, e idear su única realidad. Una que pudieran recordar para siempre si algo salía mal.

Nicole se apoyaba con las manos en la pared y permitía que Dan a su espalda, le masajeara el pelo.

—Nicole, no sé si te lo dije alguna vez —hablaba calmadamente, con pausa—. Pero eres una mujer excepcional.

Ella abrió los ojos que tenía cerrados, y se dio la vuelta para apoyar la espalda en la mampara de cristal. Las luces azules y rosas del interior reflejaban en sus pieles húmedas, y en aquellas miradas que decían tanto.

Cuando alzó la vista, se embebió de Dan. El agua se deslizaba por aquel cuerpo trabajado a base de esfuerzo, con el único móvil de acallar su mente. Y era tan hermoso… Tanto. Sí parecía un Tarzán, pero uno que tenía que lidiar con algo más que la supervivencia y la violencia del reino animal, que siempre estaba justificada. Él peleaba contra auténticos demonios. Demonios humanos y otros no tan humanos. No iba a valorar nada. Solo quería estar con él, detener el tiempo ahí en esa cápsula donde todo valía y el mañana no existía.

—¿Incluso cuando creías que lo que estudiaba era una locura?

—Que sea una excentricidad y salga de lo convencional no quiere decir que no sea verdad y que no tengas razón. Los mayores genios de la humanidad fueron considerados locos. Hasta que demostraron que tenían razón. Y tú me lo has demostrado a mí.

—La vida te lo ha demostrado, Dan —lo corrigió ella.

—Sí. De sobras —bromeó—. Ahora tienes que hablarles de la verdad al resto. Todos deben tener la oportunidad de escucharte.

Nicole escuchaba a ese Dan, y le pasaban mil cosas por la cabeza. La principal: «Ojalá hubieras venido antes».

Pero no quería pensar en lo que podría haber sido. Debía centrarse en lo que ahora eran.

Le puso las manos sobre los hombros y lo empujó hacia abajo.

—Siéntate —le ordenó.

La ducha hidromasaje tenía una silla sujeta a la estructura de acero y madera, hecha para que el masaje de los chorros de agua sobre la columna fueran más cómodos e intensos.

En el pasado usaron esa silla de muchas maneras libidinosas. Pero esta vez, Niqui solo quería cuidar de Dan, y hacer algo que nunca le había hecho.

Dan la contemplaba como quien miraba a una diosa. Para él no había nada mejor que ella. Ni siquiera sus dones. Porque lo único que daba un sentido a quién y qué era, era la Balanzat que tenía en frente, de pie, desnuda entre sus piernas.

Nicole tocó su pelo mojado con sus manos y sonrió con ternura.

—Cómo te ha crecido el pelo —musitó llenándose una mano de champú de olor a menta—. ¿Desde cuándo no te lo cortas?

Él ni lo sabía. No prestaba atención a su aspecto. Vivía más en su cabeza que fuera de ella, así que ni su apariencia ni la moda ni el efecto que podía provocar a los demás le importaban.

—No lo recuerdo.

—Pero sí te afeitas —aseguró ella pasando la mano por su barbilla dura y cuadrada.

—Llevé barba en el Tíbet. Pero no es higiénica ni cómoda. En las meditaciones, en invierno, se me formaba escarcha en el bigote. Y me quemaba la piel.

Nicole se echó a reír. Era un trasto ese Dan.

—Ya. —Nicole empezó a masajearle el pelo, frondoso y tan rubio que por zonas parecía blanco. Una oleada de dulcedumbre se apoderó de ella al recordar lo mal que él lo había pasado, y que continuaba pasándolo por tantos cambios que lo afectaron para siempre.

Dan la acercó a él tomándola por las caderas y apoyó su frente en el centro de su pecho.

—Nicole —exhaló agotado y agradecido por esa intimidad, y por recuperar, aunque fuera parcialmente, la confianza y el cariño del amor de su vida.

Ella hizo un puchero y lo abrazó con fuerza contra su cuerpo.

—¿Qué? —su voz apenas era audible.

—Nada. Solo Nicole.

Ella apoyó la mejilla sobre su cabeza enjabonada, y memorizó cada detalle de ese instante.

El sonido del agua.

El cuerpo poderoso de Dan, desnudo, vigoroso y de nuevo excitado.

Su boca, que empezaba a succionarle los pezones con suavidad.

Y la resignación cerrada en aquel suspiro, y en las lágrimas que ella derramaba y que se fundirían en el agua.

Como sus cuerpos.

Como sus almas.

Como aquel momento en el tiempo que se difuminaría como un diente de león en el viento.

21

Al día siguiente

Se levantaron de madrugada, cuando el sol aún no saludaba al día ni a las cosechas. Dan podía calcular mentalmente cuánto les quedaba antes de que los Ojeadores iniciaran su persecución. Por eso decidieron darse prisa para, al menos, estar en el aire y no en tierra, cuando esto sucediera. Los Ojeadores eran rápidos moviéndose, y cuando se organizaban, actuaban con la exactitud y el ritmo de un reloj inglés. Como una perfecta maquinaria.

Kilian les facilitó un *jet* para que viajaran todos hasta Ginebra, en la frontera franco-suiza.

No obstante, lo que Dan creía que sería un viaje solo para él y Nicole, fue un viaje en familia. Y eso le puso nervioso. Demasiadas brujas junto a él.

En un vago intento por convencerles de que lo mejor para ellos era quedarse en tierra, antes de llegar al aeropuerto pidió colaboración masculina a Nil y a Kilian.

Los dos hombres entendían su inquietud hasta donde llegaban sus conocimientos, pero le hicieron ver que en las decisiones de esas mujeres ellos no tenían nada que cortar.

—Dan, tío —le dijo Kilian—. ¿Crees que me apetece ir con vosotros? ¿Crees que nada de esto no me acojona? —sus ojos verdes relucían con una honestidad brutal—. ¡Joder, estoy cagado! ¡Soy jugador profesional de fútbol! Debería estar concentrado en el próximo partido de liga de la semana

que viene. Y aquí todo esto me supera —reconoció—. Pero resulta que no hay nada más especial en mi vida que ese grupo de locas Balanzat, que son mi familia —aseguró—. Y Sasha… —arqueó las cejas—. Sasha es mi agaporni.

—Tu agaporni… —repitió Dan recordando melancólico la noche en la que conoció a Nicole. Ella le habló de ese tipo de amor y él pensó entonces que había conocido a un hada de los bosques.

—Sí, tío —convino Kilian sin ápice de vergüenza—. Solo sé que ella es la que hace que cada uno de mis sacrificios valga la pena, ¿sabes? Entonces, pienso que tengo la obligación de ir con ella a todo aquello que considere importante. Para compartirlo juntos. Y para cuidar de ella. Porque ya has visto que adoran meterse en líos…

—Bueno, en realidad. —Nil intervino en la conversación— los líos van a ellas. Son imanes.

—Pero, vosotros sois conscientes de que esto es serio, ¿no? —A Dan los dos le caían de maravilla. Eran extrovertidos y desenfadados, pero al mismo tiempo, marcaban muy bien su territorio. Eran del tipo Alfa, pero con piel de cordero, hasta que alguien se metía con sus mujeres y entonces, ardía Troya. Se sentía con la obligación de advertirles en caso de que no estuvieran muy al tanto de la situación—. Vuestras vidas pueden correr peligro. Vamos al CERN a detener un acelerador, y Nicole tiene que colarse en una sala de máxima seguridad para dar un discurso sobre exopolítica a las Naciones Unidas. Se están sorteando balas, y todos tenemos muchos números de que nos alcancen.

Nil y Kilian se miraron a caballo entre el asombro y lo cómico. Y ambos a la vez se pusieron las manos en la cara y abrieron la boca de par en par, imitando el popular emoji del whatsapp.

—¡Anda, coño! —exclamó Nil—. ¡¿Pero no vamos a Ginebra a comer?!

—Yo pensaba que iba al observatorio, a ver un eclipse de sol —añadió Kilian más serio.

Dan entrecerró los ojos. Le estaban tomando el pelo, los condenados.

—A ver si te enteras, vulcano —le dijo Nil apoyando su mano en su hombro—. He visto como mi hermano recuperaba la movilidad de las piernas gracias a Alegra. He comprobado con mis propios ojos como este —

señaló a Kilian— salvaba la vida después de que Sasha tuviera una visión. He visto a miles de personas creyendo en las Balanzat a ciegas, repitiendo sus palabras en Atlantis en un ritual mágico que ha quedado grabado para siempre en Ibiza.

—Y yo he visto a mi madre muerta gracias a Sasha. Ella, esa pedazo de mujer que carga con una guitarra allá adonde va, salió del interior de un tornado de agua hace dos semanas. Te repito: dos semanas.

—Ajá —asintió Dan.

—Tengo que marcar goles, tío, y no dejo de pensar en ella saliendo del mar como si fuera la hija de Neptuno. Nos lo cuentan todo. Sabemos lo que vamos a ir a hacer allí, y sé que es algo muy fuerte y extraordinario lo que estamos viviendo. Y no. No lo entiendo. Y es probable que no lo entienda nunca. Pero la mujer que amo sí. Y con eso me basta. Así que sí, chaval —le dio un cachete amistoso en la cara—, somos conscientes de todo. Relájate —dicho esto, Kilian se colocó sus gafas de sol aviator y se dio la vuelta para buscar a Alegra.

Después de dejar las autocaravanas y el coche de Dan en la granja de Meredith, subieron todos al enorme Hummer negro del futbolista, con el que emprendieron el trayecto hasta el aeropuerto de Londres.

Desde entonces, en el increíble *jet*, cuanto más se acortaba la distancia entre Inglaterra y Ginebra, más se acrecentaba la tensión.

Dan decidió hablar con todos, para tranquilizarlos y para ponerlos en situación.

Para ello, tomó asiento en la amplia butaca de piel al lado de Nicole, y todos les rodearon para escuchar sus palabras.

—Como sabéis, el acelerador no puede ponerse en marcha. El proyecto AWAKE en el que trabajan, hace dos días, cuando hicieron un primer test sin toda la potencia que requerían, creó un portal en el cielo y llegó a cambiar hasta el clima. De ello hay muchas imágenes en internet. —Dan se conectó al *wifi* del avión y mostró las imágenes de las que hablaba, donde se veían espeluznantes cumulunimbus eléctricos y vórtices de nubes de todos los colores, solo encima del laboratorio de investigación, donde el cielo se volvió carmesí mientras el resto de techo estelar de Ginebra continuaba despejado y en calma—. Como veis, es una anomalía justo cuando ponían en

marcha el proyecto, y como ya os he dicho, fue solo una prueba en la que no usaron ni el diez por ciento de capacidad del colisionador de hadrones. Los Ojeadores quieren abrir un portal permanente —les explicó—, no sé con qué motivo —aseguró Dan— pero no se lo podemos permitir. Sería un caos que llevaran a cabo la operación, no solo por los riesgos que podría ocasionar al planeta, sino porque, cuando uno abre una puerta —los miró a todos solemnemente, uno a uno— nunca sabe qué es lo que va a entrar a través de ella. Hay que detenerlos. Para ello, necesito que las Balanzat mantengáis el hechizo que hicisteis la noche anterior. Necesito que me mantengáis oculto —les pidió—. Os quedaréis al margen, en el exterior, realizando vuestro ritual dentro del coche que nos lleve hasta el campus.

—¿Dentro del coche? —preguntó Nicole—. ¿Y se supone que yo tengo que hablar frente a los miembros de las Naciones Unidas desde el asiento de copiloto? —no lo creía. No podía ser así.

—Solo podrás hablar ante ellos si conseguimos truncar la puesta en escena del acelerador, Niqui —le replicó él—. Cuando lo logre, saldré ahí afuera de nuevo y te vendré a buscar para que des tu discurso —le aseguró mirándola a los ojos—. Clement nos ayudará a ripear las imágenes de los monitores de los aceleradores y las sustituiremos por tu cara, que es infinitamente más bonita que los veintisiete kilómetros de tuberías intraterrenas de las que consta el acelerador.

Ella no dio muestras de si lo creía o no. Simplemente afirmó sin más.

—¿Clement, ya sabes lo que tienes que hacer? —Nicole esperaba que para entonces no bebiera ni una gota de nada.

—Sí. Dan ya me ha hablado de cuál es mi labor. La tengo muy presente —contestó muy sereno.

—Espero que a nosotros no nos pongas solo de chófer —le advirtió Nil —. Que nos acojonemos no quiere decir que nos dejes al margen.

—No. —Dan medio sonrió—. Vosotros terráqueos, tendréis la labor más importante de todas. Vigilar que estas mujeres no se escapen y no hagan nada indebido. Y si veis que algo sale mal, o que tardo más de la cuenta, debéis ser lo suficientemente responsables como para saber que os las tenéis que llevar de ahí. Que tenéis que salvaros.

—No vamos a dejar a nadie atrás —convino Nil.

—No —negó Dan sin darle opción a réplica—. El futuro puede tener muchas caras dependiendo de nuestras acciones. Yo las he visto todas. Y creedme que si sucede eso, tenéis que largaros de ahí. ¿Me habéis oído? —esperaba que sus cuñados no se hicieran los héroes—. No hay nada más importante que que las Balanzat, sobre todo Nicole —recalcó— sobrevivan. Porque ella deberá dar el mensaje tarde o temprano. Conmigo o sin mí.

Nicole desvío la mirada hacia él y parpadeó confusa. Esa maldita sensación de inseguridad y miedo que la recorría al pensar en el CERN, volvió a regodearse en su interior. Qué poco le gustaba lo que Dan decía.

—Cuando lleguemos al aeropuerto internacional de Ginebra, iremos en coche hasta el CERN. Vosotros os quedaréis en las afueras, donde yo os diga. Y yo entraré. Una vez dentro llegaré hasta la fuente de alimentación principal del colisionador de partículas.

—¿Cómo entrarás ahí sin claves? —Nicole estaba intrigada.

—Tengo mis métodos —dijo sin más—. Lo que más nos concierne y es más urgente, es detener el maldito acelerador. Ese es el principal objetivo. Cuando lo logre, tú tendrás que trabajar en el mensaje.

Trabajar en el mensaje no era lo mismo que darlo en ese momento. Nicole sé sintió terriblemente mal al darse cuenta de que Dan no solo le ocultaba información, sino que la engañaba. Él iba a hacer algo más, algo que podría resultar mortal, y no quería contar con ella para ayudarle. Sin embargo, también comprendía al hombre que había sufrido, al que tuvo un encuentro directo con otras inteligencias y lo marcaron de por vida. El nivel de conciencia de su marido era excepcional, por eso prefirió no decirle lo que de verdad pensaba en ese instante. Porque ella era demasiado transparente, y con Dan no debía serlo tanto.

Nobita jugaba sus cartas.

Pero Doraemon siempre sacaba conejos de su chistera.

Y siempre, siempre, trabajaban juntos.

Lo sentía por Dan, pero si la conocía de verdad, entonces comprendería que era incapaz de quedarse apartada del ojo del huracán mientras él se jugaba la vida. No. Las cosas no sucederían como él pensaba.

—¿Queda todo claro? —preguntó Dan.

—Clarísimo —contestaron todos.

—Bien. Necesito darle a la cabeza. Queda poco para que los Ojeadores se pongan en marcha. —Dan se levantó de la mesa y se dirigió a una butaca solitaria en la parte más delantera del avión. Tomó asiento, sin ponerse el cinturón y se aisló de todos.

Mientras los demás se ponían a hablar sobre aquella esperpéntica misión conjunta, en la que solo Dan pretendía meterse en el foco central de la acción, Nicole lo siguió, no sin antes cogerle el móvil de encima de la mesa a Sasha. Esta se dio cuenta y la detuvo agarrándola de la muñeca.

—¿Te llevas mi móvil? —le preguntó en voz baja, aprovechando que los demás dialogaban.

Nicole afirmó con la cabeza y le dijo:

—Dile a Alegra que esté atenta a su teléfono. Tengo algo que deciros.

Sasha arrugó el cejo, pero la liberó.

Mientras tanto, Nicole arrastró sus pies hasta el lugar en el que estaba Dan y se quedó de pie frente a su butaca.

Dan abrió un ojo y la miró de arriba abajo.

Ella, sin más, se sentó encima de él, apoyó la cabeza en su hombro, y esperó a que Dan la rodeara con sus brazos. Cuando él lo hizo, Nicole suspiró y le dio un suave beso en la mejilla.

—Así meditarás mejor —le susurró.

Dan no le llevó la contraria. No le quitaría razón. Nicole acallaba todo y permitía que él se concentrase en su don.

—Eres mágica —reconoció apretándola suavemente contra él mientras volvía a cerrar los ojos.

Nicole prestó atención a lo que veía a través de la ventana. Se acercaban a Ginebra, y las vistas desde el cielo eran espectaculares.

—Lo sé —fue lo único que contestó.

Dan se concentraría en sus algoritmos y demás.

Pero ella también tenía estrategias que fraguar. Así que, aprovechando que Dan iba a desconectarse de esa realidad, Nicole decidió abrir la aplicación de Notas del móvil de Sasha y escribirles una pequeña carta.

«Al margen de lo extraño que es que os tenga que decir las cosas así, es el único modo que se me ocurre para poder hablaros con libertad, sin

levantar suspicacias ni intrigas en mis nuevos tres guardaespaldas. Ni Nil ni Kilian ni Clement deben saber nada de esto. Así que abogo al archiconocido juramento Balanzat de madres e hijas, que ha pasado de generación en generación, cuyas bases es prometer que nada de lo que os digo será revelado. Y si ese juramento no existe, hoy mismo lo creo yo.

Conozco a Dan. Sé que me oculta algo. Y no puedo permitirme no saberlo, porque tiene vocación de súperhéroe y cree que todo es su responsabilidad. Pero él no tiene que hacerse responsable de lo que pase a partir de ahora. No es responsable de mí.

Es mi marido. Mi pareja. Y como tal, somos un equipo de dos. Y vosotras sabéis que en un equipo de dos, nadie va por libre.

Dan es mi agaporni, querida familia. Sí. Lo he dicho. A-GA-POR-NI. Yo, la menos romántica de todas, he caído en el embrujo de ese amor de ave que es como una gripe aviar y que nos deja tan hechas polvo. Y los agapornis no pueden vivir separados, porque al final mueren debido a la tristeza. Lo perdí hace tiempo, y ahora lo vuelvo a tener conmigo, y juro que no podré soportar perderlo de nuevo. Pero es que… tengo esa sensación. Tengo el terrible augurio de que va a hacer una locura, y de que no va a volver. Y no me lo perdonaría nunca haberlo intuido y no haber hecho nada para evitarlo.

Todas las Balanzat hemos sufrido mucho con nuestros agapornis. Ellos son los que más daño nos han hecho, pero también los que mejor nos han complementado. Una vez los conocemos, no podemos concebir nuestras vidas sin ellos. Somos así de desgraciadas. Maravillosamente desgraciadas.

Lo sabe Alegra, por lo mal que lo pasó cuando Nil la acusó de algo que no era.

Lo sabe Sasha, por el dolor que tuvo que experimentar cuando Kilian no confiaba en sus aptitudes.

Lo sabe mamá, cuando perdió a papá.

Y la abuela, cuando tuvo que despedirse para siempre del abuelo. Ella nunca volvió a enamorarse. Nunca.

Yo os quiero. Os quiero tanto que me duele el alma al pediros esto. Porque sé que os pongo en un compromiso. Pero me traicionaría a mí

misma si no lo hiciera.

Amo a Dan con todo mi corazón. Con la fuerza de los mares y el ímpetu del viento, como diría la canción. No te rías, Sasha, que te veo.

Amo a Dan y nunca he dejado de hacerlo, aunque me partiera en dos cuando despreció mi visión y denostó mi trabajo. El miedo hace que nos comportemos como personas horribles. Pero Dan ya ha sufrido mucho, y a pesar del terror que sigue sintiendo hacia todo lo que le pasa, ha tenido el valor de venir a buscarme, venir a por mí, y salvarme ya muchas veces. Y a mi familia también.

Él quiere ser un héroe. Pero yo no quiero héroes, como diría tu canción Sasha. Solo le quiero a él. Al hombre. Al que es capaz de entregar su vida solo porque prefiere que yo continúe con la mía. Pero no entiende que la vida sin él no tiene sentido.

Por eso os pido que me ayudéis.

Tenemos poco tiempo. Quiero acompañar a Dan al interior del CERN. Pero no lo lograré si él me ve. Ahí va mi reclamo: Cread un hechizo alternativo para mí. Ayudadme a ser invisible a sus ojos también. No voy a dejarle solo. Él dice que las brujas tenemos capacidades diferentes al resto. No voy a discutirme con él para aclararle que, en realidad, somos sanadoras, porque ya no tiene sentido fingir que hacemos tantos hechizos como números venden los de la ONCE. La cuestión es que, brujas o no, sanadoras o no, actuamos de un modo independiente en esos futuros que él y los Ojeadores ven. Nunca actuamos igual. Somos imprevisibles. Y les volvemos locos.

Yo quiero serlo. Quiero alterar los futuros y asegurarme de que mañana, tanto él como yo, seguimos con vida.

Y si no, al menos, saber que los dos nos hemos ido juntos a Es Vedrà, con papá. Bueno, no quiero haceros llorar.

Os ruego que me deis la oportunidad de luchar por él como no hice antes, como ninguno de los dos hicimos por culpa de nuestro orgullo. Dejadme irme con él, os lo pido como Balanzat.

Yo siempre os voy a querer, os amo, y nunca dejaré de hacerlo, pase lo que pase».

Firmado,

Nicole Balanzat, hija, hermana y Bruja de la Sal y de los círculos.
P.D: Alegra, cuando recibas esto, no se te ocurra borrarlo.

22

CERN
Ginebra

El CERN era increíblemente grande. El laboratorio estaba en medio de un campus verde excepcional y grandilocuente, como los experimentos que ahí se llevaban a cabo.

La entrada principal se hallaba en el edificio 33, al lado del inmenso globo de la Ciencia, una estructura de madera que regaló el cantón de Ginebra.

La furgoneta se detuvo antes de llegar a las puertas de aquellos dos edificios que eran la entrada principal.

En el interior del vehículo, Nicole, que llevaba sus tejanos ajustados, las Huarache blancas y una camiseta negra de tirantes, miraba enmudecida y expectante a su familia. Amanda le puso a Dan por el cuello un colgante con un frasquito de los deseos, con el rezo del ritual de invisibilidad grabado.

—Aquí llevas la sal de Ibiza que ha sido recogida del círculo de ayer, Dan. No te lo quites. Cuando empecemos a recitar el hechizo, actuará como manto protector para ti y te hará invisible. Nadie te podrá ver.

—Sí, señora —contestó Dan a su suegra.

Esta posó su mano sobre la de él:

—De más está decir que esperamos que vuelvas de ahí dentro, ¿de acuerdo? Ya eres de la familia. Otro yerno más —dijo orgullosa—. No sé lo

que has visto en esos futuros a los que tienes acceso, pero sea el que sea, no elijas el que nos haga llorar.

Dan tuvo una sensación de congoja que le oprimió el pecho.

Negó haciéndose el valiente y le dio un apretón en la mano a Amanda.

—Siempre elijo lo mejor para todos.

—Espero que sea verdad —le recordó ella dejándole claro que no le perdonaría que no volviera.

Nicole miró a su madre expectante, porque sabía que a ella no se dirigiría todavía, pues Dan no podía saber lo que habían tramado, y como no tuvieron oportunidad de hablar a solas, no sabía todavía cuál iba a ser el veredicto respecto a ella.

Como fuera, Dan, que estaba sentado al lado de Niqui, la tomó de la mano y la obligó a mirarle a la cara.

—Nicole.

—No, Dan —lo atajó sin más—. Odio llorar delante de mi familia —le temblaba el labio inferior—, así que lo que tengas que decirme, si hay algo que valga la pena en esas palabras, me las tendrás que decir cuando vuelvas del acelerador y me recojas para dar una charla a esos estirados de ahí adentro.

Dan, quería decirle tantas cosas, pero no quería que sonara a despedida porque eso la alteraría.

Se obligó a sonreír y la tomó dulcemente de la barbilla para susurrarle:

—Incluso cuando lloras eres bonita.

—Eres tonto. —Nicole apartó la cara y se secó las lágrimas con disimulo—. Por favor, empecemos ya con el hechizo —las urgió, presa de la ansiedad.

El hechizo funcionaria para la furgoneta, para los que iban dentro de ella, y también para Dan, que era el único que supuestamente iba a salir.

«Cinco puntas tiene mi estrella y cinco mujeres nos posamos sobre ella. En esta noche el cielo se apagará, pero la luz de esta estrella al ser querido portador de la sal del círculo guiará. Y aunque nadie te pueda ver, tú igual existirás, como la magia más pura, que muchos no ven pero es verdad. Verdad como el velo que

nos cubre, verdad como esta hermandad, verdad como esta bruma que elude a los ojos que nos vienen a acechar».

—Adelante, Dan. Te esperaremos aquí —le aseguró Pietat—. Ahora haz lo que tengas que hacer.

Dan se despidió de ellos absorbiendo cada una de sus expresiones en aquella única imagen, como si fuera la de una fotografía, un retrato de familia que él se llevaría a la tumba.

Les sonrió:

—Es vital que sigáis las instrucciones que os he dado. No dejéis que ellas salgan de aquí —les dijo a los hombres.

—No lo haremos, tío —confirmó Nil mirándolo por el retrovisor—. Pero vuelve, ¿vale?

Dan afirmó con un gesto de su barbilla y por último miró a Nicole, lleno de amor.

—Hasta luego, Doraemon.

Sin más, abrió la puerta de la furgoneta y salió andando de allí, ajeno a las miradas de todos los coches que iban llegando y a todas las personalidades que de ellos se bajaban.

Nadie detectaría a Dan. Nadie se daría cuenta de que estaba ahí.

Kilian, Nil y Clement habían salido de la furgoneta para vigilar todo lo que acontecía alrededor. Como a ellos nadie les veía tenían la libertad de mostrarse a sus anchas.

En el interior del vehículo, la situación era aún más tensa.

Amanda miraba dolida y penetrantemente a su hija mayor. La mayor de tres trillizas que lo significaban todo para ella. La alegría de su vida, la magia de todos los mundos.

Una madre no debería pasar por un trago así, pero a Amanda le tocaba decidir.

Las Balanzat no se atrevían a hablar. Las cuatro lloraban en silencio, sin apartar la mirada de la pelirroja.

Nicole sentía el dolor de ellas, porque era el mismo que golpeaba su interior como un mazo. No quería salir de ahí, no quería alejarse de su familia, pero el hombre que amaba, aquel que la hacía volar libre, estaba a punto de desaparecer.

—Nunca te perdonaré que nos hagas pasar por esto —le dijo Amanda rota—. Ponernos en esta situación es lo peor que has hecho en tu vida.

A Nicole se le llenaron los ojos de lágrimas, más aún cuando escuchó el llanto silencioso de Alegra y Sasha, sentadas una a cada lado suyo.

—Lo sé, mamá —rebatió muy apenada—. Pero solo vosotras podéis entenderme. Sabéis cuánto sufre una Balanzat por mal de amor. Ayudadme a luchar para que eso no pase. Por favor, te lo ruego. —Nicole se colocó de cuclillas entre las piernas de su madre, sentada en frente de ella—. Le quiero, mamá.

Amanda no podía ni hablar. Sus ojos verdes, iguales que los de Nicole, estaban rojos, tan tristes como los de ella.

—No quiero perderte. —Amanda arrancó a llorar y abrazó a su hija mayor con fuerza—. Eres mi hija.

—Mamá, te prometo que no… no me perderás —le juró—. Voy a volver. Volveré con Dan de la mano. Lo juro.

En ese momento, Alegra, Sasha y Pietat hundieron a Nicole entre sus brazos. Querían transmitirle todo el amor que sentían hacia ella, y lo mucho que la querían. Nadie quería dejarla ir. Pero no se podía enjaular a un pájaro salvaje.

Nicole abriría las alas en busca de su agaporni huidizo, y ellas la apoyarían.

—Toma —le dijo Amanda sorbiendo por la nariz. En sus manos tenía otra Wish Pottery, una muy especial para ella—. Sé que no te gusta llevar ninguna. Pero esta es especial. Esta está hecha para ti. Tiene una hebra de tu pelo, otra del de Dan y la sal del círculo de anoche. Te dará invisibilidad, incluso para los ojos de Dan. No sé cómo lo harás —tomó la botellita entre sus manos y tironeó de la cuerda—, ni sé qué plan tienes, Nicole. Pero sea el que sea, tienes que regresar. No nos puedes dejar. No vas a matarme de tristeza tan joven.

Ella cerró los ojos agradecida y dio gracias a Dios por esas mujeres, por haber nacido por suerte y por azar en el seno de una familia mágica como aquella.

Se sentía tan plena de amor que estaba a punto de salir levitando del coche.

—Sasha va a cantar una canción que te sirva de guía. Como un señuelo. Sasha os mostrará el camino. La música os devolverá a nosotros —o eso esperaba Amanda. No podía ser de otra manera.

—De acuerdo. Canta alto, Sasha —le pidió.

La cantautora hizo un mohín.

—Me voy a dejar los pulmones por ti, hermana. Me oirán hasta en la otra punta del mundo.

—Ahora ve a por tu hombre, mi niña —le ordenó su madre—. Antes de que le pierdas la pista.

Entre todas volvieron a abrazar a Nicole y en voz baja, para que los tres guardianes no les oyeran, realizaron la invocación de invisibilidad.

«Cuatro puntas tiene mi estrella y cuatro mujeres nos posamos sobre ella. En esta noche el cielo se apagará, pero la luz de esta estrella al ser querido portador de la sal del círculo guiará. Y aunque nadie te pueda ver, tú igual existirás, como la magia más pura, que muchos no ven pero es verdad. Verdad como el velo que nos cubre, verdad como el que te cubrirá, verdad como esta hermandad, como esta bruma que elude a los ojos que nos vienen a acechar».

Cuando acabaron, Amanda abrió la puerta de la furgoneta con la excusa de que tenían calor.

—¿Y si dejamos esto abierto? —les dijo a los chicos, que tenían pose de seguratas delante del vehículo—. Hay que airear el interior del coche. Además, nadie nos puede ver.

Kilian frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No, mamá Amanda —le contestó inflexible—. Dan ha sido muy estricto. Cerrad la puerta.

Amanda puso lo ojos en blanco y le obedeció.

Para cuando la puerta estuvo cerrada por completo, y las Balanzat iniciaron de nuevo sus invocaciones, Nicole ya había cruzado la recepción del CERN en busca de Dan.

23

Interior del CERN
Ginebra

Lo había hecho. Finalmente, Dan consiguió conectarse a la red mental de los Ojeadores. Ahora, él mismo podía captarlos y leer sus mentes sin que ellos se dieran cuenta. Y lo cierto era que si él tenía fórmulas y algoritmos, ellos estaban reventados de símbolos extraños en otro idioma que Dan no podía reconocer. Pero se trataba de algo numérico, porque el lenguaje universal, el de los universos y las dimensiones, no era el inglés, eran las matemáticas. Todo en la vida eran números. Aquel era el modo en el que ellos se pasaban información, en el que se comunicaban.

Dios, era un torrente constante de datos. Seguramente, si tuviera más tiempo, acabaría por descifrarlos, pero Dan tenía una misión.

Le parecía inverosímil estar ahí, en el interior del CERN, leyendo a los Ojeadores sin ser visto. La magia cuántica de las Balanzat era poderosísima, y estaba convencido de que aquello, solo era la punta del iceberg. En realidad, esas mujeres no habían explorado todo su potencial. Serían capaces de realizar cientos de hechizos más, pero primero debían controlar sus emociones. O puede que, debido a sus emociones, tan puras y limpias, su magia era tan efectiva. Porque hacían las cosas creyendo en ellas y de corazón.

Dan avanzó por las instalaciones. Atrás quedaba el museo del microcosmos y el centro de visita de Atlas. La sala de control constaba de

muchos monitores donde se veía el funcionamiento directo del LHC.

Pero no era allí donde debía ir. Sabía qué tenía que hacer para conseguir que el colisionador no se pusiera en marcha correctamente. Una vez lo hizo monitorizando las claves y cambiando los valores de los imanes, pero ya no podía pues sin su equipo informático sería difícil entrar en el sistema. Pero ahora no solo quería detener el proyecto. Quería crear una hecatombe para los Ojeadores. Y tenía dos modos de hacerlo. Primero iría al centro de control del CERN, en Prévessin, un edificio desde donde se monitorizaba el LHC y toda su cadena de inyectores.

La sala estaba dividida en cuatro sectores, en los que se controlaba el complejo de los aceleradores.

Le empezaba a doler la cabeza. Sentía la presencia de sus enemigos cerca, y lo extrañados que estaban al percibir a alguien diferente en su red de comunicación. Dan sabría cómo atraerlos. Y sabía dónde iban a estar. Conocía a Solomon, el indudable líder de esos individuos calvos y blancos. Él estaba ahí, como siempre liderando el proyecto AWAKE. Y no tardaría en intentar dar con él, se volvería loco queriendo encontrarle.

Cuando Dan llegó al CCC, no había nadie de seguridad en su interior, solo científicos como él una vez fue, que intentaban llevar a cabo su trabajo.

Y él se lo impediría. Sin que ellos lo percibieran en ningún momento, Dan cambió los valores para desacelerar los procesos y que algunos tubos de inyección no se activaran. Quedaban quince minutos para que el proyecto se iniciara.

Quince para acabar de modificar algunas cosas. Los físicos ahí reunidos se movían de un lado al otro, ajenos a lo que de verdad estaba sucediendo con sus sistemas. Si observaban bien, podrían vislumbrar las teclas de los teclados hundirse solas, sin imprimir demasiada fuerza.

Pero allí todo el mundo iba arriba y abajo controlando datos e informaciones del LHC. No iban a imaginar que se estaban cambiando claves básicas de funcionamiento. Dan pensó en presionar el famoso botón rojo que inclusive Louis Armstrong conocía. Sería divertido ver a todos esos políticos e importantes cargos públicos salir despavoridos del edificio. Pero no. Necesitaba que todo se ejecutara con la máxima normalidad, que nadie sospechara nada.

De repente Dan captó una frecuencia en su mente. Era la de Solomon. Quería ponerse en contacto con él, hablarle, pero no reconocía su vía de acceso.

Por supuesto que no la reconocía, pensaba Dan victorioso. Él ahora era uno de ellos, aunque nada tenía que ver con su manera de pensar. Su decisión comportaría consecuencias, no sobreviviría a aquel implante, ni a la posible explosión que tendría lugar a cien metros bajo tierra. Cuando él llegara al lugar en el que se encontraban las cavidades de colisión, en el SM18.

Salió de la sala con una sonrisa de satisfacción que nadie vería, y con la determinación de que el siguiente destino sería el último para él. Pero aquel era el único modo de acabar con los Ojeadores, de usar sus mismas cartas y regresarlos de donde vinieron.

Ahora sabía, por la información que le llegaba en oleadas, que estaban todos allí. Que esperaban que el AWAKE, después de desviar la colisión de hadrones a una especie de objeto circular metálico que controlaría la explosión mediante imanes, abriese esa puerta. Y era una puerta a su mundo.

Estaba decidido a detenerlos. Su trayecto hasta el hangar donde se hallaban las cavidades azules de colisión, fue tranquilo e insólito.

Pensó que hubiera sido maravilloso saber que las Balanzat eran capaces de hacer todas esas cosas antes. Pero la verdad era que todo venía cuando tenía que venir. Nunca antes. Ni más tarde. Llegaba en el momento justo si uno estaba «despierto».

Acababan de anunciar por megafonía que quedaban cinco minutos para que el LHC llegara a su cenit energético.

Cinco minutos y todo habría acabado.

Cuando llegó al jacal donde todo se originaba, no le extrañó nada encontrar ahí a Solomon y nueve más parecidos a él. Ese futuro ya lo había visto. Los diez individuos se encontraban de pie, en fila, delante de aquel objeto de unos diez metros de diámetro, circular y con aleaciones metálicas imantadas de todo tipo. El observador AWAKE, no era otro que un nuevo dispositivo sacado de una película intergaláctica. Los Ojeadores verían en directo la colisión de las partículas, se concentrarían en el centro de aquel

círculo electromagnético y, si por casualidad se creara un portal, se haría ahí mismo.

Joder. Era espeluznante. Y todo eso se hacía con el beneplácito de los gobiernos fundadores de CERN.

Solomon miró hacia atrás. Dan nunca sabría leer sus expresiones pues siempre eran las mismas. Sus ojos negruzcos y pequeños hicieron un barrido de toda la sala, y alzó la mano para que su aquelarre estuviera atento.

—Él está aquí —les dijo sin más.

Todo el grupo de hombres de negro se dio la vuelta para buscar aquello que no podían ver. Dan se iba a poner las botas desconectándolos uno a uno. No iba a hablarles pues no quería que siguieran la dirección de su voz. Así que utilizó la vía de comunicación que poseía en su cabeza y que era como una línea telefónica.

«Hola, Solomon».

«Tú no deberías estar aquí. Deberías estar muerto».

«Debí morir tantas veces ya… y ninguna se concretó» —mientras hablaba, Dan veía en su mente cómo iba a actuar y los pasos que tendría que ejecutar para ir acabando con todos uno a uno.

«No puedes detener algo que está escrito» —le insinuó Solomon sin ninguna emoción—. «No puedes intervenir en esto».

«Nada de esto está escrito, calvo. Todo lo habéis precipitado vosotros. Y ya sé por qué. Ya os puedo leer».

Ahora lo sabía, sabía cómo pensaban y por qué habían hecho lo que habían hecho.

Los Ojeadores eran entidades que existían en el Universo. Desde la colisión de Roswell, una pequeña colonia se instaló para hacer negocios con las principales potencias. Ellos les facilitaban tecnología, a cambio de que les permitieran estudiar la genealogía humana. El trato se hizo longevo y dependiente. Por una parte, los humanos que colaboraban con ellos querían que les siguieran suministrando conocimientos tecnológicos. Por el otro, los Ojeadores estaban buscando una cura para su raza en el ADN humano, debido a su similitud física. Porque se morían. Ellos se morían. Pero gracias a sus habilidades para controlar la línea de tiempo, podían moverse a través de él y retrasar lo inevitable o modificar los caminos alternativos para poder

sobrevivir. Ahora, por fin, con todas sus instrucciones y la mano de obra humana, habían encontrado la manera de abrir un portal directo a su dimensión. Ellos entrarían de manera destajista, sería una invasión silenciosa. La colaboración con los humanos no les interesaba. Solo querían la supervivencia de su especie. Por tanto, con la excusa de abrir un portal dimensional para intercambiar ciencias, doctrinas y habilidades más directamente, una vez todos estuvieran en la Tierra, no les importaría someter a la civilización para hacer el planeta suyo.

La hermandad era una falacia. Una utopía.

Y la culpa de haber caído en esa trampa era única y estrictamente responsabilidad de aquellos que se creían con el poder de tomar decisiones en nombre de todos. Y también de los humanos ignorantes, que no veían más allá de sus narices y que nunca se preguntaron nada ni tuvieron curiosidad no solo por su mera existencia en su planeta, sino por la enorme posibilidad, que era una realidad, de que hubiese vida más allá del orbe, y que se había entablado contacto con otras inteligencias mucho tiempo atrás. Si no, ¿de qué el ser humano iba a dar un salto tecnológico cualitativo tan abismal desde los años cincuenta hasta ahora? Era de ilusos creer que el ser humano se convirtió en genio de la noche a la mañana. No fue así.

—¿Qué has hecho, Dan Williamson? ¿Cómo eres capaz de hablar con nosotros así? —esta vez sí, su monotono se volvió altisonante. Sorprendido.

Dan no contestó. Actuó. El hombre de al lado de Solomon empezó a convulsionar y a emitir ruidos guturales. De repente, puso los ojos en blanco, escupió un líquido granate y acuoso de la boca y cayó hacia delante.

Los Ojeadores se apartaron alarmados al ver lo que estaba sucediendo.

Su compañero yacía muerto en el suelo del SM18, y le habían extirpado el dispositivo mental estimulador de su cabeza. Ahora, en la nuca, en el occipital y en el parietal tenía tres incisiones. Dos de ellas parecían los agujeros que dejarían las clavijas metálicas de un enchufe.

«No sé por qué no te puedo ver, pero cuanto más lleves nuestro estimulador, peores serán las consecuencias para ti. Eres un ser muy emocional, Dan Williamson. Vas a perder todo lo que eres por intentar evitar lo inevitable. Esto te matará» —le advirtió.

Dan ya lo sabía. Pero no pensaba retroceder ahora. Ese debía ser su destino.

Lo hacía por todos. Por Nicole. Por las Balanzat. Porque no vivirían tranquilas, nadie lo haría, si usaban AWAKE para abrir un puente entre dimensiones. Nicole siempre sería perseguida, y su familia también, como hacía la Inquisición con las brujas. Ellas sabían demasiado, y querrían silenciarlas para siempre.

Los Ojeadores entrarían a mansalva. La humanidad estaría perdida. Y si no eran ellos, definitivamente, serían otros. Porque aunque los humanos fueran una enfermedad para la Tierra, el planeta era en realidad un maravilloso vergel en el Universo. ¿Quién no lo querría? Solo las inteligencias más superiores y centradas en la evolución espiritual en vez de la tecnológica, serían capaces de apreciar el diamante que era nuestro planeta. Y existían. Ahora Dan sabía que existían. Se habían comunicado con Nicole a través de los *Crop Circles*, y eran inteligencias a las que incluso los Ojeadores temían, por ser opuestas.

Alrededor de Solomon cayeron dos más, entre convulsiones, con el mismo final idéntico al primero. Cada aparato que Dan extirpaba, era un resumen menos de sus experiencias para el ordenador central y mental de los Ojeadores, donde fuera que estuviese. No podrían reorganizarse como siempre.

En ese instante, el círculo metálico estabilizador en el que se iba a abrir la puerta y hacia la que habían desviado la colisión de los protones y electrones de AWAKE, se iluminó y a través de pequeños haces eléctricos dispuestos alrededor del aparato, emergieron rayos azules, amarillos y rojos, cargados de electromagnetismo. Todos se condensaban en el medio formando una bola de luz.

—Llegas tarde, Dan Williamson.

«¡No llego tarde! —le dijo Dan, eliminando a dos Ojeadores más. Ahora solo quedaban cinco, entre los que estaba Solomon—. No llegué tarde cuatro años atrás, cuando modifiqué los imanes del tubo subterráneo del acelerador y eso provocó que el LHC fuera un fracaso. Provocó otras cosas, pero no lo que vosotros queríais. Os obligasteis a construir un acelerador más grande y

de más potencia pensando que así llegaríais a abrir un puente hasta vuestra dimensión. Pero incluso así, tampoco va a suceder».

Solomon, que era el más alto de todos, dio una vuelta sobre sí mismo y se quitó el sombrero de la cabeza. Tenía que detectar a Dan, pero era incapaz.

—Sucederá.

«No, Solomon. No sucederá —le dijo pasando tras él para encargarse de otro miembro más de su ya reducido equipo—. Me he encargado de ello».

Dan sintió una fuerte presión tras él, como si algo o alguien les succionara hacia atrás. Cuando se dio la vuelta a ver lo que era, vio aquel portal metálico en todo su esplendor, creando un embudo de luz tan brillante que lo cegaba. Era potente, era un portal menor, pero no los llevaría donde ellos querían, porque como hizo una primera vez, Dan había modificado los valores desde la sala central. Había otorgado valores similares de colisión a los que usó hacía cuatro años.

«No sé dónde iremos a parar, Solomon». Dan lo tomó por sorpresa y le agarró del cuello de la camisa blanca. Siempre la misma camisa. Siempre el mismo color. Siempre la misma cara pálida y la misma expresión. «Pero vais a desaparecer de aquí. Ahora. Esta no es vuestra dimensión».

El portal intensificó su energía, el centro se abrió mostrando una realidad difusa e inestable, y de repente, empezó a absorber todo a su paso.

Todo.

Nicole parecía un pez fuera del agua. No podía comprender nada de lo que había ahí. No entendía para qué servían los ordenadores, ni qué monitoreaban. No sabía si las grandes tuberías que había visto transportaban agua o luz.

La ciencia era un lenguaje convulso para ella, pues no decodificaba nada, no era su materia. Pero le impresionaba la puesta en escena del LHC, y más le impresionaba la parsimonia y la seguridad con la que Dan se desplazaba por cada sala y cada pasillo.

Lo observó mientras tecleaba los ordenadores a espaldas de los científicos, que sin duda, se sorprenderían más adelante de los cambios que

sufrieron sus programas.

Dan parecía inflexible, serio, deslizando sus dedos por los teclados, con aquella mirada que ahora brillaba intensamente, metálica, robótica, fija en las pantallas.

Y cuando ambos entraron a ese lugar llamado SM18, y Nicole pudo ver a ese grupo de Ojeadores frente a aquel aparato nuevo en forma de hiperanillo, el corazón se le disparó.

Al principio tuvo miedo de que la descubrieran. Aún tenía muy presente las torturas a las que la sometió Arka. Y ver a esos individuos todos iguales, le recordaban a él.

Pero cuando fue testigo del modo en que Dan se movía a su alrededor y se encargaba de arrancarles aquel dispositivo metálico de la cabeza, y uno de ellos, que parecía el jefe, le decía algo… Supo que Dan lo había preparado todo y que sabía perfectamente lo que iba a suceder.

Ella no daría ninguna charla a las Naciones Unidas. No había preparado nada para eso. Dan no contaba con ella en su futuro.

Él lo había preparado todo para acabar con los Ojeadores y hacerlos desaparecer, aunque la matanza lo arrastrase con ellos. Era espeluznante el modo en que Dan los mataba. Frío. Metódico. Inexpresivo.

Y era descorazonador saber que Dan, como ella intuía, iba a sacrificarse por todo un mundo, a pesar de que a ella la fuese a dejar sola. Renunciaba a una vida siendo perseguido junto a ella, protegiéndola. Y prefería una existencia donde Nicole permaneciera libre y en paz, aunque él no estuviera a su lado.

Zoquete desagradecido. Los ojos se le llenaron de lágrimas y corrió hacia él para intentar detenerle.

Podían escapar de ahí. Podrían seguir vivos unos días más.

Sin embargo, cuando Dan agarró al líder de esos hombres por el cuello, el círculo metálico se iluminó y tragó todo lo que había en aquel lugar y no estuviera bien anclado en el suelo.

A los Ojeadores.

A Dan.

Y a ella, que salió volando, despedida, internándose en un tornado eléctrico que la embebió en décimas de segundo.

¡Flop! Y allí, en la SM18, ya no quedó nadie.

24

¿Dónde estaba? El césped húmedo traspasó la tela de sus tejanos y le mojó las rodillas. Apoyó las palmas de las manos para incorporarse, pero estaba tan desorientada… ¡Tan mareada!

Cuando se levantó tambaleante, posó sus manos sobre su cabeza y cerró los ojos con fuerza. Se encorvó, pues tenía ganas hasta de vomitar, pero finalmente su estómago soportó la sacudida. A lo lejos, veía el CERN. De lejos observaba la luces de los edificios y aquel museo en forma de enorme pelota de madera. No podía ser…

Cuando notó que algo irradiaba una especie de calor a su lado izquierdo, se giró hacia esa dirección, y su cerebro tardó en procesar la información que sus ojos estaban recibiendo. Era como un manto luminoso, como una pantalla de cine.

Ella conocía esos campos. Era Wiltshire, los campos de cosecha de trigo.

Con más inseguridad que miedo, Niqui cruzó aquella pantalla de luz opaca, y pasó al otro lado de aquella inmensa ventana que conectaba escenarios. Ahora, su cuerpo estaba en las cosechas. Y a mano derecha tenía el exterior de los alrededores del CERN. Por Dios, ¿era otra dimensión?

Entonces, perdida como estaba, oteó el horizonte de los campos calmos. Solo una leve brisa mecía las espigas de un lado al otro. La noche era estrellada y la luna iluminaba la superficie con su tenue luz.

Dejó caer la cabeza hacia atrás y olió el aroma que traía el viento, a campo y a naturaleza. Era real. Estaba allí. Tocó las espigas con la yema de

los dedos, y buscó a Dan. ¿Habría cruzado él el umbral? ¡¿Dónde estaba?! No se iría de allí sin él.

Súbitamente, otra ventana de misma luz y dimensión que la que había cruzado, titilaba unos cincuenta metros más a su izquierda. En aquel lado volvía aparecer el exterior del CERN, el mismo donde había ido a parar Nicole cuando abrió los ojos.

Se aproximó para verlo más de cerca, y lo que vio la dejó terriblemente pasmada. En *shock*.

Ahí, en el suelo, tirado como un saco sin valor ni peso, estaba Dan. No el Dan de la actualidad. Era el Dan del pasado.

El cerebro de Nicole trabajó a destajo y se iluminó repentinamente. Ahora caía. Dan le habló de ello. De que ella lo salvó y lo movilizó al otro lado. Lo arrastró.

Verlo así, con las gafas rotas en el suelo, la cara partida y ensangrentada y las extremidades reventadas, la sumió en una profunda debilidad. Pero sabía lo que tenía que hacer.

Aquel Dan acababa de sufrir una paliza, y también acababa de boicotear el acelerador.

Niqui corrió como un caballo desbocado en su ayuda.

—¡¿Dan?! ¡Por Dios, Dan… Dan…! ¡¿Qué te hicieron?! ¡Te sacaré de aquí! ¡¿Dónde?! —sus ojos verdes estudiaron sus alrededores totalmente confundida—. ¡¿Dónde estamos?!

Nicole lo sujetó por debajo de las axilas y lo arrastró campo a través, llorando, gritando, pidiendo ayuda para él mirando al cielo nocturno. Cruzaron la pantalla de plasma caliente, intentando no prestar atención a sus heridas sangrantes y terribles, hasta que el olor inequívoco e inconfundible de las cosechas la calmó.

Ella lo miró y lo dejó ahí estirado. Lo contempló aturdida y vio por el rabillo del ojo algo que destellaba con el reflejo insólito de la luz de la luna. Nicole se agachó para tomarlo entre los dedos, y cuando descubrió qué era, no salía de su asombro. No podía creer que aquello fuese verdad. Pero lo era. Era un boli. Era un boli que había salido del pantalón de Dan. El boli

que ella encontró en el *crop* de la glándula pineal, cuando conoció a Dan, y que le acabó regalando para que siempre recordaran ese día.

La vida era mágica y misteriosa. Y tenía golpes escondidos. Aquel boli era de él. Y si era suyo, entonces…

Nicole se cubrió el rostro y empezó a llorar. Sabía lo que vendría a continuación porque Dan se lo contó. Vendrían las luces, y grabarían el *Crop* sobre él.

El *Crop* que los unió, el que le dio los dones: el círculo de la glándula pineal y que tan vinculado estaba a su relación. A su historia.

Nicole decidió no alterar nada. Comprendió que aquello debía ser así, y que el pasado era consecuencia del futuro, y al revés. Así que dejó el boli entre las espigas, para que ellos, en el pasado, pudieran encontrarlo como ya habían hecho una vez en el tiempo.

Ella se acuclilló sobre el trigo, tomó la cabeza de Dan entre las manos y le dijo al oído.

—Te vas a poner bien, Dan. Te vas a poner bien. No temas a nada ni a nadie. Aguanta. Aguanta el terror y los cambios que vas a experimentar y aprende a controlar lo que te pasa. Yo te esperaré. Esperaré a tu vuelta. Como la he esperado siempre. Ven cuando te sientas preparado. Solo cuando sea el momento. Ahora entiendo muchas cosas —sorbió la nariz y le acarició el pelo pegando su frente a su sien—. Y todo me parecerá bien… todo estará bien. Será difícil. Pero lo soportaré. Porque te quiero. Siempre te he querido, y siempre te querré —sus lágrimas mancharon el rostro sanguinolento de Dan—. Nuestra historia es eterna, Dan. No te imaginas la que vamos a liar… Tú no eres Nobita. Eres mi *Starman*. Sé fuerte, ¿vale? Hasta pronto, mi hombre de las estrellas.

Dicho esto, Nicole le besó en los labios y se levantó devastada por las revelaciones y también ilusionada al ver lo increíble que era la realidad en la que vivía, aunque puede que su aventura acabase ahí.

Corrió a través del campo, acompañada por la noche y el saber que su presente era consecuencia de saltos cuánticos. Sin embargo se detuvo antes de cruzar el portal que conectaba las cosechas con los externos del CERN en la actualidad.

Ahí, en aquella arboleda desde la que se veía las instalaciones del mayor laboratorio de física del mundo, se encontraba su padre. Era su padre Ángel, que estaba… Joder, estaba haciendo desaparecer los cuerpos de los Ojeadores. Desaparecer de verdad. Los tocaba y estos se esfumaban dejando una polvareda grisácea en el ambiente.

Nicole se frotó los ojos y empezó a hiperventilar cuando veía que era su padre quien acababa con ellos. Cuando iba a cruzar la ventana, para comprobar que de verdad no acababa de enloquecer ahí mismo, el cielo de Wiltshire, la realidad en la que aún se hallaba, se iluminó.

Nicole dejó caer la cabeza hacia atrás para observar qué era aquello circular que se movía en línea recta y que emitía tanta luz, volando de un modo que desafiaba la ley de la gravedad y que se posaba estática sobre el lugar en el que se hallaba Dan a punto de morir.

No moriría. Sobreviviría.

—Oh… madre mía… —susurró ella llevándose las manos a la boca.

De la luz tan grande y colosal como podría ser un edificio de diez pisos, salieron cuatro luces pequeñitas y redondas que volaron haciendo bailes y círculos por encima del trigo, dejando a su paso, tras su estela, las increíbles figuras geométricas que conformaban los *Crop Circles*.

Estaba siendo testigo directa de cómo se hacía un *Crop*. Lo veía con sus propios ojos. Y aquello tan grande suspendido en el cielo, era una nave.

Nicole cayó de rodillas y emocionada por ser tan afortunada de vivir algo así, lloró y rió como una niña bipolar. Fue así como pasó. Fue así como Dan tuvo el contacto.

Cuando se dio cuenta, había una mano con la palma hacia arriba frente a ella, de manera amigable.

Niqui, aturdida por tantas emociones, la observó sin saber qué esperar. Pero algo le sucedió. Su miedo, su inseguridad, todo desapareció ante la presencia de su padre.

No obstante, sabía que no se trataba de su padre Ángel. Desconocía por qué podía aparentar algo así, pero así era. Se trataba de alguien que adoptaba la figura paternal que ella adoraba y que la haría estar tranquila para poder hablar.

Ángel sonrió con cariño y esperó a que Nicole le tomara la mano para ayudarla a levantarse.

Ella lo hizo finalmente. Las luces seguían trabajando en el círculo, Dan estaba ahí, siendo sanado. Y eso la ayudaba a calmar su ansiedad.

—Hola, Nicole.

—¿Quién eres? —le preguntó entrecerrando los ojos—. No eres mi padre.

Este sonrió satisfecho.

—No. No lo soy. Solo adopto esta forma para que estés más accesible a mis palabras. Somos seres empáticos y asertivos. No queremos asustar a nadie.

Ella se limpió la mano sudada en el pantalón y soltó poco a poco la de ese hombre.

—¿Qué es lo que ha pasado? ¿Qué has hecho con esos Ojeadores? —preguntó titubeante, mirando hacia atrás—. ¿Y dónde está Dan?

El hombre, vestido con pantalones tejanos y camisa blanca, como iría su padre vestido, se adelantó un paso y cruzó sus manos a la espalda, contemplando el modo en que las bolas de luz grababan el dibujo en los cereales.

—Pasará mucho tiempo hasta que los Ojeadores encuentren el modo de regresar a esta dimensión. Dan ha destrozado su sistema de comunicación y no han podido transmitir datos a ningún lugar. Ahora mismo, la pequeña colonia que trabajaba con los humanos de aquí, ya no existe. Los hemos… suprimido.

Eso era una excelente noticia.

—¿Qué sois?

—Somos seres como vosotros —se dio la vuelta y sus ojos idénticos a los de su padre le sonrieron con dulzura—. Pero mucho más evolucionados. De otras esferas. Y estamos a cargo de que este planeta no se autodestruya, que pueda perdurar.

—¿Sois los responsables de los mensajes?

—Sí —asintió—. Y no.

—¿Perdón?

—No somos los únicos que os estamos advirtiendo sobre lo que va a pasar y sobre lo que tenéis que hacer para evitar vuestra aniquilación. En el cielo como en la tierra, hay diferentes razas, diferentes etnias, y diferentes conciencias. Unos se han orientado a la luz, y otros a la oscuridad. Nosotros intentamos que la luz sea más poderosa. Pero nos cuesta. El ser humano se ha dejado manipular mucho, hasta el punto que se creen sus propias mentiras, y es complicado abrirles los ojos y que despierten. Si han permitido que otros iguales o peores que ellos gobiernen sus vidas y sus decisiones, es una tarea ardua demostrarles que deben cambiar cuando llevan milenios supeditados al poder de unos pocos.

Nicole pensó mucho su siguiente pregunta. Se abrazó a sí misma y carraspeó.

—¿De dónde venís?

—¿Importa la dirección?

—Sí. Por supuesto que sí.

—De una de las galaxias de las Pléyades. Pero otros vienen desde otros muchos lugares del Universo.

—¿Y por qué si sois tan buenos como decís no habéis podido contactar masivamente con nosotros para dar vuestros mensajes?

—Porque hay normas —contestó con total evidencia—. Hay normas que cumplir. Una de ellas es no hacer el trabajo por vosotros. Nosotros somos de otras dimensiones, por encima de vuestro planeta. No podemos bajar la vibración, porque eso es negativo para nuestra estabilidad. La energía del planeta es muy inestable. A los Ojeadores les afectaba mínimamente porque su dimensión es pobre energéticamente. Por eso podían estar aquí. Nosotros no. Estamos esperando a que deis los pasos correctos para acercar posturas y tener un encuentro, pero el proceso es lento. Lamentablemente a veces hemos tenido deslices y escogido mal a las personas que debían transmitir los mensajes. Muchos no estaban preparados intelectualmente para hablar de ello, y en ocasiones, otros que no vienen con nuestras intenciones han contactado con humanos para confundirlos y trastornarlos. De ese modo, todo lo referente a nosotros perdía credibilidad. El ser humano tiene mucha predisposición para juzgar, ¿no crees? Juzgan quién está loco, quién miente y quién no con una facilidad pasmosa.

Nicole no le iba a quitar razón. Ella misma sentía asco de su especie. Las Balanzat habían sido juzgadas muchas veces. Pero era la respuesta natural del ignorante hacia el miedo.

—Sí. Estoy de acuerdo.

—Hemos aprovechado esta ocasión que nos facilita los portales cuánticos temporales que habéis abierto al boicotear el acelerador, para comunicarnos directamente. Llevamos observándote durante mucho tiempo. Tu facilidad para decodificar mensajes de todo tipo nos fascinaba. Nuestro modo de decirte que estábamos ahí era imprimando el círculo de la glándula pineal cenital en los campos en los que tú estabas. El mismo que se está grabando sobre Dan para que adquiera sus dones y te ayude. Sabíamos que relacionarías el *Crop* con los dibujos que veías de pequeña, y entenderías que no era una casualidad, sino una causalidad de la vida y tus acciones. Era nuestra manera de decirte que continuaras por ese camino. Que descubrirías cosas importantes.

—Lo sabía —dijo abriendo los ojos con satisfacción—. ¡Sabía que era una comunicación!

El falso Ángel se dio la vuelta para acabar de ver cómo la última lucecita grababa el último dibujo. Después, las esferas menores ascendieron hasta el enorme foco que tenían sobre su cabeza. Y de repente…

¡Zas! La luz desapareció.

—El trabajo con Dan Williamson se ha realizado —asintió satisfecho—. Las cosas se darán cómo deben darse para que lleguemos a este punto de la realidad —señaló el lugar del CERN por el que había venido.

—Todo esto tenía que pasar, ¿verdad? —lo cierto era que no le gustaba imaginar que lo vivido seguía unas normas.

—Debía pasar para que tuvierais la oportunidad de crear vuestra realidad, Nicole Balanzat. Nosotros no provocamos el dolor y el sufrimiento. Damos opciones. Os ofrecemos caminos. Pero cuál elegís depende de vosotros. Lo único que podemos hacer como entidad superior es guiaros un poco en vuestro caminar, hasta que seáis lo suficiente mayores como para andar solos. Cuando vimos que Dan y tú os conocíais, decidimos que debíamos intervenir en vuestro porvenir de algún modo, porque era la única manera que teníamos de ayudaros y de que continuarais juntos con

vuestra labor. El boicot de los aceleradores era indispensable para ello. Tus sueños, tus augures, son innatos tuyos, y sirvieron de activadores para que todo se desencadenara. Pero la decodificación y la relación de los *Crop Circles* en todo el mundo también lo era. Vimos que las dos personas capaces de acarrear dichas responsabilidades se unían para poder trabajar codo con codo en un futuro. Pero también sabíamos que experimentarían el acecho de los Ojeadores, y el dolor humano de la separación. Dan tenía un vínculo con nosotros a raíz de sufrir la impresión de un agroglifo en su cuerpo, como vosotros lo llamáis. Esa sería su ancla con nuestra realidad, y nosotros le transmitiríamos fuerza. Además, el mensaje que le diste al oído, en voz baja, él no lo oyó, pero se le quedó grabado en el subconsciente. Gracias a ello resistió. Resistió todo lo que pudo y más. Dan Williamson es un… —buscó la palabra correcta—. Gladiador. Creo que esa es su palabra. Eso le define bien. Nunca se rinde.

—No se rinde. Pero se ha sacrificado por todos —espetó Nicole dolida —. ¿Sabéis vosotros lo que es el amor y un corazón roto? ¿Creéis que se puede jugar con eso?

—Somos amor —él abrió los brazos como si eso fuese de verdad todo lo que era—. Pero es un amor más controlado, no tan visceral. Los humanos tenéis fuego.

—Se llama «estar vivos» —contestó sarcástica.

—Yo también lo estoy —adujo él comprendiendo su ira—. Nicole Balanzat, Dan Williamson ha hecho lo que tenía que hacer —replicó el hombre—. Esperó hasta el último momento para salir a escena y alcanzar a los Ojeadores con las manos en la masa. Ayer —continuó mirándola compasivamente—. Dan dio su primer paso para averiguar qué tenía que hacer para vencerles. Tras el fuego en las cosechas, hubo un momento en el que le abrazaste y le tocaste la nuca. Y él se quejó. ¿Recuerdas?

—Sí.

—Él te dijo que le habían golpeado. Pero la realidad fue que utilizó el estimulador pineal del último Ojeador que batió, para obtener información del plan que tenían para el acelerador. Simplemente leyó el disco duro de su memoria. Y lo hizo durante el tiempo en que se quedó solo.

—Ayer… Dan sabía qué era lo que tenía que hacer hoy… —comprendió.

—Sí. En su futuro él entraba solo al CERN. Sabía que tú no debías estar y que tu lugar era realizando el hechizo de invisibilidad con tu familia. Pero lo cierto era que él no te veía, porque tú te hiciste invisible a sus ojos. Pero en todo momento estabas ahí. Estabas en su futuro, aunque de manera oculta. Nosotros no hemos intervenido en eso. Todo han sido decisiones vuestras. Decisiones acertadas. Causales.

—Pero Dan… —Nicole miró hacia atrás, a través de aquella pantalla que le haría pasar de Inglaterra a Ginebra con solo dar un paso.

—Dan creyó que su futuro acababa con él y los Ojeadores absorbidos por el portal del acelerador. No vio nada más. Pero la modificación que él hizo creó un portal de igual energía al que abrió cuatro años atrás. Se creó un embudo dimensional entre los dos portales, porque ambos se produjeron en el mismo lugar, y sin embargo eran dos personas conscientes las que estaban en cada esquina, en tiempos diferentes. ¿Sabes por qué cruzaba Wilthsire los dos portales?

—No —susurró Nicole.

—Porque se creó una anomalía. Cuando dos personas piensan al mismo tiempo en la otra, en el mismo lugar, aunque en diferente tiempo, se crea una vinculación. Es el poder dimensional del amor —le explicó él—. Entre medio de los dos portales se ubicó Wiltshire porque fue ahí donde os conocisteis, y lo teníais muy presente en vuestra mente y en vuestro espíritu. Has cruzado el portal pensando en Dan. El último pensamiento de Dan cuando creía que se estaba muriendo fuiste tú. Pensasteis el uno en el otro a la vez, a la misma hora, pero en diferentes tiempos y os conectaron. Vuestros pensamientos cruzaron la línea temporal, que es recta, y se puede viajar a través de ella. Pero os encontrasteis en el campo de trigo en la noche que grabamos el *crop* que debía activarte. Eso sí fue obra nuestra —reconoció sin ápice de culpabilidad—. Así, Dan tendría sus nuevas aptitudes, y vuestra separación tendría efectos positivos en ambos, tú te centrarías en nuestros mensajes y él en entender sus dones. No seríais descubiertos antes de tiempo. Y al final, todo ha ido sobre ruedas. Vuestras intuiciones y vuestras decisiones han sido siempre las correctas.

Nicole asimilaba como podía lo que le decía aquel individuo. Ella y Dan formaban parte de algo demasiado grande. Algo increíble.

Pero, ¿qué iba a pasar a partir de ahora?

—Quiero a Dan —exigió—. Quiero que vuelva. Si él no está, no puedo continuar con el mensaje. ¿Qué habéis hecho con él?

El hombre sonrió y negó con la cabeza.

—Eres pura visceralidad y pasión. Los humanos tenéis emociones incendiarias.

—No bromeo —le advirtió—. Soy bruja.

—Esa no es la palabra. La palabra para definirte es ser cuántico. Estáis más evolucionados a nivel de facultades y capacidades mentales que el resto.

—Me da igual. Devuélveme a Dan.

—Yo no te lo he quitado. Dan sigue ahí afuera —le informó señalando los alrededores del CERN—. Lo único que he hecho ha sido desconectarle el estimulador pineal que él mismo se conectó. Necesitará recuperarse.

—¿Pero sigue vivo? ¿Estará bien? —Nicole empezaba a sentirse eufórica con las noticias—. Vais a…

—No. Las capacidades de Dan son inalterables. Necesitamos tener a alguien así en este plano. Nunca se sabe en un futuro cuándo podemos necesitaros. Él tendrá que aprender a vivir con ellas, como ha hecho todo este tiempo. Pero estamos seguros que contigo al lado le irá bien. Sabemos el efecto placebo que le produces.

Nicole exhaló más tranquila.

—Llévame hasta él, por favor.

De lejos, una melodía la empezó a abrazar. El individuo cerró los ojos y disfrutó de la canción que el viento traía.

Desde esta tierra que pisas al andar,
llena de pinos y leyendas.
Hay una parte oculta bajo el mar,
la que vigilan mis sirenas.
Ven y acércate a oírlas cantar,
ellas borrarán tus penas…

Era Sasha cantando la canción de Es Vedrà. La podía oír alto y claro.

—¿Sabes cuál es el lenguaje universal? Son dos —le explicó aquel ser —. La música y las matemáticas —después se quedó pensativo y añadió—: Creo que haré algo mejor que solo llevarte hasta él —insinuó—. Ahora mismo el CERN volverá a estar en el ojo del huracán por todo lo que provoca cuando el LHC se pone en funcionamiento —le comentó empezando a caminar a través del portal. Nicole le siguió y llegó al otro lado—. Todas estas nubes eléctricas sobre el laboratorio —señaló el cielo— provocan fuertes cambios temporales y apagones en Francia y Suiza. Consumen energía y afectan a la energía electromagnética del planeta, incluso a su núcleo. Por ahora, cerrarán el proyecto AWAKE. Y eso es bueno. Nadie sabrá realmente lo que ha pasado. Dirán que los colisionadores han funcionado a menos energía de la que esperaban. Pero no mencionarán el fiasco del experimento. Las cámaras del SM18 han grabado a los Ojeadores desplomándose uno a uno por arte de magia. Porque ni tú ni Dan salís en los monitores. Por tanto, pasará un buen tiempo hasta que los departamentos de inteligencia del gobierno puedan contactar de nuevo con ellos. Ahora mismo les han dejado…

—En pelotas.

Ángel frunció el ceño e hizo una mueca. No le parecía tan mal la descripción.

—Más o menos. Les buscarán e intentarán averiguar qué ha sucedido. Pero no podrán utilizar los conocimientos de Solomon, porque él ya no está. Con todo y con eso siguen teniendo objetos y naves que han impactado en la tierra en su poder. Y tarde o temprano contactarán con otras entidades. Las espirituales no les interesan, eso está claro. Sois una civilización movida por el poder y la tecnología, por tanto, negarán cualquier mensaje alarmista sobre cambios que impliquen la pérdida de control sobre esos aspectos y sobre vosotros. El problema es que en el Universo, tecnología y espiritualidad no van de la mano. Si buscan conocimientos de ese tipo para que unos pocos se enriquezcan, entonces, sabéis el tipo de vibración que llevan esas entidades. No serán buenas. Es por eso que Dan y tú tenéis la labor de transmitir los mensajes. Debes escribir el libro que tienes pensado, Nicole Balanzat. Hazlo. El poder es fuerte, y los líderes son más oscuros de lo que os imagináis, pero cuando os quiten el miedo y vosotros reaccionéis,

exigiréis el cambio que nosotros venimos señalando en los *Crops*. No hay otro modo de salvar vuestro planeta. Si permitís que unos pocos continúen manipulandoos y destruyendo la Tierra, al final, no quedará nada. La inversión de los polos magnéticos se acerca. Y si eso sucede, vosotros debéis estar preparados para que los efectos sean menos devastadores y os ayuden a madurar. Tenéis que ser maestros y transmisores del mensaje. Es lo que habéis venido a hacer aquí. Y es lo que vuestros hijos heredaran de vosotros —el hombre posó su mano cálida en el vientre de Nicole.

Esta se quedó inmóvil, petrificada, y el corazón se le disparó en el pecho.

—¿Qué? ¿Qué dices?

—Las Balanzat deben tener hijos e hijas que hagan fuerte el mensaje. Que lo hagan real. Y que nos ayuden a transmitir los conocimientos que el ser humano debe aprender de una manera u otra. La sabiduría y el conocimiento místico, cuántico y mágico, debe transmitirse de generación en generación. Porque puede que no seáis extraterrestres —les señaló—, pero sois humanos extraordinarios. Y tenemos mucho que aprender los unos de los otros.

Nicole tragó saliva y se llevó la mano al vientre. ¿Estaba embarazada? Pero, un momento… si con Dan lo hicieron ayer noche después de muchos años. Y… sí, lo hicieron sin preservativo. Pero ella tomaba la píldora igualmente.

—Acepta los regalos, Nicole Balanzat. No los cuestiones. Vienen cuando tienen que venir. No importa cuánto te protejas, porque el amor de verdad siempre da frutos maravillosos. Vuestro hijo será una bendición.

De acuerdo. Eso era mucho para ella. Llorando como una magdalena y muerta de miedo y también de dicha, entre hipidos, le preguntó:

—¿Y qué va a pasar con mi madre y mis he-hermanas? ¿Dónde están? —escuchaba la voz de Sasha pero no sabía dónde estaban.

—No te preocupes. He dicho que voy a hacer algo por vosotros, ¿no?

—Sí.

—Entonces, ve con Dan —le ordenó señalando el cuerpo inmóvil de Dan en el suelo.

Estaba despierto, respirando con rapidez, como si hiperventilase.

Nicole lo vio y se fue hacia él como un rayo.

Se arrodilló en el césped y posó su cabeza sobre sus rodillas para hacerle de cojín.

—¡Dan! ¡Dan! —le gritaba ella—. ¿Estás bien, cariño? Dan… —le acarició la mejilla y unió su frente a la de él para mirar directamente a los ojos de ese hombre que amaba con toda su alma.

—¿He muerto? Estoy muerto… ¿verdad? Y tú eres un ángel —musitó.

Le dolía muchísimo la cabeza y el cuerpo. Tanto que apenas se podía mover.

Y además tenía el bellísimo rostro de Nicole sobre él, que siempre lo dejaba embobado. Debía de ser el paraíso. Si no, no lo comprendía.

—No, Dan —sonrío ella besándole las manos y la frente—. No estás muerto. —Nicole desvió la mirada hacia el ser que les estaba ayudando y aseguró con voz firme—. Estamos más vivos que nunca.

En ese instante, Ángel miró al cielo y un rayo de luz, como el de una linterna imponente, les alumbró por completo.

Cuando el potente foco desapareció, los portales se habían cerrado y ni Nicole ni Dan ni Ángel se encontraban en ese lugar.

Habían desaparecido.

25

El agua del mar bañó su mejilla y su pelo. Cuando abrió los ojos, tenía ante él el atardecer más hermoso de todos, ocultándose detrás de un islote de piedra, que era imposible no admirar y que aparecía en el mar como si en realidad no perteneciese a ese mundo.

Entonces, sintió una mano cálida y suave rozarle la barbilla. Desvió sus ojos marrones para seguir a esa mano, y comprobó que era la de Nicole, tan mojada y tan llena de arena como él, que estaba estirada a su lado en la orilla de esa playa que desconocía.

De repente, Dan recordaba todo como si ese ser llamado Ángel le hubiese explicado los secretos del Universo a él y no a Nicole, como así había sido.

Entendió lo que habían vivido los dos. Las razones de su separación, y los motivos ocultos del destino para con ellos.

Y lejos de sentirse engañado o manipulado, Dan se sintió muy agradecido. Por primera vez se sentía agradecido de sus dones, porque ellos le habían permitido obtener una vida nueva y a salvo, aunque tuviera que sufrir mucho para conseguirla.

No obstante, si había alguien ahí a quien debía resarcir por todo, y alguien que debía de ser sin lugar a dudas la heroína de la historia, esa era Nicole.

La mujer que desafió al Universo entero para salvarle.

Dan la agarró por la muñeca, tiró de ella y la tumbó en la arena para colocarse sobre su cuerpo, entre sus piernas.

Nicole lo miraba sorprendida pero con una sonrisa de felicidad de oreja a oreja.

—¿Por qué te encanta llevarme la contraria? ¿Por qué no te quedaste en el coche con las demás? —le dijo con gesto serio y recriminatorio.

A Nicole, la felicidad se le desvaneció de golpe. Ella lo amaba. Estaban juntos por fin. ¿Tenía que decirle precisamente eso cuando acababan de vivir un infierno intergaláctico juntos?

—¡No te atrevas a decirme eso, estúpido! ¡Te he salvado la vida! —se removió debajo de él.

—¡Cállate! —la sacudió—. ¿Por qué no me dejaste de querer cuando más me lo merecía, Nicole? —le espetó de golpe, acongojado, con las hebras goteantes de su pelo rubio rozando las mejillas de su mujer. Su esposa.

—¿Qué?

—¿Por qué te casaste conmigo cuando no te llego ni a la suela de los zapatos?

—Dan… —su rostro cambió repentinamente y reflejó la ilusión y la esperanza que sentía en ese instante.

—Cállate, joder —le ordenó de nuevo—. ¿Por qué no me diste por perdido? ¿Por qué soy tan afortunado de tenerte, Nicole Balanzat? Lo sé todo —le explicó—. Es como si ese individuo me hubiese abierto la cabeza para implantarme toda la conversación que tuviste con él.

—Menos mal, porque era muy largo todo de contar y… —resopló para sacarse de encima la emoción.

—Nicole —dijo riéndose—. Estoy enamorado de ti desde siempre. Te amo desde que te conozco. Nunca dejé de hacerlo. ¿Crees que una chica de los cereales como tú, puede amar al chico de las estrellas que dudó de ella y que regresó solo para demostrarle que la amaba tanto que estaba dispuesto a morir en su nombre y en nombre de todo aquello que le importaba?

—Yo creo que sí. Que la chica de los cereales puede hacerlo.

—¿Por qué?

—Pues porque —posó sus dedos sobre su barbilla y acarició su labio inferior—. Porque, Dan Williamson, te amo de una manera irracional y loca. Nunca he dejado de hacerlo. Y sí, la chica de los cereales perdona al chico

de las estrellas por todo. Porque no hay nada que perdonar. Nada. Solo hay cosas que aceptar y que agradecer.

—Maldita, qué guapa eres —gruñó él. Dejó caer la cabeza sobre la de Nicole y la besó con toda la pasión y la alegría que sentía por volver a tenerla entre los brazos, cuando llegó a pensar que nunca más podría experimentar nada tan hermoso. Ella fue la que le dio otra vida y le hizo cambiar. Se rebozaron en la arena, sin dejar de abrazarse ni de besarse—. Te amo, Nicole, porque tú me despertaste.

Ella arrancó a llorar entre lágrimas y risas, después deslizó una de las enormes manos de Dan hasta su vientre.

Ambos se miraron y no hizo falta mediar palabra alguna. Sabían lo que eso significaba.

—Lo hicimos ayer noche —murmuró maravillada.

—Sí. Ayer —repitió Dan como si tocara un milagro. Y, en cierto modo, lo era—. Se llamará Ángel —le dijo él—. Por todo lo que representa el nombre.

—No. Se llamará Ángela.

Él la miró sin comprender.

—Dijo que era un niño.

Nicole sonrió sin más.

—Las Balanzat no tenemos niños. Tenemos niñas —aseguró muy convencida—. La siento. Es una niña. Y se llamará Ángela porque es el nombre de mi padre.

—Y porque Ángela en hebreo significa «Mensajera» —asintió.

—Sí. —Nicole no podía sentirse más feliz y de acuerdo—. Quiero que nazca aquí.

—¿Aquí? —dijo él apoyándose en los codos oteando el paisaje paradisíaco que le rodeaba—. ¿Por qué me suena esto? ¿Dónde estamos?

—Lo has visto en fotos, Dan. Esto es Cala d'Hort. Aquella montaña de piedra es Es Vedrà, donde mis hermanas y yo nacimos. Y oculto entre la arboleda, en la parte de arriba —le señaló la cima de la montaña a sus espaldas— se encuentra Sananda. Mi hogar. Mi pedazo de tierra favorito en el mundo. Nuestros amigos nos han dejado aquí, en casa —finalizó asombrada—. La música de Sasha les ha servido de guía.

Dan estudió aquel lugar y supo que era especial, y que en un sitio así, tan hermoso y mágico, solo podían nacer buenas personas. Como las Balanzat. Como sería su hijo Ángel. Las próximas generaciones deberían impregnarse del poder de Es Vedrà, porque tenían muchos mensajes por dar. Porque Dan tenía mucho aún por ver y Nicole tenía un libro por escribir.

De repente, un claxon provocó que ambos mirasen hacia el bosque. Y advirtieron que en la copa de uno de los árboles había una furgoneta. Clement ayudaba a bajar a Mamá Pietat, y Nil y Kilian echaban una mano a las demás.

—Pues a ver cómo explicamos ahora —decía Amanda—, cómo demonios ha llegado una furgoneta tan grande como la del equipo A aquí abajo.

Nicole y Dan se fueron corriendo a echarles una mano, divertidos con la situación, sobre todo porque nadie había resultado herido. Todos estaban sanos, sin heridas.

—¡Niqui! —le gritó Alegra corriendo hacia ella—. ¡¿Tú sabes cómo hemos llegado hasta aquí?! Estábamos en Ginebra y de repente… ¡zas! —exclamó alucinada—. Nos subimos a un pino de Cala d'Hort.

—Yo no lo quiero saber —objetó Kilian mareado—. Ya he tenido suficiente por hoy.

—Eres un flojo —le dijo Sasha dándole un cachete en la dura nalga.

Las Balanzat se fundieron en un fuerte abrazo, entre risas y lágrimas, satisfechas por volver a casa.

—Sabíamos que lo conseguirías, cariño —espetó su madre besándola por toda la cara.

—¡Gracias a vosotras! Sin vuestra ayuda hubiese sido imposible, mamá.

—¡Ven aquí, Dan! —Pietat se fundió en un abrazo con él—. ¡Ahora ya eres de la familia, inglesito!

Él rió feliz por ello. No quería otra familia que no fuese esa.

—¡Eh! ¡Mirad! —el bueno de Clement señaló a Es Vedrà, donde unas luces casi tan grandes como el peñasco la bordearon y después ascendieron al cielo.

—La madre que… —murmuró Alegra rodeando a su hermana mayor con un brazo—. Vale. Vas a tener que contarnos muchas cosas.

—Sí. —Nicole miró a su hermana Sasha—. Prepara cena mejicana para esta noche, Sa. Es una historia muy larga, y Clement no la soportará si no hay escorpión.

—Por supuesto —asintió la pequeña, embobada con aquellas esferas de Es Vedrà.

En la orilla de la Cala d'Hort, el hogar de las Balanzat, de las Brujas de la Sal, un grupo de personas que serían para siempre familia, tendrían algo muy importante que callar, y un mensaje muy trascendente por dar.

Creer era crear.

La magia era real.

Y el Universo era infinito y estaba lleno de vida.

Nicole y Dan se cogieron de la mano mientras se despedían de aquellas bolas de luz que desaparecían tras las nubes.

Todavía quedaba mucho por hacer. Pero la experiencia les dejaría marcados para siempre.

Dan acarició el vientre de Nicole y apoyó su barbilla sobre su cabeza. La sal de Ibiza se les pegaba al cuerpo, así como su buena energía llena de buenos deseos de la Wish Pottery que aún flotaba en el mar y de la que todavía se encontraban frasquitos en la arena.

—Nada ha acabado —le dijo—. La mejor de las aventuras empieza ahora.

—Juntos, *Starman* —Niqui entrelazó los dedos con los de él.

—Juntos, chica de los cereales.

FIN

Ha llegado el momento de escribir tu deseo.

Consigue el frasco auténtico de las Balanzat y empieza a creer en que todo se puede hacer realidad, siempre que luches por tus propósitos.

Fdo. Las Balanzat

